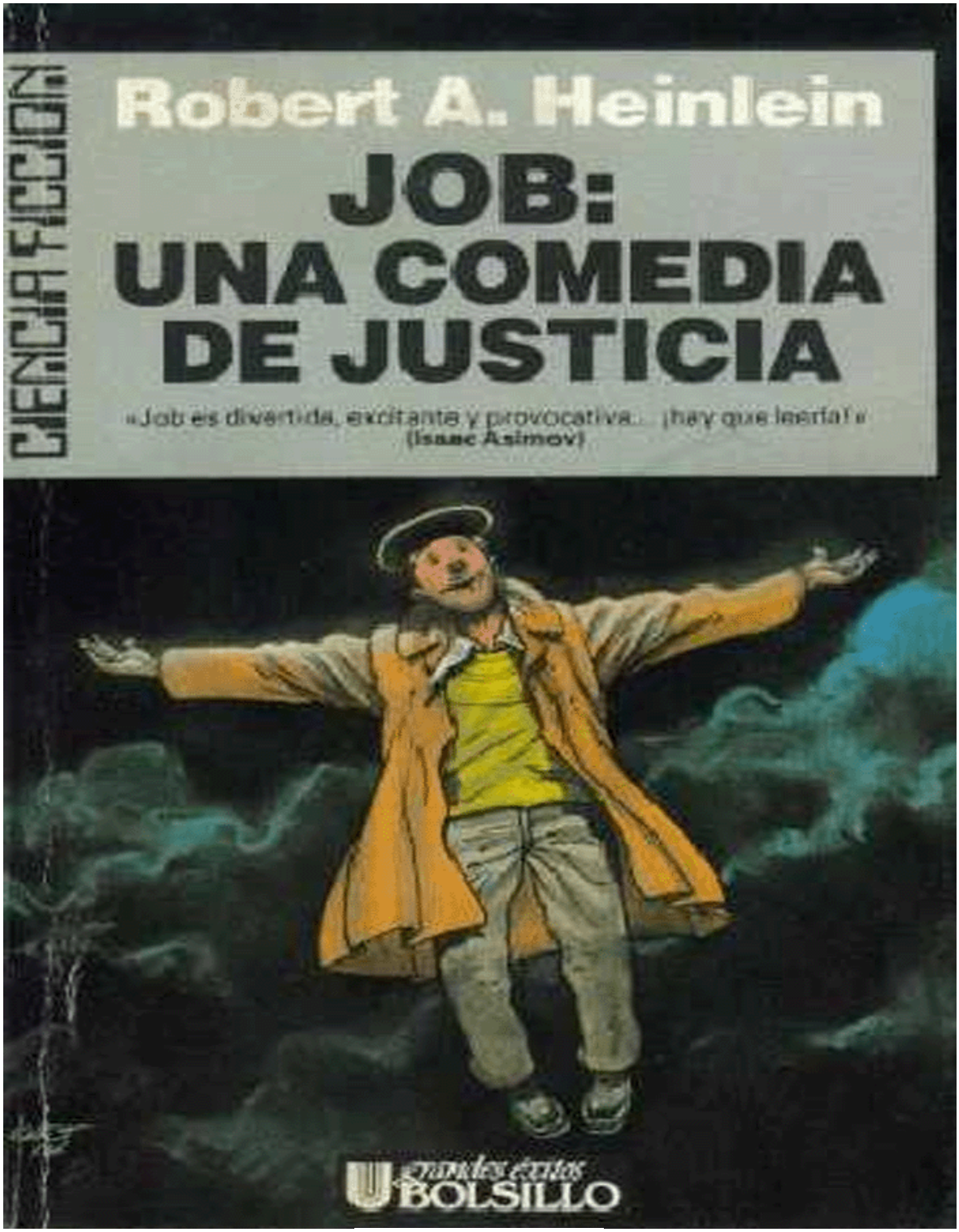
Job: una comedia de justicia

Robert A. Heinlein



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Clifford D. Simak

Feliz, pues, el hombre a quien corrige Eloah,
y la lección de Shadday no desprecia.
Job, 5:17

I

Cuando camines por en medio del fuego,
no te quemarás.
Isaías, 43:2

El pozo de fuego tenía unos ocho metros de largo por diez de ancho y algo más de medio metro de profundidad. el fuego llevaba horas ardiendo. El lecho de carbones lanzaba oleadas de calor casi insoportables incluso allá atrás donde yo estaba sentado, a cinco metros del lado del pozo, en la segunda hilera de turistas.

Había cedido mi asiento de primera fila a una de las damas del barco, encantado de aceptar el escudo que me ofreció su bien alimentada constitución. Me sentí tentado de moverme incluso un poco más hacia atrás..., pero *deseaba* ver de cerca a los que caminaban sobre el fuego. ¿Cuan a menudo tiene uno la posibilidad de presenciar un milagro?

-Es un fraude -dijo el Hombre Que Había Viajado Mucho-. Ya lo verán.

-No es realmente un fraude -negó la Autoridad En todo-. Sólo algo menos de lo que se nos ha hecho esperar. No será todo el pueblo..., probablemente ninguno de los bailarines huía y por supuesto no esos niños. Uno o dos de los jóvenes, con callos en los pies tan gruesos como pellejo de vaca, y atiborrados de opio o alguna otra droga nativa, bajaban al pozo a la carrera. Los del pueblo vitorearán y nuestro amigo polinesio que está ahí traduciendo para nosotros sugerirá enfáticamente que debemos darles una propina a cada uno de los caminantes, además de lo que ya hemos pagado por la fiesta hawaiana y el baile y todo este espectáculo.

»No es un completo fraude -prosiguió-. El folleto de la excursión a tierra señalaba una «demostración de caminar sobre el fuego». Eso es lo que vamos a tener. No importa lo que se diga acerca de todo un poblado de caminantes sobre el fuego. No está en el contrato. -La Autoridad adoptó una expresión de autocomplacencia.

-Hipnotismo en masa -anunció el Pelmazo Oficial.

Me sentí tentado de pedirle una explicación acerca del «hipnotismo en masa»..., pero nadie quería oírme; yo era de los jóvenes..., no necesariamente en años sino en el crucero del barco *Konge Knut.* Así es como son las cosas en los cruceros: cualquiera que ha estado en el barco desde el puerto de origen se considera mayor que cualquiera que suba al barco más tarde. Los medos y persas habían dictado su ley y nada podía cambiarla. Yo había volado hasta ahí abajo en el *Count von Zeppelin,* en Papeete volaría de vuelta a casa en el *Admiral Moffett,* así que era para siempre un joven y debía guardar silencio mientras mis mayores pontificaban.

Los barcos que efectúan cruceros poseen la mejor comida y, muy a menudo, la peor conversación de todo el mundo. Pese a eso yo estaba disfrutando de las islas; ni siquiera el Místico y el Astrólogo Aficionado y el Freudiano De Salón y la Numeróloga me molestaban, con tal de no escucharles.

-Lo consiguen a través de la cuarta dimensión -anunció el Místico-. ¿No es así, Gwendolyn?

-Completamente cierto, querido -admitió la Numeróloga-. ¡Oh, ahí vienen! Será un número extraño, ya lo verán.

-Eres tan instruida, querida.

-Hummm -dijo el Escéptico.

El nativo que estaba ayudando al guía de nuestro barco alzó los brazos y extendió las palmas reclamando silencio.

-¡Por favor, escuchen todos! *Maururu roa.* Muchas gracias. Los sumos sacerdote y sacerdotisa rezarán ahora a los dioses para hacer que el fuego sea inofensivo para los habitantes del poblado. Les ruego que recuerden que ésta es una ceremonia religiosa, muy antigua; por favor, compórtense como lo harían en su propia iglesia. Porque...

Un polinesio extremadamente viejo interrumpió; él y el intérprete intercambiaron unas palabras en un lenguaje desconocido para mí..., polinesio, supuse; tenía la fluidez líquida correcta. El polinesio más joven se volvió de nuevo a nosotros.

-El sumo sacerdote me dice que algunos de los niños van a caminar por primera vez sobre el fuego hoy, incluido ese bebé que hay allí en brazos de su madre. Les pide a todos ustedes que mantengan un perfecto silencio durante los rezos, a fin de garantizar la seguridad de los niños. Déjenme añadir que yo soy católico. En este punto siempre le pido a nuestra Santa Madre María que cuide de nuestros niños..., y pido a todos ustedes que recen también por ellos a la manera de cada uno. O al menos guarden silencio y mantengan buenos pensamientos en honor a ellos. Si el sumo sacerdote no está satisfecho de que hay una actitud reverente, no dejará que los niños entren en el fuego... Incluso sé de ocasiones en que ha anulado toda la ceremonia.

-Aquí lo tienes, Gerald -dijo la Autoridad En Todo en un susurro a la tercera fila-. El montaje. Ahora le da al interruptor, todo se ha acabado, y la culpa por supuesto es nuestra. -Lanzó un bufido.

La Autoridad -su nombre era Cheevers- había estado irritándome desde que me había unido al crucero. Me incliné suavemente hacia él y le dije al oído:

-Si esos niños caminan sobre el fuego, ¿tendrá usted los cojones de hacer lo mismo?

Que esto sirva de lección a todos ustedes. Aprendan de un mal ejemplo. Nunca dejen que un papanatas les haga perder su buen juicio. Unos segundos más tarde me encontré con que mi desafío se había vuelto contra mí y -¡no sé como!- los tres, la Autoridad, el Escéptico y el Hombre Que Había Viajado Mucho habían apostado cien pavos a que *yo* no me atrevía a caminar por encima del pozo de fuego, estipulando que los niños lo hicieran primero.

Luego el intérprete estaba siseando de nuevo para que callásemos, y el sacerdote y la sacerdotisa bajaron hasta el pozo de fuego, y todo el mundo se mantuvo completamente inmóvil, y supongo que algunos de nosotros rezamos. Sé que yo lo hice. Me descubrí recitando lo que primero acudió a mi mente:

-Con Dios me acuesto, con Dios me levanto... De alguna forma, parecía apropiado.

El sacerdote y la sacerdotisa no caminaron sobre el fuego; hicieron algo mucho más suavemente espectacular y (me pareció) mucho más peligroso. Simplemente se inmovilizaron en el pozo de fuego, descalzos, y rezaron durante varios minutos. Pude ver sus labios moverse. De tanto en tanto el viejo sacerdote espolvoreaba algo en el pozo. Fuera lo que fuese, cuando alcanzaba los carbones estallaba en chispas.

Intenté ver sobre qué se mantenían exactamente de pie, carbones o rocas, pero no pude decirlo..., y no pude sospechar lo que podía ser peor. Sin embargo la vieja mujer, flaca como un hueso roído, permanecía allí inmóvil de pie, con el rostro plácido, y sin haber tomado otra precaución más que alzarse su lavalava hasta convertirla casi en un pañal. Aparentemente le preocupaba la posibilidad de quemarse las ropas, pero no la de quemarse las piernas.

Tres hombres con palos habían estado removiendo los carbones encendidos, asegurándose de que el lecho del pozo fuera una superficie firme y lisa para los caminantes sobre el fuego. Sentí un profundo interés hacia aquella operación, puesto que cabía esperar que yo mismo estaría andando en aquel pozo dentro de unos minutos..., si no hallaba alguna forma de anular la apuesta. Tuve la impresión de que estaban haciendo que fuera posible recorrer toda la longitud del pozo sobre rocas en vez de sobre carbones encendidos. ¡Eso al menos esperaba!

Luego me pregunté qué diferencia representaría eso..., recordando las aceras ardientes por el sol que habían producido ampollas en las plantas de mis pies desnudos cuando era un muchacho en Kansas. Ese fuego debía alcanzar como mínimo los trescientos cincuenta grados; las rocas llevaban empapándose de ese fuego desde hacía varias horas. A tales temperaturas, ¿había realmente alguna elección entre la sartén y el fuego?

Mientras tanto, la voz de la razón estaba susurrando en mi oído que perder trescientos pavos no era un precio demasiado elevado para salirse de aquella estúpida situación... ¿o prefería caminar el resto de mi vida sobre dos estúpidos muñones asados?

¿Ayudaría algo si tomaba una aspirina?

Los tres hombres terminaron de arreglar los ardientes troncos y se dirigieron al extremo del pozo a nuestra izquierda; el resto de los moradores del poblado se reunieron tras ellos... ¡incluidos aquellos jodidos chiquillos! ¿Qué demonios estaban pensando sus padres, dejándoles que se arriesgaran a algo como aquello? ¿Por qué no estaban en la escuela, que era donde les correspondía?

Los tres cuidadores del fuego abrieron la marcha, caminando en fila india hasta el centro del fuego, sin apresurarse, sin perder tampoco tiempo. El resto de los hombres del poblado les siguieron, formando una lenta y firme procesión. Luego siguieron las mujeres, incluida la joven madre con el bebé en la cadera.

Cuando la oleada de calor azotó al niño, éste se puso a llorar. Sin variar su firme paso, la madre lo alzó y le dio de mamar; el bebé calló.

Los niños fueron los últimos, desde las chicas en plena pubertad y los muchachos adolescentes hasta el nivel de jardín de infancia. La última fue una niñita (¿nueve años? ¿ocho?) que conducía a su hermanito, con unos ojos como platos, de la mano. El niño podía tener quizá unos cuatro años e iba vestido únicamente con su piel.

Contemplé aquel chiquillo y supe con melancólica certeza que podía hacer el ridículo; era imposible echarse atrás. En una ocasión el niño tropezó, y su hermanita lo sujetó para evitar que cayera. Siguió adelante, con cortos y firmes pasos. Al otro extremo, alguien se inclinó para cogerlo y lo sacó del pozo alzándolo como una pluma.

Y ya era *mi* turno.

El intérprete me dijo:

-¿Comprende bien que la Oficina de Turismo de la Polinesia no acepta ninguna responsabilidad respecto a su seguridad, señor? Ese fuego puede quemarle, puede incluso matarle. Esa gente puede caminar con seguridad sobre él porque tiene fe.

Le aseguré que yo también tenía fe, mientras me preguntaba cómo podía ser un mentiroso tan cínico. Firmé el pliego de descargo que me presentó.

Demasiado pronto estaba de pie a un extremo del pozo, con los pantalones enrollados hasta las rodillas. Mis zapatos y mis calcetines y mi sombrero y mi billetera estaban en el otro extremo, aguardando sobre un taburete. Aquella era mi meta, mi premio; si no lo conseguía, ¿iban a repartírselo entre ellos? ¿O lo embarcarían para enviarlo a mis parientes más cercanos?

El intérprete estaba diciendo:

-Camine directamente por el centro. No se apresure, pero no se detenga tampoco. -El sumo sacerdote dijo algo; mi mentor escuchó, luego añadió-: Dice que no corra, aunque tenga la sensación de que se está quemando los pies. Porque puede tropezar y caer. Si ocurre esto, es posible que nunca vuelva a levantarse. Quiere decir que puede morir. Debo añadir que probablemente no moriría..., a menos que respirase usted llamas. Pero seguro que se quemaría de una forma terrible. Así que no se apresure *y* no caiga. Ahora, ¿ve esa roca plana que tiene ahí debajo? Ese es su primer paso. *Que le bon Dieu vous garde.* Buena suerte.

-Gracias. -Alcé la vista a la Autoridad En Todo, que estaba sonriendo como un devorador de cadáveres, si es que los devoradores de cadáveres sonríen alguna vez. Le hice un falso y jactancioso gesto de saludo y di mi primer paso.

Había dado ya tres pasos antes de darme cuenta de que no sentía absolutamente nada. Luego empecé a sentir algo: miedo. Un miedo enorme y estúpido y un deseo loco de estar en Peoría. O incluso en Filadelfia. En vez de solo en aquella enorme extensión desnuda y fundente. El otro extremo del pozo estaba a una buena manzana de distancia. Quizá más lejos aún. Pero seguí andando torpemente mientras esperaba que aquella entumecedora parálisis no me hiciera caer antes de alcanzarlo.

Me sentí como sofocado y descubrí que había estado conteniendo el aliento. Así que lo expulsé e inspiré de nuevo..., e inmediatamente lo lamenté. Sobre un pozo de fuego tan enorme como aquél hay humo y gases y anhídrido carbónico y monóxido de carbono y algo más que puede que sea el aliento de Satanás, pero no el oxígeno suficiente. Expulsé con ojos lloriqueantes y la garganta ardiendo todo lo que acababa de inspirar, e intenté calcular si podía alcanzar el otro extremo sin volver a tomar aire.

¡Que el cielo me ayude, no podía *ver* el otro extremo! El humo trazaba volutas ascendentes y yo apenas podía abrir los ojos y mucho menos enfocarlos. De modo que seguí adelante, mientras intentaba recordar la fórmula de la confesión que uno hacía en el lecho de muerte para deslizarse después con la conciencia tranquila al otro mundo.

Quizá no existiera una tal fórmula. Notaba los pies raros y que mis rodillas empezaban a flaquear...

-¿Se siente bien, señor Graham?

Estaba tendido sobre la hierba y con los ojos alzados hacia un rostro oscuro y amistoso.

-Supongo que sí -respondí-. ¿Qué ocurrió? ¿Crucé el pozo?

-Por supuesto que lo hizo. De la más hermosa de las maneras. Pero se desvaneció usted apenas alcanzar el final. Nosotros estábamos allí y lo sujetados y lo izamos fuera. Pero dígame qué le ocurrió. ¿Se le llenaron los pulmones de humo?

-Quizá. ¿Me he quemado?

-No. Oh, puede que se le forme una ampolla en su pie derecho. Pero se mantuvo usted estupendamente. Todo el camino excepto ese desvanecimiento al final, que debió ser causado por el humo.

-Sospecho que sí. -Me senté, con su ayuda-. ¿Puede tenderme mis zapatos y mis calcetines? ¿Dónde están todos los demás?

-El autobús se marchó. El sumo sacerdote le tomó a usted el pulso y comprobó su respiración, pero no permitió que nadie le molestara. Si fuerzas a un hombre a despertarse cuando su espíritu todavía está vagando por ahí, lo único que puedes conseguir es que el espíritu no regrese nunca. Eso al menos es lo que él cree, y nadie se atreve a discutírselo.

-Yo tampoco pienso hacerlo; me siento estupendamente bien. ¿Pero cómo voy a volver al barco? -Ocho kilómetros de paraíso tropical pueden convertirse en algo aburrido después del primer kilómetro. A pie. Especialmente teniendo en cuenta que mis pies parecían

haberse hinchado un poco. De lo cual tenían amplios motivos.

-El autobús regresará a recoger a los nativos y llevarlos al barco que los traslada de vuelta a la isla donde viven. Entonces podrá dejarle en su barco. Pero podemos hacerlo mejor, si quiere. Mi primo tiene un coche. Él puede llevarle.

-Estupendo. ¿Cuánto me va a cobrar? -Los taxis en Polinesia son siempre carísimos, especialmente cuando los conductores te tienen a su merced. Pero se me ocurrió que podía permitirme el lujo de ser robado de parte de lo que había ganado con mi proeza. Trescientos pavos menos el coste del taxi. Tomé mi sombrero.

-¿Dónde está mi cartera?

-¿Su cartera?

-Mi billetera. La dejé dentro del sombrero. ¿Dónde está? Eso no tiene ninguna gracia; en ella iba todo mi dinero. Y mis tarjetas.

-¿Su dinero? *Oh! Votre portefeuille.* Lo siento; mi inglés no es perfecto. El oficial de su barco, el guía de su excursión, se hizo cargo de él.

-Fue muy amable por su parte. ¿Pero cómo voy a pagar a su primo? No llevo ningún franco encima.

Me dijo que esto ya estaba arreglado. El encargado de la excursión, dándose cuenta de que me dejaba atado de pies y manos llevándose mi billetera, había pagado por adelantado mi vuelta al barco. Mi amigo polinesio me llevó al coche de su primo y me presentó a éste..., no muy eficientemente, puesto que el inglés de su primo estaba estrictamente limitado a: «¡De acuerdo, jefe!», y nunca conseguí saber cuál era exactamente su nombre.

Su automóvil era un milagro hecho a base de alambres, cuerdas y fe. Partimos rugiendo a toda la velocidad que podía desarrollar el cacharro, asustando a los pollos y dejando atrás sin demasiada dificultad a las cabras pequeñas. No presté mucha atención a nada de aquello puesto que me sentía absorto por algo que había ocurrido justo antes de que nos fuéramos. Los indígenas estaban aguardando el regreso de su autobús; caminamos cruzando por entre ellos. O al menos empezamos a hacerlo. Fui besado. Fui besado por todos ellos. Yo ya había notado la costumbre polinesia de besarse en las ocasiones en que nosotros simplemente nos damos un apretón de manos, pero aquélla fue la primera vez que me ocurrió a mí.

Mi amigo me lo explicó:

-Caminó usted sobre su fuego, de modo que se ha convertido en miembro honorario de su poblado. Quieren matar un cerdo por usted. Celebrar una fiesta en su honor.

Intenté responder de modo no ofensivo explicándoles que tenía que volver a casa cruzando las grandes aguas, pero que regresaría algún día. Dios mediante. Finalmente conseguimos marcharnos.

Pero no era eso lo que me mantenía más pensativo. Cualquier juez imparcial hubiera tenido que admitir que soy razonablemente sofisticado. Soy consciente de que en algunos lugares no poseen los altos estándares morales de América y son descuidados respecto a las exhibiciones de indecencia. Sé que las mujeres polinesias acostumbraban a ir de un lado para otro desnudas de cintura para arriba hasta que llegó la civilización..., al menos eso fue lo que leí en el *National Geographic.*

Pero nunca esperé *verlo.*

Antes de que efectuara mi paseo sobre el fuego los indígenas iban vestidos como uno cabría esperar: faldellines de hierba, pero las mujeres con el pecho cubierto.

Pero cuando me dieron el beso de hola-adiós, no. No lo llevaban cubierto, quiero decir. Igual que en el *National Geographic.*

Aprecio la belleza femenina. Esas deliciosas diferencias, vistas bajo circunstancias apropiadas, con las cortinas convenientemente echadas, pueden ser deslumbrantes. Pero cuarenta y tantas de ellas (no, cuarenta exactas) son intimidantes. Vi más bustos femeninos

humanos de los que nunca había visto antes, en total y acumulativamente, en toda mi vida. La Sociedad Metodista Episcopal para la Moderación y la Moral se hubiera sentido absolutamente ultrajada ante aquel atrevimiento.

Si hubiera sido advertido con anterioridad estoy seguro de que hubiera disfrutado de la experiencia. Tal como fueron las cosas, todo resultó demasiado nuevo, demasiado rápido, demasiado. Tan sólo pude apreciarlo retrospectivamente.

Nuestro Rolls-Royce tropical se detuvo chirriando con ayuda del freno de mano, el freno de pie y la compresión de la primera marcha; alcé la vista y mi euforia se esfumó. Mi conductor anunció:

-¡De acuerdo, jefe!

Dije:

-Éste no es mi barco.

-¿De acuerdo, jefe?

-Me has llevado al muelle equivocado. Oh, parece que el muelle no está equivocado, pero el barco sí lo está. -De aquello estaba seguro. La motonave *Konge Knut* tenía los lados blancos, y superestructura, y una gallarda falsa chimenea. Este barco era casi todo rojo, con cuatro altas chimeneas negras. Tenía que ser un barco de vapor..., no diesel. Y enormemente anticuado.

-¡No, no!

-De acuerdo, jefe. *Votre vapeur! Voilá!*

-Non!

-De acuerdo, jefe. -Salió, rodeó el coche y abrió la portezuela del lado del pasajero, cogió mi brazo y tiró de él.

Me considero de naturaleza más bien robusta, pero su brazo se había visto endurecido por la natación, el trepar a los árboles en busca de cocos, el tirar de las redes y el sacar a los turistas que no querían salir de los coches. Salí.

Volvió a subir a su tartana, hizo un signo con la mano.

-¡De acuerdo, jefe! *Merci bien! Au 'voir!*-y desapareció.

Tras efectuar la elección de Hobson, subí la pasarela del extraño barco para averiguar, si era posible, lo que le había ocurrido al *Konge Knut.* Cuando llegué a bordo, el oficial de mar de guardia en la plancha saludó y dijo:

-Buenas tardes, señor Graham. El señor Nielsen dejó un paquete para usted. Un momento. -Alzó la tapa de su pequeño pupitre de guardia, extrajo un ancho sobre de papel color manila-. Aquí está, señor.

En el sobre estaba escrito: *A. L. Graham, camarote C109.* Lo abrí, encontré una billetera bastante usada.

-¿Está todo en orden, señor Graham?

-Sí, gracias. ¿Le dirá al señor Nielsen que lo he recibido? Y déle las gracias de mi parte.

-Así lo haré, señor.

Observé que aquella era la cubierta D, subí un tramo de escaleras y encontré la cabina C109.

No estaba todo en orden. Mi nombre no es «Graham».

II

Lo que fue, eso será,
y lo que se hizo se hará,
pues no hay nada nuevo bajo el sol.
Eclesiastés, 1:9

Gracias al cielo los barcos utilizan un sistema consistente de numeración. El camarote C109 estaba donde debería estar: en la cubierta C, en la parte delantera de estribor, entre el C107 y el C111; lo alcancé sin tener que preguntar a nadie. Probé la puerta; estaba cerrada con llave..., al parecer el señor Graham creía en las advertencias dadas por los sobrecargos acerca de cerrar las puertas, especialmente en los puertos.

La llave, pensé sombríamente, debe estar en el bolsillo de los pantalones del señor Graham. ¿Pero dónde está el señor Graham? ¿A punto de atraparme husmeando en su puerta? ¿O está husmeando en mi puerta en el mismo momento en que yo estoy husmeando en la suya?

La posibilidad de que una llave determinada encaje en una puerta distinta es pequeña, pero no nula. Tenía en el bolsillo la llave de mi camarote del *Konge Knut.* La probé.

Bien, de todos modos había valido la pena intentarlo. Permanecí allí inmóvil, dudando entre estornudar o caerme muerto, y de pronto oí una dulce voz a mis espaldas:

-¡Oh, señor Graham!

Una mujer joven y hermosa con uniforme de camarera... Corrección: con uniforme de azafata de a bordo. Avanzó directamente hacia mí, tomó una llave maestra que llevaba colgada de una cadenita de su cinturón, abrió el C109 y dijo:

-Margrethe me pidió que le buscara. Me dijo que había olvidado usted la llave de su camarote sobre la mesa. La dejó donde estaba pero me dijo que le buscara y le abriera la puerta.

-Es muy amable por su parte, señorita, esto...

-Soy Astrid. Me ocupo de los camarotes gemelos del lado de babor, de modo que Marga y yo nos cubrimos las suplencias. Marga ha bajado a tierra esta tarde. -Mantuvo la puerta abierta para mí-. ¿Está todo bien, señor?

Le di las gracias y se fue. Cerré la puerta y eché el cerrojo interior, me dejé caer en un sillón, y dejé que me invadieran los estremecimientos.

Diez minutos más tarde me puse en pie, fui al cuarto de baño y me eché agua fría sobre rostro y ojos. No había resuelto nada y no me había calmado por completo, pero mis nervios ya no estaban agitándose como una bandera en medio de una tormenta de viento. Había estado conteniéndome desde que había empezado a sospechar que algo iba terriblemente mal, lo cual había sido... ¿cuando? ¿Cuando nada había parecido ir como correspondía en el pozo de fuego? ¿Más tarde? Bien, con toda seguridad cuando vi un barco de 20.000 toneladas sustituido por otro.

Mi padre acostumbraba a decirme: «Alex, no hay nada malo en sentirse asustado..., siempre y cuando no dejes que te afecte hasta que el peligro haya pasado. Ponerse histérico está también bien..., después y en privado. Las lágrimas tampoco están mal..., en el cuarto de baño y con la puerta cerrada. La diferencia entre un cobarde y un valiente estriba principalmente en un asunto de sincronización.»

Yo no soy el hombre que era mi padre, pero intento seguir su consejo. Si pueden aprender ustedes a no dar un salto cuando estalla el petardo -o cualquier otra cosa que constituya la sorpresa-, tendrán muchas posibilidades de ser capaces de resistir todo lo que se les presente hasta que haya pasado la emergencia.

Esta emergencia aún no había pasado, pero yo me había beneficiado de la catarsis de un buen acceso de estremecimientos. Ahora podía resistir todo lo que se me presentara.

Hipótesis:

a) Algo descabellado le había ocurrido al mundo en torno mío, o

b) Algo descabellado le había ocurrido a la mente de Alex Hergensheimer; debía hallarse encerrado y bajo sedación.

No podía pensar en ninguna tercera hipótesis; aquellas dos parecían cubrir todas las

bases. No valía la pena que perdiera el tiempo con la segunda hipótesis. Si estaba criando serpientes debajo de mi sombrero, finalmente alguien se daría cuenta y acudiría con una camisa de fuerza para llevarme a una hermosa habitación acolchada.

Así que supongamos que estoy cuerdo (o casi; estar un poco loco siempre es beneficioso). Si estoy en mi sano juicio, entonces es el mundo el que se ha descoyuntado. Así que analicemos los hechos.

Esa billetera. No es la mía. La mayor parte de las billeteras suelen ser similares, y aquella era muy parecida a la mía. Pero lleva una billetera unos cuantos días y se adaptará a ti; se convertirá en algo claramente tuyo. Supe inmediatamente cuando la vi que no era la mía. Pero preferí no decírselo a un oficial de mar que insistía en «reconocerme» como el «señor Graham».

Saqué la billetera de Graham y la abrí.

Varios cientos de francos...; los contaría más tarde.

Ochenta y cinco dólares en billetes..., de curso legal en los «Estados Unidos de Norteamérica».

Un permiso de conducir extendido a nombre de A. L. Graham.

Había otras cosas, pero llegué a una ventanilla en la misma billetera donde había insertado un aviso escrito a máquina y que me dejó frío:

> *Cualquiera que encuentre esta billetera puede quedarse con todo el dinero que contenga como recompensa si es tan amable de devolver la billetera a A. L. Graham, camarote C109, S.S. KONGE KNUT, Líneas Danesas Americanas, o a cualquier representante o agente de dichas líneas. Gracias. A. L. G.*

De modo que ahora sabía lo que le había ocurrido al *Konge Knut;* había sufrido un cambio radical.

¿O era *yo* quien lo había sufrido? ¿Era aquél un mundo realmente cambiado y en consecuencia el barco había cambiado también? ¿O se trataba de dos mundos y yo simplemente había cambiado de algún modo a través del fuego del primero al segundo? ¿O Alex Hergensheimer se había metamorfoseado en Alec Graham mientras la motonave *Konge Knut* se transformaba en el vapor *Konge Knut* (mientras la Unión Norteamericana se fundía en los Estados Unidos de Norteamérica) .

Buenas preguntas. Me alegro de que me las hayan formulado. Ahora, queridos alumnos, ¿hay más preguntas...?

Cuando yo iba a la escuela había una gran cantidad de revistas que publicaban historias fantásticas, no sólo historias de fantasmas y aparecidos sino relatos extraños de todo tipo. Naves mágicas surcando el éter hacia otras estrellas. Extraños inventos. Viajes al centro de la Tierra. Otras «dimensiones». Máquinas volantes. Energía de los átomos. Monstruos creados en laboratorios secretos.

Yo acostumbraba a comprarlas y las escondía dentro de los ejemplares de *El compañero del joven y El joven cruzado,* porque sabía instintivamente que mis padres las desaprobarían y confiscarían. Me encantaban, y lo mismo le ocurría a mi compinche Bert.

Eso no podía durar. Primero hubo un editorial en *El compañero del joven:* «Veneno para el alma... ¡arrojadlo fuera!». Luego nuestro pastor, el hermano Draper, predicó un sermón contra esa basura corruptora de la mente, con comparaciones a los efectos diabólicos de los cigarrillos y del alcohol. Luego nuestro estado prohibió tales publicaciones bajo los «estándares de la doctrina de la comunidad», antes incluso de que fueran dictadas a nivel nacional la ley y la orden ejecutiva paralelas.

Y un escondite «perfecto» que yo había practicado en nuestro desván desapareció. Y peor aún, las obras del señor H. G. Wells y del señor Julio Verne y algunos otros autores

desaparecieron de la biblioteca pública.

Hay que admirar los motivos de nuestros líderes espirituales y autoridades elegidas en su búsqueda de proteger las mentes de los jóvenes. Como señaló el hermano Draper, ya hay suficientes historias excitantes y llenas de aventuras en el Buen Libro para satisfacer las necesidades de cualquier chico y chica del mundo; simplemente no había ninguna necesidad de literatura profana. No estaba animando a que fueran censurados los libros para adultos, sólo aquellos destinados a jóvenes impresionables. Si las personas maduras deseaban leer toda esa basura fantástica, eran muy libres de hacerlo..., aunque él, sinceramente, no veía cómo ninguna persona adulta podía *desear* hacerlo.

Sospecho que yo era uno de aquellos «jóvenes impresionables»..., aún sigo echándolas en falta.

Recuerdo particularmente una del señor Wells: *Hombres como dioses.* Sus personajes estaban conduciendo un automóvil cuando se produce una explosión y se encuentran de repente en otro mundo, muy parecido al suyo propio pero mejor. Conocen a la gente que vive allí y hay una explicación acerca de universos paralelos y la cuarta dimensión y cosas así.

Ésa era la primera entrega. La ley «Proteged A Nuestra Juventud» fue aprobada inmediatamente después, de modo que las entregas sucesivas no me llegaron nunca.

Uno de mis profesores de inglés que se mostraba abiertamente opuesto a cualquier tipo de censura dijo en una ocasión que el señor Wells había inventado todos los temas fantásticos básicos, y citó esta historia como el origen del concepto de los universos múltiples. Tenía intención de preguntarle a ese profesor si sabía dónde podía conseguir yo un ejemplar del libro, pero decidí esperar a final del curso, cuando yo ya habría alcanzado legalmente la «edad madura»..., y aguardé demasiado; el comité académico sobre fe y moral votó contra mantener a un profesor de ideas tan liberales, y el hombre abandonó bruscamente el colegio antes de que terminara el curso.

¿Me había ocurrido algo parecido a lo que describía el señor Wells en *Hombres como dioses?* ¿Tenía el señor Wells el sagrado don de la profecía? Por ejemplo, ¿llegarían a volar alguna vez los hombres realmente hasta la Luna? ¡Ridículo!

¿Pero había algo más ridículo que lo que me había ocurrido a mí?

De hecho, allí estaba yo en el *Konge Knut* (aunque no era en absoluto *mi Konge Knut),* y el tablero de salidas junto a la plancha señalaba que zarparía a las 6 P.M.. Ya era media tarde, de modo que debía decidirme.

¿Qué hacer? Al parecer había perdido mi propio barco, la motonave *Konge Knut.* Pero la tripulación (parte de la tripulación) del vapor *Konge Knut* parecía dispuesta a aceptarme como el pasajero «señor Graham».

¿Seguir a bordo e intentar afrontar lo que fuera? ¿Qué ocurriría si Graham subía a bordo (¡en cualquier momento, dada la hora!) y me preguntaba qué estaba haciendo yo en su camarote?

¿O ir a tierra (como debería) y acudir a las autoridades con mi problema?

Alex, las autoridades coloniales francesas te recibirán con los brazos abiertos. Sin documentación, sólo lo que llevas puesto, sin dinero, ni un franco..., ¡y sin pasaporte! Oh, te recibirán con los brazos tan abiertos que te ofrecerán comida y cama gratis para el resto de tu vida... en una mazmorra con una buena reja de hierro.

Hay dinero en esa billetera.

¿Oh, sí? ¿Alguien ha oído hablar del Octavo Mandamiento? Ése es *su* dinero.

Pero resulta razonable que *él* caminara sobre el fuego al mismo tiempo que tú lo hacías también, pero en su lado, este mundo o lo que sea..., o de otro modo su billetera no hubiera estado aguardándote *a ti.* Ahora *él* tiene *tu* cartera. Eso es lógico.

Escucha, mi retrasado amigo, ¿consideras que la lógica tiene algo que ver con el maldito

apuro en el que nos vemos metidos?

Bueno...

¡Di algo!

No, realmente no. Entonces, ¿qué hay con todo esto?

Quédate tranquilamente sentado en este camarota. Si se presenta Graham antes de que el barco zarpe, serás sacado a patadas, eso es seguro. Pero no estarás peor de lo que estarás si te marchas ahora. Si él *no* se presenta, entonces ocupa su lugar al menos hasta Papeete. Es una ciudad grande; tus posibilidades de enfrentarte a tu situación serán mucho mejores allí. Encontrarás cónsules y todo eso.

Bien, pues adelante, y que sea lo que Dios quiera.

Los barcos de pasajeros publican generalmente una especie de periódico diario para los pasajeros..., tan sólo una hoja o una doble hoja llena con estremecedores artículos como «Habrá un simulacro de salvamento a las diez en punto de esta mañana. Se requiere a todos los pasajeros...» y «El campeonato de largos de piscina de ayer fue ganado por la señora de Ephraim Glutz, de Bethany, Iowa» y, normalmente, algunas noticias recogidas por el radio. Busqué a mi alrededor el periódico del barco y el «¡Bienvenido a bordo!». Este último es un librito (quizá con otro nombre) cuya finalidad es familiarizar al pasajero recién embarcado con el pequeño mundo del barco: nombres de los oficiales, horarios de las comidas, localización de la barbería, lavandería, comedores, tienda de regalos (bisutería, revistas, pasta dentífrica), cómo conseguir que a uno le despierten por la mañana, plano del barco por cubiertas, localización de los chalecos salvavidas, cómo encontrar el bote salvavidas que le corresponde a uno, cómo llegar a la mesa asignada...

«La mesa asignada» ¡Uf! Un pasajero que lleva a bordo más de un día no tiene que preguntar cuál es su mesa en el comedor. Es una de esas pequeñas cosas que se aprenden en seguida. Al menos yo las aprendo.

Bien, el librito del «Bienvenido a bordo» estaba metido en el cajón de la mesa de Graham. Lo hojeé rápidamente, con una nota mental de memorizar todos los factores clave antes de abandonar el camarote -si seguía aún a bordo cuando el barco zarpase-, y lo dejé a un lado, porque había encontrado el periódico del barco.

Se llamaba *The King's Skald, y* Graham, bendito fuera, los había ido conservando todos desde el día que subiera por primera vez al barco... en Portland, Oregon, según deduje por el lugar y la fecha del encabezamiento del ejemplar más antiguo. Eso sugería que Graham se había apuntado a todo el crucero, lo cual podía ser importante para mí. Había esperado regresar tal como había llegado, por avión..., pero, aunque el dirigible de línea *Admiral Moffett* existiera en este mundo o dimensión o lo que fuera, yo ya no tenía billete para él ni dinero para adquirir uno. ¿Qué le hacen esos colonos franceses a un turista que no tiene dinero? ¿Lo queman en la estaca? ¿O simplemente lo arrastran y lo descuartizan? No quería saberlo. El billete de Graham para todo el circuito (si realmente lo había sacado) podía evitarme el tener que averiguarlo.

(Si él no se presentaba dentro de la siguiente hora y me hacía sacar del barco a patadas.)

No había tomado en consideración el quedarme en la Polinesia. Ser un vagabundo sin un centavo en Bora-Bora o Moorea puede que resultara algo práctico hace un centenar de años, pero hoy lo único gratis que hay en esas islas es una enfermedad contagiosa.

Parecía muy probable que en América me sintiera tan extraño y miserable como aquí, pero de todos modos tenía la sensación de que me sentiría mucho mejor en mi tierra nativa. Bueno, en la tierra nativa de Graham.

Leí algunas de las noticias recogidas por la radio pero no pude sacarles ningún sentido, de modo que las dejé a un lado para un estudio posterior. Lo poco que aprendí de ellas no

resultó nada confortable. Había acariciado profundamente una ilógica esperanza de que todo aquello no resultara ser más que una estúpida confusión que pronto iba a resolverse (no me pregunten cómo). Pero esos nuevos datos terminaron con todas las esperanzas.

Quiero decir, ¿qué tipo de mundo es ése en el que el «presidente» de Alemania visita Londres? En mi mundo el kaiser Guillermo IV gobierna el Imperio Alemán. Un «presidente» para Alemania suena tan ridículo como un «rey» para Norteamérica.

Éste puede que fuera un mundo agradable... pero *no* era el mundo en el cual yo había nacido. No tras leer todas aquellas extrañas noticias.

Mientras dejaba a un lado el archivo de los *The King's Skald* de Graham, observé en la primera hoja del de hoy el atuendo prescrito para la cena: «Formal».

No me sorprendió: el *Konge Knut* en su otra encarnación como motonave era muy formal. Si el barco seguía los mismos criterios, se esperaba al menos corbata negra. Si no la llevabas, los demás no tardaban en hacerte tener la sensación de que hubieras debido quedarte a cenar en tu camarote.

Yo no tengo ningún smoking; nuestra iglesia no anima las vanidades. Había llegado a un compromiso poniéndome un traje de sarga azul en las cenas de ceremonia, con una camisa blanca y una pajarita negra. Nadie había dicho nada. No importaba, de todos modos era un ser inferior, puesto que había subido al barco en Papeete.

Decidí comprobar si el señor Graham era propietario de algún traje oscuro. Y de una corbata negra.

El señor Graham era propietario de montones de trajes, muchos más que yo. Probé una chaqueta de sport: me iba perfectamente. ¿Pantalones? El largo parecía correcto; no estaba seguro respecto a la cintura... y me sentía demasiado tímido para probarme uno y correr el riesgo de ser atrapado por Graham con una pierna en sus pantalones. ¿Qué dice uno en esas circunstancias? ¡Hey, hola! Estaba esperándole y como no tenía nada que hacer mataba el tiempo probándome sus pantalones. No era muy convincente.

Tenía no uno sino dos smokings, uno negro convencional y el otro rojo oscuro... Nunca había oído hablar de tales veleidades.

Pero no descubrí ninguna corbata de esas que vienen con el nudo ya hecho y una gomita.

Tenía corbatas negras y pajaritas, varias. Pero yo nunca he aprendido a hacerme el nudo.

Inspiré profundamente y pensé en todo aquello.

Llamaron a la puerta. No salté fuera de mi piel, pero casi.

-¿Quién es? -(Sinceramente, señor Graham, precisamente estaba esperándole.)

-La camarera, señor.

-Oh. ¡Pase, pase!

Oí tantear su llave, y salté a abrir el cerrojo interior.

-Lo siento, había olvidado que corrí el cerrojo. Entre.

Margrethe resultó tener más o menos la edad de Astrid, quizá un poco más joven, y más hermosa también, con pelo pajizo y pecas en torno a la nariz. Hablaba un correcto inglés de libro de texto con un acento encantador. Llevaba una chaqueta corta blanca en un colgador.

-Su chaqueta, señor. Karl dice que la otra estará lista mañana.

-Bien, gracias, Margrethe. Lo había olvidado.

-Así lo pensé. Por eso volví a bordo un poco antes..., la lavandería estaba cerrando. Me alegra haberlo hecho: hace demasiado calor para que lleve usted negro esta noche.

-No hubiera debido hacerlo; me está mimando demasiado.

-Me gusta cuidar bien a los pasajeros a mi cargo. Como usted sabe bien. -Colgó la

chaqueta en el guardarropa, se volvió para irse-. Volveré a hacerle el nudo. ¿A las seis y media como siempre, señor?

-A las seis y media está bien. ¿Qué hora es en este momento? -(Maldición, mi reloj se había perdido para siempre allá donde se hubiera desvanecido la motonave *Konge Knut;* no me lo había llevado a tierra.)

-Casi las seis. -Vaciló-. Le dejaré fuera su ropa antes de irme; no va a tener mucho tiempo.

-¡Mi querida muchacha! Esto no forma parte de sus obligaciones.

-No, es un placer hacerlo. -Abrió un cajón, sacó una camisa de etiqueta, la colocó encima de mi cama... de la de Graham-. Y usted sabe por qué. -Con la rápida eficiencia de una persona que sabe exactamente dónde está cada cosa, abrió un pequeño cajón de la mesa que yo no había tocado, extrajo una caja de piel y de ella sacó, dejándolo junto a la camisa, un reloj, un anillo y unos gemelos, que metió en los puños de la camisa, colocó ropa interior limpia y unos calcetines de seda sobre la almohada, situó unos escarpines de etiqueta junto a la silla con un calzador asomando por uno de ellos, tomó del guardarropa aquella chaqueta corta, que colgó de la parte frontal junto con unos pantalones negros (con los tirantes puestos) y una faja rojo oscuro. Miró el conjunto, añadió un cuello de pajarita, una pajarita negra y un pañuelo de bolsillo a lo alineado en la almohada..., echó otra ojeada al conjunto, colocó la llave de la habitación y la billetera junto al anillo y el reloj..., miró de nuevo, asintió-. Debo irme aprisa o me perderé la cena. Volveré para el nudo. -Y se fue, no corriendo pero sí muy aprisa.

Margrethe tenía tanta razón. Si no me lo hubiera dejado todo dispuesto, aún estaría debatiéndome para vestirme por mí mismo. Sólo aquella camisa ya me hubiera detenido; era del tipo que se abrochan por la espalda desde arriba hasta abajo. Nunca había llevado ninguna.

Gracias al cielo Graham utilizaba una marca normal de maquinilla de afeitar. A las seis y cuarto ya había retocado mi afeitado matutino, duchado (¡necesario!) y lavado todo el humo que aún estaba prendido de mi pelo.

Sus zapatos me iban como si me los hubiera comprado yo mismo. Sus pantalones me apretaban un poco en la cintura: un barco danés no es un lugar donde perder peso, y yo había permanecido una quincena en la motonave *Konge Knut.* Estaba luchando aún con los malditos botones traseros de la camisa cuando Margrethe entró utilizando su propia llave maestra.

Avanzó directamente hacia mí, dijo: «Quédese quieto», y abrochó rápidamente los botones a los que yo no podía llegar. Luego colocó aquel diabólico cuello de pajarita en los botones del cuello de la camisa, y pasó la cinta de la pajarita en torno a mi cuello.

-Vuélvase, por favor.

Hacer como corresponde el nudo de la pajarita requiere magia. Ella sabía el encantamiento.

Me ayudó a ponerme la faja, sujetó la chaqueta para mí, me dio un vistazo general y anunció:

-Hará efecto. Y me siento orgullosa de usted; en la cena las chicas hablaban de usted. Me gustaría que lo vieran. Es usted muy valiente.

-No valiente. Estúpido. Hablé cuando hubiera debido quedarme callado.

-Valiente. Ahora debo irme... dejé a Kristina guardándome una tarta de cerezas. Pero si me entretengo demasiado alguien se la comerá.

-Entonces corra. ¡Y gracias por su ayuda! Apresúrese y salve esa tarta.

-¿No va usted a pagarme?

-Oh. ¿Qué pago le gustaría?

-¡No se burle de mí! -Se acercó unos centímetros, alzó su rostro. No sé mucho de chicas (¿hay alguien que sepa?), pero algunos signos están escritos con mayúsculas. La tomé por los hombros, la besé en ambas mejillas, dudé sólo el tiempo suficiente para asegurarme de que no se mostraba ni disgustada ni sorprendida, y entonces puse otro directamente en el centro. Sus labios eran plenos y cálidos.

-¿Era ése el pago que tenía en mente?

-Sí, por supuesto. Pero puede besar usted mejor que eso. Sabe que puede. -Frunció su labio inferior en un gesto mohíno, luego bajó la vista.

-Sírvase usted misma.

Sí, puedo besar mejor que eso. O podía, en la época en que estaba más acostumbrado a besar. Dejando que Margrethe llevara la batuta y cooperando de corazón en lo que ella pensaba que era un beso mejor, aprendí mucho más sobre besos en los siguientes dos minutos de lo que había aprendido en toda mi vida hasta entonces.

Mis oídos rugieron.

Por un momento después de separarnos ella permaneció muy inmóvil entre mis brazos y alzó seriamente la vista hacia mí.

-Alec -dijo suavemente-, ésa es la forma mejor en que nunca me ha besado. Dios mío. Tengo que apresurarme o voy a hacerle llegar tarde a la cena. -Se deslizó de entre mis brazos y se marchó como hacía siempre, sin correr pero muy aprisa.

Me inspeccioné en el espejo. Ninguna marca. Un beso tan empático no deja señales.

¿Qué tipo de persona era este Graham? Podía llevar sus ropas... ¿pero podía hacerme cargo también de su mujer? ¿O era él quien pertenecía a ella? Cualquiera sabía... Yo no. ¿Se trata de un libertino, un tenorio? ¿O me había metido en medio de un perfectamente hermoso y en cierto modo indiscreto romance?

¿Cómo caminar de nuevo cruzando un pozo de fuego?

¿Y deseaba realmente hacerlo?

Ve a popa hasta la escalera principal, luego desciende dos cubiertas y ve a popa de nuevo... eso es lo que mostraban los planos del barco.

Ningún problema. Un hombre en la puerta del comedor, vestido de una forma muy parecida a mí pero con un menú bajo el brazo, tenía que ser el maitre, el jefe de camareros del comedor. Confirmó mi suposición con una gran sonrisa profesional.

-Buenas noches, señor Graham.

Hice una pausa.

-Buenas noches. ¿Qué es esto acerca de un cambio en la disposición de los sitios? ¿Dónde tengo que sentarme esta noche? -(Si agarras al toro por los cuernos, al menos consigues confundirlo.)

-No es un cambio permanente, señor. Mañana estará usted de vuelta a la mesa catorce. Pero esta noche el capitán ha pedido que se siente usted en su mesa. Si quiere seguirme, señor.

Me condujo a una mesa enorme en el centro de la estancia, empezó a sentarme a la derecha del capitán... y el capitán se puso en pie y empezó a aplaudir, los demás en la mesa siguieron su ejemplo, y al cabo de poco todo el mundo en el comedor (o así parecía) estaba de pie y aplaudiendo, y algunos incluso vitoreando.

Aprendí dos cosas en aquella cena. Primero, resultaba claro que Graham había efectuado la misma estúpida machada que yo (pero seguía sin estar claro si había uno de nosotros o dos de nosotros... decidí postergar esa cuestión).

Segundo, pero de mayor importancia: nunca beban aquavit Aalborg muy frío con el

estómago vacío, especialmente si están acostumbrados al White Ribbon como yo.

III

Pendenciero es el vino,
tumultuosa la bebida embriagadora..
Proverbios, 20:1

No culpo al capitán Hansen. He oído que esos escandinavos ponen etanol en su sangre como anticongelante, contra sus largos y duros inviernos, y en consecuencia no pueden comprender a la gente incapaz de soportar las bebidas fuertes. Aparte esto, nadie me sujetó por los brazos, nadie apretó mi nariz, nadie me obligó a tragar por la fuerza el alcohol. Lo hice todo por mí mismo.

Nuestra iglesia no mantiene la doctrina de que la carne es débil y en consecuencia el pecado es humanamente comprensible y perdonable con facilidad, el pecado puede perdonarse pero a duras penas, y primero hay que atraparlo. El pecado debe sufrir.

Descubrí parte de este sufrimiento. Me dijeron que se llama resaca.

Así es como lo llamaba el borrachín de mi tío. El tío Ed sostenía que ningún hombre puede practicar la moderación hasta que no ha dado pleno curso a la inmoderación... De otro modo, cuando la tentación se abra camino, no sabrá cómo manejarla.

Quizá yo demostré el punto de vista del tío Ed. Estaba considerado una mala influencia en torno a nuestra casa y, de no haber sido el hermano de mi madre, papá no le hubiese permitido entrar en ella. De todos modos, nunca fue alentado a quedarse más tiempo del necesario, como tampoco se le invitó nunca a volver.

Antes de que me sentara a la mesa, el capitán me ofreció un vaso de aquavit. Los vasos usados para eso no son grandes; son bastante pequeños..., y ésa es la parte engañosa del peligro.

El capitán tenía un vaso de esos en la mano. Me miró directamente a los ojos y dijo:

-¡A la salud de nuestro héroe! *¡Skaal!* -Y echó la cabeza hacia atrás y bebió su contenido de un tirón.

Hubo ecos del *¡Skaal!* en toda la mesa, y todo el mundo pareció apurar el contenido de sus vasos de un trago como el capitán.

Yo les imité. Podría decir aquí que el ser invitado de honor trae consigo ciertas obligaciones, que «Cuando en Roma estuvieres...» y todo eso. Pero la verdad es que no tenía la fuerza de voluntad necesaria para negarme. Me dije a mí mismo: «Un vasito no va a hacerte ningún daño», y lo bebí de un trago.

Ningún problema. Bajó suavemente. Una agradable y helada sensación, luego un regusto aromático con un ligero sabor a regaliz. No sabía lo que estaba bebiendo, pero no estaba seguro de que fuera alcohólico. No parecía serlo.

Nos sentamos, y alguien puso comida delante de mí, y el camarero del capitán me llenó otro vaso de schnapps. Iba a empezar a mordisquear la comida, entremeses daneses y deliciosos bocados de smorgasbord, cuando alguien apoyó una mano en mi hombro.

Alcé la vista. El Hombre Que Había Viajado Mucho...

Con él estaban la Autoridad y el Escéptico.

No con los mismos nombres. Fuera quien fuese (o lo que fuese) el que estaba jugando con mi vida, no había ido tan lejos. «Gerald Fortescue» era ahora «Jeremy Forsyth», por ejemplo. Pero pese a las ligeras diferencias no tuve ningún problema en reconocer a cada uno de ellos, y sus nuevos nombres eran lo suficientemente parecidos a los antiguos como para demostrar que alguien (o algo) estaba continuando con el chiste.

(Entonces, ¿por qué mi nuevo nombre no se parecía a «Hergensheimer»? «Hergensheimer» tenía dignidad propia, una resonante grandeza. Graham es un nombre vulgar.)

-Alec -dijo el señor Forsyth-, le juzgamos mal. Duncan y yo y Pete nos sentimos felices de admitirlo. Aquí están los tres mil que le debemos, y... -Retiró su mano derecha de mi hombro, mostró una botella- el mejor champán del barco como muestra de nuestra estima.

-¡Camarero! -dijo el capitán.

Poco después el camarero estaba dando la vuelta a la mesa, sirviendo copas. Pero antes de eso me descubrí de nuevo de pie, brindando *¡Skaal!* con aquavit tres veces, una para cada uno de los perdedores, mientras mi otra mano aferraba tres mil dólares (dólares de los Estados Unidos de Norteamérica). Entonces no tuve tiempo de preguntarme por qué trescientos se habían convertido en tres mil..., además, no era tan extraño como lo que le había ocurrido al *Konge Knut.* A los dos. Y mis circuitos de preguntas estaban sobrecargados, de todos modos.

El capitán Hansen dijo a su azafata que dispusiera sillas en la mesa para Forsyth y compañía, pero los tres insistieron en que sus esposas y sus compañeros de mesa esperaban su vuelta. Aparte, no había sitio. Eso no importaba de todos modos al capitán Hansen. Es un vikingo, de la mitad del tamaño de una casa; dadle un martillo y será confundido con Thor..., tiene músculos donde otros hombres ni siquiera tienen lugar. Es muy difícil discutir con él.

De modo que llegó jovialmente a un compromiso. Podían volver a sus mesas y terminar sus cenas, pero antes debían unirse a él y a mí en un brindis a Shadrach, Meshach y Abed-nego, los ángeles guardianes de nuestro camarada de a bordo Alec. De hecho, toda la mesa debía unirse al brindis.

-¡Camarero!

Así que dijimos *¡Skaal!* otras tres veces, mientras derramábamos anticongelante danés sobre nuestras amígdalas.

¿Han llevado ustedes la cuenta? Eso hace siete, creo. Pueden dejar de seguir contando, puesto que ahí es donde yo también perdí la cuenta. Estaba empezando a sentir el mismo torpor que había sentido a medio camino de cruzar el pozo de fuego.

El camarero había terminado de servir el champán, y había renovado sus provisiones a un gesto del capitán. Entonces fue el momento de brindar de nuevo por mí, y yo devolví el cumplido a los tres perdedores, luego todos brindamos por el capitán Hansen, y después por el buen viejo barco *Konge Knut.*

El capitán brindó por los Estados Unidos y toda la estancia en pleno se puso en pie y bebió con él, de modo que me sentí obligado a devolver el honor brindando por la reina danesa, y eso trajo un nuevo brindis en mi honor, y el capitán me pidió que hiciera un discurso.

-¡Cuéntenos qué se siente al hallarse en medio de un fiero horno!

Intenté negarme, y hubo gritos de «¡Que hable! ¡Que hable!» a todo mi alrededor.

Me puse en pie no sin cierta dificultad, intenté recordar el discurso que había pronunciado en la cena fundacional de las últimas misiones. Me eludió. Finalmente dije:

-Oh, bueno, no fue nada. Simplemente peguen su oído al suelo y su hombro a la rueda y sus ojos a las estrellas y ustedes también podrán hacerlo. Gracias, gracias a todos, y la próxima vez pueden venir a mi casa.

Vitorearon de nuevo y skaalamos otra vez, he olvidado por qué, y la dama a la izquierda del capitán se puso en pie y se acercó y me beso, a raíz de lo cual todas las damas en la mesa del capitán se arracimaron a mi alrededor y me besaron también. Aquello pareció inspirar a las demás damas del salón, porque hubo una constante procesión que acudía a reclamar de mí el ósculo reglamentario, y normalmente aprovechaban la circunstancia, ya

que estaban puestas, para besar también al capitán, o quizá fuera al revés.

Durante este desfile alguien retiró un bistec que tenía frente a mi sitio y para el que tenía planes muy concretos. De todos modos no lo eché mucho en falta, porque aquella interminable orgía de besuqueo me tenía entre asombrado y desconcertado, casi con el mismo asombro y desconcierto que me habían ocasionado las mujeres indígenas de la caminata por el fuego.

Mucho de aquel desconcierto empezó cuando di el primer paso dentro del comedor. Déjenme decirlo de este modo: mis colegas pasajeras, las mujeres, realmente hubieran merecido figurar a todo color en las páginas del *National Geographic.*

Sí. Tal como suena. Bueno, quizá no por completo, pero lo que llevaban las hacía aparecer más desnudas que aquellas amistosas indígenas. No voy a describir esos «trajes formales de ceremonia» porque no estoy seguro de que pudiera..., y *estoy* seguro de que no debería. Pero ninguno de ellos cubría más allá de un veinte por ciento de lo que las damas mantienen normalmente cubierto en las reuniones de etiqueta en el mundo donde me crié. Por encima de la cintura, quiero decir. Sus faldas, largas, algunas barriendo el suelo, llevaban sin embargo las rajas y los cortes más sorprendentes en los más insospechados lugares.

Algunas de las damas llevaban la parte superior de sus trajes que les cubrían todo..., pero el material era tan transparente como el cristal. O casi.

Y algunas de las damas más jóvenes, en realidad muchachas, pertenecían realmente al *National Geographic,* como mis indígenas. De alguna forma, aquellas damas más jóvenes no parecían en absoluto tan inmodestas como sus mayores.

Había observado esa exhibición casi en el mismo momento en que entré en el comedor. Pero intenté no mirar, y el capitán y los demás me mantuvieron al principio tan ocupado que realmente no tuve tiempo de lanzar ninguna ojeada a la increíble exhibición. Pero, miren..., cuando una dama se te acerca y te rodea el cuello con los brazos e insiste en besarte, es difícil *no* observar que no lleva sobre su pecho lo suficiente para resguardarla de una pulmonía. U otras afecciones pulmonares.

Pero mantuve bien tensas las riendas de mí mismo pese al creciente torpor y aturdimiento.

Pero ni siquiera la piel desnuda me sorprendió tanto como las palabras desnudas..., un lenguaje que jamás había oído en público en mi vida y muy raras veces en privado, e incluso solamente entre hombres. «Hombres», digo, porque los caballeros no hablan de esa forma ni siquiera cuando no hay damas presentes..., en el mundo que yo conocí.

Lo más chocante que me ocurrió nunca en mi adolescencia fue un día cruzando la plaza del pueblo y observando una multitud que se había reunido en el lado de penitencia del tribunal, acercándome a ver quién estaba allí... y descubriendo a mi jefe de exploradores en la picota. Casi me desvanecí.

Su ofensa había sido lenguaje profano, o al menos eso nos decía el cartel en su pecho. El acusador era su propia esposa; él no lo había negado y así se había arrojado directamente en manos del tribunal... El juez era el diácono Brumby, que ni siquiera conocía la palabra.

El señor Kirk, mi jefe de exploradores, abandonó el pueblo dos semanas más tarde y nadie volvió a verle nunca... Ser expuesto en la picota solía tener ese efecto sobre los hombres. No sé qué mal lenguaje había empleado al señor Kirk, pero no pudo haber sido tan malo, puesto que el diácono Brumby solamente pudo tenerlo expuesto un día, del amanecer al anochecer.

Aquella noche en la mesa del capitán en el *Konge Knut* oí a una dulce dama del tipo abuela preferida dirigirse a su esposo con una retahíla de palabras prohibidas que implicaban blasfemia y una serie de actos sensuales criminales. Si hubiera hablado de esta

forma en público en mi pueblo natal hubiera recibido el máximo de exposición en la picota, seguido por la ignominia de ser expulsada a rastras del pueblo. (Nuestro pueblo no utilizaba ya el alquitrán y las plumas; eso era considerado brutal.)

Sin embargo, aquella querida dama en el barco ni siquiera fue reprendida de palabra de la forma más suave. Su esposo se limitó a sonreír y le dijo que se estaba preocupando demasiado.

Entre esa sorprendente forma de hablar, la increíble exhibición inmodesta y los efectos de dos tipos de extrañas y engañosas pociones generosamente administradas, me sentí absolutamente confuso. Siendo como era extranjero en tierra extraña, me vi abrumado por las nuevas y chocantes costumbres. Pero durante todo ese tiempo me aferré a la convicción de que debía aparecer como sofisticado, tranquilo y en absoluto sorprendido. No debía permitir que nadie sospechara que yo no era Alec Graham, pasajero de aquel barco, sino Alexander Hergensheimer, un total extraño..., o algo terrible podía ocurrir.

Estaba equivocado, por supuesto; algo terrible había ocurrido ya. De hecho era un total extraño en una tierra absolutamente desconocida y desconcertante..., pero no creo, en retrospectiva, que mi condición se hubiera vuelto peor si simplemente me hubiera levantado y hubiera anunciado en público mi problema.

No hubiera sido creído.

¿Quién lo hubiera sido? Yo mismo tenía problemas en creerme.

El capitán Hansen, un hombre amable y atento, hubiera estallado en carcajadas ante mi «chiste» y hubiera insistido en otro brindis. Caso de persistir yo en mi «ilusión», hubiera hecho que el doctor del barco hablase conmigo.

En consecuencia, me salí mejor de aquella sorprendente velada aferrándome a la idea de que debía concéntrame en representar el papel de Alec Graham, sin dejar sospechar a nadie que era un suplantador, un huevo de cuclillo.

En aquellos momentos colocaron delante de mí una tajada de pastel princesa, una hermosa confección pastelera de muchas capas que recordaba del otro *Konge Knut,* y una tacita pequeña de café, y el capitán se levantó una vez más.

-¡Venga, Alec! Pasemos al salón; el espectáculo está a punto de empezar..., pero no puede hacerlo hasta que yo esté allí. ¡Así que vamos! No querrá comerse todo este dulce; no es bueno para usted. Puede tomar el café en el salón. Pero antes tomemos algunas bebidas de hombre, ¿eh? No esas niñerías. ¿Le gusta el vodka ruso?

Unió su brazo al mío. Descubrí que me estaba dirigiendo al salón. Mi voluntad no tenía nada que ver con ello.

Aquel espectáculo en el salón era una mezcla muy parecida a lo que había encontrado antes en la motonave *Konge Knut:* un mago que hacía cosas improbables pero no tan improbables como la que yo había hecho (¿o me habían hecho?), un envarado comediante de pie que hubiera estado mejor sentado, una hermosa chica que cantaba, y bailarines. Las principales diferencias eran dos a las que ya me había visto expuesto: la piel desnuda y las palabras desnudas, y por entonces me sentía ya tan atontado por la impresión de antes y el aquavit que esas pruebas adicionales de un mundo distinto tuvieron un efecto mínimo.

La chica que cantaba apenas llevaba ropa encima, y la letra de sus canciones le hubiera creado problemas incluso entre la gente de mal vivir de Newark, Nueva Jersey. O así creo; no tengo experiencia directa con un pozo de iniquidad tan notorio. Presté más atención a su apariencia, puesto que aquí no necesitaba desviar la mirada; se *espera* que uno mire a los actuantes.

Si uno admite de principio que las costumbres en el vestido pueden ser alocadamente distintas sin destruir el entramado de la sociedad (una posibilidad que no admito pero que estipularé), entonces creo que ayuda el que la persona que exhiba esas diferencias sea joven y saludable y agraciada.

La cantante era joven y saludable y agraciada. Sentí un hormigueo de pesar cuando abandonó los focos.

El acontecimiento más importante fue un grupo de bailarines tahitianos, y realmente no me sorprendió que fueran desnudos de cintura para arriba excepto algunos adornos de flores y conchas. Lo que me hubiera sorprendido habría sido lo contrario. Lo que sí me sorprendió (aunque supongo que no hubiera debido hacerlo) fue el subsiguiente comportamiento de los pasajeros.

Primero el grupo, ocho muchachas, dos hombres, bailaron para nosotros, una danza muy parecida a la que había precedido la caminata sobre el fuego de hoy, muy parecida a la que había presenciado cuando un grupo semejante había subido a bordo de la motonave *Konge Knut* en Papeete. Quizá sepan ustedes que el huía de Tahití difiere del lento y gracioso huía del reino de Hawaii por el hecho de producirse a un ritmo *mucho* más rápido del tambor y ser mucho más enérgico. No soy experto en las artes de la danza, pero al menos he visto ambos estilos de huía en los lugares de donde era originario.

Prefiero el huía hawaiano, que vi cuando el *Count von Zeppelin* se detuvo en Hilo durante un día en su camino a Papeete. El huía tahitiano me da la impresión de un logro atlético más que de una forma de arte. Pero su energía y velocidad lo hacen mucho más sorprendente con el vestido o desvestido que llevaban esas muchachas nativas.

Todavía faltaba más. Tras una larga secuencia de danza que incluía el baile por parejas entre las muchachas y cada uno de los dos jóvenes, en el que hacían cosas que hubieran resultado sorprendentes incluso entre aves de corral (no dejé de esperar que el capitán Hansen detuviera el espectáculo), el maestro de ceremonias del barco o director del crucero avanzó unos pasos.

-Señoras y señores -anunció-, y demás intoxicadas personas de nacimiento irregular -(Me veo obligado a pulir su lenguaje)-. La mayoría de ustedes, ojeadores, y algún que otro perdiguero, han hecho buen uso de los cuatro días que nuestros bailarines han estado con nosotros para añadir el huía tahitiano a su repertorio. Dentro de poco van a tener la oportunidad de demostrar que han aprendido y de recibir los diplomas acreditándoles como auténticos papayas de Papeete. Pero lo que no saben ustedes es que otros en el buen viejo *Knut* han estado practicando también. ¡Maestro, adelante con la banda!

De detrás del escenario aparecieron danzando una docena más de bailarinas huía. Pero esas chicas no eran polinesias, esas chicas eran caucasianas. Iban vestidas auténticamente, faldas de hierba y collares, una flor en el pelo y nada más. Pero en vez del cálido color cobrizo, sus pieles eran blancas; la mayor parte de ellas eran rubias, y dos eran pelirrojas.

Eso constituye una diferencia. Por entonces yo estaba dispuesto a admitir que las mujeres polinesias iban correcta e incluso modestamente vestidas con sus atuendos nativos..., otros lugares, otras costumbres. ¿Acaso la Madre Eva no era también modesta en su simplicidad antes de la Caída?

Pero las mujeres blancas se hallan obscenamente fuera de lugar con el atuendo de los Mares del Sur.

Sin embargo, esto no me impidió contemplar la danza. Me sorprendió comprobar que aquellas muchachas bailaban la rápida y compleja danza tan bien (a mis ojos no expertos) como las chicas de las islas. Se lo hice notar al capitán.

-¿Han aprendido a bailar eso exactamente en sólo cuatro días?

Se echó a reír burlonamente.

-Aquellos que han embarcado con nosotros antes practican en cada crucero. Todas han practicado al menos desde San Diego.

En aquel momento reconocí a una de las bailarinas -Astrid, la dulce jovencita que me había permitido entrar en «mi» camarote-, y entonces comprendí por qué habían tenido tiempo e incentivos para practicar juntas: aquellas chicas formaban parte de la tripulación

del barco. La miré -de hecho *clavé* la mirada en ella- con más interés. Ella captó mi observación y sonrió. Como un bobalicón, un patán, en vez de devolverle la sonrisa aparté la mirada y enrojecí, e intenté disimular mi azaramiento tomando un largo trago de la bebida que encontré en mi mano.

Uno de los bailarines polinesios se situó girando frente a las muchachas blancas y llamó a una de ellas para realizar su danza en pareja. ¡Los cielos me asistan, eran Margrethe!

Me atraganté y no pude respirar. Era la más cegadoramente hermosa visión que hubiera contemplado en toda mi vida.

«Hete aquí hermosa, mi amor; hete aquí, eres hermosa; tienes ojos de paloma; tu pelo es vellocino.

»Tu ombligo es como una copa redonda que no desea licor; tu vientre es como manojo de trigo adornado con lilas.

»Tus dos pechos son como dos jóvenes corzos que fueran gemelos.

»Eres toda hermosa, mi amor; no hay imperfección en ti.»

IV

Pues no sale del polvo la iniquidad,
ni del suelo brota la desgracia,
ya que es el hombre quien la desgracia engendra,
como los hijos del relámpago levantan el vuelo.
Job, 5:6-7

Volví lentamente en mí y deseé no haberlo hecho; me sentía perseguido por la más terrible de las pesadillas. Cerré fuertemente los ojos contra la luz e intenté sumirme de nuevo en el sueño.

Los tambores nativos batían en mi cabeza; intenté ahogarlos tapándome los oídos.

Se hicieron más fuertes.

Renuncié, abrí los ojos y alcé la cabeza. Un error..., mi estómago se contrajo y mis oídos se estremecieron. Mis ojos no querían enfocarse, y aquellos tambores infernales estaban hendiendo mi cráneo.

Finalmente conseguí enfocar los ojos, aunque no enteramente. Miré a mi alrededor, descubrí que me hallaba en una habitación extraña, tendido en una cama y sólo medio vestido.

Aquello hizo que empezara a recuperarme. Una fiesta a bordo de un barco. Espíritus. Montones de espíritus. Ruido. Desnudez. El capitán con un faldellín de hierba, bailando entusiásticamente, y la orquesta manteniendo su ritmo. Algunas de las pasajeras llevando faldas de hierbas y algunas incluso menos que eso. Rasguear de bambú, retumbar de tambores.

Tambores...

No eran tambores lo que resonaba en mi cráneo; era el latir del peor dolor de cabeza de mi vida. ¿Cómo demonios les había permitido...?

Olvida el «les». Lo hiciste todo tú mismo, chico.

Sí, pero...

«Sí, pero.» Siempre el «sí, pero». Toda tu vida está llena de «Sí, pero». ¿Cuando vas a enderezarte y a asumir la completa responsabilidad de tu vida y de todo lo que te ocurra?

Sí, pero *esto* no es culpa mía. Yo no soy A. L. Graham. Ése no es mi nombre. Éste no es mi barco.

¿No lo es? ¿Estás seguro?

Por supuesto que lo estoy...

Me senté para sacudir de mi cabeza aquel mal sueño. Sentarme fue un error; la cabeza no se me cayó, pero un punzante dolor en la base de mi cuello se añadió inmediatamente al pulsar dentro de mi cráneo. Llevaba unos pantalones negros y aparentemente nada más, y me hallaba en un camarote desconocido que parecía estar oscilando lentamente.

Los pantalones de Graham. El camarote de Graham. Y aquella larga y lenta oscilación era la de un barco sin estabilizadores.

No es un sueño. O si lo es, no puedo sacudirme de él. Me hormigueaban los dientes, notaba extraños los pies. Estaba cubierto de sudor seco y me notaba pegajoso. Mis sobacos... ¿A quién se le ocurre pensar en los sobacos?

Mi boca necesitaba una buena limpieza con lejía.

Ahora lo recordaba todo. O casi todo. El pozo de fuego. Los indígenas. Las gallinas apartándose apresuradamente del camino. El barco que no era mi barco..., pero que lo era. Margrethe...

¡Margrethe!

Tus despechos son como dos jóvenes corzos... ¡Toda tú eres hermosa, mi amor!»

Margrethe entre las bailarinas, sus pechos tan desnudos como sus pies. Margrethe danzando con aquel abominable polinesio, dejándose sacudir por él...

¡No era extraño que me hubiera emborrachado!

¡Tranquilo, chico! Ya estabas borracho antes de eso. Todo lo que tienes contra ese muchacho nativo es que era él en vez de *tú.* Deseabas bailar tú con ella. Sólo que *tú* no sabes bailar.

El baile es una artimaña de Satanás.

¡Y tú no querrás conocerla!

«...como dos jóvenes corzos». ¡Sí! ¡Quiero!

Oí una suave llamada en la puerta, luego un resonar de llaves. Margrethe asomó la cabeza.

-¿Está despierto? ¡Bien! -Entró con una bandeja, cerró la puerta, avanzó hacia mí-. Beba esto.

-¿Qué es?

-Zumo de tomate, en su mayor parte. No discuta..., ¡bébalo!

-No creo que pueda.

-Sí, sí puede. Debe. Hágalo.

Lo olí, luego di un pequeño sorbo. Para mi sorpresa, no me produjo náuseas. Así que bebí un poco más. Tras un estremecimiento casi insignificante, bajó suavemente por mi garganta y se depositó sin alharacas en mi estómago. Margrethe me presentó dos pastillas.

-Tómeselas. Hágalas bajar con el resto del zumo de tomate.

-Nunca tomo medicinas.

Suspiró y dijo algo que no entendí. No era inglés. En absoluto.

-¿Qué ha dicho?

-Simplemente algo que mi abuela acostumbraba a decir cuando mi abuelo discutía con ella. Señor Graham, tómese estas pastillas. No son más que aspirinas, y las necesita. Si no coopera, voy a dejar de ayudarle. Yo... lo traspasaré a Astrid, y ella se encargará.

-No haga eso.

-Lo haré si sigue poniendo objeciones. Astrid le hará que se lo tome, estoy segura de que lo hará. Le cae usted bien..., me dijo que estuvo usted observando muy atentamente su baile ayer noche.

Acepté las pastillas, las tragué con el resto del zumo de tomate..., helado y muy

reconfortante.

-Lo hice hasta que la descubrí a usted. Desde entonces solamente la observé a usted.

Sonrió por primera vez.

-¿Sí? ¿Le gustó?

-Estaba usted hermosa. -(Y su baile era obsceno. Su impúdico traje y su comportamiento me impresionaron más de lo que nada me haya impresionado en mi vida. Lo odié..., ¡y desearía poder presenciarlo de nuevo en este mismo instante!)-. Estaba usted muy graciosa.

Su sonrisa formó hoyuelos en sus mejillas.

-Esperaba que le gustara, señor.

-Lo hizo. Ahora deje de amenazarme con Astrid.

-De acuerdo. Siempre que usted se porte bien. Ahora levántese y vaya a la ducha. Primero muy caliente, luego muy fría. Como una sauna. -Aguardó-. Arriba, he dicho. No voy a irme hasta que oiga correr esa ducha y vea el vapor asomando por debajo de la puerta.

-Me ducharé. Cuando usted se haya ido.

-Y la va a tomar templada, lo sé. Vamos, levántese, quítese esos pantalones y métase en la ducha. Mientras se ducha, yo le traeré la bandeja del desayuno. Apenas queda tiempo antes de que cierren el servicio para empezar a preparar la comida... de modo que no sigamos perdiéndolo. ¡Por favor!

-¡Oh, soy incapaz de tomarme ningún desayuno! No hoy. No. -Comida... Se me revolvió el estómago. Un pensamiento horrible.

-*Tiene* que comer. Bebió demasiado ayer noche, sabe que lo hizo. Si no come, se sentirá mal todo el día. Señor Graham, he terminado de atender a todos mis otros pasajeros, así que ahora estoy fuera de servicio. Voy a traerle su bandeja con el desayuno, luego voy a quedarme aquí y asegurarme de que se lo come. -Me miró fijamente-. Hubiera tenido que sacarle los pantalones cuando lo metí en la cama. Pero pesaba usted demasiado.

-¿Usted me metió en la cama?

-Ori me ayudó. El muchacho con el que bailé. -Mi rostro debió traicionar muchas cosas, porque se apresuró a añadir-: Oh, no le dejé que entrara en su camarote, señor. Lo desnudé yo misma. Pero necesitaba ayuda para subirle por las escaleras.

-No estaba criticando nada. -(¿Y luego bajó de nuevo a la fiesta? ¿Estaba él allí? ¿Bailó usted con él de nuevo? *«...los celos son tan crueles como la tumba; sus carbones son carbones de fuego...»* No tengo derecho)-. Les doy las gracias a ambos. Me siento avergonzado por las molestias que les ocasioné.

-Bueno... los hombres valientes beben a menudo demasiado una vez ha pasado el peligro. Pero no es bueno para usted.

-No, no lo es. -Salté de la cama, me dirigí al cuarto de baño, dije-: La pondré muy caliente. Se lo prometo. -Cerré la puerta y corrí el pestillo interior, terminé de desvestirme. (Así que me había emborrachado tan a fondo que un muchacho nativo había tenido que ayudarme a meterme en la cama. ¡Alex, eres un asqueroso! Y no tienes derecho a sentirte celoso de una hermosa muchacha. No eres su propietario, su comportamiento no es malo según los estándares de este lugar -dondequiera que esté-, y todo lo que ha hecho ha sido cuidarte como haría una madre. Esto no te da ningún derecho sobre ella.)

La gradué muy caliente, aunque casi abrasó al pobre viejo Alex. Pero la mantuve muy caliente hasta que mis terminaciones nerviosas parecieron cauterizadas..., luego la cambié bruscamente a fría, y chillé.

La mantuve fría hasta que dejé de notar el frío, luego la cerré y me sequé, tras abrir la puerta para dejar salir el aire cargado de humedad. Salí al camarote..., y de pronto me di cuenta de que me sentía maravillosamente. Ningún dolor de cabeza. Ninguna sensación de

que el mundo iba a terminarse al mediodía. Ninguna contracción en el estómago. Sólo hambre. Alex, nunca debes emborracharte de nuevo..., pero si lo haces, luego repite exactamente lo que Margrethe te ha dicho que hicieras. Tiene una cabeza lista sobre sus hermosos hombros, muchacho... apréciala.

Me puse a silbar y abrí el guardarropa de Graham.

Oí una llave en la puerta, agarré apresuradamente su bata de baño, conseguí ponérmela antes de que ella hubiera abierto la puerta. Tardó en hacerlo, cargada como iba con una pesada bandeja. Cuando me di cuenta de ello sujeté la puerta por ella. Depositó la bandeja, luego dispuso los platos y la comida sobre mi mesa.

-Tenía razón respecto a esa ducha tipo sauna -le dije-. Tuvo exactamente los efectos que predijo el doctor. O la enfermera, debería decir.

-Lo sé, era lo que mi abuela acostumbraba a hacer por mi abuelo.

-Una mujer lista. ¡Hey, eso huele bien! -(Huevos revueltos, tocino, cantidades exorbitantes de pastelillos daneses, leche, café..., un plato a un lado con quesos, *fladbrød,* y pequeños rizos de jamón y alguna fruta tropical que no pude identificar)-. ¿Qué era lo que su abuela acostumbraba a decir cuando su abuelo discutía con ella?

-Oh, a veces se ponía impaciente.

-Pero eso es algo que a usted no le ocurre nunca. Cuénteme.

-Bueno... Acostumbraba a decir que Dios creó a los hombres para probar el alma de las mujeres.

-Puede que tuviera razón. ¿Está usted de acuerdo con ella?

Su sonrisa volvió a formar hoyuelos.

-Creo que también tienen otros usos.

Margrethe limpió mi camarote y aseó el baño (de acuerdo, de acuerdo, el camarote *de Graham,* el baño *de Graham...,* ¿satisfechos?) mientras yo comía. Sacó unos pantalones, una camisa deportiva con un estampado isleño y unas sandalias para mí, luego retiró la bandeja y los platos mientras dejaba el café y el resto de la fruta. Le di las gracias mientras se iba, me pregunté si debía ofrecerle un «pago», y me pregunté también si realizaba esos servicios extras para otros pasajeros. Parecía improbable. Me di cuenta de que era incapaz de preguntárselo.

Cerré por dentro la puerta tras ella y procedí a registrar el camarote de Graham.

Llevaba sus ropas, dormía en su cama, respondía a su nombre... y ahora debía decidir si debía o no ir hasta el final y *ser* «A. L. Graham»..., o debía acudir a alguna autoridad (¿el cónsul americano?; si no, ¿quién?), admitir la suplantación y pedir ayuda.

Los acontecimientos estaban abrumándome. El *King Skald* de hoy señalaba que el vapor *Konge Knut* tenía previsto atracar en Papeete a las 3 de la tarde y partir hacia Mazatlán, México, a las 6 de la tarde. El sobrecargo notificó a todos los pasajeros que desearan cambiar francos en dólares que un representante del Banco de Papeete estaría en el barco, frente a la oficina del sobrecargo, desde el atraque hasta quince minutos antes de zarpar. El sobrecargo deseaba también notificar a los pasajeros que las deudas contraídas a bordo tales como el bar y las compras en las tiendas solamente podían ser pagadas en dólares, coronas danesas o mediante cartas de crédito reconocidas.

Todo muy razonable. Y turbador. Yo había esperado que el barco se detuviera en Papeete veinticuatro horas como mínimo. Atracar para una estancia de sólo tres horas parecía ridículo..., ¡apenas habrían tenido tiempo de amarrar los cabos cuando ya tendrían que empezar a soltarlos para zarpar! ¿Acaso el derecho de atraque mínimo no era siempre de veinticuatro horas?

Luego me recordé que el gobernar el barco no era asunto mío. Tal vez el capitán

estuviera aprovechando la ventaja de las pocas horas que quedaban libres entre la partida de un barco y la llegada de otro. O podían haber otras seis razones. Lo único que debía preocuparme era lo que yo podía conseguir entre las tres y las seis, y lo que *debía* conseguir entre ahora y las tres.

Cuarenta minutos de intensa búsqueda dieron como resultado lo siguiente:

Ropa: de todas clases..., ningún problema excepto un par de kilos de más en la cintura.

Dinero: los francos (debía cambiarlos) y los ochenta y cinco dólares de su billetera; tres mil dólares depositados en el cajón de la mesa que contenía la pequeña caja con el reloj, el anillo, los gemelos, etc., de Graham. Puesto que el reloj y las joyas habían sido devueltos a aquella caja, llegué a la conclusión de que Margrethe había recogido por mí el importe de aquella apuesta que yo (o Graham) había ganado a Forsyth y Jeeves y Henshaw. Se dice que el Señor vela por los locos y los borrachos; si es así, en mi caso actuó a través de Margrethe.

Varios otros artículos sin ninguna importancia para mi problema inmediato..., libros, recuerdos, pasta dentífrica, etc.

Ningún pasaporte.

Cuando una primera búsqueda no consiguió encontrar el pasaporte de Graham, volví a empezar de nuevo, esta vez registrando los bolsillos de todos los trajes colgados en su guardarropa y comprobando de nuevo con atención todos los lugares habituales y algunos no tan habituales donde puede ocultarse un librito del tamaño y grosor de un pasaporte.

Ningún pasaporte.

Algunos turistas son meticulosos acerca de conservar el pasaporte sobre sus personas cuando abandonan el barco. Yo prefiero no llevar mi pasaporte conmigo siempre que puedo evitarlo porque perder el pasaporte es un asunto peliagudo. El día antes no me llevé el mío... así que ahora mi pasaporte estaba quién sabía donde, allá donde se encontrara la motonave *Konge Knut.* ¿Y dónde era eso? Aún no había tenido tiempo de pensar en ello; estaba demasiado ocupado intentando integrarme en un mundo nuevo y extraño.

Si Graham se había llevado consigo su pasaporte ayer, entonces se encontraría ahora en la motonave *Konge Knut* con dos pasaportes, tras haber hecho también su acto de prestidigitación a través de la cuarta dimensión. Al menos, así era como estaba empezando a verlo.

Mientras echaba humo pensando en todo aquello, alguien deslizó un sobre por debajo de la puerta del camarote.

Lo tomé y lo abrí. Dentro estaba la factura del sobrecargo correspondiente a «mis» gastos (los de Graham) en el barco. ¿Acaso estaba previsto que Graham desembarcara en Papeete? ¡Oh, no! De ser así, podía verme varado indefinidamente en las islas.

No, quizá no. Aquella parecía ser una factura rutinaria de fin de mes.

El tamaño de la factura del bar de Graham me sorprendió... hasta que observé algunas de las entradas. Entonces me sorprendí aún más, pero por otra razón. Cuando una Coca-Cola cuesta dos dólares no quiere decir que la Coke sea más grande; quiere decir que el dólar es más pequeño.

Entonces comprendí por qué una apuesta de trescientos dólares en, esto, el otro lado, se había convertido en una de tres mil en éste.

Si iba a tener que vivir en este mundo, debía reajustar mi modo de pensar sobre todos los precios. Tratar los dólares como si fueran una moneda extranjera y convertir todos los precios mentalmente hasta que me hubiera acostumbrado a ellos. Por ejemplo, si los precios del barco eran representativos, entonces una cena de primera clase, con bistec o chuleta, en un restaurante de primera categoría, digamos el comedor principal de un hotel como el Brown Palace o el Mark Hopkins..., una cena así podía costar fácilmente diez dólares. ¡Huau!

Con cócteles antes de la cena y vino como acompañamiento, la factura podía alcanzar fácilmente los quince dólares. El sueldo de una semana. ¡Gracias a los cielos, yo no bebo!

¿Que tú no *qué?*

Mira... la otra noche fue una ocasión muy especial.

¿De veras? Sí lo fue, porque uno pierde su virginidad solamente una vez. Una vez se ha ido, se ha ido para siempre. ¿Qué estabas bebiendo justo antes de que se apagaran las luces? ¿Un zombie danés? ¿No te gustaría uno de ellos ahora? ¿Sólo para reajustar tu estabilidad?

¡Nunca volveré a tocar otro!

Nos veremos luego, chico.

Sólo otra posibilidad, pero buena... esperaba. La pequeña caja que utilizaba Graham para guardar las joyas y le demás contenía también una llave, sin ninguna identificación excepto el número ochenta y dos grabado en uno de sus lados. Si el destino me sonreía, se trataba de la llave de una caja de seguridad en la oficina del sobrecargo. (Y si el destino se estaba burlando hoy de mí, era una llave de la caja de seguridad de un banco en algún lugar de los cuarenta y seis estados, un banco que nunca llegaría a ver. Pero no busquemos problemas por anticipado: ya tengo todos los que necesito.)

Descendí una cubierta en dirección a popa y llegué al lugar que estaba buscando.

-Buenos días, sobrecargo.

-¡Ah, señor Graham! Buenos días. Fue una espléndida fiesta, ¿verdad?

-Ya lo creo que lo fue. Una más como ella, y soy cadáver.

-Oh, vamos. ¿Eso dice un hombre que camina sobre el fuego? Parecía que incluso disfrutaba haciéndolo..., y sé que así era. ¿Qué puedo hacer por usted?

Saqué la llave que había encontrado.

-¿He traído la llave correcta? ¿O ésta es la de mi banco? Nunca consigo recordarlo.

El sobrecargo la tomó.

-Es una de las nuestras. ¡Poul! Toma esta llave y tráele al señor Graham su caja. Señor Graham, ¿desea pasar detrás y sentarse en una mesa?

-Sí, gracias. O mejor, ¿tiene usted una bolsa o algo donde pueda meter el contenido de una caja de ese tamaño? Me gustaría llevarlo a mi camarote para comprobar con más calma algunas cosas.

-Una bolsa... Hummm... Puedo traerle una de la tienda de regalos, por supuesto. Pero... ¿cuánto tiempo cree que va a tomarle esa comprobación? ¿Puede terminarla antes del mediodía?

-Oh, por supuesto.

-Entonces llévese directamente la caja. Hay una regla contra ello, naturalmente, pero fui yo quien la dictó, así que puedo muy bien quebrantarla. De todos modos, procure devolverla antes del mediodía. Cerramos de doce a tres, son reglas del sindicato, ya sabe..., y si tengo que quedarme aquí esperándole mientras todos los demás se van a comer, tendrá que pagarme una copa.

-Se la pagaré de todos modos.

-Le tomo la palabra. Ah, aquí está su caja. No la lleve por encima de ningún fuego.

Encima de todo estaba el pasaporte de Graham. Sentí que un nudo en mi pecho se disolvía. No conozco ninguna sensación más profunda de pérdida que hallarse fuera de la Unión sin pasaporte... ni siquiera aunque no sea realmente la Unión. Lo abrí, contemplé la foto grapada dentro. ¿Era ése mi aspecto? Fui al cuarto da baño, comparé el rostro en el

espejo con el rostro en el pasaporte.

Bastante parecidos, supongo. Uno no espera mucho de la foto de un pasaporte. Intenté mantener la fotografía alta frente al espejo. De pronto hubo un buen parecido. Chico, tu rostro es asimétrico... y también lo es el tuyo, señor Graham.

Hermano, si voy a tener que asumir tu identidad permanentemente -y parece cada vez más que no voy a tener otra elección-, es un alivio saber que nos parecemos mucho. ¿Huellas dactilares? Nos ocuparemos de ello cuando llegue el momento. Parece que ni los Estados Unidos ni la Unión utilizan las huellas dactilares en los pasaportes; eso ayuda algo. Ocupación: ejecutivo. ¿Ejecutivo de *qué?* ¿Una empresa de pompas fúnebres? ¿O una cadena internacional de hoteles? Quizá esto último no sea difícil, sino simplemente imposible.

Dirección: c/o. O'Hara, Rigsbee, Crumpacker y Rigsbee, abogados, Suite 7000, Edificio Smith, Dallas. Oh, espléndido. Una simple dirección postal. Ni domicilio particular, ni domicilio de negocios, nada. ¡Bien, tipo incógnita, me gustaría poder darte un buen puñetazo en la nariz!

(Pero no puede ser demasiado repulsivo; Margrethe piensa bien de él. Bueno, sí... pero debería mantener sus manos lejos de Margrethe; se está aprovechando de ella. No es justo. *¿Quién* se está aprovechando de ella? Tranquilo, chico, a vas a terminar con una doble personalidad.)

Un sobre debajo del pasaporte contenía la documentación de su billete... y era efectivamente un crucero de circunvalación, de Portland a Portland. Hermano gemelo, a menos que aparezcas antes de las 6 de la tarde, tengo asegurado el viaje de vuelta a casa. Quizá tú puedas utilizar mi billete en el *Admiral Moffett.* Te deseo suerte.

Había algunas otras cosas sin importancia, pero la mayor parte de la caja metálica estaba ocupada por diez abultados sobres cerrados, de tipo comercial. Abrí uno.

Contenía billetes de mil dólares. Cien de ellos.

Revisé rápidamente los otros nueve. Todos iguales. Un millón de dólares en efectivo.

V

Huye el malvado sin que nadie le persiga,
en cambio el justo como un león se siente seguro.
Proverbios, 28:1

Casi sin aliento, utilicé cinta adhesiva que encontré en la mesa de Graham para volver a cerrar los sobres. Volví a meterlo todo dentro de la caja excepto el pasaporte, coloqué éste con los tres mil que consideraba como «míos» en el pequeño cajón de la mesa, luego devolví la caja a la oficina del sobrecargo, llevándola con tremendo cuidado.

Había otra persona fuera, pero el sobrecargo estaba visible en la oficina interior; me vio.

-Hey -dijo-, ¿tan pronto de vuelta? -Salió.

-Sí -admití-. Por una vez, y con gran sorpresa por mi parte, todo estaba en regla.

-Me gustaría contratarle aquí, entonces. En esta oficina nada está en regla, nunca. Al menos no antes de medianoche. Vayamos a tomar ese trago. Lo necesito.

-¡Yo también!

El sobrecargo me condujo a popa, a un bar al aire libre que no había visto en el plano del barco. La cubierta superior terminaba allí, y la cubierta donde nos hallábamos nosotros, la D, se prolongaba como una cubierta de paseo, brillantes planchas de teca sobre las que daba gusto caminar. La unión con la cubierta C formaba un saliente; bajo él se hallaba aquel bar al aire libre, cubierto con una todilla. En dos de los ángulos del bar había largas

mesas ofreciendo un abundante buffet frío; una serie de pasajeros hacían cola en él. Más a popa se hallaba la piscina del barco; pude oír los chapoteos, las risas y los gritos.

Me llevó a popa, a una pequeña mesa ocupada por dos oficiales jóvenes. Nos detuvimos allí.

-Vosotros dos. Saltad por la borda.

-Inmediatamente, sobrecargo. -Se pusieron en pie, tomaron sus vasos se cerveza y se dirigieron más a popa. Uno de ellos me obsequió con una sonrisa y una inclinación de cabeza, como si nos conociéramos, de modo que yo también incliné la cabeza y dije:

-Hola.

La mesa quedaba parcialmente cubierta por la toldilla. El sobrecargo me dijo:

-¿Quiere usted sentarse en el sol y contemplar a las chicas, o sentarse en la sombra y relajarse?

-Tanto me da. Siéntese usted donde quiera; yo tomaré la otra silla.

-Hummm. Corramos un poco la mesa y sentémonos los dos en la sombra. Así está bien. -Se sentó mirando a proa; en consecuencia yo me senté mirando a la piscina... y confirmé algo que creí haber visto en mi primera ojeada: aquella piscina no requería nada tan inútil como un traje de baño.

Debí haberlo deducido por simple lógica..., pero no lo había hecho. La última vez que había visto aquel espectáculo -gente bañándose sin trajes de baño- yo tenía doce años, y había sido un privilegio estrictamente masculino para chicos de esa edad o más jóvenes.

-Decía: ¿qué va a tomar, señor Graham?

-Oh, lo siento. No estaba escuchando.

-Lo sé. Estaba mirando. ¿Qué será?

-Oh... Un zombie danés.

Me miró parpadeando.

-No creo que quiera eso a esta hora del día; es un parte-cráneos. Hummm... -Agitó los dedos hacia alguien que había a mis espaldas-. Cariño, ven aquí.

Alcé la vista mientras la camarera que había sido llamada se acercaba. Miré, y luego volví a mirar. La había visto por última vez la noche antes, en medio de una bruma alcohólica: una de las dos pelirrojas de la línea del coro huía.

-Dile a Hans que quiero dos *silver fizz.* ¿Cuál es tu nombre, querida?

-Señor Henderson, la próxima vez que pretenda no saber mi nombre le echaré su bebida directamente encima de su calva cabeza.

-Sí, querida. Ahora apresúrate. Haz que se muevan esas gordas piernas.

Lanzó un bufido y se alejó sobre dos esbeltas y graciosas piernas. El sobrecargo dijo:

-Bodel es una chica estupenda. Sus padres viven justo frente a mi casa en Odense; la conozco desde que era un bebé. Es una chica lista también. Está estudiando para conseguir el título de cirujana veterinaria, ya sólo le falta un año.

-¿De veras? ¿Cómo se las arregla para hacer esto e ir al mismo tiempo a la universidad?

La mayor parte de nuestras chicas estudian en la universidad. Algunas se toman libre un verano, otras todo un curso..., van al mar, se divierten un poco, ahorran algo de dinero para el próximo curso. Cuando contrato al personal, siempre doy preferencia a las muchachas que están abriéndose camino yendo a la universidad; se puede confiar más en ellas... y conocen más idiomas. Tome a la camarera que se encarga de su camarote. ¿Astrid?

-No. Margrethe.

-Oh, sí, está usted en el uno cero nueve; Astrid se encarga del lado de babor de su cubierta, Margrethe de su lado. Margrethe Svensdatter Gunderson. Maestra. Lengua inglesa e historia. Pero sabe otros cuatro idiomas, sin contar las lenguas escandinavas, y posee diploma de dos de ellos. Ha pedido un año de excedencia en la escuela de segundo grado H. C. Andersen. Apuesto que no va a volver a ella.

-¿Eh? ¿Por qué?

-Se casará con un americano rico. ¿Es usted rico?

-*¿Yo?* ¿Acaso parezco rico? -(¿Es posible que sepa lo que hay en esa caja de seguridad? Querido Dios, ¿qué hace uno con un millón de dólares que no son suyos? No puedo simplemente arrojarlos por la borda. ¿Por qué estaría Graham viajando con una cantidad tan grande en efectivo? Puedo pensar en varias razones, todas malas. Cualquiera de ellas puede traerme más complicaciones de las que nunca haya visto en mi vida.)

-Los americanos ricos nunca lo parecen; no practican la pose de ricos. Los norteamericanos quiero decir; los sudamericanos son completamente de otro tipo. Gertrude, gracias. Eres una buena chica.

-¿Quiere que le eche esta bebida encima de su calva cabeza?

-¿Quieres que te arroje vestida a la piscina? Compórtate, querida, o se lo diré a tu madre. Deja eso sobre la mesa y pásame la cuenta.

-No hay cuenta; Hans deseaba invitar a un trago al señor Graham. Así que ha decidido incluirlo también a usted, por una vez.

-Dile que ésa es la forma en que el bar siempre pierde dinero. Dile que lo descuente de su sueldo.

Así fue como bebí dos *silver fizz* en vez de uno..., y estaba ya camino del desastre como la noche antes cuando el señor Henderson decidió que debíamos comer algo. Yo deseaba un tercer *fizz.* Los dos primeros habían conseguido que dejara de preocuparme por aquella loca caja de seguridad llena de dinero mientras admiraba con creciente apreciación el espectáculo de la piscina. Estaba descubriendo que toda una vida de condicionamiento podía ser barrida en tan sólo veinticuatro horas. No había nada pecaminoso en contemplar los encantos femeninos al natural, sin ningún adorno. Era algo tan dulcemente inocente como contemplar las flores o los garitos..., pero mucho más divertido.

Mientras tanto, quería otra copa.

El señor Henderson la vetó, llamó a Bodel, le dijo rápidamente algo en danés. Ella se fue, regresó unos pocos minutos más tarde con una bandeja llena..., smorgasbord, albóndigas de carne calientes, pasta de hojaldre dulce rellena de helado, café fuerte, todo ello en grandes cantidades.

Veinticinco minutos más tarde seguía admirando apreciativamente a las adolescentes de la piscina, pero ya no iba camino de otra catástrofe alcohólica. Me había serenado lo suficiente como para darme cuenta de que no sólo no podía resolver mis problemas con el alcohol, sino que debía evitar el alcohol hasta que los resolviera..., puesto que no sabía cómo controlar las bebidas fuertes. El tío Ed tenía razón; el vicio requería entrenamiento y una larga práctica..., o dicho de otro modo, la virtud debía reinar por razones prácticas, aunque las morales hubieran dejado de atarte.

Las morales, en lo que a mí respecta, habían dejado de atarme..., o no podría estar sentado allí con un vaso de brebaje del Diablo en mis manos mientras contemplaba carne femenina desnuda.

Descubrí que ni siquiera me remordía la conciencia sobre nada. Mi único pesar se refería al triste conocimiento de que no podía asimilar la cantidad de alcohol que me hubiera gustado disfrutar. *«Fácil es el descenso a los Infiernos.»*

El señor Henderson se puso en pie.

-Vamos a amarrar dentro de menos de dos horas, y tengo que pasar todavía algunas cifras antes de que el agente suba a bordo. Gracias por este rato tan agradable.

-¡Gracias a *usted,* señor! *Tusind tak!* ¿Es así como lo dicen ustedes?

Sonrió y se fue. Me quedé sentado allí un rato más, meditando. Dos horas hasta que atracáramos, tres horas en el puerto... ¿qué podía hacer con esa oportunidad?

¿Ir al cónsul americano? ¿Decirle *qué"?* Mi querido señor cónsul, no soy quien se supone que soy, y resulta que acabo de descubrir este millón de dólares...

¡Ridículo!

¿No decir nada a nadie, coger ese millón, bajar a tierra y tomar el primer avión para la Patagonia?

Imposible. Mi moral se había relajado..., al parecer nunca había sido demasiado fuerte. Pero seguía sintiendo prejuicios hacia el robo. No sólo es un error: es indigno.

Lástima que aún siga llevando estas ropas.

¿Tomar los tres mil que son «por derecho» tuyos, ir a tierra, aguardar a que zarpe el barco, y luego regresar a América de la mejor manera que puedas?

¡Una idea estúpida! Acabarías en cualquier cárcel tropical y tu estúpido gesto no le haría a Graham ningún bien. Es de nuevo la elección de Hobson, cabeza de chorlito; debes quedarte a bordo y aguardar a que Graham se muestre. No lo hará, pero puede haber un mensaje por radio o cualquier otra cosa. Muérdete las uñas hasta que zarpe el barco. Cuando lo haya hecho, da gracias a Dios por un viaje de vuelta a casa, al país de Dios. Mientras Graham hace lo mismo con su billete a casa en el *Admiral Moffet.* Me pregunto si le gustará llamarse Hergensheimer. Apuesto a que más de lo que a mí me gusta llamarme «Graham». Es un buen nombre, Hergensheimer.

Me levanté, fui hasta el otro lado del barco, subí dos cubiertas hasta la biblioteca, la encontré desocupada excepto una mujer que estaba haciendo un crucigrama. Ninguno de los dos deseaba ser molestado, de modo que formábamos una buena compañía. La mayor parte de la armarios de estanterías estaban cerrados, el bibliotecario o bibliotecaria no estaba presente, pero había una usada enciclopedia..., justo lo que necesitaba para empezar.

Dos horas más tarde me sobresaltó una sirena indicando que habíamos lanzado los cabos: estábamos en el puerto. Yo tenía la cabeza llena de una historia extraña y unas ideas todavía más extrañas y aún no había digerido nada de aquello. Para empezar, en aquel mundo William Jennings Bryan nunca fue presidente; en 1896 fue elegido McKinley en su lugar, había sido presidente dos mandatos, y había sido sustituido por alguien llamado Roosevelt.

No reconocí a ninguno de los presidentes del siglo XX.

En vez de más de un siglo de paz bajo nuestra tradicional neutralidad, los Estados Unidos se habían visto implicados en guerras con otros países: 1899, 1912-17, 1932 (¡con el *Japón!),* 1950-52, 1980-84, y así hasta el año actual..., o actual cuando fue publicada la enciclopedia; el *King's Skald* no informaba de que hubiera ninguna guerra en aquellos momentos.

Tras el cristal de uno de los cerrados armarios descubrí varios libros de historia. Si aún seguía en el barco tres horas más tarde, debía leer todos los libros que historia que hubiera en la biblioteca del barco durante la larga travesía hasta América.

Pero los nombres de los presidentes y las fechas de las guerras no eran mi más urgente necesidad; no eran preocupaciones cotidianas. Lo que necesitaba saber con urgencia, para evitar que la ignorancia me ocasionara desde innecesarios apuros hasta catástrofes, era las diferencias entre mi mundo y este mundo en lo referente a cómo vivía, hablaba, se comportaba, comía, bebía, jugaba, rezaba y amaba la gente. Mientras aprendía todo aquello, debía ir con mucho cuidado en hablar tan poco como fuera posible y escuchar tanto como pudiera.

Una vez tuve un vecino cuyo conocimiento de la historia parecía limitado a dos fechas, 1492 y 1776, e incluso en esas dos había embarullado los acontecimientos que señalaba cada una. Su ignorancia en otros campos era igual de profunda; sin embargo, se ganaba muy bien la vida como contratista pavimentador.

No se necesita una amplia educación para funcionar como animal social y económico..., siempre y cuando sepas el momento en que debes restregarte lodo azul en el ombligo. Pero un error en las costumbres locales puede conducirte a un linchamiento.

Me pregunté cómo se las estaría arreglando Graham. Se me ocurrió que su situación era mucho más peligrosa que la mía..., si suponía (como al parecer cabía hacerlo) que él y yo simplemente habíamos cambiado nuestros lugares. Tenía la impresión de que mis antecedentes podían hacerme aparecer como un excéntrico aquí, pero *sus* antecedentes podían poner a Graham en serios problemas en mi mundo. Una observación casual, un acto inocente, podían llevarlo directamente a la picota. O peor.

Pero podía encontrar su principal problema en intentar encajar completamente en mi papel..., si de hecho lo intentaba. Déjenme ponerlo de este modo: en el cumpleaños de ella, cuando llevábamos un año casados, le entregué a Abigail una hermosa edición de *La fierecilla domada.* Ella nunca sospechó que con ello yo estaba haciendo una declaración; su convicción de su propia rectitud no abrazaba la posibilidad de que en mi corazón yo la igualara a Kate. Si Graham asumía mi papel como esposo suyo, la relación iba a resultar interesante para los dos.

Sinceramente, no desearía a Abigail para nadie. Pero puesto que no había sido consultado, no podía derramar lágrimas de cocodrilo.

(¿Qué iba a hacer él en la cama con una mujer que se refería siempre a las relaciones maritales como «deberes familiares»?)

Tengo ante mí una enciclopedia en veinte volúmenes, millones de palabras que reúnen todos los hechos más importantes de este mundo... hechos que necesitaba urgentemente. ¿Qué puedo deducir rápidamente de ello? ¿Por dónde empezar? No me interesa el arte griego, ni la historia egipcia, ni la geología, pero... ¿qué es lo que *deseo?*

Bien, ¿qué es lo primero que has observado de este mundo? Este barco. Su anticuada apariencia comparada con las estilizadas líneas de la motonave *Konge Knut.* Luego, una vez estuviste a bordo, la falta de un teléfono en tu camarote... el de Graham. La falta de ascensores para pasajeros. Pequeñas cosas que le proporcionan un aire de lujo al estilo de los días de tus abuelos.

Veamos el artículo sobre «Barcos»..., volumen tres.

¡Sí, señor! Tres páginas de grabados..., y todos ellos con ese mismo aspecto anticuado. El vapor *Britannia,* el mayor y más rápido trasatlántico, con 2.000 pasajeros..., ¡sólo dieciséis nudos! Y lo parece.

Probemos el artículo general sobre «Transportes»...

¡Bien, bien! Tampoco nos sorprende tanto, ¿verdad? Sin mencionar las aeronaves. Pero comprobemos el volumen de índices: Avión, nada; dirigible, cero; aeronáutica..., véase «Globo».

Ah, sí, un buen artículo sobre globos, con los Montgolfier y los otros osados pioneros..., incluso el valeroso y trágico ataque de Salomón Andrée contra el Polo Norte. Pero o bien el conde von Zeppelin no vivió nunca, o nunca dedicó su atención a la aeronáutica.

Posiblemente, tras su servicio en la guerra civil, regresó a Alemania y nunca encontró allá la atmósfera receptiva a la idea del viaje aéreo que encontró en Ohio en mi mundo. Según parece, en este mundo no existe el viaje aéreo. Alex, si tienes que vivir aquí, ¿qué te parecería «inventar» el avión? ¿Ser un pionero y un magnate, y hacerte rico y famoso?

¿Qué te hace pensar que puedes?

¡Bueno, hice mi primer viaje en avión cuando tenía sólo doce años! Lo sé todo sobre ellos; podría trazar los planos de uno en este mismo momento...

¿Podrías? Prepárame los planos de producción de un motor diesel ligero, no uno de casi medio kilo por caballo de potencia. Especifica las aleaciones que hay que usar, da los tratamientos de calor, muestra diagramas de trabajo de los ciclos operativos reales, especifica combustibles, incluye fuentes de materias primas, especifica lubricantes...

¡Todas esas cosas pueden realizarse!

Sí, pero ¿puedes hacerlas *tú?* ¿Incluso sabiendo que pueden hacerse? Recuerda por qué abandonaste la escuela de ingeniería y decidiste que habías recibido la llamada de la vida ministerial. Religión comparativa, homilética, crítica superior, apologética, hebreo, latín, griego, todo requiere erudición... pero los temas que requieren regla de cálculo exigen además cerebro.

Entonces, ¿soy un estúpido?

¿Hubieras cruzado caminando ese pozo de fuego si tuvieras los sesos necesarios para haberte salido de ello?

¿Por qué no me detuviste?

¿Detenerte? ¿Alguna vez me has *hecho caso?* Deja de eludir las cosas... ¿cual fue tu nota final en termodinámica?

¡De acuerdo! Supongamos que no puedo hacerlo por mí mismo...

Un punto a tu favor.

Oh, para ya, ¿quieres? Sabiendo que algo *puede* hacerse es tener ganados dos tercios de la batalla. Puedo ser director de investigación y guiar los esfuerzos de algunos ingenieros jóvenes realmente brillantes. Ellos proporcionan el cerebro; yo proporciono los recuerdos únicos de cómo es un globo dirigible y cuál es su aspecto y cómo funciona. ¿De acuerdo? Ésa es la división adecuada del trabajo. Tú proporcionas los recuerdos, ellos proporcionan los cerebros. Sí, puede funcionar. Pero no rápidamente, no barato. ¿Cómo vas a financiarlo?

Oh. ¿Vender participaciones?

¿Recuerdas el verano que vendiste aspiradoras?

Bueno... está ese millón de dólares.

¡Malo, malo!

-¿Señor Graham?

Alcé la vista de mis grandes planes para encontrarme con una de las ayudantes de la oficina del sobrecargo.

-¿Sí?

Me tendió un sobre.

-Del señor Henderson, señor. Dijo que era probable que usted tuviera una respuesta.

-Gracias. -La nota decía: «Querido señor Graham, hay tres hombres aquí abajo que afirman tener una cita con usted. No me gusta su aspecto ni la forma como hablan..., y este puerto tiene algunos individuos realmente extraños. Si no los espera usted o no desea verles, dígale a mi mensajera que no pudo encontrarle. Yo les diré a ellos que bajó usted a tierra. A.P.H.»

Dudé, en equilibrio entre la curiosidad y la cautela, durante un largo e incómodo momento. Ellos no deseaban verme a mi; deseaban ver a Graham..., y fuera lo que fuese lo que deseaban de Graham, yo no podía satisfacerles.

¡Sabes lo que desean!

Lo sospecho. Pero, aunque tengan un papel firmado por San Pedro, no puedo

entregarles -ni a ellos ni a nadie- ese maldito millón de dólares. Tú lo sabes.

Por supuesto que lo sé. Sólo deseaba asegurarme de que tú también lo sabías. De acuerdo, puesto que no hay ninguna circunstancia bajo la cual puedas entregar a un trío de extraños el contenido de la caja de seguridad de Graham, ¿para qué verles?

¡Porque necesito *saber*! Ahora cállate.

Le dije a la ayudante del sobrecargo:

Por favor, dígale al señor Henderson que bajaré inmediatamente. Y gracias por las molestias.

-Ha sido un placer, señor. Esto, señor Graham..., le vi caminar por el fuego. ¡Estuvo usted maravilloso!

-Fue una estupidez. Gracias de todos modos.

Me detuve en lo alto de las escaleras y evalué a los tres hombres que me aguardaban. Parecían el tipo clásico que suele enviarse para amenazar: uno de un tamaño exagerado, casi dos metros de estatura con manos, pies, mandíbula y orejas aquejados de gigantismo glandular; uno de tipo afeminado, aproximadamente de una cuarta parte del tamaño del gigante; uno de ningún tipo, con unos ojos como muertos. Músculos, cerebro y pistola... ¿o era mi hiperactiva imaginación?

Una persona lista hubiera retrocedido discretamente y se hubiera ocultado.

Yo no soy listo.

VI

¡Comamos y bebamos,
que mañana moriremos!
Isaías, 22:13

Descendí las escaleras sin mirar a los tres, y me dirigí directamente a la oficina del sobrecargo. El señor Henderson estaba allí. Cuando llegué al mostrador habló quedamente.

-Son esos tres de ahí. ¿Los conoce?

-No, no los conozco. Veré lo que quieren. Pero mantenga un ojo fijo en nosotros, ¿quiere?

-De acuerdo.

Me volví y eché a andar pasando por el lado de aquel trío encantador. El chico listo dijo secamente:

-¡Graham! ¡Alto ahí! ¿Dónde va?

Seguí caminando y restallé:

-¡Cállese, idiota! ¿O quiere enviarlo todo al diablo? -Músculos dio un paso situándose en mi camino, un alto edificio cortándome el paso. Pistola hizo lo mismo a mis espaldas. Con un falso estilo de patio carcelario, dije con un ángulo de la boca-: ¡Deje de hacer una escena y saque a esos monos del barco! Usted y yo tenemos que hablar.

-Naturalmente que tenemos que hablar. *Ici!* Aquí. Ahora.

-Mierda de estúpido -respondí suavemente, y miré con nerviosismo arriba, a derecha e izquierda-. No aquí. Hay gente. Orejas. Venga conmigo. Pero haga que Mutt y Jeff esperen en el muelle.

-Non!

-¡Dios nos proteja! -susurré-. Escuche atentamente.

Va a decirles a esos animales que abandonen el barco y esperen al pie de la pasarela. Luego usted y yo vamos a ir a dar un paseo por cubierta, donde podremos hablar sin ser oídos. ¡De otro modo no vamos a hacer *nada*!... e informaré al Número Uno que usted

rompió el trato. *¡Ahora!* O vuélvase por donde ha venido y dígales que no hay trato.

Vaciló, luego habló rápidamente en un francés que no pude seguir, puesto que mi francés es casi todo del tipo *la plume de ma tante.* El gorila pareció dudar, pero el tipo de la pistola se alzó de hombros y echó a andar hacia la pasarela.

-¡Vamos! -dije al tipo pequeño-. No pierda tiempo; ¡el barco está a punto de zarpar! -Me encaminé hacia popa sin mirar para ver si me seguía o no. Adopté un paso vivo que lo obligó a seguirme o a perderme. Yo era tan alto con respecto a él como el mono lo era con respecto a mí; tuvo que trotar para mantenerse a mis talones.

Me dirigí directamente a popa y al aire libre, a la cubierta de paseo, más allá del bar al aire libre y las mesas, directamente a la piscina.

Estaba, como había esperado, desocupada, puesto que el barco se hallaba en puerto. Había el cartel habitual: CERRADA MIENTRAS EL BARCO ESTÉ EN PUERTO, y una barrera nominal rodeándola, formada por una simple cuerda, pero la piscina seguía llena de agua. Salté la cuerda, y me detuve con la espalda vuelta hacia la piscina. Él me siguió; alcé una mano.

-Quieto aquí.

Se detuvo.

-Ahora podemos hablar -dije-. Explíquese, y será mejor que su explicación sea buena. ¿Qué pretende, llamando la atención sobre usted trayendo a ese músculos a bordo? ¡Y en un barco danés como éste! El señor B va a mostrarse muy, pero que muy furioso con usted. ¿Cómo se llama?

-No importa cómo me llame. ¿Dónde está el paquete?

-¿Qué paquete?

Empezó a espumear; lo interrumpí:

-Corte todas esas tonterías; no me impresionan. Este barco está preparándose para zarpar; le quedan pocos minutos para decirme exactamente lo que desea y convencerme de que debo dárselo. Siga haciendo tonterías y se encontrará volviendo a su jefe y diciéndole que ha fracasado. ¡Así que hable! ¡Qué quiere exactamente!

-¡El paquete!

Suspiré.

-Mi viejo y estúpido amigo, está usted encallado. Ya hemos ido más allá de eso. ¿Qué tipo de paquete? ¿Qué contiene?

Dudó.

-Dinero.

-Interesante. ¿Cuánto dinero?

Esta vez dudó el doble, así que intervine de nuevo:

-Si no sabe cuánto dinero, entonces le daré un par de francos para que se tome una cerveza y lo enviaré a que siga su camino. ¿Es eso lo que quiere? ¿Dos francos?

Un hombre como él, todo piel y huesos, no podía tener mucha presión sanguínea. Consiguió decir:

-Dólares americanos. Un millón.

Me eché a reír en su cara.

-¿Qué le hace pensar que tengo tanto dinero? Y si lo tuviera, ¿por qué tendría que dárselo *a usted?* ¿Cómo sé que es a usted a quien se supone que debo dárselo?

-¿Está loco? Usted sabe quién soy.

-Demuéstrelo. Sus ojos son extraños y su voz suena distinta. Creo que es usted un impostor.

-¿Un impostor?

-¡Un fraude, un engaño! Un suplantador.

Respondió furiosamente..., en francés, supongo. Estoy seguro de que lo que dijo no eran

cumplidos. Rebusqué en mi memoria, repetí cuidadosamente y de todo corazón la observación que aquella dama había hecho la noche pasada y que había ocasionado que su esposo le dijera que se preocupaba demasiado. No encajaba, pero mi intención era simplemente ponerle furioso.

Aparentemente lo conseguí. Alzó una mano. Agarré su puño, me eché hacia atrás y caí de espaldas a la piscina, arrastrándolo a él conmigo. Mientras caíamos, grité:

-¡Socorro!

Caímos con un chapoteo. Mantuve firmemente mi presa sobre su muñeca, me empujé hacia arriba mientras procuraba que su cabeza se mantuviera debajo del agua.

-¡Socorro! ¡Está intentando ahogarme!

Nos hundimos de nuevo, forcejeando, Grité pidiendo socorro cada vez que mi cabeza se asomaba fuera del agua. Justo en el momento en que llegaba la ayuda, lo solté y relajé, fláccidos, todos mis músculos.

Permanecí fláccido hasta que empezaron a hacerme el boca a boca. Entonces estornudé, me agité y abrí los ojos.

-¿Dónde estoy?

Alguien dijo:

-Está volviendo en sí. No le ha ocurrido nada.

Miré a mi alrededor. Estaba tendido boca arriba junto a la piscina. Alguien había hecho un trabajo profesional sacándome de un tirón, tras meterse en el agua: mi brazo izquierdo parecía casi dislocado. Aparte esto me sentía completamente bien.

-¿Dónde está el otro? El hombre que me echó a la piscina.

-Se largó.

Reconocí la voz, volví la cabeza. Mi amigo el señor Henderson, el sobrecargo.

-¿Lo hizo? ¿De veras?

Aquello terminaba el asunto. Mi interlocutor cara de rata había salido subrepticiamente de la piscina mientras yo era pescado y se había largado del barco. Cuando terminaron de reanimarme él y sus esbirros debían estar ya muy lejos.

El señor Henderson me hizo permanecer tendido hasta que llegó el doctor del barco. Apoyó un estetoscopio sobre mi pecho y anunció que estaba bien. Conté un par de mentirijillas, algunas medias verdades y una evasiva. Por entonces la plancha había sido retirada, y al cabo de poco tiempo un fuerte silbato anunció que abandonábamos el puerto.

No consideré necesario decirle a nadie que había jugado al waterpolo en la universidad.

Los días siguientes fueron muy dulces, a la manera que se vuelven cada vez más dulces las uvas que crecen en las laderas de un volcán en actividad.

Conseguí conocer (¿volver a conocer?) a mis compañeros de mesa sin que aparentemente ninguno de ellos se diera cuenta de que yo era un extraño. Fui recopilando los nombres simplemente aguardando a que alguien se dirigiera a otro por su nombre, reteniendo ese nombre y usándolo más tarde. Todo el mundo fue agradable conmigo..., y no sólo por cortesía, puesto que todos los indicios señalaban que yo estaba a bordo desde el principio del viaje, y además era como mínimo una celebridad, si no un héroe, por haber caminado por encima del fuego.

No utilicé la piscina. No estaba seguro de cómo se desenvolvía Graham con la natación, si es que sabía nadar, y, tras haber sido «rescatado», no deseaba exhibir ningún grado de habilidad que contradijera ese «rescate». Además, aunque iba acostumbrándome progresivamente (e incluso apreciándolo) a un grado de desnudez que chocaba con mi vida anterior, no me creía capaz de permanecer desnudo en compañía.

Puesto que no había nada que pudiera hacer al respecto, eliminé el misterio de Cara de

Rata y guardaespaldas de mi mente.

Lo mismo podía decirse del misterio más general de quién era yo y qué hacía allí..., no había nada que pudiera hacer al respecto, así que, ¿para qué preocuparme? Reflexionando sobre ello me di cuenta de que me hallaba exactamente en el mismo dilema que todos los demás seres humanos vivos: no sabemos quiénes somos, ni de dónde venimos, ni por qué estamos aquí. Mi dilema, simplemente, era más reciente, no distinto.

Una cosa (posiblemente la única cosa) que aprendí en el seminario fue a enfrentarme calmadamente al antiguo misterio de la vida, sin turbarme ante mi incapacidad de resolverlo. Los sacerdotes y predicadores honestos ven negados los consuelos de la religión; en vez de ello, deben vivir con las austeras recompensas de la filosofía. Yo nunca llegué a ser un buen metafísico, pero aprendí a no preocuparme por lo que no podía resolver.

Pasé mucho tiempo en la biblioteca o leyendo en las hamacas de cubierta, y cada día aprendía un poco más y me sentía algo más cómodo en aquel mundo. Los días, dorados y felices, fueron transcurriendo como un sueño de infancia.

Y cada día estaba Margrethe.

Me sentía como un chaval sufriendo su primer ataque de amor hacia un cachorrillo.

Era un extraño romance. No podíamos hablar de amor. O yo no podía, y ella no lo hacía. Cada día ella actuaba como mi sirvienta (cosa que compartía con otros pasajeros)..., y como mi «madre» (¿cosa que compartía también con otros? No lo creía..., pero no lo sabía tampoco). La relación era muy próxima, pero no íntima. Luego, cada día, por un breve momento, mientras yo le «pagaba» por hacerme el nudo de la corbata, ella se convertía en mi maravillosamente dulce y absolutamente apasionado amor.

Pero sólo entonces.

En las demás ocasiones yo era para ella el «señor Graham», y ella me llamaba «señor»..., de una forma cálidamente amistosa pero no íntima. Estaba dispuesta a charlar conmigo, de pie y con la puerta del camarote abierta; a menudo compartía conmigo las habladurías del barco. Pero sus modales eran siempre los de la camarera perfecta. Corrección: los del perfecto miembro de una tripulación designado al servicio personal de los pasajeros. Cada día aprendía un poco más sobre ella. No le encontré el menor defecto.

Para mí el día empezaba con mi primera visión de ella..., normalmente en mi camino a desayunar, cuando nos cruzábamos por el pasillo o la veía a través de la puerta abierta de algún camarote que estaba arreglando..., simplemente «Buenos días, Margrethe» y «Buenos días, señor Graham», pero el sol no se alzaba hasta aquel momento.

La veía de tanto en tanto durante el día, rematando cada jornada con aquel dorado ritual después de que ella me hiciera el nudo de la corbata.

Deseaba verla de nuevo brevemente, tras la cena. Inmediatamente después de la cena regresaba cada noche por unos minutos a mi camarote para refrescarme un poco antes de las actividades de la velada: el espectáculo en el salón, conciertos, juegos, o quizá simplemente regresar a la biblioteca. En aquella hora Margrethe debía estar en algún lugar en la parte delantera de estribor de la cubierta C, abriendo camas, limpiando baños y cosas así... convirtiendo los camarotes de los pasajeros en algo acogedor para pasar la noche. Le decía hola de nuevo, luego aguardaba en mi camarote (lo hubiera ya hecho o no), porque sabía que ella acudiría al cabo de poco, ya fuera para abrir mi cama o simplemente para preguntar: «¿Desea usted alguna otra cosa esta noche, señor?»

Y yo siempre sonreía y respondía: «No necesito nada, Margrethe. Gracias.» Tras lo cual ella me deseaba buenas noches y que durmiera bien. Eso terminaba mi día, no importaba lo que hubiera hecho antes de retirarme.

Por supuesto que me sentía tentado -¡cada día!- a responder: «¡Sabes muy bien lo que necesito!» Pero no podía. *Imprimís:* Yo era un hombre casado. Cierto, mi esposa estaba

perdida en algún lugar en otro mundo (o yo lo estaba). Pero no hay forma de librarse del sagrado matrimonio en este lado de la tumba. *ítem:* Su aventura amorosa (si la había) era con Graham, al que yo estaba suplantando. No podía negarle ese beso vespertino (¡no soy tan angélicamente perfecto!), pero para hacer justicia a mi otro amor no podía ir más lejos de eso. *ítem:* Un hombre honorable no debe ofrecer menos que el matrimonio al objeto de su amor..., y eso era algo que yo me sentía incapaz de ofrecer, tanto legal como moralmente.

Así pues, esos dorados días fueron agridulces. Cada día nos acercaba un día más al inescapable momento en que debería abandonar a Margrethe, para casi seguramente no volver a verla nunca más.

No me sentía libre siquiera para decirle lo que esa pérdida representaría para mí.

Tampoco era mi amor por ella tan carente de egoísmo que esperara que la separación no le hiciera ningún daño. Al contrario, centrado en mí mismo como un adolescente, esperaba que ella me echara en falta tan dolorosamente como sabía que yo iba a echarla en falta a ella. Un amor infantil hacia un cachorrillo, ciertamente... Ofrezco como atenuante el hecho de que yo solamente había conocido el «amor» de una mujer que amaba tanto a Jesús que no sentía ningún afecto real hacia ninguna criatura de carne y sangre.

Nunca se casen con una mujer que rece demasiado.

Estábamos a diez días de distancia de Papeete, con México casi en el horizonte, cuando este precario idilio terminó. Desde hacía varios días Margrethe había parecido más retraída a cada día que pasaba. Yo no podía decirle nada al respecto puesto que no había nada concreto sobre lo que pudiera basarme, y por supuesto nada de lo que pudiera quejarme. Pero la crisis llegó aquella tarde, mientras me hacía el nudo de la corbata.

Como de costumbre, le sonreí y le di las gracias y un beso.

Entonces me detuve, con ella inmóvil entre mis brazos, y dije:

-¿Qué ocurre? Sé que puede usted besar mucho mejor que eso. ¿Huele mal mi aliento?

-Señor Graham, creo que será mejor que dejemos esto -respondió con voz suave.

-Así que es «señor Graham», ¿eh? Margrethe, ¿qué he hecho?

-¡No ha hecho usted nada!

-Entonces... ¡Querida, está usted llorando!

-Lo siento. No era mi intención.

Tomé mi pañuelo, sequé sus lágrimas y dije gentilmente:

-Nunca he pretendido hacerle el menor daño. Tiene que decirme qué he hecho mal, para poder enmendarme.

-Si no lo sabe usted, señor, entonces no veo cómo yo puedo explicárselo.

-¿Por qué no lo intenta? ¡Por favor! -(¿Podía tratarse de uno de esos trastornos emocionales cíclicos tan propios de las mujeres?)

-Bueno... Señor Graham, sabía que esto no podía durar más allá del final del viaje..., y créame, no contaba con nada más. Supongo que significa más para mí de lo que seguramente significará para usted. Pero nunca pensé que usted fuera simplemente a terminarlo de esta manera, sin ninguna explicación, antes de lo previsto.

-Margrethe..., no comprendo.

-¡Sí que comprende!

-No, no comprendo.

-*Debe* comprender. Han sido once días. Cada noche he preguntado, y cada noche me ha echado usted. Señor Graham, ¿nunca va a pedirme de nuevo que vuelva un poco más tarde?

-Oh. Así que *eso* es lo que quería decir. Margrethe...

-¿Sí, señor?

-Yo no soy el «señor Graham».

-¿Señor?

-Mi nombre es «Hergensheimer». Han transcurrido exactamente once días desde que la vi a usted por primera vez en mi vida. Lo siento. Lo siento terriblemente. Pero ésta es la verdad.

VII

Y ahora, ¡dignaos volveros hacia mí,
porque a vuestra cara no he de mentir!
Job, 6:28

Margrethe es a la vez un cálido consuelo y una adulta civilizada. Ni una sola vez jadeó, o puso objeciones, o dijo: «¡Oh, no!» o «¡No puedo creerlo!». Ante mi primera afirmación permaneció muy inmóvil, luego dijo suavemente:

-No comprendo.

-Yo tampoco lo comprendo -respondí-. Algo ocurrió cuando caminé cruzando el pozo de fuego. El mundo cambió. Este barco... -golpeé con el puño el casco a nuestro lado- no es el barco en el que iba antes. Todo el mundo me llama «Graham»..., cuando *sé* que mi nombre es Alexander Pergensheimer. Pero no se trata solamente de mí y de este barco; es el mundo entero. Una historia distinta. Países distintos. No hay aeronaves aquí.

-Alec, ¿qué es una aeronave?

-Oh, algo que va por el aire, como un globo. *Es* un globo, en cierto sentido. Pero muy rápida, por encima de los cien nudos.

Pensó seriamente en aquello.

-Creo que sería algo aterrador para mí.

-En absoluto; es la mejor forma de viajar. Yo volé hasta aquí en una de ellas, el *Count von Zeppelin,* de las Líneas Aéreas Norteamericanas. Pero este mundo no tiene aeronaves. Ése fue el punto que finalmente me convenció de que se trata realmente de un mundo distinto... y no simplemente de una complicada broma pesada que alguien me ha gastado. Los viajes aéreos constituyen una parte tan importante en la economía del mundo que supe inmediatamente que no disponer de ellos tenía que provocar cambios importantes en todo. Tomemos... Hey, ¿no me cree?

Respondió lenta y cuidadosamente:

-Creo que está diciendo la verdad tal como usted la ve. Pero la verdad que veo yo es muy distinta.

-Sé que eso es precisamente lo que lo hace todo tan difícil. Yo... Hey, si no se apresura, va a perderse la cena.

-Eso no importa.

-Sí, sí importa; no tiene por qué perder sus comidas simplemente porque yo cometí un estúpido error y herí sus sentimientos. Y si usted no aparece por allí, Inga enviará a alguien a averiguar si estoy dormido o enfermo o qué; la he visto hacerlo con otros en mi mesa. Margrethe..., querida..., deseaba decírselo. Esperaba decírselo. Necesitaba decírselo. Y ahora puedo y debo. Pero no puedo hacerlo en cinco minutos, así de pie. Después de que haya acabado sus obligaciones esta noche, ¿puede perder algo de tiempo escuchándome?

-Alec, siempre tengo para usted todo el tiempo que necesite.

-Estupendo. Vaya abajo y cene, y yo bajaré también y me dejaré ver un poco, para quítame de encima a Inga..., y luego nos encontraremos después de que haya acabado usted

con sus tareas. ¿De acuerdo?

Parecía pensativa.

-De acuerdo. Alec... ¿me da otro beso?

Así fue como supe que me creía. O deseaba creerme. Dejé de preocuparme. Incluso cené con apetito, aunque aprisa.

Ella estaba esperándome cuando volví, y se puso en pie cuando entré. La tomé entre mis brazos, le di un beso en la nariz, la sujeté por los codos y la senté en mi cama; luego me senté en la única silla del camarote.

-Querida, ¿cree usted que estoy loco?

-Alec, no sé qué creer.- (Pronunció «creer» con una erre fuerte, casi doble. A veces, bajo tensiones emocionales, olvidaba cuidar el acento. Pero en general su acento era mucho mejor que mi propio acento, seco como una sierra oxidada.)

-Lo sé -admití-. Yo tuve el mismo problema. Pero hay dos formas de enfocarlo. O bien ocurrió algo increíble cuando caminé cruzando el fuego, algo que cambió todo mi mundo, o bien estoy tan loco como una cabra. He pasado días enteros comprobando los hechos... y el mundo *ha* cambiado. No sólo las aeronaves. El kaiser Guillermo IV ha desaparecido, y en su lugar hay un estúpido presidente llamado «Schmidt». Cosas así.

-Yo no llamaría a herr Schmidt «estúpido». Es tan buen presidente como todos los demás presidentes que ha tenido hasta ahora Alemania.

-Eso es precisamente lo que quiero decir, querida. Para mí, cualquier presidente alemán parece estúpido, puesto que Alemania, en *mi* mundo, es una de las últimas monarquías occidentales realmente ilimitadas. Ni siquiera el zar es tan poderoso.

-Y eso es lo que quiero decir yo también, Alec. No hay ningún kaiser, y tampoco hay ningún zar. El gran duque de Moscovia es un monarca constitucional, y ya no reclama ser soberano de todos los demás estados eslavos.

-Margrethe, los dos estamos diciendo lo mismo. El mundo en el que yo crecí ha desaparecido. Me veo en la obligación de aprender todo lo referente a un mundo nuevo. No un mundo totalmente distinto. La geografía no parece haber cambiado, y tampoco toda la historia. Los dos mundos parecen ser el mismo hasta casi principios del siglo XX. Digamos hasta el mil ochocientos noventa. Hace aproximadamente un centenar de años ocurrió algo extraño, y los dos mundos se escindieron..., y hace aproximadamente doce días algo igualmente extraño me ocurrió a mí y me vi trasladado a este mundo. -Le sonreí-. Pero no me quejo. ¿Sabe por qué? Porque *usted* está en este mundo.

-Gracias. También es importante para mí que esté usted en él.

-Entonces me cree. Del mismo modo que yo me he visto obligado a creer en ello. Hasta tal punto que he dejado de preocuparme al respecto. Sólo una cosa sigue preocupándome... ¿Qué ha sido de Alec Graham? ¿Está ocupando mi lugar en mi mundo? ¿O qué?

No respondió inmediatamente, y cuando lo hizo, su respuesta pareció de lo más extraño.

-Alec, ¿quiere hacer el favor de bajarse los pantalones?

-¿Qué está diciendo, Margrethe?

-Por favor. No estoy bromeando, y no pretendo seducirle. Necesito ver algo. Por favor, bájese los pantalones.

-No comprendo... Está bien, de acuerdo. -Me levanté e hice lo que ella me pedía..., no muy convencido en mi traje para la cena. Primero tuve que quitarme la chaqueta, luego la faja, antes de poder soltarme los tirantes haciéndolos deslizar de mis hombros.

Luego, reluctante, empecé a desabrocharme la bragueta. (Otro de los fallos de este mundo atrasado: no existen las cremalleras. Uno no aprecia las cremalleras hasta que ya no dispone de ellas.)

Inspiré profundamente, luego me bajé los pantalones unos pocos centímetros.

-¿Es suficiente?

-Un poco más, por favor... ¿y puede ponerse de espaldas a mí?

Hice lo que me pedía. Luego noté sus manos, suaves y no invasoras, en mi costado derecho. Alzó los faldones de mi camisa y tiró hacia abajo de la parte superior derecha de mis calzoncillos.

Un momento más tarde volvió a colocar ambas prendas en su sitio.

-Es suficiente. Gracias.

Volví a meterme los faldones de la camisa dentro de los pantalones y abotoné la bragueta, me pasé de nuevo los tirantes por los hombros y tendí la mano hacia la faja.

-Un momento, Alec -dijo ella.

-¿Eh? Creía que ya habíamos terminado con esto.

-Por mi parte sí. Pero no es necesario que vuelva a ponerse esas ropas formales; déjeme buscarle unos pantalones más cómodos. Y una camisa también. A menos que tenga intención de volver al salón.

-No. No si usted se queda aquí.

-Me quedaré; tenemos que hablar. -Sacó rápidamente unos pantalones más cómodos y una camisa deportiva para mí, lo puso todo encima de la cama-. Discúlpeme un momento, por favor. -Fue al baño.

No sé si realmente necesitaba usarlo o no, pero ella sabía que yo me cambiaría más cómodamente en el camarote que en aquel atestado cuarto de baño.

Me cambié y me sentí mejor. Una faja ancha y una camisa de rizo son mejores que una chaqueta de smoking, pero no demasiado. Ella salió, colgó inmediatamente las ropas que me había quitado, todo menos la camisa y el cuello. Quitó los gemelos y los botones del cuello, los puso aparte, y colocó camisa y cuello en la bolsa de la ropa sucia. Me pregunté lo que pensaría Abigail si pudiera ver esas atenciones propias de una esposa. Abigail no creía en malcriarme... y no lo hacía.

-¿Qué significaba todo eso, Margrethe?

-Tenía que comprobar algo. Alec, se preguntaba usted qué le había ocurrido a Alec Graham. Ahora sé la respuesta.

-¿De veras?

-Sí. Está aquí. Usted es él.

Finalmente dije:

-¿Puede afirmar eso, simplemente mirando unos pocos centímetros cuadrados de mi trasero? ¿Qué ha descubierto usted, Margrethe? ¿La marca de nacimiento que identifica al héroe perdido?

-No, Alec. Su «Cruz del Sur».

-¿Mi qué?

-Por favor. Alec. Había esperado que esto restableciera su memoria. La vi la primera noche que nosotros... -dudó, luego me miró directamente a los ojos- hicimos el amor. Usted encendió la luz, luego se volvió boca abajo para ver la hora que era. Entonces me di cuenta de los lunares que tenía usted en su nalga derecha. Hice un comentario sobre el dibujo que formaban, y bromeamos un poco al respecto. Usted dijo que era su Cruz del Sur, y que esto le permitía saber qué lado era el arriba.

Margrethe enrojeció ligeramente, pero siguió mirándome firmemente a los ojos.

-Y yo le mostré a usted algunos lunares en mi cuerpo. Alec, lamento que no lo recuerde, pero por favor, créame: por entonces nos conocíamos lo suficientemente bien como para bromear sobre tales cosas sin problemas de ninguna clase.

-Margrethe, no creo que pudiera usted plantear nunca problemas de ninguna clase. Pero está dándole demasiada importancia a una determinada disposición de unos lunares. Tengo lunares por todas partes en mi cuerpo; no me sorprende que algunos de ellos, allá donde yo no puedo verlos fácilmente por mí mismo, hayan adoptado la forma de una cruz. Y que Graham tuviera algunos que fueran de algún modo similares.

-No «similares». Exactamente los mismos.

-Bien... Hay una forma mucho mejor de comprobarlo. En la mesa, allí, está mi billetera. En realidad, la billetera de Graham. Con el permiso de conducir. El suyo. La huella dactilar de su pulgar está allí. No la he comprobado porque nunca tuve la menor duda de que él era Graham y yo soy Hergensheimer y que no somos el mismo hombre. Pero *podemos* comprobarlo. Sáquelo, querida. Compruébelo usted misma. Pondré la huella dactilar de mi pulgar en el espejo del baño. Compárelas. Entonces sabrá.

-Alec, ya lo sé. Es usted el que no lo cree: compruébelo usted.

-Está bien... -La contrapropuesta de Margrethe era razonable; la acepté.

Saqué el permiso de conducir de Graham, luego puse mi huella en el espejo del baño frotándome primero el pulgar en la nariz para recoger el aceite natural que se nos forma en ella, mucho mayor que el de la yema del dedo. Me di cuenta de que no podía ver muy bien el esquema de la huella en el cristal, de modo que eché un poco de polvos de talco en la palma de mi mano y soplé hacia el espejo.

Peor. El polvo que utilizan los detectives debe ser mucho más fino que el talco de baño. O quizá yo no sabía cómo utilizarlo. Puse otra huella sin polvo, contemplé las dos huellas, la de mi pulgar derecho y la impresa en mi permiso de conducir, luego comprobé para ver si el permiso indicaba que era la huella del pulgar derecho. Así era.

-¡Margrethe! ¿Quiere venir a mirar, por favor?

Se reunió conmigo en el baño.

-Mire esto -dije-. Mire las cuatro cosas... mi pulgar y las tres huellas. El esquema en las cuatro es básicamente un arco... pero eso ocurre en más de la mitad de las huellas de pulgares de todo el mundo. Le apuesto incluso dinero a que sus propias huellas dactilares tienen un esquema en arco. Honestamente, ¿puede decir usted que la huella de ese pulgar en el permiso fue hecha por *este* pulgar? O por el pulgar de mi mano izquierda: pudieron cometer un error.

-No puedo decirlo, Alex. No soy experta en esto.

-Bien... Creo que ni siquiera un experto podría decirlo con esta luz. Tenemos que dejarlo hasta mañana por la mañana; necesitamos luz solar en abundancia. También necesitamos papel blanco satinado, tinta de tampón y una lupa... Y apuesto a que el señor Henderson tiene de todo esto. ¿Lo dejamos para mañana?

-De acuerdo. Esta prueba no es para mí, Alec; yo ya lo sé. Sobre todo después de ver su «Cruz del Sur». Algo le ha ocurrido a su memoria, pero usted sigue siendo usted..., y algún día recuperaremos sus recuerdos.

-No es tan fácil, querida. Sé que no soy Graham. Margrethe, ¿tiene usted alguna idea de a qué negocios me dedicaba? ¿O por qué realizaba este viaje?

-¿Tengo que decir «él»? No, nunca le pregunté sobre sus negocios. Alec. Y usted nunca se ofreció a decírmelo.

-Sí, creo que debería decir usted «él», al menos hasta que hayamos comprobado esa huella dactilar. ¿Estaba casado?

-De nuevo: él no lo dijo, y yo no se lo pregunté.

-Pero usted dio a entender... No, afirmó tajantemente que «había hecho el amor» con ese hombre que cree que soy yo, y que había estado en la cama con él.

-Alec, ¿me lo está reprochando?

-¡Oh, no, no, no! -(Pero sí lo estaba haciendo, y ella lo sabía)-. Con quien se vaya usted

a la cama es asunto suyo. Pero debo decirle que *yo* soy casado.

Cerró su rostro contra mí.

-Alec, no intenté en ningún momento seducirle para que se casara conmigo.

-Graham, querrá decir. Yo no estaba allí.

-Muy bien. Graham. No intenté atrapar a Alec Graham. Hicimos el amor para deleite mutuo. El matrimonio no fue mencionado por ninguno de los dos.

-Mire, lamento haber suscitado el asunto. Parecía tener alguna relación con el misterio; eso es todo. Margrethe, ¿creerá que antes me cortaría un brazo, o me arrancaría un ojo y lo arrojaría lejos de mí, que hacerle a usted algún daño, nunca, de ninguna forma?

-Gracias, Alec. Le creo.

-Todo lo que Jesús dijo fue: «Id, y no pequéis más.» Seguro que no creerá usted que me atrevería jamás a dictar un juicio moral más severo que el de Jesús. Pero yo no estaba juzgándola; estaba buscando información acerca de Graham. De sus negocios, en particular. Oh, ¿sospechó usted alguna vez que pudiera estar metido en algo ilegal?

Esbozó el fantasma de una sonrisa.

-Si alguna vez hubiera sospechado algo parecido, mi lealtad hacia él es tal que jamás hubiera expresado tal sospecha. Puesto que usted insiste en que no es él, entonces debo cumplir mi promesa.

-*Touché!* -Sonreí avergonzado. ¿Podía hablarle de la caja de seguridad? Si, debía hacerlo. Tenía que ser franco con ella y persuadirla de que no sería mostrarse desleal con Graham/yo si ella también se franqueaba conmigo.

-Margrethe, no estaba preguntando por preguntar, ni fisgoneando allá donde no había nada que fisgonear. Tengo mayores problemas que los que le he contado, y necesito su consejo.

Esta vez fue su turno de sobresaltarse.

-Alec... no suelo dar a menudo consejos. No me gusta hacerlo.

-¿Puedo contarle mis problemas? No necesita aconsejarme..., pero quizá sea capaz de analizar las cosas por mí.

Le conté suavemente todo lo relativo a aquel maldito millón de dólares.

-Margrethe, ¿puede pensar usted en alguna razón legítima por la que un hombre honrado lleve consigo un millón de dólares en efectivo? Cheques de viajero, cartas de crédito, resguardos de transferencia, incluso bonos al portador..., ¿pero *efectivo?* ¿Por esa cantidad? Digo que es algo psicológicamente tan increíble como es físicamente increíble lo que me ocurrió en el pozo de fuego. ¿Puede ver alguna otra manera de ver las cosas? ¿Por qué otra razón *honrada* llevaría un hombre tanto dinero en efectivo en un viaje como éste?

-Prefiero no juzgar.

-No le pido que juzgue; le pido solamente que fuerce su imaginación y me diga por qué un hombre llevaría consigo un millón de dólares en efectivo. ¿Puede pensar en alguna razón? Una tan cogida por los pelos como quiera... pero al menos una razón.

-Pueden haber muchas razones.

-¿Puede pensar en una?

Esperé; ella guardó silencio. Suspiré y dije:

-Yo tampoco puedo pensar en ninguna. Montones de razones criminales, eso sí, porque el llamado «dinero caliente» siempre es trasladado en efectivo. Se trata de algo tan común que la mayor parte de los gobiernos, todos los gobiernos, creo, suponen que cualquier cantidad grande de dinero en efectivo trasladado de una forma distinta a la de banco a banco o por el mismo gobierno es de hecho dinero criminal hasta que se demuestre lo contrario. O dinero falsificado, una idea aún más deprimente. El consejo que necesito es éste: Margrethe, ¿qué debo hacer con él? No es mío; no puedo sacarlo del barco. Por la misma razón, no puedo abandonarlo tampoco. Ni siquiera puedo arrojarlo por la borda.

¿Qué *puedo* hacer con él?

Mi pregunta no era retórica; tenía que hallar una respuesta que no diera como resultado el verme en la cárcel por algo que había hecho Graham. Hasta aquel momento, la única respuesta en que podía pensar era en ir a la única autoridad del barco, el capitán, contarle todos mis problemas, y pedirle que tomara en custodia aquel incómodo millón de dólares.

Ridículo. Eso simplemente plantearía nuevas e incómodas preguntas, según el capitán me creyera o no y según el Capitán fuera o no honrado... y posiblemente muchas otras variantes. Además, no podía ver ninguna forma de contarle mi problema al capitán sin ser encerrado inmediatamente, ya fuera en la cárcel o en un manicomio.

La forma más sencilla de resolver la situación sería arrojar los molestos billetes por la borda.

Pero se me planteaban objeciones morales a hacer eso. He quebrantado algunos de los Mandamientos y doblado otros con mayor o menor intensidad, pero ser honrado financieramente nunca ha sido un problema para mí. De acuerdo, mi fibra moral no parece ser últimamente tan fuerte como yo creía, pero pese a todo no me sentía tentado a robar aquel millón, y mucho menos a echarlo al mar.

Pero había otra objeción más fuerte aún: ¿conocen ustedes a alguien que, teniendo un millón de dólares en sus manos, pueda decidirse a destruirlo?

Quizá ustedes sean capaces de hacerlo. Yo no. En caso necesario podría llegar a recurrir al capitán, pero nunca a destruirlo.

¿Camuflarlo a tierra? Alex, si alguna vez sacas ese millón de dólares de su caja de seguridad, estarás robándolo. ¿Destruirás tu autorrespeto por un millón de dólares? ¿Por diez millones? ¿Por cinco dólares?

-¿Y bien, Margrethe?

-Alec, me parece que la solución es evidente.

-¿Eh?

-Pero ha intentado resolver sus problemas de forma equivocada. En primer lugar, tiene que recuperar su memoria. Luego sabrá por qué está llevando consigo ese dinero. Verá como resulta ser con alguna finalidad inocente y lógica. -Sonrió-. Le conozco mejor de lo que usted se conoce a sí mismo. Es un hombre bueno, Alec; no es un criminal.

Sentí una mezcla de exasperación hacia ella y de orgullo por su opinión de mí... pero más exasperación que orgullo.

-Está confundida, querida, *no* he perdido la memoria. No soy Alec Graham; soy Alexander Hergensheimer, y ése ha sido mi nombre toda mi vida, y mi memoria es muy precisa. ¿Quiere que le diga el nombre de mi maestra de segunda enseñanza? Señorita Andrews. ¿O cómo hice mi primer viaje aéreo cuando tenía doce años? Porque vengo de un mundo en el que las aeronaves surcan todos los océanos y sobrevuelan incluso el Polo Norte, y Alemania es una monarquía, y la Unión Norteamericana ha gozado de un siglo de paz y prosperidad, y este barco donde nos hallamos ahora sería considerado tan pasado de moda y tan miserablemente equipado y tan lento que nadie querría navegar en él. Pedí ayuda, no opinión psiquiátrica. Si cree usted que estoy loco, adelante, dígalo... y olvidaremos el tema.

-No pretendía irritarle.

-¡Querida! No me ha irritado; simplemente he descargado sobre usted parte de mis preocupaciones y mi frustración..., y no debería haberlo hecho. Lo siento. Pero tengo auténticos problemas, y no se resolverán diciéndome que mi memoria no funciona bien. Si realmente fuese mi memoria, decirlo no resolvería nada; mis problemas seguirían aquí. Pero no debería haber recurrido a usted. Margrethe, usted es todo lo que tengo... en un

mundo extraño y a veces aterrador. Lo siento.

Se levantó de mi cama.

-No hay nada que sentir, Alec. Pero no sirve de nada seguir discutiendo esta noche. Mañana... Mañana comprobaremos cuidadosamente esa huella dactilar, a la brillante luz del sol. Entonces comprenderá usted, y puede que eso tenga un efecto inmediato sobre su memoria.

-O puede tener un efecto inmediato sobre su testarudez, querida muchacha.

Sonrió.

-Veremos. Mañana. Ahora creo que será mejor que me vaya a la cama. Hemos llegado al punto en que cada uno de nosotros no hacemos más que repetir los mismos argumentos... y trastornarnos el uno al otro. No quiero eso, Alec. No es bueno.

Se volvió y se encaminó hacia la puerta, sin siquiera ofrecerse para el beso de buenas noches.

-¡Margrethe!

-¿Sí, Alec?

-Vuelva y déme un beso.

-¿Debo, Alec? Es usted un hombre casado.

-Oh... Bueno, por el amor del cielo, un beso no es lo mismo que adulterio.

Agitó tristemente la cabeza.

-Hay besos y besos, Alec. No puedo besarle de la forma que nos hemos besado a menos que siguiéramos adelante e hiciéramos el amor. Para mí eso sería algo feliz e inocente... pero para usted sería adulterio. Usted señaló lo que Cristo dijo a la mujer descubierta en adulterio. Yo no he pecado... y no quiero ser la causa de que peque usted. -Se volvió de nuevo para irse.

-¡Margrethe!

-¿Sí, Alec?

-Me preguntó en una ocasión si tenía intención de pedirle alguna vez de nuevo que volviera más tarde. Se lo pido ahora. Esta noche. ¿Quiere volver más tarde?

-Sería un pecado, Alec. Para usted, sería un pecado..., y eso haría que fuese un pecado para mí también, sabiendo cómo siente usted al respecto.

-Un pecado. No estoy seguro de qué es pecado. Sólo sé que la necesito... y creo que usted me necesita a mí.

-Buenas noches, Alec. -Se marchó apresuradamente.

Tras largo rato me lavé los dientes y la cara, luego decidí que otra ducha me haría bien. La tomé templada, y eso pareció relajarme un poco. Pero cuando me metí en la cama permanecí despierto, haciendo algo que yo llamo pensar pero que probablemente no lo sea.

Revisé mentalmente todos los principales errores que he cometido en mi vida, uno tras otro, quitándoles el polvo y fijándolos claros y nítidos en mi mente, hasta llegar al estúpido, torpe, inepto, egoísta, necio en que me había convertido aquella misma noche, hiriendo y humillando con ello a la mujer más dulce y mejor que haya conocido nunca.

Puedo mantenerme toda una noche ocupado inútilmente en flagelarme a mí mismo cuando el ataque de autorrecriminación es severo. Aquél llevaba camino de mantenerme durante varios días enteros mirando al techo.

Bastante tiempo después, muy pasada la medianoche, fui despertado por el sonido de una llave en la puerta. Tanteé en busca de la luz de la cabecera, la encontré justo en el momento en que ella dejaba caer sus ropas al suelo y se metía en la cama conmigo. Volví a apagar la luz.

Era cálida y suave, y tembló y lloró. La abracé suavemente e intenté calmarla. No habló,

y yo tampoco lo hice. Había habido demasiadas palabras antes, y la mayor parte de ellas habían sido mías. Ahora era tiempo simplemente de abrazarse y besarse y hablar sin palabras.

Finalmente sus temblores disminuyeron, luego cesaron. Su respiración se hizo pausada. Luego suspiró y dijo muy suavemente:

-No podía quedarme fuera.

-Margrethe, te quiero.

-¡Oh! Yo te quiero tanto que me duele el corazón.

Creo que los dos estábamos dormidos cuando se produjo la colisión. Yo no quería dormirme, pero por primera vez desde que caminé sobre el fuego me sentía relajado y libre de problemas; me dejé vencer.

Primero se produjo aquella increíble sacudida que casi nos arrojó fuera de la cama, luego un sonido raspante y chirriante al nivel de desgarrar nuestros oídos. Encendí la luz junto a la cama... y el casco del barco a los pies de la misma estaba combándose hacia dentro.

Sonó la alarma general, añadiendo su sonido al ruido ya ensordecedor. El costado de hierro del barco se pandeó, luego se rasgó cuando algo de un color blanco sucio y muy frío penetró por el agujero. Al mismo tiempo que la luz se apagaba.

Salté de aquella cama como pude, arrastrando a Margrethe conmigo. El barco se inclinó pronunciadamente hacia babor, haciendo que resbaláramos hasta el ángulo de la cubierta y la parte interior del casco. Golpeé contra la manija de la puerta, la agarré, y me aferré a ella con la derecha mientras sujetaba a Margrethe con mi brazo izquierdo. El barco se inclinó ahora hacia estribor, y viento y agua penetraron por el agujero..., los oímos y los sentimos, pero no pudimos verlos. El barco recuperó su estabilidad, luego volvió a inclinarse hacia estribor..., y perdí mi asidero.

Tengo que reconstruir lo que ocurrió a continuación, en medio de la oscuridad y una ensordecedora cacofonía. Caímos -nunca la solté-, y luego estábamos en el agua.

Al parecer, cuando el barco volvió a inclinarse a estribor, fuimos arrojados por el agujero. Pero eso es una simple reconstrucción; todo lo que realmente sé es que caímos, juntos, al agua, y que nos hundimos.

Volvimos a salir a la superficie, y mantuve a Margrethe bajo mi brazo izquierdo, casi en la forma en que la sujetaría un salvavidas. Lancé una mirada a mi alrededor mientras aspiraba una bocanada de aire, luego nos hundimos de nuevo. El barco estaba paralelo a nosotros y avanzando. Había un frío viento y un sonido retumbante; algo grande y alto y oscuro se apartaba del costado del arco. Pero fue el barco lo que me asustó..., o mejor dicho su propulsor, su hélice. El camarote C109 estaba hacia la parte delantera del barco, pero si no nos apartábamos inmediatamente de él, Margrethe y yo íbamos a vernos convertidos en poco tiempo en hamburguesas por la hélice. La sujeté firmemente y braceé con todas mis fuerzas para alejarme del barco, al tiempo que daba fuertes talonazos..., y me alegré cuando comprobé que nos alejábamos del peligro que representaba el barco..., unos momentos antes de que algo golpeara brutalmente mi cabeza y me sumiera en la oscuridad.

VIII

Y levantaron a Jonás y le arrojaron al mar,
el cual se calmó en su furia.
Jonás, 1:15

Me sentía cómodo y no deseaba despertarme. Pero una ligera pulsación en mi cabeza

me molestaba y, de buen o mal grado, desperté. Agité la cabeza para librarme de aquella pulsación y tragué una bocanada de agua. La expulsé entre toses.

-¿Alec? -su voz sonaba cerca.

Estaba tendido de espaldas en un agua caliente como sangre, agua salada por el sabor, con oscuridad a todo mi alrededor..., algo tan parecido a un regreso al seno materno como puede conseguirse a este lado de la muerte. ¿O era realmente la muerte?

-¿Margrethe?

-¡Oh! Oh, Alec, ¡me siento tan aliviada! Has estado durante tanto tiempo sin sentido. ¿Cómo te encuentras?

Comprobé, conté esto y aquello, giré aquí y allá, descubrí que estaba flotando de espaldas entre las piernas de Margrethe, la cual estaba también de espaldas sujetando mi cabeza entre sus manos, en una de las posiciones estándar de salvamento de la Cruz Roja. Utilizaba ligeros empujones tipo rana de sus piernas, no tanto para movernos como para mantenernos a flote.

-Estoy bien, creo. ¿Y tú?

-¡Me siento estupendamente, cariño!..., ahora que estás tú a salvo.

-¿Qué ocurrió?

-Te diste un golpe en la cabeza contra el berg.

-¿El berg?

-La montaña de hielo. El iceberg.

(¿Iceberg? Intenté recordar lo que había ocurrido.)

-¿Qué iceberg?

-El que colisionó contra el barco.

Algo de todo lo ocurrido volvió tambaleante a mí, pera aún seguía sin formar en su conjunto una imagen comprensible. Un golpe gigantesco como si el barco hubiera golpeado contra un arrecife, luego fuimos arrojados al agua. Un debatirse para alejarnos del buque... y luego un golpe en la cabeza.

-Margrethe, estamos en los trópicos, más o menos a la altura de Hawaii. ¿Cómo pueden haber aquí icebergs?

-No lo sé, Alec.

-Pero esto es... -empecé a decir «imposible», luego decidí que, para mí, aquella palabra era una tontería-. Esta agua es demasiado cálida para los icebergs. Mira, puedes dejar de seguir esforzándote; en agua salada floto tan fácilmente como en jabón.

-De acuerdo. Pero deja que siga sujetándote. Casi te perdí una vez en medio de esta oscuridad; estoy tan asustada que podría volver a ocurrir. Cuando caímos, el agua estaba fría. Ahora está caliente; así que no debemos estar cerca del berg.

-Sujétate a mí, por supuesto; yo tampoco quiero perderte. -Sí, el agua era fría cuando caímos a ella; lo recordaba muy bien. O fría comparada con un cálido abrazo en la cama. Y el viento era igualmente frío-. ¿Qué le ocurrió al iceberg?

-Alec, no lo sé. Caímos juntos al agua. Tú me sujetaste e hiciste que ambos nos alejáramos del barco; estoy segura de que esto nos salvó. Pero era tan oscuro como una noche de diciembre y el viento soplaba fuerte y en la oscuridad golpeaste tu cabeza contra el hielo.

»Que fue cuando casi te perdí. Quedaste sin sentido, querido, y me soltaste. Me hundí y tragué agua, y volví a salir a la superficie y la escupí, y no pude encontrarte.

»Alec, nunca me he sentido tan asustada en toda mi vida. No estabas por ninguna parte. No podía verte; tendí los brazos hacia todos lados y no pude tocarte; te llamé y no respondiste.

-Lo siento.

-No debí dejarme dominar por el pánico. Pero pensé que te habías ahogado. O que

estabas ahogándote y yo era incapaz de impedirlo. Pero en mis manoteos hacia todos lados mi mano tropezó contigo, y entonces te sujeté y todo estuvo de nuevo bien... hasta que no respondiste. Pero comprobé que tu corazón latía fuerte y firme, así que todo estaba bien después de todo, y te situé boca arriba entre mis piernas a fin de poder mantener tu rostro fuera del agua. Al cabo de largo rato volviste en ti... y ahora todo está realmente bien.

-No te dejaste dominar por el pánico; de ser así ahora yo estaría muerto. No hay mucha gente que pueda hacer lo que tú hiciste.

-Oh, no es tan poco frecuente; fui salvavidas en una playa al norte de København durante dos veranos..., los viernes daba lecciones. Montañas de chicos y chicas aprendieron de mí.

-Mantener la serenidad en un naufragio y hacerlo en plena oscuridad no se aprende en las lecciones; no seas tan modesta. ¿Qué hay del barco? ¿Y del iceberg?

-Alec, de nuevo: no lo sé. Una vez te hube encontrado y me aseguré de que estabas bien y que no podías ahogarte... entonces tuve tiempo para mirar a mi alrededor, y todo era como ahora. Nada. Sólo oscuridad.

-Me pregunto si se hundió. Calculo que debió entrarle mucha agua. ¿No hubo ninguna explosión? ¿No oíste nada?

-No oí ninguna explosión. Sólo el viento y los sonidos de la colisión que tú también debiste oír, luego algunos gritos cuando ya estábamos en el agua. Si se hundió no lo vi, pero..., Alec, desde hace media hora he estado nadando con la cabeza apoyada contra una almohada o un colchón o algo igual de blando. ¿Quiere decir esto que el barco se hundió? ¿Restos en el agua?

-No necesariamente, pero no resulta muy alentador. ¿Por qué has mantenido la cabeza apoyada en ello?

-Porque podíamos necesitarlo. Si es una de las colchonetas de las hamacas de cubierta o una colchoneta de la piscina, entonces está rellena de miraguano y constituye un salvavidas de emergencia.

-Eso es precisamente lo que quiero decir. Si es una colchoneta de flotación, ¿por qué limitarte a mantener la cabeza apoyada contra ella? ¿Por qué no te has subido a ella, saliendo así del agua?

-Porque no podía hacerlo sin soltarte a ti.

-Oh. Margrethe, cuando salgamos de esto, ¿serás tan amable de darme un fuerte puntapié? Bien, ahora ya he recobrado el sentido; veamos lo que has encontrado. Adelante.

-De acuerdo. Pero no quiero soltarte cuando no puedo verte.

-Cariño, yo me siento más ansioso aún de no perder el contacto contigo. Bien, haremos esto: tú te sujetas a mí con una mano, y tiendes la otra hacia atrás. Agarras fuertemente esa colchoneta o lo que sea. Yo me doy la vuelta y me sujeto a ti y sigo el rastro hasta la mano que estás utilizando para agarrar esta lo que sea. Luego veremos... palparemos lo que tenemos y decidiremos cómo utilizarlo.

No era simplemente una almohada, o siquiera una colchoneta de hamaca; era (por el tacto) una ancha colchoneta de baño, de al menos metro y medio de ancho por casi dos metros de largo..., lo bastante grande para dos personas, o tres si habían sido presentadas. ¡Casi tan bueno como haber encontrado un bote salvavidas! Mejor aún... esa colchoneta incluía a Margrethe. Recordé un poema profano que circulaba subterráneamente en el seminario: «Una jarra de vino, una hogaza de pan, y tú...»

Subirse a una colchoneta tan fláccida como una lombriz en una noche tan negra como el interior de una pila de carbón no es simplemente difícil; es imposible. Conseguimos lo imposible agarrándome yo a ella con las dos manos mientras Margrethe se deslizaba hasta

su superficie por encima mío. Luego ella me tendió una mano mientras yo hacía lo mismo procurando no volcarla.

Luego me incliné sobre un codo y caí de nuevo al agua, y me sentí perdido. Seguí la voz de Margrethe y golpeé contra la colchoneta, y subí de nuevo cuidadosamente a bordo.

Descubrimos que la forma más práctica de hacer el mejor uso del espacio y la flotabilidad ofrecida por la colchoneta era permanecer tendido de espaldas, lado a lado, con las miradas fijas en las estrellas como ese dibujo de Leonardo da Vinci, a fin de mantener el mayor contacto posible de nuestros cuerpos sobre su soporte.

-¿Estás bien, cariño? -dije.

-¡Estupendamente!

-¿Necesitas algo?

-Nada que tengamos aquí. Me siento cómoda y relajada... y tú estás a mi lado.

-Yo también. ¿Pero qué querrías si pudieras conseguir cualquier cosa que te apeteciera?

-Bueno..., una copa de helado fantasía.

Consideré su proposición.

-No. Un helado de chocolate con jarabe de malvavisco y una cereza rematando el conjunto. Y una taza de café.

-Una taza de chocolate. Pero yo me quedo con el helado fantasía. Es un vicio que adquirí en América. Nosotros los daneses hacemos maravillas con los helados, pero echarle una salsa caliente a una copa de helado no se nos había ocurrido nunca. Un helado fantasía con la salsa de chocolate bien caliente. Mejor que sea doble.

-De acuerdo. Te compraré uno doble si eso es lo que quieres. Nunca he sabido negarme a nada. Además, tu me salvaste la vida.

Su mano de la parte interior de la colchoneta palmeó la mía.

-Alec, eres divertido... y yo me siento feliz. ¿Crees que vamos a salir con vida de esto?

-No lo sé, amor. La suprema ironía de la vida es que casi nadie sale vivo de ella. Pero te prometo esto: voy a hacer todo lo posible para conseguirte ese helado fantasía.

Ambos despertamos cuando ya había luz a nuestro alrededor. Sí, yo dormí, y sé que Margrethe lo hizo también, puesto que yo desperté un poco antes que ella, escuché sus suaves ronquidos, y me mantuve inmóvil hasta que vi que abría los ojos. No había esperado poder dormir, pero no me sorprende (ahora) que lo hiciéramos: una cama perfecta, un silencio perfecto, una temperatura perfecta, nosotros dos muy cansados..., y absolutamente nada de lo que preocuparse que valiera realmente la pena preocuparse por ello, nada en absoluto que pudiéramos hacer respecto a nuestros problemas antes de que se hiciera de día. Creo que me dormí pensando: Sí, Margrethe tiene razón; un helado fantasía con la salsa de chocolate bien caliente por encima es una mejor elección que un helado de chocolate con malvavisco. Sé que soñé mucho con helados..., una casi pesadilla en la que me sentaba ante uno de ellos, hundía mi cucharilla, la alzaba hasta mi boca..., y la descubría vacía. Creo que fue eso lo que me despertó.

Volvió su cabeza hacia mí, sonrió, y parecía que tuviera dieciséis años, y era absolutamente celestial, *(«...como dos jóvenes corzos que fueran gemelos. Eres toda hermosa, mi amor; no hay imperfección en ti.»)*

-Buenos días, hermosa.

Rió suavemente.

-Buenos días, Príncipe Encantador. ¿Has dormido bien?

-Excelentemente, Margrethe. No dormía tan bien desde hace un mes. Extraño. Todo lo que deseo ahora es el desayuno en la cama.

-Inmediatamente, señor. ¡Se lo traigo en seguida!

-Voy contigo. No hubieras debido mencionar la comida. Me conformaré con un beso. ¿Crees que podemos darnos un beso sin caer al agua?

-Sí. Pero vayamos con cuidado. Simplemente vuelve el rostro hacia este lado; no muevas el cuerpo.

Fue un beso más bien simbólico, no uno de los absolutamente especiales de Margrethe. Ambos fuimos muy cuidadosos de no alterar la precaria estabilidad de nuestra improvisada balsa. Estábamos preocupados por algo más importante que caer al océano... al menos yo lo estaba.

Decidí plantearlo, sacarlo a la luz a fin de que pudiéramos preocuparnos juntos por ello.

-Margrethe, por el mapa que había en la parte exterior del comedor, la costa de México, cerca de Mazatlán, tendría que estar al este de nosotros. ¿A qué hora se hundió el barco? Si se hundió. Quiero decir, ¿a qué hora se produjo la colisión?

-No lo sé.

-Yo tampoco. Después de medianoche, de eso estoy segura. Estaba previsto que el *Konge Knut* llegara a las ocho de la mañana. De modo que la línea de la costa puede estar a unos ciento cincuenta kilómetros al este de nosotros. O podría estar ya casi junto a nosotros. Quizá podamos ver las montañas cuando esta bruma se levante. Del mismo modo que lo hizo ayer, es probable que hoy también lo haga. Amor, ¿cómo te desenvuelves nadando distancias largas? Si podemos ver las montañas, ¿quieres que lo intentemos?

Tardó en responder.

-Alec, si quieres, lo intentaremos.

-No es eso lo que he preguntado.

-Cierto. En aguas cálidas creo que puedo nadar tanto como sea necesario. Una vez crucé a nado el Gran Cinturón, en aguas más frías que éstas. Pero Alec, en el Cinturón no hay tiburones. Aquí hay tiburones. Los he visto.

Dejé escapar un suspiro.

-Me alegra que lo hayas dicho; no deseaba tener que hacerlo yo. Cariño, creo que debemos quedarnos aquí y no movernos. No llamar la atención sobre nosotros. Si puedo, prefiero evitar ser el desayuno de nadie..., sobre todo el desayuno de un cinturón.

-Uno no se muere rápidamente de hambre.

-No vamos a morirnos de hambre. Si pudieras elegir, ¿qué escogerías? ¿Hambre? ¿Insolación? ¿Tiburones? ¿O sed? En todas las historias de botes salvavidas y en Robison Crusoe siempre he leído que nuestro héroe tenía algo con lo que trabajar. Yo ni siquiera tengo un mondadientes. Corrección: te tengo a ti; eso cambia las posibilidades. Margrethe, ¿qué crees que debemos hacer?

-Creo que seremos rescatados.

Yo también lo pensaba, pero por una razón que no deseaba discutir con Margrethe.

-Me alegra oírte decir esto. ¿Pero por qué lo crees?

-Alec, ¿has estado alguna vez en Mazatlán antes?

-No.

-Es un importante puerto pesquero, tanto comercial como deportivo. Desde el amanecer, centenares de barcas se hacen a la mar. Las más grandes y rápidas se alejan varios kilómetros de la costa. Si aguardamos, nos encontrarán.

-Puede que nos encuentren, quieres decir. Hay un montón de océano ahí fuera. Pero tienes razón; nadar en él es un suicidio; nuestras mejores posibilidades están en permanecer aquí y aguardar.

-Estarán buscándonos. Alec.

-¿Buscándonos? ¿Quiénes?

-Si el *Konge Knut* no se hundió, entonces el capitán sabe cuándo y dónde fuimos arrojados por la borda; cuando llegue a puerto, ahora aproximadamente, pedirá un rastreo

diurno. Pero si se hundió, entonces estarán registrando toda la zona en busca de supervivientes.

-Eso suena lógico. -(Tenía otra idea, en absoluto lógica.)

-Nuestro problema es permanecer con vida hasta que nos encuentren, evitando los tiburones y la sed y las quemaduras del sol de la mejor manera que podamos... y manteniéndonos quietos por todos los medios. Completamente quietos y todo el rato. Excepto que creo que podemos darnos la vuelta de tanto en tanto, una vez haya salido el sol, para evitar las quemaduras localizadas.

-Y rezar para que el día sea nublado, sí. Y quizá no debiéramos hablar. Así la sed no vendrá tan pronto, ¿no crees?

Calló durante un rato tan largo que pensé que había iniciado la disciplina que acababa de sugerir. Luego dijo:

-Querido, puede que no sobrevivamos.

-Lo sé.

-Si hemos de morir, querría oír tu voy, y no verme privada de decirte que te quiero, ahora que puedo, por un fútil intento de vivir algunos minutos más.

-Si, mí amor. Sí.

Pese a esa decisión, hablamos muy poco. Para mí era suficiente tocar su mano; para ella parecía ser suficiente también.

Mucho tiempo más tarde -unas tres horas, calculo-, oí a Margrethe jadear.

-¿Problemas?

-¡Alec! ¡Mira allí! -Señaló. Miré.

Hubiera debido ser mi turno de jadear, pero me sentía demasiado excitado para ello: muy arriba, una silueta cruciforme, parecida a un pájaro planeando, pero mucho más grande y claramente artificial. Una máquina volante...

Sabía que las máquinas volantes eran imposibles; en la escuela de ingeniería había estudiado la muy conocida prueba matemática del profesor Simón Newcomb de que los esfuerzos del profesor Langely y otros de construir un aerodino capaz de llevar a un hombre estaban condenados al fracaso, eran inútiles, porque la teoría de la escala demostraba que ningún ingenio lo suficientemente grande como para transportar a un hombre podía acarrear a la vez una planta de energía calórica lo suficientemente grande como para conseguir alzarlo del suelo... y mucho menos con un pasajero.

Esa era la última palabra de la ciencia sobre una insensatez, y había puesto punto final al malgasto del dinero público en una quimera. El dinero para la investigación y el desarrollo se había dirigido hacia las aeronaves, donde correspondía, con enorme éxito.

Sin embargo, en los últimos días había adquirido un nuevo enfoque de la idea de «imposible». Cuando una verdadera máquina volante se mostró allá arriba en el cielo, no me sentí demasiado sorprendido. Sólo excitado.

Creo que Margrethe contuvo el aliento hasta que pasó por encima de nosotros y estuvo muy lejos en el horizonte. Me obligué a respirar calmadamente... Era un aparato hermoso, plateado y bruñido y rápido. No podía juzgar su tamaño, pero si aquellos puntos oscuros en sus lados eran ventanillas, entonces era enorme.

No había podido ver qué era lo que lo propulsaba.

-Alec... ¿es eso una aeronave?

-No. Al menos no es lo que yo entiendo cuando te hablo de aeronaves. Esto es lo que yo llamaría una «máquina volante». Eso es todo lo que puedo decir; nunca había visto ninguna antes. Pero ahora puedo decirte una cosa... algo muy importante.

-¿Qué?

-No vamos a morir... y ahora sé por qué el barco se hundió.

-¿Por qué, Alec?

-Para impedirme comprobar una huella dactilar.

IX

Porque tuve hambre, y me disteis de comer;
tuve sed, y me disteis de beber;
era forastero, y me recogisteis.
Mateo, 25:35

-O, para decirlo de una forma un poco más exacta, el iceberg estaba aquí y la colisión se produjo para impedirme comprobar la huella dactilar de mi pulgar contra la del permiso de conducir de Graham. Puede que el barco no se haya hundido; eso tal vez no era necesario para el plan.

Margrethe no dijo nada.

-Adelante, querida; dilo -la animé gentilmente-. Sácalo de tu pecho; no me importa. Estoy loco. Paranoide.

-Alec, no dije eso. No creo que sea así, de veras. Nunca lo creería.

-No, no lo dijiste. Pero esta vez mi aberración no puede ser explicada como una «pérdida de memoria». Es decir, si vimos lo mismo. ¿Qué es lo que viste tú?

-Vi algo extraño en el cielo. Y también lo oí. Me dijiste que era una máquina volante.

-Bien, creo que así es como debería ser llamada... pero por lo que a mí respecta puedes llamarla, esto... *«gumpersaggle».* Algo nuevo y extraño. ¿Qué era este *gumpersaggle?* Descríbelo.

-Era algo que se movía en el cielo. Procedía de aquel lado, luego pasó casi encima de nosotros, y desapareció por allí. -(Señaló, una dirección que yo había decidido que era el norte)-. Tenía una forma parecida a una cruz, un crucifijo. El travesaño tenía unas protuberancias, cuatro, creo. La parte frontal tenía ojos como una ballena, y el extremo de atrás una aleta caudal también como una ballena. Una ballena con alas..., eso es lo que parecía, Alec; ¡una ballena volando por el cielo!

-¿Crees que estaba viva?

-Oh, no lo sé. No lo creo. No sé qué pensar.

-Yo no creo que estuviera viva; creo que era una máquina. Una máquina volante. Un barco con alas. Pero, de cualquier modo, fuese una máquina o una ballena voladora, ¿has visto algo parecido alguna vez en tu vida?

-Alec, era algo tan extraño que tuve problemas para creer lo que estaba viendo.

-Lo sé. Pero tú lo viste primero y me lo señalaste... de modo que no pude inducirte a pensar que lo veías.

-Tú no harías eso.

-No, no lo haría. Pero me alegra que lo vieras tú primero, querida; eso significa que es real..., no algo soñado por un cerebro febril. Esa cosa no vino del mundo que tú conoces..., y puedo prometerte que no es una de las aeronaves de las que te hablé; no es tampoco del mundo donde yo crecí. Así que en estos momentos nos hallamos en un tercer mundo. -Suspiré-. La primera vez fue necesario un transatlántico de veinte mil toneladas para probarme que había cambiado de mundo. Esta vez una sola ojeada a algo que simplemente no puede existir en mi mundo me ha bastado para saber que ha vuelto a ocurrir. Cambiaron de mundos cuando perdí el sentido... creo que fue entonces cuando lo hicieron. De hecho, pienso que lo hicieron para impedirme comprobar esa huella dactilar. Paranoia. La ilusión

de que todo el mundo es una conspiración. Sólo que no es ninguna ilusión.

Observé sus ojos.

-¿Y bien?

-Alec... ¿es posible que los dos lo hayamos imaginado? ¿El delirio, quizá? Ambos sufrimos una experiencia traumática... tú te golpeaste la cabeza; puede que yo me golpeara la mía cuando chocamos con el iceberg.

-Margrethe, los dos no podemos sufrir el mismo sueño delirante. Si tú hubieras despertado y hubieses descubierto que yo no estaba, ésa habría podido ser tu respuesta. Pero yo no he desaparecido; sigo estando aquí. Además, todavía tienes que explicar la presencia de un iceberg tan al sur como estamos. La paranoia es la explicación más sencilla. Pero la conspiración apunta hacia mí; tú simplemente tuviste la desgracia de hallarte en el camino y ser atrapada por ella. Lo siento. -(En realidad no lo sentía. Una balsa en medio del océano no es un lugar donde estar solo. Pero con Margrethe era casi un paraíso.)

-Sigo pensando que compartir el mismo sueño es... *¡Alec, ahí viene de nuevo!* -Señaló.

No vi nada al principio, luego sí: un punto que crecía hasta convertirse en una silueta cruciforme, una silueta que ahora identifiqué como una «máquina volante». La observé mientras crecía de tamaño.

-Margrethe, debe haber dado la vuelta. Quizá nos vio. Ellos nos vieron. O *ella* nos vio. Lo que sea.

-Quizá.

A medida que se acercaba vi que iba a pasar por nuestra derecha en vez de sobre nosotros. Margrethe dijo de pronto:

-No es la misma.

-Y no es una ballena volante..., a menos que las ballenas volantes de aquí tengan anchas franjas rojas en sus costados.

-No es una ballena. Quiero decir, «no está viva». Tienes razón, Alec; es una máquina. Querido, ¿crees que realmente hay gente dentro? Eso me asusta.

-Creo que yo estaría más asustado si no hubiera gente dentro. -(Recordé una historia fantástica traducida del alemán acerca de un mundo poblado nada menos que por máquinas automáticas..., no era una historia agradable)-. En realidad, significa buenas noticias. Ambos sabemos ahora que cuando vimos la primera no era un sueño, no se trataba de ninguna ilusión. Eso confirma el hecho de que nos hallamos en otro mundo. En consecuencia, vamos a ser rescatados.

-No sigo ese razonamiento -dijo ella, dudosa.

-Eso se debe a que sigues intentando evitar el llamarme paranoico..., y gracias, querida, pero el ser yo un paranoico es la más simple de las hipótesis. Si el bromista que está tirando de los hilos hubiera pretendido matarme, el momento más fácil de hacerlo hubiera sido con el iceberg. O antes, con el pozo de fuego. Pero su intención no es matarme, al menos no ahora. Está jugando conmigo, al gato y al ratón. Así que seré rescatado. Y tú también, puesto que estamos juntos. Estabas conmigo cuando chocamos con el iceberg..., ésa fue tu mala suerte. Sigues conmigo ahora, de modo que serás rescatada..., ésa es tu buena suerte. No luches contra ello, querida. He tenido algunos días para acostumbrarme a ello, y he descubierto que todo está bien una vez te relajas. La paranoia es el único enfoque racional a un mundo de conspiración.

-Pero Alec, el mundo no debería ser de esa forma.

-No existe un «debería» aquí, amor. La esencia de la filosofía es aceptar el universo tal como es antes que intentar obligarlo a que adopte alguna forma preconcebida. ¡Hey! -añadí-. No te agites. No querrás convertirte en desayuno para los tiburones justo después de tener las pruebas de que vamos a ser recogidos.

Durante la siguiente hora no ocurrió nada... a menos que contemos el avistar dos suntuosas peces vela. El sol empezó a quemar, y fui sintiéndome cada vez más ansioso de un próximo rescate; ¡supuse que eso al menos me lo debían! No permitáis que sufra quemaduras de tercer grado. Margrethe podía recibir un poco más de sol que yo; era rubia pero tenía ya un encantador color tostado..., encantador. Pero yo era tan blanco como la barriga de una rana excepto en la cara y manos..., el sol de todo un día en el trópico podía llevarme al hospital. O peor.

El horizonte oriental parecía mostrar ahora una gris irregularidad que podían ser montañas..., o eso me repetí una y otra vez, aunque no hay mucho que puedas ver cuando tu ángulo de observación se halla a unos veinte centímetros por encima de la línea del agua. Si aquello eran realmente montañas o colinas, entonces la tierra no estaba a muchos kilómetros de distancia. Las barcas de Mazatlán debían ponerse al alcance de la vista en cualquier momento... si existía Mazatlán en aquel mundo. Si...

Entonces se dejó ver otra máquina volante.

Era tan sólo parecida a las otras dos. Ambas habían volado paralelamente a la costa, la primera desde el sur, la segunda desde el norte. Esta máquina surgió directamente de la costa, volando hacia el oeste, pero en zigzag.

Pasó al norte de nosotros, luego dio la vuelta y trazó un círculo en torno nuestro. Descendió lo suficiente como para poder ver que realmente llevaba hombres en su interior, dos, calculé.

Su forma es difícil de explicar. Imaginen primero una cometa gigante en forma de caja, de unos doce metros de largo, uno y medio de ancho, y un metro entre las dos superficies de la cometa.

Imaginen esta cometa en forma de caja colocada en ángulo recto a un bote, algo parecido a un kayak esquimal pero más ancho, mucho más ancho..., casi tan ancho como la cometa.

Debajo de todo esto hay otros dos kayaks, más pequeños, paralelos a la forma principal.

A un extremo de este conjunto hay un motor (como vi más tarde), y en el extremo frontal una hélice de aire, como las hélices de agua de los barcos... y esto lo vi más tarde también. Cuando vi por primera vez aquella increíble estructura, la hélice estaba girando a tal velocidad que uno simplemente no podía verla. ¡Pero sí podía oírla! El ruido que hacía este artilugio era ensordecedor y nunca se detenía.

La máquina giró hacia nosotros y se inclinó hacia abajo de modo que pareció apuntar directamente en nuestra dirección..., casi como un pelícano planeando para capturar un pez.

Y nosotros éramos el pez. Era intimidante. Para mí al menos; Margrethe ni siquiera miró. Pero apretó muy fuertemente mis dedos. El simple hecho de que no fuéramos peces y que una máquina no pudiera devorarnos y que probablemente no deseara hacerlo no hacía menos terrible aquel picado.

Pese a mi temor (o tal vez debido a él), vi entonces que aquella construcción era al menos dos veces más grande de lo que había estimado cuando la vi arriba en el cielo. Llevaba dos tripulantes manejándola, sentados uno al lado del otro tras un panel de cristal en el extremo anterior. El motor propulsor resultaron ser dos, montados entre las alas como una cometa, uno a la derecha de la posición de los tripulantes, el otro a la izquierda.

En el último instante la máquina se alzó como un caballo del que tiran de las riendas, y no nos alcanzó por poco. La corriente de aire causada por su paso casi nos arrojó fuera de nuestra improvisada balsa, y el restallar del sonido puso campanillas en mis oídos.

Ascendió un poco, giró de nuevo hacia nosotros, pero no enteramente hacia nosotros.

Los kayaks gemelos inferiores tocaron el agua, creando una estela de espuma... y la cosa frenó su marcha y se detuvo y se quedó allá, encima del agua, ¡y no se hundió!

Ahora las hélices se movían muy lentamente y las vi por primera *vez...,* y admiré la ingeniosidad técnica que las había producido. No eran tan eficientes, sospeché, como las hélices conductoras de aire utilizadas en nuestros dirigibles, pero constituían una elegante solución a un problema en un lugar donde la conducción del aire podía ser difícil o quizá imposible.

¡Pero esos motores infernalmente ruidosos! Cómo podía aceptar eso cualquier ingeniero era algo que no sabía ver. Como decía uno de mis profesores (mucho antes de que la termodinámica me convenciera de mi vocación al ministerio divino), el ruido es siempre un subproducto de la ineficiencia. Un motor correctamente diseñado es tan silencioso como la tumba.

La máquina giró y se dirigió de nuevo hacia nosotros, avanzando muy lentamente. Sus tripulantes la manejaron de tal modo que no nos alcanzó por unos pocos metros y casi se detuvo. Uno de los hombres de su interior salió arrastrándose del espacio detrás del parabrisas y se aferró con la mano izquierda a uno de los soportes que mantenían paralelas las dos alas. Su otra mano llevaba una cuerda enrollada.

Mientras la máquina volante pasaba por nuestro lado, arrojó la cuerda en nuestra dirección. La agarré, tiré de ella, y no fui a parar al agua porque Margrethe me sujetó.

Le pasé la cuerda a Margrethe.

-Deja que él tire de ti hasta el aparato. Yo me meteré en el agua y avanzaré detrás de ti.

-¡No!

-¿Qué quieres decir con «No»? Éste no es momento de discutir. ¡Hazlo!

-¡Alec, estáte quieto! Está intentando decirnos algo.

Me callé, algo más que un poco ofendido. Margrethe escuchó. (No servía de nada que yo escuchara; mi español se limita a *«Gracias»* y *«Por favor».* En vez de ello, leí las letras en el costado de la máquina: *EL GUARDACOSTAS REAL DE MÉXICO.*

-Alec, nos advierte que vayamos con mucho cuidado. Hay tiburones.

-Uf.

-Sí. Tenemos que quedarnos donde estamos. Él tirará suavemente de esta cuerda. Creo que tiene intención de introducirnos en su máquina sin que tengamos que meternos en el agua.

-¡Un hombre de mi misma opinión!

Lo probamos; no funcionó. Se había alzado brisa; tenía mucho más efecto en la máquina volante del que había tenido en nosotros... esa colchoneta empapada de agua estaba prácticamente clavada en la superficie del océano, sin apenas moverse. En vez de conseguir tirar de nosotros hacia la máquina volante, el hombre del otro extremo se vio obligado a soltar más cuerda para evitar que cayéramos al agua.

Dijo algo casi a gritos; Margrethe respondió. Se gritaron el uno al otro. La muchacha se volvió hacia mí.

-Dice que soltemos la cuerda. Van a apartarse y volver, esta vez directamente hacia nosotros, pero lentamente. Cuando esté muy cerca, tenemos que intentar trepar al *aeroplano.* La máquina.

-De acuerdo.

La máquina se alejó, giró sobre el agua y volvió. Mientras aguardábamos, no hubo tiempo de aburrirnos; tuvimos la aleta dorsal de un enorme tiburón para entretenernos. No atacó; aparentemente no había pasado por su mente (¿qué mente?) que podíamos ser comestibles. Supongo que veía solamente la parte inferior de la colchoneta.

La máquina volante enfiló directamente hacia nosotros sobre el agua, parecida a una monstruosa libélula rozando la superficie. Dije:

-Querida, cuando se acerque más, agárrate al puntal más próximo y yo te empujaré hacia arriba. Luego subiré detrás de ti.

-No, Alec.

-¿Qué quieres decir con «No»? -Me sentía vejado. Margrethe era tan buena camarada... y luego de pronto tan testaruda. En los momentos más inadecuados.

-No puedes empujarme hacia arriba; no tienes ningún punto de apoyo. Y no puedes ponerte en pie; ni siquiera puedes sentarte. Tú arrástrate hacia la derecha; yo me arrastraré hacia la izquierda. Si alguno de los dos falla la presa, entonces de vuelta a la colchoneta... ¡aprisa! El *aeroplano* volverá otra vez.

-Pero...

-Así es como él dijo que debíamos hacerlo.

Ya no quedaba tiempo; la máquina estaba casi encima de nosotros. Las «patas» o puntales que unían las gemelas formas inferiores del cuerpo de la máquina formaron un puente encima de la colchoneta, uno casi rozándome a mí y el otro casi rozando a Margrethe.

-¡Ahora! -exclamó ella. Me lancé hacia mi lado, agarré fuertemente el puntal.

Y casi me arranqué el brazo derecho de su articulación, pero seguí moviéndome, a la manera de un mono..., me sujeté con las dos manos, apoyé un pie en el kayak horizontal, volví la cabeza.

Vi una mano que se tendía hacia abajo para sujetar a Margrethe, y ésta fue alzada al ala superior en forma de cometa y desapareció. Me volví para subir por mi lado..., y de pronto empecé a levitar hasta el ala. Normalmente no levito, pero en esta ocasión tenía un incentivo: una aleta color blanco sucio, demasiado grande para cualquier pez decente, cortando el agua directamente hacia mi pie.

Me encontré junto a la pequeña carlinga desde donde los tripulantes dirigían aquel extraño aparato. El segundo hombre (no el que había salido para ayudar) asomó la cabeza por una ventanilla, me sonrió, se echó de nuevo hacia atrás y abrió una portezuela. Me metí dentro de cabeza. Margrethe estaba ya allí.

El espacio disponía de cuatro asientos, dos en la parte frontal, donde se sentaban los tripulantes, y dos en la parte de atrás, donde estábamos nosotros.

El tripulante de mi lado miró a su alrededor y dijo algo, y siguió -¡lo vi claramente!- mirando a Margrethe. Por supuesto, ella estaba desnuda, pero eso no era culpa suya, y un caballero no debería mirar.

-Dice que debemos asegurarnos nuestros cinturones -explicó Margrethe-. Creo que quiere decir esto. -Alzó una hebilla al extremo de un cinturón, cuyo otro extremo estaba fijado al armazón de la cabina.

Descubrí que yo estaba sentado sobre una hebilla similar, que estaba horadando un agujero en mi nalga quemada por el sol. Hasta entonces no me había dado cuenta de ello, con tantas otras cosas exigiendo mi atención. (¿Por qué no mantiene sus ojos clavados en sí mismo? Sentí deseos de gritarle algo. El que, con gran peligro para sí mismo, acabara de salvar su vida y la mía no se me ocurrió en aquel momento; simplemente estaba poniéndome furioso de que se estuviera aprovechando de aquel modo de una indefensa dama.)

Volví mi atención a aquel engorroso cinturón e intenté ignorar al hombre. Éste dijo algo a su compañero, que respondió entusiásticamente. Margrethe interrumpió la discusión.

-¿Qué están diciendo? -pregunté.

-El pobre hombre quiere quitarse la camisa para dármela. Yo he protestado... pero no con la suficiente energía como para parar la discusión. Es muy galante por su parte, querido, y como no soy una estúpida, creo que me sentiré mucho más cómoda entre extraños si llevo algo encima. -Escuchó unos momentos y añadió-. Están discutiendo

acerca de a quién le corresponde el privilegio.

Me callé. Les pedí mentalmente disculpas. Apostaría a que incluso el Papa de Roma ha deslizado alguna mirada subrepticia una o dos veces en su vida.

Al parecer el de la derecha fue el que ganó la discusión. Se retorció en su asiento -no podía ponerse de pie- y se quitó la camisa, se volvió y se la pasa Margrethe.

-*Señorita. Por favor.* -Añadió otras observaciones, pero estaban mucho más allá de mis conocimientos.

Margrethe respondió con dignidad y gracia, y charló con ellos mientras culebreaba para meterse dentro de la camisa. Casi la cubría hasta los pies. Se volvió hacia mí.

-Querido, el comandante es el *teniente* Aníbal Sanz García, y su ayudante es el *sargento* Roberto Domínguez Jones, ambos de la Real Guardia Costera mexicana. Tanto el teniente como el sargento deseaban ofrecerme su camisa, pero lo echaron a suertes y ganó el sargento, así que llevo su camisa.

-Es muy generoso por su parte. Pregúntale si hay algo en esta máquina que yo pueda echarme por encima.

-Lo intentaré. -Pronunció varias frases; oí mi nombre. Luego cambió al inglés-: Caballeros, tengo el honor de presentarles a mi esposo, el *señor* Alexandro Graham Hergensheimer. -Volvió al español.

No tardó en recibir respuesta.

-El teniente está desolado de tener que admitir que no disponen de nada que puedan ofrecerte. Pero promete por el honor de su madre que encontrarán algo para ti tan pronto como alcancemos Mazatlán y el cuartel general de la Guardia Costera de allí. Ahora nos pide que nos atemos bien nuestros cinturones, puesto que vamos a alzar el vuelo. ¡Alec, estoy asustada!

-No lo estés. Tomaré tu mano.

El sargento Domínguez se volvió de nuevo hacia nosotros y alzó una cantimplora.

-*¿Agua?*

-¡Dios de los cielos, sí! -aceptó Margrethe-. *¡Sí sí sí!*

El agua nunca me supo tan buena.

El teniente miró a su alrededor cuando le devolvimos la cantimplora, sonrió ampliamente e hizo un gesto con el pulgar hacia arriba tan antiguo como el Coliseo, e hizo algo que aceleró los motores. Habían estado girando muy lentamente; ahora aceleraron hasta un ritmo horrible. La máquina giró situándose con el viento. La brisa había sido fresca durante toda la mañana; ahora alzaba pequeños rizos blancos en los extremos de las olitas. Aceleró aún más los motores, hasta una violencia inconcebible, y empezamos a saltar y rebotar sobre el agua, agitándolo todo.

Luego empezamos a golpear cada décima ola con una fuerza increíble. No sé cómo no naufragamos.

De pronto estábamos a seis metros sobre el agua; el golpeteo cesó. La vibración y el ruido prosiguieron. Ascendimos en un ángulo agudo..., y giramos y empezamos a bajar de nuevo, y yo estuve a punto de devolver aquella bendita agua.

El océano estaba inmediatamente delante de nosotros, una pared sólida. El teniente volvió la cabeza y gritó algo.

Yo sentí deseos de decirle que mantuviera los ojos en el camino... pero no lo hice.

-¿Qué ha dicho?

-Dice que miremos hacia donde señala. Vamos directamente hacia él. *El tiburón blanco grande...* el gran tiburón que casi nos atrapó.

(Hubiera podido pasarme muy bien sin ello.) Efectivamente, en el centro de aquella pared de agua había un fantasma gris con una aleta cortando el agua. Justo cuando supe que íbamos a estrellarnos directamente contra él, la pared se ladeó y se alejó de nosotros,

mis posaderas se vieron duramente empujadas contra el asiento, mis oídos rugieron, y de nuevo evité echar fuera el agua que había bebido por pura fuerza de voluntad.

La máquina se niveló, y de pronto el vuelo se convirtió en algo casi confortable, aparte el ruido y la vibración.

Pero las aeronaves son mucho mejores en todos los aspectos.

Las escarpadas colinas más allá de la línea de la costa, tan difíciles de ver desde nuestra improvisada balsa, eran claramente visibles una vez estuvimos en el aire, y lo mismo la orilla..., una serie de hermosas playas y una ciudad hacia la que nos dirigíamos. El sargento miró a su alrededor, señaló la ciudad allá abajo y dijo algo.

-¿Qué ha dicho?

-El sargento Roberto dice que llegamos a casa justo a tiempo para comer. *El almuerzo,* ha dicho, pero en realidad es el *desayuno* para nosotros.

Repentinamente, mi estómago decidió quedarse tranquilo por unos instantes.

-No me importa cómo lo llamen. Dile que no se molesten en asar el caballo; me lo comeré crudo.

Margrethe tradujo; nuestros dos anfitriones se echaron a reír, luego el teniente procedió a descender en una amplia curva y a situar su máquina sobre el agua mientras miraba por encima de su hombro para hablar con Margrethe..., que siguió sonriendo mientras araba con sus uñas la palma de mi mano derecha.

Descendimos. Nadie resultó muerto. Pero las aeronaves son mucho mejores.

¡Comida! Al parecer todo se estaba arreglando.

X

Con el sudor de tu rostro comerás pan,
hasta que tornes al suelo...
Génesis, 3:19

Media hora después de que la máquina volante chapoteara en el puerto de Mazatlán, Margrethe y yo estábamos sentados con el sargento Domínguez en el comedor de la tropa de la Guardia Costera. Llegamos tarde a la comida del mediodía, pero nos sirvieron pese a todo. Y yo iba vestido. Un poco, al menos... unos pantalones de faena. Pero la diferencia entre ir completamente desnudo y un par de pantalones es mucho más grande que la diferencia entre unos bastos pantalones de trabajo y el armiño más fino. Pruébenlo y lo verán.

Un bote pequeño había acudido al lugar de anclaje de la máquina volante; luego tuve que caminar cruzando el muelle donde habíamos aterrizado hasta el edificio del cuartel general, allí esperar hasta que encontraran esos pantalones para mí..., con desconocidos mirándome todo el rato, algunos de ellos mujeres. Ahora sé cómo se siente uno expuesto en la picota. ¡Horrible! No me había sentido tan azarado desde aquel desafortunado accidente en la escuela dominical, cuando tenía cinco años.

Pero ahora todo esto ya había terminado, y teníamos delante comida y bebida, y por el momento me sentía abundantemente feliz. La comida no era la que yo estaba acostumbrado. ¿Quién dijo que el hambre es la mejor salsa? Fuera quien fuese, tenía razón: nuestro *almuerzo* fue delicioso. Delgadas tortas de maíz untadas con salsa de carne, alubias cocidas, un guiso tan caliente que cauterizaba tu garganta, un bol lleno de pequeños tomates amarillos, y café fuerte, negro y amargo... ¿Qué más puede pedir un hombre?

Ningún *gourmet* ha saboreado nunca una comida como yo gocé de aquélla.

(Al principio me sentí un poco mortificado por el hecho de que comiéramos en el comedor de la tropa en vez de ir con el teniente Sanz al comedor de oficiales. Mucho más tarde tuve que reconocer que había sufrido un síndrome civil muy común, es decir, que un civil sin experiencia militar iguala inconscientemente su posición social a la de los oficiales, nunca a la de la tropa. Sometida a examen, esa noción es obviamente ridícula... pero es casi universal. O quizá no universal pero sí muy extendida en toda América..., donde cualquier hombre «es tan bueno como cualquier otro y mejor que la mayoría».)

El sargento Domínguez volvía a llevar su camisa. Aunque no costó encontrar pantalones para mí, una mujer -una criada, supongo; los guardacostas mexicanos no parecen tener personal femenino- fue llamada al cuartel general para buscar algo para Margrethe, y ese algo resultó ser una blusa y una falda, las dos de algodón y de brillantes colores. Un vestido sencillo y obviamente barato, pero Margrethe lucía maravillosa con él.

Sin embargo, ninguno de los dos llevaba zapatos. No importaba: el clima era cálido y seco, los zapatos podían esperar. Estábamos bien comidos, bien vestidos y a salvo..., y todo ello con una cálida hospitalidad que me impulsaba a pensar que los mexicanos eran la gente mejor del mundo.

Tras mi segunda taza de café dije:

-Cariño, ¿cómo podemos disculparnos e irnos sin mostrarnos descorteses? Creo que deberíamos acudir al cónsul americano tan pronto como fuera posible.

-Tenemos que volver al edificio del cuartel general.

-¿Más papeleo?

-Supongo que podemos definirlo así. Creo que quieren interrogarnos con mayor detalle acerca de cómo fuimos a parar al lugar donde nos hallaron. Hay que admitir que nuestra historia suena extraña.

-Sí, supongo que sí. -Nuestra entrevista inicial con el comandante había sido menos que satisfactoria. Si hubiera estado solo creo que simplemente me hubiera llamado mentiroso..., pero es difícil para un hombre henchido de ego masculino hablarle de esa forma a Margrethe.

El problema era el buen barco *Konge Knut.*

No se había hundido, no había llegado a puerto... no había existido nunca.

Yo me mostré tan sólo moderadamente sorprendido. Si se hubiera convertido en un velero de cinco palos, no me hubiera sorprendido en absoluto. Pero había esperado algún tipo de barco con ese mismo nombre..., creía que las reglas lo requerían así. Pero estaba resultando claro que no había comprendido las reglas. Si es que las había habido alguna vez.

Margrethe me había señalado un factor confirmador: este Mazatlán no era la ciudad que ella había visitado en otras ocasiones. Ésta era mucho más pequeña y en absoluto una ciudad turística..., de hecho el largo muelle donde hubiera debido atracar el *Konge Knut* no existía en este mundo. Creo que esto la convenció tanto como la máquina volante en demostrarle que mi «paranoia» era de hecho la hipótesis menos verosímil. Había estado en aquel lugar antes; aquel muelle había sido grande y sólido, y había desaparecido. Eso la impresionó.

El comandante no se había sentido impresionado. Pasó más tiempo interrogando al teniente Sanz del que pasó interrogándonos a nosotros. No parecía complacido con Sanz.

Había otro factor que no comprendí en aquel momento y nunca he comprendido enteramente. El jefe de Sanz era *capitán;* el comandante también era *capitán.* Pero ambos no tenían el mismo grado.

Los guardacostas utilizaban los grados de la marina. Sin embargo, aquella pequeña parte que operaba las máquinas volantes usaba grados del ejército. Creo que esta diferencia

trivial tenía un origen histórico. Como es lógico suponer, había fricciones entre las dos partes; las cuatro barras del capitán de navío no estaban dispuestas a aceptar como si fuera el evangelio nada de lo que fuera informado por un oficial de una máquina volante.

El teniente Sanz había traído a dos náufragos desnudos con una historia ridícula; el oficial con las cuatro barras parecía inclinado a culpar a Sanz de los aspectos increíbles de nuestra historia.

Sanz no estaba intimidado. Creo que no tenía auténtico respeto hacia un oficial que nunca había estado más arriba del agua que la torre de vigía de un barco. (Habiendo cabalgado en aquella trampa mortal, comprendo por qué no se sintiera inclinado a arrodillarse ante un tipo que jamás se había elevado por encima del nivel del mar. Incluso entre los pilotos de dirigibles he encontrado esta tendencia a dividir el mundo en aquellos que vuelan y aquellos que no lo hacen.)

Al cabo de poco, sintiéndose incapaz de perturbar a Sanz, incapaz de perturbar a Margrethe, e incapaz de comunicarse conmigo excepto a través de Margrethe, el comandante se alzó de hombros y dio instrucciones que dieron como resultado que todos nosotros fuéramos a comer. Yo había creído que aquello terminaba el asunto. Pero ahora volvíamos de nuevo a él, fuera el que fuese.

Nuestra segunda sesión con el comandante fue corta. Nos dijo que veríamos al juez de inmigración a las cuatro de aquella tarde..., bueno, el tribunal que tenía esa jurisdicción; no había tribunal de inmigración. Mientras tanto, había una lista de lo que debíamos..., y cuyo pago deberíamos arreglar con el juez.

Margrethe pareció sorprendida mientras aceptaba la hoja de papel que el otro le tendía; le pregunté qué le había dicho.

Tradujo; miré la factura.

¡Más de ocho mil pesos!

No se necesitaba demasiado español para poder leer la factura; casi todas las palabras eran semejantes. Se nos facturaban *tres horas* de utilización del *aeroplano,* una palabra que había oído antes de Margrethe: se refería a la máquina volante. Se nos cargaban también las horas del teniente Sanz y del sargento Domínguez. Más un factor multiplicador que decidí debía ser de aplicación general en aquellas circunstancias, o casi.

Y había combustible para el *aeroplano,* y servicio de mantenimiento.

Luego venían los *pantalones...* la factura por el par que estaba llevando yo en aquellos momentos.

A continuación una *falda* y una *camisa,* supongo que debía referirse a una blusa... y decididamente las ropas de Margrethe no eran en absoluto baratas.

Un apartado me sorprendió, pero no por su precio sino por haber sido incluido; había imaginado que éramos invitados: dos comidas, a doce pesos cada una.

Había un cargo independiente por el tiempo del comandante.

Empecé a preguntar cuánto eran ochocientos pesos en dólares..., y me callé, dándome cuenta de que no tenía ni la menor idea del poder adquisitivo real de un dólar en aquel nuevo mundo al que habíamos sido arrojados.

Margrethe discutió la factura con el teniente Sanz, que parecía un tanto azarado. Hubo muchas palabras y mucho agitar de manos. Ella escuchó, luego me dijo:

-Alec, no es idea de Aníbal, y ni siquiera es culpa del comandante. Las tarifas de esos servicios: rescate en el mar, utilización del *aeroplano* y demás, emanan del *Distrito Real...,* que es lo mismo que Ciudad de México, supongo. El teniente Sanz me dice que se trata de una serie de directrices económicas emanadas a los más altos niveles, que ejercen grandes presiones para conseguir que todos los servicios públicos sean autofinanciados. Dice que, si el comandante no nos cobra por nuestro rescate y el Inspector Real lo descubre alguna vez, el importe será descontado de la paga del comandante. Aparte las demás medidas

punitivas que una comisión real considere oportuno aplicar. Y Aníbal quiere que sepas que se siente abrumado por esta embarazosa situación. Si él fuera el propietario del *aeroplano,* nosotros simplemente seríamos sus invitados. Siempre te consideraría a ti como su hermano y a mí como su hermana.

-Dile que yo siento lo mismo hacia él, y por favor, haz que suene lo más florido posible.

-Lo haré. Y Romero desea ser incluido también.

-Y lo mismo puede decirse del sargento, ya sé. Pero averigua dónde y cómo podemos contactar con el cónsul americano. Estamos en problemas.

El teniente Aníbal Sanz recibió la orden de velar por que nos presentáramos al tribunal a las cuatro en punto; tras lo cual fuimos despedidos. Sanz delegó al sargento Romero el escoltarnos hasta el cónsul y volver, lamentó su pesar de que sus deberes le impidieran escoltarnos personalmente..., hizo chasquear sus talones, se inclinó sobre la mano de Margrethe y la besó. Hizo todo un espectáculo de este simple gesto; pude ver que Margrethe se sentía complacida. Pero no enseñan esas fiorituras en Kansas. Yo me lo pierdo.

Mazatlán se halla en una península; la estación de la Guardia Costera está en la orilla sur, no lejos del faro (el más alto del mundo... ¡impresionante!); el consulado americano se halla aproximadamente a kilómetro y medio de distancia al otro lado de la ciudad, en la orilla norte, al fondo de la *Avenida* Miguel Alemán..., un paseo agradable, redondeado hacia mitad de camino por una fuente encantadora.

Pero Margrethe y yo íbamos descalzos.

El sargento Domínguez no sugirió un taxi... y yo no podía.

Al principio ir descalzos no pareció importante. Había otros pies desnudos en aquel bulevar, y por supuesto los de todos los chiquillos. (Del mismo modo que yo no era tampoco el único que iba con el pecho al aire.) Cuando joven había considerado los pies desnudos como un lujo, un privilegio. Iba descalzo todo el verano, y me ponía los zapatos a regañadientes cuando empezaba el colegio.

Tras la primera manzaba estaba preguntándome por qué, cuando era un muchacho, siempre había deseado ir descalzo. Poco después le pedí a Margrethe que le pidiera al sargento Roberto, por favor, que disminuyera el paso y me dejara elegir el camino por el máximo de sombra; ¡aquella maldita acera me estaba asando los pies!

(Margrethe no se quejaba, y me sentí un tanto vejado de que no lo hiciera. Me aprovechaba constantemente de la angélica fortaleza de Margrethe... y descubría que me resultaba difícil vivir con ella.)

De allí en adelante dediqué toda mi atención a miniar mis pobres, maltratados, tiernos y rosados pies. Sentí pena de mí mismo y me pregunté por qué se me habría ocurrido abandonar el país de Dios.

«Lloraba porque no tenía zapatos, hasta que descubrí a un hombre que no tenía pies.» No sé quién fue el que primero dijo esto, pero forma parte de nuestra herencia cultural, y es lógico que así sea.

Me ocurrió a mí.

No llevábamos recorrida aún la mitad de nuestro camino cuando, allá donde Miguel Alemán se cruza con la *calle* Aquiles Serdán en la fuente, encontramos un mendigo callejero. Alzó la vista hacia nosotros y sonrió, tendió un puñado de lápices. «Alzó la vista» porque conducía un pequeño carrito como de muñecas; no tenía pies.

El sargento Roberto lo llamó por su nombre y le lanzó una moneda; el mendigo la atrapó con los dientes, la deslizó en su bolsillo, exclamó: *«¡Gracias!»...,* y volvió su atención hacia mí.

-Margrethe, ¿quieres explicarle por favor que no llevamos ninguna moneda encima? -dije rápidamente.

-Sí, Alec. -Se acuclilló, habló con él, los ojos a la misma altura. Luego se puso nuevamente en pie-. Pepe dice que te diga que está bien; ya te pillará algún otro día, cuando seas rico.

-Por favor, dile que volveré. Se lo prometo.

Lo hizo. Pepe me sonrió, lanzó un beso a Margrethe y nos saludó al sargento y a mí. Proseguimos nuestro camino.

Y yo dejé que ocuparme tanto de mis pies. Pepe me había obligado a revaluar mi situación. Desde que había sabido que el gobierno mexicano no consideraba el rescatarme como un privilegio, sino que esperaba que yo pagase por ello, había sentido lástima de mí mismo, me había considerado estafado. No había dejado de murmurar para mí mismo que mis compatriotas que se quejaban de que todos los mexicanos eran unos chupasangres, que vivían de los turistas gringos, tenían toda la razón. No Roberto y el teniente, por supuesto..., pero sí los demás. Parásitos perezosos, todos ellos..., con sus manos tendidas hacia el dólar yanki.

Como Pepe.

Revisé mentalmente a todos los mexicanos que había conocido aquel día, todos los que podía recordar, y pedí perdón por mis mezquinos pensamientos. Los mexicanos eran simplemente compañeros de viaje en aquel largo trayecto de la oscuridad a la negrura eterna. Algunos llevaban bien su carga, otros no. Y algunos llevaban cargas muy pesadas con galantería y gracia. Como Pepe.

Ayer yo vivía en el lujo; hoy estaba en la miseria y endeudado. Pero conservaba mi salud, conservaba mi inteligencia, conservaba mis dos manos... y tenía a Margrethe. Mi carga era ligera; podía llevarla alegremente. ¡Gracias, Pepe!

La puerta del consulado tenía encima una pequeña bandera americana y en ella el Gran Sello en bronce. Tiré de la campanilla a su lado.

Tras una considerable espera, la puerta se abrió una rendija y una voz femenina nos dijo que nos fuéramos (no necesité traducción; el significado era claro). La puerta empezó a cerrarse. El sargento Roberto lanzó un fuerte silbido y un grito. La rendija volvió a abrirse; se inició un diálogo. Margrethe dijo:

-Le está indicando que le diga a *Don* Ambrosio que hay aquí dos ciudadanos americanos que deben verle inmediatamente porque deben presentarse al tribunal a las cuatro de esta tarde.

Aguardamos de nuevo. Tras casi veinte minutos la doncella nos dejó entrar y nos precedió hasta un oscuro despacho. Entró el cónsul, clavó los ojos en mí, y quiso saber quién se atrevía a interrumpir su siesta.

Entonces vio a Margrethe y dio marcha atrás. Se dirigió a ella:

-¿En qué puedo servirla? Mientras tanto, ¿honrará usted esta pobre casa aceptando una copa de vino? ¿O una taza de café?

Descalza y con ropas baratas, Margrethe era una dama..., yo era gentuza. No me pregunten por qué era así; simplemente era. El efecto era más acusado en los hombres. Pero funcionaba también con las mujeres. Intenten racionalizarlo, y se descubrirán utilizando palabras como «real», «noble», «aristocrático», «bien nacido»..., todas ellas implicando conceptos que son anatema para el ideal democrático americano. Si eso prueba algo acerca de Margrethe o algo acerca del ideal democrático es algo que dejaré como ejercicio para los estudiantes.

Don Ambrosio era una pomposa nulidad, pero pese a todo era un alivio porque hablaba americano... auténtico americano, no inglés; había nacido en Brownsville, Texas. Estaba seguro de que sus padres tenían los traseros mojados. Él había explotado su talento para la

política entre sus compañeros chicanos hasta conseguir una cómoda sinecura diciéndoles a los viajeros gringos en el país de Moctezuma por qué no podían conseguir lo que tan desesperadamente necesitaban.

Lo cual fue lo que nos dijo finalmente a nosotros.

Dejé que Margrethe hablara casi todo el tiempo porque sabía hacerlo evidentemente con mucho más éxito que yo. Nos llamó «el señor y la señora Graham»..., habíamos acordado ese nombre durante el camino hasta allí. Cuando fuimos rescatados, había utilizado el «Graham Hergensheimer», y me había explicado más tarde que eso me permitía elegir: podía seleccionar «Hergensheimer» simplemente afirmando que la memoria de mis oyentes había sufrido un lapsus menor; el nombre que ella había dicho era «Hergensheimer Graham». ¿No? Bueno, entonces tal vez había sido yo quien lo había dicho mal... disculpas.

Di por bueno «Graham Hergensheimer», y en consecuencia utilicé el nombre «Graham» a fin de hacer las cosas más sencillas; para ella siempre había sido «Graham», y yo mismo había estado utilizando el nombre durante casi dos semanas. Antes de salir del consulado había dicho una docena más de mentiras, intentando mantener nuestra historia dentro de los límites de lo creíble. No deseaba complicaciones innecesarias: «Señor y señora Graham» era más fácil.

(Nota teológica menor: mucha gente parece creer que los Diez Mandamientos prohíben mentir. ¡En absoluto! La prohibición es contra levantar falsos testimonios contra tus semejantes... un tipo de mentira específico, limitado y despreciable. Muchos teólogos creen que ninguna organización social humana podría mantenerse bajo la tensión de una absoluta honestidad. Si creen ustedes que sus recelos son infundados, intenten decir a sus amigos la verdad desnuda acerca de lo que piensan de sus retoños..., si se atreven a correr el riesgo.)

Tras interminables repeticiones (en las que el *Konge Knut* se hundió y se convirtió en nuestro crucero privado), *Don* Ambrosio me dijo:

-Todo esto no me sirve, señor Graham. No puedo extenderle ni siquiera un documento temporal para sustituir su perdido pasaporte porque no me ha ofrecido usted ni una migaja de prueba de que es ciudadano americano.

-Me siento atónito, *Don* Ambrosio -respondí-. Sé que la señora Graham posee un ligero acento; ya le hemos dicho que ella nació en Dinamarca. ¿Pero cree usted honestamente que alguien que no haya nacido en medio de las altas mazorcas de nuestro país puede conseguir mi acento?

Se alzó de hombros, de una manera absolutamente latina.

-No soy un experto en acentos del medio oeste. Para mi oído, pudo usted muy bien nacer en una de las regiones británicas de acento más duro, luego haberlo perdido en las tablas..., todo el mundo sabe que un actor competente puede adquirir el acento requerido para cualquier papel. La República del Pueblo de Inglaterra hace todo lo posible estos días para situar a sus agentes en los Estados; usted podría ser muy bien de Lincoln, Inglaterra, en vez de algún lugar cerca de Lincoln, Nebraska.

-¿Cree usted realmente eso?

-Lo que yo crea no es pertinente. El hecho es que no firmaré un papel diciendo que es usted ciudadano americano cuando no sé si lo es. Lo siento. Si hay alguna otra cosa que pueda hacer por usted...

(¿Cómo puede hacer usted algo «más» por mí, si aún no ha hecho absolutamente nada?)

-Posiblemente pueda aconsejarnos.

-Posiblemente. No soy abogado.

Le ofrecí nuestra copia de la factura a nuestro cargo, la expliqué.

-¿Son correctas las cantidades, y pueden admitirse estos cargos?

La examinó.

-Esos cargos son ciertamente legales, tanto según sus leyes como según las nuestras. ¿Correctas las cantidades? ¿No me ha dicho usted que ellos salvaron sus vidas?

-No hay ninguna duda al respecto. Oh, podía haber una posibilidad marginal de que una barca de pesca nos hubiera recogido si la Guardia Costera no llega a encontrarnos. Pero la Guardia Costera nos encontró y nos salvó.

-¿Acaso su vida..., sus dos vidas..., valen menos de ocho mil pesos? Yo valoro la mía absolutamente en más, se lo aseguro.

-No se trata de eso, señor. No tenemos dinero, ni un centavo. Todo se hundió con nuestro barco.

-Entonces envíen a por dinero. El consulado puede encargarse de ello. Estamos dispuestos a hacerles este favor.

-Gracias. Pero tomará tiempo. Mientras tanto, ¿qué puedo hacer para quitármelos de encima? Me han dicho que ese juez querrá el dinero inmediatamente.

-Oh, no es tan malo como eso. Es cierto que no admiten la bancarrota como la admitimos nosotros, y tienen una ley más bien anticuada de prisión para los deudores. Pero no la utilizan..., simplemente amenazan con ella. En vez de ello, el tribunal procurará que encuentre usted un trabajo y le permitirá cancelar su deuda. *Don* Clemente es un juez humano; se ocupará de usted.

Aparte algunas floridas tonterías dirigidas a Margrethe, aquello terminó la entrevista. Recogimos al sargento Roberto, que había estado disfrutando abajo de la hospitalidad de la doncella en la cocina, y nos encaminamos al tribunal.

Don Clemente (el juez Ibáñez) era tan agradable como *Don* Ambrosio había dicho que sería. Puesto que informamos al oficial de que aceptábamos la deuda pero no disponíamos del dinero en efectivo para pagarla, no hubo juicio.

Simplemente nos dijeron que nos sentáramos en la vacía sala del tribunal y que aguardáramos mientras el juez se ocupaba de los casos de su agenda del día. Resolvió rápidamente varios de ellos. Algunos eran delitos menores relativos a multas; algunos eran casos de deudas; algunos eran audiencias para un juicio futuro. No podía decir mucho de lo que estaba ocurriendo y el hablar, aunque fuera en susurros, provocaba fruncimientos de ceño, de modo que Margrethe no pudo decirme mucho. Pero ciertamente no era el juez de la horca.

Los casos del día terminaron; a una palabra del oficial, salimos con los «sinvergüenzas» -campesinos en su mayoría- culpables de multas o deudas. Nos hallamos alineados en una plataforma baja, frente a un grupo de hombres. Margrethe preguntó qué era aquello, y le respondieron: *«La subasta.* »

-¿Qué es eso? -le pregunté.

-Alec, no estoy segura. No es una palabra que conozca.

Se llegó rápidamente a una serie de acuerdos respecto a los demás; supuse que muchos de ellos habían pasado por lo mismo antes. Luego solamente quedó un hombre del grupo fuera de la plataforma, y solamente nosotros en la plataforma. El hombre que quedaba parecía elegantemente próspero. Sonrió y se dirigió a mí. Margrethe respondió.

-¿Qué está diciendo? -quise saber.

-Te ha preguntado si sabes lavar platos. Le he dicho que no hablas español.

-Dile que por supuesto que sé lavar platos. Pero que ése no es el trabajo que busco.

Cinco minutos más tarde nuestra deuda había sido pagada, en efectivo, al oficial del juzgado, y nosotros habíamos adquirido un *patrón,* el *señor* Jaime Valera Guzmán. Pagaba

sesenta pesos al día por Margrethe, treinta por mí, más manutención y alojamiento. Las costas del tribunal eran mil quinientos pesos, más las tasas por los permisos de trabajo de dos no residentes, más los timbres del impuesto de guerra. El oficial calculó nuestra deuda total, luego la dividió por nosotros: en sólo ciento veintiún días -cuatro meses-, nuestras obligaciones con nuestro *patrón* quedarían canceladas. A menos, por supuesto, que gastáramos algo de dinero durante ese tiempo.

También nos condujo al lugar de trabajo de nuestro *patrón,* el *restaurante* Pancho Villa. Nuestro *patrón* ya se había marchado en su coche particular. Los *patrones* conducen; los *peones* caminan.

XI

Sirvió, pues, Jacob por Raquel siete años,
que resultaron a sus ojos como unos días,
dado su amor a ella.
Génesis, 29:20

Algunas veces, mientras lavaba platos, me divertía calculando lo alta que sería la pila de platos que había lavado desde que empecé a trabajar para nuestro *patrón, Don* Jaime. La vajilla normal utilizada en el café Pancho Villa apilaba sesenta platos en un metro. Arbitrariamente decidí que una taza y su platillo, o dos vasos, contaban como un plato, puesto que esos artículos no pueden apilarse bien. Y así fui entreteniéndome.

El gran faro de Mazatlán mide ciento cincuenta metros de altura, sólo diez metros menos que el monumento a Washington. Recuerdo el día que completé mi primera «pila farera» de platos. Unos pocos días antes, aquella misma semana, le había dicho a Margrethe que estaba acercándome a mi meta, y que esperaba alcanzarla el jueves o a primera hora del viernes.

Y lo conseguí: el jueves por la tarde... y abandoné la fregadera, me detuve en la puerta entre la cocina y el comedor, llamé la atención de Margrethe, y alcé las dos manos y las agité como un pugilista.

Margrethe interrumpió lo que estaba haciendo -tomando el encargo de una fiesta familiar- y aplaudió. Aquello hizo que tuviera que explicar a sus clientes lo que ocurría, y eso dio como resultado que se detuviera unos minutos más tarde junto a la fregadera para pasarme un billete de diez pesos, un regalo de felicitación del padre de la familia. Le pedí que le diera las gracias por mí, y que por favor le dijera que había iniciado mi segunda pila farera, que pensaba dedicar a él y a su familia.

Lo cual dio como resultado que la *señora* Valera enviara a su esposo, *don* Jaime, a averiguar por qué Margrethe estaba perdiendo el tiempo y haciendo una escena en vez de prestar atención a su trabajo... lo cual dio como resultado que *don* Jaime inquiriera cuánto dinero me habían dado de propina los comensales y luego comprobándolo.

La *señora* no tenía razón de quejarse; Margrethe no sólo era su mejor camarera, sino que también era su única camarera bilingüe. El mismo día que empezamos a trabajar para el señor y la señora Valera fue llamado un rotulista para que pintara un llamativo cartel: ENGLIS SPOKE HERE. Luego, además de encargarse de todos los comensales de habla inglesa, Margrethe preparaba menús en inglés (y los precios de los menús en inglés eran aproximadamente un cuarenta por ciento más altos que los precios de los menús en español).

Don Jaime no era un mal jefe. Era alegre y, en general, amable con sus empleados. Cuando llevábamos allí casi un mes, me dijo que no se hubiera hecho cargo de mi deuda de

no ser porque el juez no permitió que mi contrato fuera separado del contrato de Margrethe, puesto que se trataba de una pareja casada (de otra manera me hubiera visto como trabajador del campo e incapaz de reunirme con Margrethe más que de tarde en tarde. Tal como había dicho *don* Ambrosio, *don* Clemente eras un juez humano).

Le contesté que me sentía feliz de que el paquete me hubiera incluido a mí, pero que él simplemente había demostrado su perspicacia queriendo contratar a Margrethe.

Admitió que eso era cierto. Llevaba varios miércoles frecuentando las subastas laborales a fin de encontrar a una mujer o muchacha bilingüe que pudiera ser entrenada como camarera, luego me había contratado a mí también a fin de conseguir a Margrethe... pero quería decirme que no lo lamentaba, y que nunca había visto la fregadera tan limpia, los platos tan inmaculados y la plata tan brillante.

Le aseguré que me sentía feliz del privilegio de ayudar a mantener en alto el honor y el prestigio del *restaurante* Pancho Villa y su distinguido *patrón, el don* Jaime.

De hecho, me hubiera resultado difícil no mejorar aquella fregadera. Cuando me hice cargo de ella, pensé al principio que el suelo era de tierra. Y lo era, realmente -¡uno hubiera podido plantar patatas en él!-, pero bajo la suciedad, casi a un par de centímetros de profundidad, era firme cemento. Lo limpié y lo mantuve limpio..., seguía yendo descalzo. Luego pedí polvos contra las cucarachas.

Cada mañana mataba cucarachas y limpiaba el suelo. Cada noche, antes de irme, espolvoreaba polvo contra cucarachas. Es imposible (creo) conquistar a las cucarachas, pero si es imposible conseguir que se retiren definitivamente, al menos oblígalas a mantener sus distancias.

En cuanto a mi calidad en el lavado de los platos, no podía ser de otro modo; mi madre tenía una fuerte fobia hacia la suciedad y, debido a formar parte de una amplia familia, lavé y sequé los platos bajo su atenta mirada desde los siete hasta los trece años (a cuya edad me gradué y entré en un periódico, lo cual no me dejó tiempo para seguir lavando platos).

Pero precisamente porque lo hacía bien, no creo que me encantara lavar platos. De pequeño me había aburrido; de adulto también.

¿Entonces por qué lo hacía? ¿Por qué simplemente no me largaba?

¿No resulta evidente? Lavar los platos me mantenía junto a Margrethe. Marcharse era algo que podían hacer algunos deudores -no creo que se emplearan muchos esfuerzos en intentar perseguir y devolver a los deudores que desaparecían en una noche oscura-, pero que no resultaba realizable para una pareja casada, uno de cuyos miembros era una llamativa rubia en un país en el que cualquier rubia es siempre llamativa y el otro un hombre que no hablaba español.

Aunque los dos trabajábamos duro -de once a once cada día excepto el martes, con dos horas nominales de descanso para la siesta y media hora para comer y otra para cenar-, disponíamos de todas las otras doce horas de cada día para nosotros, más todo el martes.

Niágara Falls nunca proporcionó una luna de miel más excelente. Disponíamos de una pequeña habitación en el desván de la parte de atrás del edificio del restaurante. Era sofocante pero no estábamos mucho allí durante el calor del día..., y a las once de la noche era cómodo no importaba lo caluroso que hubiera sido el día. En Mazatlán la mayor parte de residentes de nuestra clase social (¡cero!) no disponía de instalaciones sanitarias interiores en sus casas. Pero nosotros trabajábamos y vivíamos en el edificio de un restaurante. Disponíamos de unos aseos con agua corriente que compartíamos con los demás empleados durante las horas de trabajo y no compartíamos con nadie las otras doce horas de cada día. (También había unos servicios exteriores que yo utilizaba a veces durante las horas de trabajo..., no creo que Margrethe llegara a usarlos nunca.)

Disponíamos de una ducha en la planta baja, contigua a los aseos de los empleados, y las necesidades de la fregadera eran tales que el edificio disponía de un gran calentador de

agua. La *señora* Valera nos regañaba regularmente por usar demasiada agua caliente («!E1 gas cuesta dinero!»); escuchábamos en silencio, y seguíamos utilizando toda el agua caliente que necesitábamos.

El contrato de nuestro *patrón* con el estado exigía que nos proporcionara alojamiento y comida (y ropas, según la ley, pero yo no supe esto hasta que fue demasiado tarde para que importara), lo cual era el motivo de que durmiéramos allí, y por supuesto comiéramos allí..., no las especialidades del chef, pero sí muy buena comida.

«Mejor es una cena de hierbas cuando hay amor, que un buey bien cebado en medio del odio.» Nos teníamos solamente a nosotros mismos; pero era suficiente.

Margrethe, puesto que a veces recibía propinas, especialmente de los gringos, iba acumulando poco a poco algo de efectivo. Gastábamos tan poco de este dinero como era posible -compró zapatos para ambos-, y ella ahorraba para el día en que nos viéramos libres de nuestro peonaje y capaces de ir al norte. Yo no me hacía ilusiones de que la nación al norte de nosotros fuera mi tierra de nacimiento..., pero era su análoga a ella en este mundo; allí se hablaba inglés, y estaba seguro de que su cultura sería bastante parecida a aquélla a la que estábamos acostumbrados.

Las propinas a Margrethe provocaron los primeros roces con la *señora* Valera ya en la primera semana. Aunque *don* Jaime era legalmente nuestro *patrón,* ella era la propietaria del restaurante..., o al menos eso nos dijo Amanda, la cocinera. Jaime Valera había sido en su tiempo jefe de camareros allí, y se había casado con la hija del dueño. Esto lo convirtió en *maitre d'hotel* permanente. Cuando murió su suegro, se convirtió en el dueño a los ojos del público. Pero su esposa era quien mantenía sujetos los cordones de la bolsa y controlaba la caja registradora.

(Quizá debería añadir que para nosotros era *«don* Jaime» porque era nuestro *patrón;* no era *don* para el público. El *don* honorífico no tiene traducción al inglés, pero ser propietario de un restaurante no convierte a un hombre en un *don...,* como por ejemplo lo hace el ser un juez.)

La primera vez que Margrethe fue vista recibiendo una propina, la *señora* le dijo que se la entregara..., al final de cada semana recibiría su porcentaje.

Margrethe acudió directamente a mí a la fregadera.

-Alec, ¿qué debo hacer? Las propinas eran mis ingresos principales en el *Konge Knut,* y nadie me pidió nunca que las compartiera. ¿Puede hacerme ella esto?

Le dije que no le entregara sus propinas a la *señora,* sino que le dijera que discutiríamos con ella el asunto al final del día.

Hay una ventaja en ser un *peón:* no eres despedido por culpa de una divergencia de opiniones con tu jefe. Naturalmente, podíamos ser despedidos..., pero eso simplemente haría que los Valera perdieran los aproximadamente diez mil pesos que habían invertido en nosotros.

Al terminar el día sabía exactamente qué decir y cómo decirlo... cómo Margrethe debía decirlo, pues todavía faltaba otro mes para que yo empezara a farfullar el suficiente español como para mantener una conversación mínima:

-Señor y señora, no comprendemos esa regla acerca de las propinas. Deseamos ver al juez y preguntarle qué es lo que exige al respecto nuestro contrato.

Como había sospechado, no estaban dispuestos a ver al juez sobre aquel asunto. Legalmente tenían derecho a los servicios de Margrethe, pero no podían reclamarle ningún dinero que le fuera entregado por una tercera persona.

Pero esto no terminó así. La *señora* Valera estaba tan furiosa por haber sido ganada por una simple camarera que hizo colocar un cartel: NO PROPINAS - NO TIPS, y el mismo aviso fue colocado en los menús.

Los *peones* no pueden declararse en huelga. Pero había otras cinco camareras, dos de

ellas hijas de Amanda. El día en que la *señora* Valera ordenó que no se admitieran propinas se encontró con que tenía solamente una camarera (Margrethe) y a nadie en la cocina. Cedió. Pero estoy seguro de que nunca nos perdonó por ello.

Don Jaime nos trataba como empleados; su esposa como esclavos. Pese a ese viejo cliché acerca de «sueldos de esclavos», hay todo un mundo de diferencia. Puesto que ambos intentábamos seriamente ser unos fieles empleados mientras pagábamos nuestra deuda pero nos negábamos lisa y llanamente a ser esclavos, nos vimos obligados a luchar con la *señora* Valera.

Poco después del desacuerdo sobre las propinas Margrethe empezó a sospechar que la *señora* estaba husmeando en nuestro dormitorio. Si era cierto, no había ninguna forma de detenerla; no había cerradura en la puerta, y ella podía entrar en nuestra habitación sin miedo a ser descubierta cualquier día mientras nosotros estábamos trabajando.

Pensé en algunas trampas, pero Margrethe vetó la idea. A partir de entonces simplemente conservó siempre su dinero encima. Pero era una buena medida de lo que opinábamos de nuestra «patrona» el que Margrethe considerara necesario tomar precauciones para evitar que nos robara.

No dejamos que la *señora* Valera estropeara nuestra felicidad. Y no permitimos que nuestro dudoso status como pareja «casada» estropeara nuestra en cierto modo irregular luna de miel. Oh, yo la hubiera estropeado debido a esa maldita costumbre que tengo siempre de analizar las cosas que no sé realmente cómo analizar. Pero Margrethe es mucho más práctica que yo y simplemente no lo permitió. Intenté racionalizarle nuestra relación señalando que la poligamia no está prohibida por las Sagradas Escrituras sino solamente por las modernas leyes y costumbres..., y ella me cortó bruscamente diciendo que ella no sentía el menor interés hacia cuántas esposas o concubinas tuvo el rey Salomón y no le importaba ningún personaje del Antiguo Testamento como modelo para su propio comportamiento. Si yo no deseaba vivir con ella, podía decirlo. ¡Adelante!

Me callé. Algunos problemas es mejor dejarlos de lado, no masticarlos con palabras. Esta moderna compulsión de «hablar las cosas» es al menos tantas veces un error como una solución.

Pero su desdén hacia la autoridad bíblica relativa a la legalidad de un hombre que posea dos esposas era tan agudo que le pregunté más tarde..., no sobre la poligamia; había decidido dejar de lado ese espinoso tema; le pregunté qué opinaba acerca de la autoridad de las Sagradas Escrituras en general. Expliqué que la iglesia que yo había abrazado creía en la interpretación estricta: «Una Biblia entera, no una Biblia llena de agujeros.» Las Escrituras eran la palabra literal de Dios..., pero sabía que otras iglesias creían que lo que primaba era el espíritu antes que la letra..., y algunas llegaban a ser tan liberales que ni siquiera se preocupaban de la Biblia. Sin embargo, todas ellas se llamaban cristianas.

-Margrethe, mi amor, como secretario ejecutivo delegado de las Iglesias Unidas para la Decencia yo estaba en contacto diario con miembros de todas las sectas protestantes del país y en estrecha relación con muchos clérigos católicos romanos sobre asuntos en los cuales podíamos unirnos y formar un frente común. Así aprendí que mi propia iglesia no tenía el monopolio de la virtud. Un hombre puede tener horriblemente embrollados sus fundamentos religiosos y sin embargo seguir siendo un excelente ciudadano y un cristiano devoto.

Dejé escapar una risita mientras recordaba algo y proseguí:

-O para ponerlo a la inversa, uno de mis amigos católicos, el padre Mahaffey, me dijo que hasta yo podía escurrirme al cielo, puesto que el buen Dios en su infinita sabiduría había mostrado su permisividad hacia la ignorancia y los errores de los protestantes.

Aquella conversación tuvo lugar un martes, nuestro día libre, el día de la semana que no abría el restaurante, y en consecuencia nos hallábamos en la cima de *el Cerro de la Nevería*

-en realidad la colina de la nevera, pero el nombre que le habían dado los españoles hay que reconocer que sonaba mucho mejor- terminando nuestra comida de picnic. Aquella colina se hallaba en la parte baja de la ciudad, cerca del café Pancho Villa, pero era un oasis bucólico; los ciudadanos habían seguido la costumbre española de convertir las colinas en parques en vez de edificar en ellas. Un lugar agradable...

-Querida, nunca intentaría hacer proselitismo contigo para atraerte a mi iglesia. Pero quiero saber tanto como sea posible sobre ti. He descubierto que no sé mucho sobre iglesias en Dinamarca. Casi todas son luteranas, creo..., pero ¿tiene Dinamarca su propia iglesia estatal establecida como algunas otras naciones europeas? De cualquier forma, ¿cuál es tu iglesia, y es estrictamente interpretacionista o liberal..., y de nuevo, en cualquiera de los dos casos, cómo te *sientes* respecto a ella? Y recuerda lo que dijo el padre Mahaffey... estoy de acuerdo con él. No creo que mi iglesia sea la única puerta al cielo.

Estaba tendido sobre la hierba; Margrethe estaba sentada con las rodillas alzadas y sujetándolas con los brazos, y miraba al este, hacia el mar. Esto la situaba con el rostro vuelto hacia otro lado. No respondió a mi pregunta. Finalmente dije con suavidad:

-Querida, ¿me has oído?

De nuevo aguardé, luego añadí:

-Si he tocado algún punto que no hubiera debido tocar, te pido disculpas y retiro la pregunta.

-No. Sabía que iba a tener que responder a esto algún día, Alec. No soy cristiana. -Soltó sus rodillas, se volvió y me miró directamente a los ojos-. Puedes obtener el divorcio tan fácilmente como nos casamos, simplemente diciéndomelo. No lucharé; me marcharé en silencio. Pero, Alec, cuando me dijiste que me querías, y luego más tarde cuando me dijiste que estábamos casados a los ojos de Dios, no me preguntaste mi religión.

-Margrethe.

-¿Sí, Alec?

-Primero lávate la boca. Luego pídeme perdón.

-Puede que aún queda suficiente vino en la botella para lavarme la boca. Pero no puedo pedirte perdón por no decirte esto. Te hubiera respondido sinceramente en cualquier momento. Tú no me preguntaste.

-Lávate la boca por hablar de divorcio. Pídeme perdón por atreverte a pensar que yo me divorciaría alguna vez de ti, bajo alguna circunstancia. Si alguna vez eres lo suficientemente mala, puedo pegarte. Pero nunca te arrojaría de mi lado. En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, ahora y para siempre. ¡Mujer, te quiero! Métete esto en la cabeza.

De pronto estuvo en mis brazos, sollozando por segunda vez desde que nos conocíamos, y yo hice lo único que podía hacer, es decir, besarla.

Oí vivas detrás mío y volví la cabeza. Habíamos tenido la cima de la colina sólo para nosotros, puesto que aquél era un día laborable casi para todo el mundo. Pero descubrí que habíamos tenido la audiencia de dos rapazuelos, tan jóvenes que su sexo era impreciso. Al ver que les miraba, uno de los dos vitoreó de nuevo, luego hizo fuertes ruidos de besarse.

-¡Fuera! -grité-. ¡Largaos! *¡Vaya con Dios!* ¿Es eso lo que quería decir, Marga?

Ella les dijo algo y se fueron, después de más risitas. Yo necesitaba la interrupción. Había dicho a Margrethe lo que tenía que decirle porque ella necesitaba una inmediata reafirmación tras su tonto y galante parlamento. Pero de todos modos me sentía agitado hasta lo más profundo.

Empecé a hablar, luego decidí que ya había dicho suficiente para un día. Pero Margrethe no decía nada tampoco; el silencio empezaba a hacerse penoso. Tuve la impresión de que el asunto no podía ser dejado así, tan precariamente en equilibrio sobre un borde.

-¿Cuál es tu fe, querida? ¿El judaísmo? Ahora recuerdo que hay judíos en Dinamarca.

No todos los daneses son luteranos.

-Algunos judíos, sí. Pero escasamente uno sobre mil. No, Alec. Esto... Hay dioses más antiguos.

-¿Más antiguos que Jehová? Imposible.

Margrethe no dijo nada..., algo muy característico de ella. Si no estaba de acuerdo, normalmente no decía nada. Parecía no tener interés en ganar en las discusiones, en lo cual difería del 99 por ciento de la raza humana... gran parte de la cual parece estar dispuesta a sufrir cualquier desastre antes que perder una discusión.

De modo que me encontré teniendo que conducir ambos lados para impedir que la discusión muriera por falta de alimento.

-Me retracto de eso. No hubiera debido decir: «Imposible». Estaba hablando según la cronología aceptada tal como fue dada por el obispo Ussher. Si uno acepta esas fechas, entonces el mundo fue creado ese octubre hará cinco mil novecientos noventa y ocho años. Por supuesto que esta fecha no es en sí misma un artículo de fe; Hales llegó a una cifra distinta, esto, siete mil cuatrocientos cinco, creo..., me las apaño mejor con las cifras cuando las escribo. Y otros estudiosos han dado respuestas ligeramente distintas.

»Pero todos ellos están de acuerdo en que hace cuatro o cinco mil años antes de Cristo se produjo el acontecimiento único, la Creación. En ese punto Jehová creó el mundo y, al hacerlo, creó el tiempo. El tiempo no puede existir por sí mismo. Como corolario de ello, nada ni nadie ni ningún dios puede ser más antiguo que Jehová, puesto que Jehová creó el tiempo. ¿Entiendes?

-Desearía haberme quedado callada.

-¡Querida! Simplemente estoy intentando mantener una discusión intelectual; no era mi intención, no lo es y nunca lo será, herirte. Dije que ésta era la forma ortodoxa de cronología. Evidentemente, tú estás utilizando otra. ¿Te importaría explicármela... y no saltar sobre el pobre viejo Alex cada vez que abre la boca? Fui educado como ministro en una iglesia que enfatiza el predicar; la discusión acude a mí de una forma tan natural como el nadar a los peces. Pero ahora tú hablas y yo escucho. Cuéntame acerca de esos dioses más antiguos.

-Tú los conoces. El más antiguo y más grande lo celebramos mañana; el día que ocupa el centro de cada semana es él.

-Hoy es martes, mañana... ¡Miércoles! *¡Wotan!* ¿Es ése tu dios?

-Odín. «Wotan» es una distorsión alemana del viejo noruego. El padre Odín y sus dos hermanos crearon el mundo. En un principio era el vacío, la nada..., luego todo lo demás se parece mucho al Génesis, incluso en lo de Adán y Eva..., pero llamados Askr y Embla en vez de Adán y Eva.

-Quizá *sea* el Génesis, Margrethe.

-¿Qué quieres decir, Alec?

-La Biblia es la Palabra de Dios, en particular la traducción inglesa conocida como la versión del rey Jacobo, porque cada palabra de esa traducción fue sostenida por la plegaria y los mejores esfuerzos de los más grandes eruditos del mundo... cualquier diferencia de opinión fue elevada directamente al Señor en la plegaria. Así que la Biblia del rey Jacobo *es* la Palabra de Dios.

»Pero en ningún lugar está escrito que esto pueda ser solamente la Palabra de Dios. Unos escritos sagrados de otra raza y otro tiempo en otro lenguaje también pueden ser historia inspirada... *si* son compatibles con la Biblia. Y eso es lo que acabas de describir, ¿no?

-Oh, sólo sobre la Creación y Adán y Eva, Alec. La cronología no encaja en absoluto. Tú has dicho que el mundo fue creado hace unos seis mil años.

-Aproximadamente. Hales lo hace más largo. La Biblia no da fechas; la cronología es

una invención moderna.

-Incluso ese tiempo más largo, ¿Hales?, es demasiado corto. Un centenar de miles de años sería más probable.

Empecé a objetar -después de todo, algunas cosas resultan demasiado enormes para ser engullidas-, luego recordé que me había advertido a mí mismo de no decir nada que pudiera hacer que Margrethe se callase.

-Sigue, querida. ¿Dicen tus escritos religiosos lo que ocurrió durante todos esos milenios?

-Casi todo ocurrió antes de que fuese inventada la escritura. Algo de ello fue preservado en poemas épicos cantados por los bardos escandinavos. Pero ni siquiera eso empezó hasta que los hombres aprendieron a vivir en tribus y Odín les enseñó a cantar. El período más largo fue gobernado por los gigantes de hielo antes de que la humanidad fuera más que animales salvajes, cazados por deporte. Pero la auténtica diferencia en la cronología es ésta, Alec. La Biblia va de la Creación al Día del Juicio, luego el Milenio, el Reino de la Tierra, luego la Guerra en los Cielos y el fin del mundo. Tras eso está la Ciudad en los Cielos y la Eternidad..., el tiempo se ha detenido. ¿Es eso correcto?

-Bueno, sí. Un escatologista profesional lo encontraría excesivamente simplificado, pero has descrito correctamente las líneas generales. Los detalles son dados en el libro de las Revelaciones... el Apocalipsis de San Juan el Divino, debería decir. Muchos profetas han sido testigos de las cosas finales, pero San Juan es el único que transmitió la historia completa..., porque el propio Cristo le ofreció la Revelación a San Juan para impedir que los elegidos siguieran siendo engañados por los falsos profetas. La Creación, la Caída, los largos siglos de luchas y pruebas, luego la batalla final, seguida por el Juicio y el Reino. ¿Qué dice al respecto tu fe, amor mío?

-Nosotros llamamos la batalla final Ragnarok en vez de Armagedón...

-No creo que importe la terminología.

-Por favor, querido. El nombre no importa, pero sí lo que ocurrirá. En vuestro Día del Juicio los carneros son separados de las ovejas. Los salvados acuden a la bendición eterna; los condenados al castigo eterno. ¿Correcto?

-Correcto... Aunque, no con finalidad de precisión científica, algunas autoridades afirman que, puesto que la bendición es eterna, Dios ama tanto al mundo que incluso los condenados pueden ser finalmente salvados; ningún alma se halla absolutamente más allá de la redención. Otros teólogos contemplan esto como una herejía..., pero a mí me atrae; nunca me ha gustado la idea de la condenación eterna. Soy un sentimental, querida.

-Sé que lo eres, Alec, y te quiero por ello. Deberías encontrar la antigua religión atractiva... puesto que no existe en ella la condenación eterna.

-¿De veras?

-No. En el Ragnarok el mundo tal como lo conocemos será destruido. Pero eso no es el final. Tras largo tiempo, un tiempo de curación, será creado un nuevo universo, uno mejor y más limpio y libre de todos los males de este mundo. También durará incontables milenios..., hasta que las fuerzas del mal y el frío contiendan de nuevo contra las fuerzas del bien y la luz..., y de nuevo habrá un tiempo de descanso, seguido por una nueva creación y otra oportunidad para los hombres. Nada termina nunca, nada es perfecto nunca, pero la raza de los hombres recibe una y otra vez una nueva oportunidad de hacerlo mejor que en la ocasión anterior. Una y otra vez, sin final.

-¿Y tú crees en eso, Margrethe?

-Lo considero más fácil de creer que la presunción de los salvados y la desesperada situación de los condenados en la fe cristiana. Se dice que Jehová es todopoderoso. Si eso es cierto, entonces las pobres almas condenadas en el infierno están allí porque Jehová lo planeó de esta forma hasta en su más mínimo detalle. ¿No es así?

Dudé. La reconciliación lógica de Omnipotencia, Omnisciencia y Omnibenevolencia es el problema más espinoso de la teología, ante el que incluso los jesuitas se parten los dientes.

-Margrethe, algunos de los misterios del Altísimo no son fácilmente explicables. Nosotros los mortales debemos aceptar la benevolente intención de Nuestro Padre hacia nosotros, comprendamos o no sus obras.

-¿Debe comprender un bebé la benevolente intención de Dios cuando sus sesos son estrellados contra una roca? ¿Irá entonces directamente al infierno, alabando al Señor por su infinita bondad y sabiduría?

-¡Margrethe! ¿De qué demonios estás hablando?

-Estoy hablando de lugares en el Antiguo Testamento en los que Jehová da órdenes directas de matar a los bebés, a veces ordenando que sean matados estrellándolos contra las rocas. Examina ese salmo que empieza «Junto a los ríos de Babilonia»..., y examina la palabra del Señor Jehová en Oseas: «Y sus hijos serán despedazados, y sus mujeres estrelladas a una con sus hijos.» Y está el caso de Elíseo y los osos. Alec, ¿crees realmente con tu corazón que Dios causó que los osos despedazaran a unos niños pequeños simplemente porque se habían burlado de la cabeza calva de un viejo? -Aguardó.

Y yo aguardé también. Finalmente dijo:

-¿Es esa historia de los osos y los cuarenta y dos niños la Palabra literal de Dios?

-¡Por supuesto que es la Palabra de Dios! Pero yo no pretendo comprenderla enteramente. Margrethe, si quieres explicaciones detalladas de todo lo que ha hecho el Señor, rézale a Él para que te ilumine. Pero no me atosigues con ello.

-No pretendo atosigarte, Alec. Lo siento.

-No necesitas sentirlo. Nunca he entendido lo de esos osos, pero no he permitido que haga tambalearse mi fe. Quizá sea una parábola. Pero mira, querida, ¿acaso tu Padre Odín no tiene también alguna hermosa historia sangrienta?

-No a la misma escala. Jehová destruyó cuidad tras ciudad, hombres, mujeres y niños, todos, hasta el más pequeño bebé. Odín mató solamente en combate contra oponentes de su propio tamaño. Pero, y ésa es la diferencia más importante de todas, el Padre Odín *no* es todopoderoso, y *no* reclama ser sapientísimo.

(Una teología que evita el problema más espinoso... ¿Pero cómo puedes llamarle «Dios» si no es omnipotente?)

Prosiguió:

-Alec, mi único amor, no deseo atacar tu fe. No me gusta y nunca pretendí hacerlo..., y espero que nada parecido vuelva a ocurrir de nuevo. Pero me pediste que dijera con sinceridad si aceptaba o no la autoridad de las «Sagradas Escrituras»..., con lo que das a entender tu Biblia. Debo responderte con toda sinceridad. No. El Jehová o Yahvé del Antiguo Testamento me parece un villano sádico, sediento de sangre y genocida. No puedo comprender cómo puede ser identificado con el gentil Cristo del Nuevo Testamento. Ni siquiera a través de la mística Trinidad.

Fui a responder, pero ella se apresuró a continuar:

-Querido, mi corazón, antes de que dejemos este tema tengo que decirte algo sobre lo que he estado pensando. ¿Ofrece tu religión una explicación a esa cosa tan extraña que nos ha ocurrido? ¿Una vez a mí, dos veces a ti... este mundo cambiado?

(¡Esa idea también había estado incesantemente en mi cabeza!)

-No. Debo confesarlo. Me gustaría disponer de una Biblia para buscar una explicación. Pero he estado buscando en mi mente. No he sido capaz de encontrar nada que hubiera podido prepararme para esto. -Suspiré-. Es una descorazonadora sensación. Pero... -le dirigí una sonrisa-, la Divina Providencia me situó a tu lado. Ninguna tierra me resulta extraña si Margrethe está en ella.

-Querido Alec. Te lo pregunté porque la antigua religión sí ofrece una explicación.

-¿Qué?

-No una explicación alegre. Al principio de este ciclo Loki fue vencido... ¿Conoces a Loki?

-Algo. El hacedor de maldades.

-«Maldades» es una palabra demasiado suave; lo que hace es el mal, puro y simple. Durante miles de años ha sido un prisionero, encadenado a una gran roca. Alec, el final de cada ciclo en la historia del hombre empieza de la misma forma. Loki consigue escapar de sus ataduras... y el resultado es el caos.

Me miró con una enorme tristeza.

-Alec, lo siento... pero creo que Loki ha conseguido liberarse. Los signos lo muestran. Ahora puede ocurrir *cualquier cosa.* Entramos en el Crepúsculo de los Dioses. Viene el Ragnarok. Nuestro mundo termina.

XII

Y en aquella hora se produjo un gran terremoto,
y vino al suelo la décima parte de la ciudad,
y quedaron muertos en el terremoto siete mil hombres,
y los demás quedaron consternados,
y dieron gloria al Dios del cielo.
Apocalipsis, 11:13

Lavé otra pila farera de platos mientras meditaba en las cosas que me había dicho Margrethe aquella hermosa tarde en la colina de la nevera..., perdón, *el Cerro de la Nevería.* Pero no volví a mencionarle el tema a Margrethe. Y ella tampoco me habló de él, puesto que Margrethe nunca discutía acerca de nada si podía mantenerse razonablemente en silencio.

¿Creía yo en su teoría acerca de Loki y Ragnarok? ¡Por supuesto que no! No ponía ninguna objeción a llamar al Armagedón con el nombre de «Ragnarok». Jesús o Joshua o Jesu; María o Miriam o Maryam o Mary. Jehová o Yahvé... cualquier símbolo verbal sirve en tanto que conversador y oyente estén de acuerdo con el significado. ¿Pero Loki? ¿Pedirme que crea que ese mítico semidiós de una raza ignorante y bárbara ha efectuado cambios en todo el universo? ¡Oh, vamos!

Soy un hombre moderno, de mente abierta..., pero no tan vacía como para que el viento pueda soplar a través de ella. En algún lugar en las Sagradas Escrituras se hallaba una explicación racional de los trastornos que nos habían ocurrido. No necesitaba buscar historias de fantasmas de paganos muertos hacía mucho tiempo para conseguir una explicación

Lamenté no disponer a mano de una Biblia. Oh, sin duda había Biblias católicas en la basílica a tres manzanas de distancia..., en latín o en español. Pero deseaba la versión del rey Jacobo. Sin duda había también ejemplares de ella en algún lugar de aquella ciudad... pero no sabía dónde. Por primera vez en mi vida envidiaba la perfecta memoria del predicador Paul (el reverendo Paul Balonius), que recorría de un lado a otro los estados centrales de mi país a mediados del siglo pasado, predicando la Palabra sin llevar el Libro consigo. El hermano Paul tenia fama de ser capaz de citar de memoria cualquier versículo con sólo indicarle libro, capítulo y número de versículo, o a la inversa, identificar correctamente libro, capítulo y número de versículo de cualquier versículo que le fuera leído.

Nací demasiado tarde para conocer al predicador Paul, así que nunca le vi hacer nada de esto..., pero la memoria perfecta es un don especial que Dios concede con bastante frecuencia; no tengo ninguna razón para dudar de que al hermano Paul le hubiera sido concedido. Paul murió de repente, de una forma un tanto misteriosa, y posiblemente pecaminosa... En palabras de mi profesor de estudios misioneros, uno debe ejercer una gran prudencia cuando reza a solas con una mujer casada.

Yo no dispongo del don de Paul. Puedo citar unos cuantos capítulos del principio del Génesis y varios de los Salmos y la historia de la Natividad según Lucas, y algunos otros pasajes. Pero para el problema actual necesitaba estudiar con todo detalle a *todos* los profetas, especialmente la profecía conocida como el Apocalipsis de San Juan el Divino.

¿Se estaba acercando el Armagedón? ¿Estaba al caer la Segunda Venida? ¿Iba a seguir viva mi carne cuando sonara la gran Trompeta?

Un pensamiento estremecedor, y que no debía ser desechado con demasiada precipitación. Muchos millones de seres van a estar vivos en ese gran día; entre ellos puede encontrarse Alexander Hergensheimer. ¿Oiré Su Grito y veré a los muertos alzarse de sus tumbas y luego yo también seré «reunidos todos juntos en las nubes, para encontrarse con el Señor en el aire» y luego permanecer al lado del Señor como se nos ha prometido? ¡El pasaje más estremecedor de todo el Gran Libro!

Eso no quería decir que yo tuviera la seguridad de hallarme entre los salvados en el gran día, aunque viviera en carne y hueso en aquellos instantes. Ser un ministro ordenado de los Evangelios no mejora necesariamente las posibilidades. Los clérigos son conscientes de esta fría verdad (si son honestos consigo mismos), pero los laicos piensan a veces que los hombres con sotana tienen una ventaja interior.

¡No es cierto! Para un clérigo, no hay excusas. Nunca puede protestar diciendo que «no sabía que estaba prohibido», o citar la juventud y la inexperiencia como razones para suplicar piedad, o alegar ignorancia de la ley, o cualquiera de las muchas otras excusas que los laicos pueden alegar para ser salvados pese a su menor grado de perfección.

Sabiendo esto, me vi obligado a admitir que mi propio registro de los últimos tiempos no sugería que yo debiera figurar entre los salvados. Realmente, había nacido de nuevo. Algunas personas parecen pensar que ésta es una condición permanente, como una graduación universitaria. ¡Hermano, no cuentes con ello! Era muy consciente de que últimamente había acumulado un buen número de pecados: Orgullo. Intemperancia. Codicia. Lascivia. Adulterio. Duda. Y otros.

Peor aún, no sentía contrición por los peores de ellos.

Si el registro no mostraba que Margrethe estaba salvada y se hallaba en las listas para el cielo, entonces yo no tenía ningún interés en ir. Dios me ayude, ésa era la verdad.

Me preocupaba el alma inmortal de Margrethe.

Ella no podía reclamar la segunda oportunidad de todas las almas de la era precristiana. Había nacido en el seno de la iglesia luterana, no mi iglesia pero sí antepasada de mi iglesia, antepasada de todas las iglesias protestantes, el primer fruto de la Dieta de Worms. (¡Cuando era un muchacho en la escuela dominical, la «Dieta de Worms» inspiraba imágenes mentales completamente alejadas de la teología!)[1]

La única forma en que Margrethe podía ser salvada sería renunciando a su herejía y buscando nacer de nuevo. Pero eso debía hacerlo ella misma; yo no podía hacerlo por ella.

Lo máximo que posiblemente podía hacer era animarla a buscar la salvación. Pero tendría que hacerlo muy cuidadosamente. No persuades a una mariposa para que se pose en tu mano blandiendo una espada. Margrethe no era una idólatra ignorante de Cristo que

[1] Worms, en inglés, gusanos. *(N. del T.)*

tan sólo necesitaba ser instruida. No, había nacido en el seno de la cristiandad y la había rechazado, con los ojos abiertos. Podía citar las Escrituras con tanta facilidad como yo..., en algún momento de su vida había estudiado el Libro con diligencia, mucho más a fondo que la mayor parte de los laicos. Cuando y por qué es algo que nunca le pregunté, pero creo que debió ser cuando empezó a considerar la idea de abandonar la fe cristiana. Margrethe era tan seria y tan *buena* que estaba seguro de que nunca habría dado un paso tan drástico sin un largo y profundo estudio preliminar.

¿Era urgente el problema de Margrethe? ¿Tenía treinta años para estudiar su mente y decidir el mejor enfoque para tratar con ella, o estaba tan cerca el Armagedón que incluso un día de retraso podía condenarla por toda la eternidad?

El pagano Ragnarok y el cristiano Armagedón tenían esto en común: la batalla final sería precedida por grandes signos y portentos. ¿Estábamos experimentando tales presagios? Margrethe así lo creía. Yo mismo encontraba la idea de aquel mundo cambiante presagiando el Armagedón más atractiva que la alternativa, es decir, la paranoia por mi parte. ¿Podía ser hundido un barco y cambiado un mundo simplemente para impedirme comprobar una huella dactilar? Eso era lo que había pensado en su tiempo, pero... Oh, vamos, Alex, no eres tan importante como eso.

(¿O sí?)

Nunca he sido un milenarista. Soy consciente de lo a menudo que el número mil aparece en la Biblia, especialmente en las profecías..., pero nunca he creído que el Altísimo estuviera obligado a trabajar en milenios exactos -o en algún otro esquema numérico-, sólo para complacer a los numerólogos.

Por otra parte sé que muchos miles de personas sensibles y devotas sitúan una enorme importancia en el próximo final del Segundo Milenio, con el Día del Juicio y el Armagedón y todo lo que debe seguir esperado para ese preciso momento. Hallan sus pruebas en la Biblia y reclaman confirmación en las líneas de la Gran Pirámide y en una gran variedad de apócrifos.

Pero difieren entre ellos respecto al final exacto del milenio. ¿Será el año 2000? ¿O el 2001? ¿O la fecha correcta son las 3 de la tarde, hora local de Jerusalén, del 7 de abril del año 2030? Si es que los estudiosos tienen la hora y la fecha de la Crucifixión -y del terremoto en el momento de la muerte de Cristo- correctamente fijada contra el cómputo mundano del tiempo. ¿O debe ser el Viernes Santo del año 2030, tal como es calculado por el calendario lunar? No se trata de un asunto trivial, si tenemos en cuenta lo que esperamos que ocurra entonces.

Pero, si tomamos el nacimiento de Cristo en vez de la fecha de la Crucifixión como punto de partida para contar el milenio, es evidente de inmediato que ni siquiera la ingenua fecha del año 2000, o la ligeramente menos ingenua fecha del año 2001, pueden coincidir con el bimilenario *porque Jesús nació en Belén el día de Navidad del año 5 antes de Cristo.*

Cualquier persona instruida sabe esto, y casi nadie piensa nunca en ello.

¿Cómo es posible que el acontecimiento más grande de toda la historia, el nacimiento de Nuestro Señor Encarnado, haya sufrido un error cronológico de cinco años? ¡Increíble!

Muy fácilmente. Un monje del siglo vi cometió un error aritmético. Nuestra actual cronología (el «Anno Domini») no fue utilizada hasta siglos después del nacimiento de Cristo. Cualquiera que haya intentado alguna vez descifrar en una piedra angular una fecha escrita en números romanos puede simpatizar con el error del hermano Dionisius Exiguus. En el siglo VI había tan pocas personas que supieran leer que el error permaneció varios años sin detectar..., y cuando fue detectado ya era demasiado tarde para cambiar todos los registros. Así que nos encontramos con la ridícula situación de que Cristo nació cinco años

antes del nacimiento de Cristo..., una curiosa paradoja que solamente puede ser resuelta añadiendo una cláusula referida al hecho de que la otra cláusula se refiere a un calendario falso.

Durante dos mil años el error del buen monje fue de pequeña importancia. Pero ahora se convierte en algo de importancia suprema. Si los milenaristas tienen razón, el fin del mundo cabe esperarlo *el día de Navidad de este año.*

Por favor, observen que no he dicho «el 25 de diciembre». El día y el mes del nacimiento de Cristo son desconocidos. Mateo señala que Herodes era rey; Lucas afirma que Augusto era César y que Quirino era gobernador de Sitia, y todos sabemos que José y María viajaron de Nazareth a Belén para ser censados.

No hay ninguna otra fecha, ni en las Sagradas Escrituras ni en los registros civiles romanos.

Así que eso es todo lo que tenemos. Según la teoría milenarista, el Juicio Final puede esperarse para dentro de treinta y cinco años a partir de ahora... ¡o esta misma tarde!

De no ser por Margrethe, esa incertidumbre no me hubiera mantenido despierto por las noches. ¿Pero cómo puedo dormir si mi amada se halla en peligro inmediato de ser arrojada al Pozo Sin Fondo, donde sufrirá por toda la eternidad?

¿Qué puedo hacer *yo?*

Imagínenme de pie, descalzo, sobre un grasiento suelo, lavando platos para pagar mi libertad, mientras me sumo en profundos pensamientos acerca de cosas originales y finales. ¡Una visión como para echarse a reír! Pero lavar los platos no ocupa toda la mente; hay que echarle mendrugos de pan para que vaya royéndolos mientras tanto.

A veces contrastaba mi penoso estado con el que había sufrido tan recientemente, mientras me preguntaba si alguna vez hallaría el camino de regreso a través del laberinto hasta el lugar que me había construido originalmente para mí.

¿Deseaba volver? Abigail estaba allí..., y, aunque la poligamia era aceptada en el Antiguo Testamento, no era aceptada en los cuarenta y seis estados. Eso había quedado sentado de una vez por todas cuando la artillería del Ejército de la Unión destruyó el templo del anticristo en Salt Lake City y el ejército supervisó la disolución de la diáspora de esas «familias» inmorales.

Abandonar a Margrethe por Abigail sería un precio demasiado alto por recuperar la posición de poder e importancia que hasta entonces había gozado. Sin embargo, había disfrutado con mi trabajo y con la profunda satisfacción emparejada a él. Habíamos conseguido nuestro mejor año desde que fuera creada la fundación..., me refiero a la corporación no lucrativa Iglesias Unidas para la Decencia. «No lucrativa» no quiere decir que una organización así no pueda pagar sueldos apropiados e incluso bonificaciones, y yo estaba tomándome unas bien ganadas vacaciones después del mejor año de nuestra historia..., lo cual había sido principalmente un logro mío, ya que como director delegado mi primer deber era asegurarme de que nuestros cofres estuvieran siempre llenos.

Pero mi principal satisfacción residía en nuestra labor de siembra y recolección, porque una organización como la nuestra no significa nada si nuestros programas de bienestar espiritual no dan frutos.

El pasado año había visto los siguientes logros positivos:

a) Una ley federal convirtiendo el aborto en un delito federal.

b) Una ley federal haciendo de la fabricación, venta, posesión, importación, transporte y/o uso de cualquier droga o dispositivo anticonceptivo una felonía acreedora de una sentencia inmediata de prisión de no menos de un año y un día y no más de veinte años por cada ofensa... y eliminando el hipócrita subterfugio de «Sólo para la prevención de

enfermedades».

c) Una ley federal que, aunque no abolía el juego, pasaba su control y licencias a la jurisdicción federal. Un paso detrás de otro... Una vez conseguidos estos cimientos, podríamos terminar cegando esos dos pozos gemelos, Nevada y Nueva Jersey, pieza a pieza. ¡Divide y conquistarás!

d) Una decisión de la Corte Suprema en la que habíamos aparecido como *amicus curiae,* según la cual los estándares comunitarios de una comunidad típica de población media eran aplicadas a todas las ciudades de cada estado. (Tomkins *versus* Nuevos Distribuidores Aliados.)

e) Auténticos progresos en nuestros esfuerzos por conseguir que el tabaco fuera definido como una droga que necesitaba receta, mediante el ardid táctico de separar el tabaco para fumar y masticar del programa inaugurando la definición «sustancias previstas para quemar e inhalar».

f) Progresos en nuestra reunión anual nacional de plegarias sobre varios temas en los que estaba interesado. Uno era el asunto de cómo eliminar el status de libre de impuestos de las escuelas privadas no afiliadas a una secta cristiana. La política al respecto no estaba todavía bien definida debido al espinoso asunto de las escuelas católicas romanas. ¿Debía cubrirlas también nuestro paraguas? ¿O era el momento de golpear? Si los católicos eran aliados o enemigos había sido siempre un profundo problema para aquellos de nosotros que nos hallábamos en la línea de fuego.

Casi tan difícil era el problema judío... ¿Había alguna solución humana posible? Si no, ¿qué, entonces? ¿Debíamos agarrar la ortiga? Aquello fue debatido solamente *in camera.*

Otro asunto era un proyecto mío favorito: el frustrar a los astrónomos. Pocos laicos se dan cuenta de los perjuicios causados por los astrónomos. Me di cuenta por primera vez de ello cuando estaba aún en la escuela de ingeniería y asistí a un curso de astronomía descriptiva bajo las peticiones de ampliación del programa de todos los estudiantes. Proporciónale a un astrónomo un telescopio mayor y déjalo suelto, no lo supervises, y lo primero que hará será volver con pestilentes y medio cocidas suposiciones negando las antiguas verdades del Génesis.

Sólo hay una forma de luchar con este tipo de tonterías: ¡golpea en la bolsa del dinero! Redefine «educativo» para excluir a esos colosales elefantes blancos, los observatorios astronómicos. Convierte al Observatorio Naval en el único libre de impuestos, reduce su personal, y limita su actividad a asuntos claramente relacionados con la navegación. (Algunas de las teorías más blasfemas y subversivas han surgido de empleados civiles en nómina que no tenían suficiente trabajo legítimo para mantenerlos ocupados.)

Los calificados como «científicos» no son normalmente nada bueno, pero los astrónomos son los peores del lote.

Otro asunto que surge regularmente en todas las reuniones de plegarias anuales y al que yo no apoyaba dedicar ni tiempo ni dinero era: «Voto para las mujeres». Esas histéricas mujeres que se definen a sí mismas como «sufragistas» no son ninguna amenaza, jamás podrán ganar, y prestarles atención lo único que hace es que se sientan importantes. No deben ser nunca encarceladas ni exhibidas en la picota... ¡nunca convertirlas en mártires! Ignorarlas: eso es lo mejor.

Había otras metas interesantes y valiosas que no incluía en la agenda y que no permitía que fueran puestas sobre el tapete en las sesiones que yo moderaba, pero que mantenía en mi lista de «Quizá el año próximo»:

Escuelas separadas para chicos y chicas.

Restablecer la pena de muerte para la brujería y el satanismo.

La opción Alaska para el problema negro.

Control federal de la prostitución.

Homosexuales..., ¿cuál es la respuesta? ¿Castigo? ¿Cirugía? ¿Otra?

Hay un número interminable de buenas causas que se encomiendan por sí mismas a los guardianes de la moral pública..., la cuestión es siempre cuáles elegir y cómo para mayor gloria de Dios.

Pero era probable que nunca más pudiera proseguir con todo esos temas, por fascinantes que sean. Un friegaplatos que apenas está aprendiendo el idioma local (¡de oídas, por supuesto!) no es capaz de convertirse en una fuerza política. Así que no me preocupé de tales asuntos y me concentré en mis auténticos problemas: la herejía de Margrethe y, más inmediato pero menos importante, quedar libres legalmente del peonaje y dirigirnos al norte.

Llevábamos sirviendo más de cien días cuando le pedí a *Don* Jaime que me ayudara al establecer la fecha exacta en que quedaría saldado nuestro contrato por deudas..., una forma educada de decirle: Querido jefe, un vez llegue este día, vamos a marcharnos de aquí como un conejo asustado. Apueste a que sí.

Yo había calculado un tiempo obligado total de ciento veintiún días..., y *Don* Jaime me impresionó hasta casi hacerme olvidar mi español ofreciéndome un resultado de ciento cincuenta y ocho días.

¡Más de seis semanas aún, cuando yo había imaginado que quedaríamos libres la semana siguiente!

Protesté, señalando que nuestra obligación total tal como había sido relacionada en el tribunal, dividida por el valor de subasta atribuido a nuestros servicios (sesenta pesos para Margrethe, la mitad para mí, diarios), daba un total de ciento veintiún días... de los cuales habíamos servido ya ciento quince.

No ciento quince: noventa y nueve..., y me tendió un calendario y me invitó a contar. En ese punto descubrí que nuestros encantadores martes no reducían nuestro tiempo de obligación. O eso decía nuestro *patrón.*

-Y además, Alexandro -añadió-, no has tenido en cuenta los intereses del balance no pagado; no has multiplicado el factor de inflación; no has considerado los impuestos, ni siquiera tu contribución para Nuestra Señora de las Lamentaciones. Si te pones enfermo, tendré que cuidarte, ¿no?

(Bueno, sí. Aunque no había pensado en ello, creía que un *patrón* tenía ese deber hacia sus *peones.)*

-*Don* Jaime, el día que liquidó usted nuestras deudas, el oficial del juzgado redactó el contrato por mí. Me dijo que nuestra obligación era de ciento veintiún días. ¡Me lo dijo!

-Entonces ve a hablar al oficial del juzgado al respecto. -*Don* Jaime me dio la espalda.

Aquello me heló. *Don* Jaime parecía tan dispuesto a que yo acudiera a la autoridad para resolver aquel asunto como poco dispuesto se había mostrado a discutir las propinas de Margrethe con el tribunal. Para mí, aquello significaba que había manejado ya los suficientes de aquellos contratos como para estar seguro de cómo funcionaban y no sentir el menor temor de que el juez o el oficial dictaran contra él.

No conseguí hablar con Margrethe de todo aquello en privado hasta la noche.

-Marga, ¿cómo puedo estar tan equivocado sobre esto? Creía que el oficial lo había dejado muy claro para nosotros antes de que nos hiciera firmar la liquidación de la deuda. Ciento veintiún días. ¿Correcto?

No me respondió inmediatamente. Insistí:

-¿No es eso lo que me dijiste?

-Alec, pese al hecho de que ahora pienso normalmente en inglés, o en español últimamente, cuando debo hacer cálculos aritméticos trabajo en danés. La palabra danesa

paya sesenta es *«tres»,* la misma que en español indica tres unidades. ¿Comprendes lo fácil que puedo haberme confundido? No sé ahora si te dije *«Ciento y veintiuno»* o *Ciento y sesentiuno...,* porque recuerdo los números en danés, no en inglés ni en español. Pensé que tú mismo habrías hecho la división.

-Oh, la hice. Seguro que el oficial no dijo «ciento veintiuno». No utilizó para nada el inglés, que yo recuerde. Y por entonces yo no sabía nada de español. El *señor* Muñoz te lo explicó a ti y tú me lo tradujiste y más tarde yo hice los cálculos de nuevo y parecían confirmar lo que él había dicho. O tú habías dicho. Oh, mierda. ¡No lo sé!

-Entonces, ¿por qué no lo olvidamos hasta que podamos preguntárselo al *señor* Muñoz?

-Marga, ¿no te trastorna descubrir que vamos a tener que seguir siendo unos esclavos en esta pocilga durante otras cinco semanas extras?

-Sí, pero no demasiado. Alec, siempre he tenido que trabajar. Trabajar a bordo del barco era más duro que enseñar en la escuela... pero viajaba y veía lugares nuevos. Servir las mesas aquí es un poco más duro que limpiar camarotes en el *Konge Knut...,* pero te tengo a ti conmigo y eso lo compensa sobradamente. Quiero ir contigo a tu país de origen..., pero no es mi país de origen, así que no me siento tan ansiosa de irme de aquí como tú. Para mí, hoy, allá donde estés tú es mi país.

-Querida, eres tan lógica y razonable y civilizada que a veces me lanzas de cabeza contra la pared.

-Alec, no es ésa mi intención. Sólo quiero que dejemos de preocuparnos por ello hasta que podamos ver al *señor* Muñoz. Pero en este preciso instante lo que más deseo es masajearte la espalda hasta que te relajes.

-¡Señora, me has convencido! Pero solamente si yo tengo el privilegio de masajear tus pobres y cansados pies antes de que tú masajees mi espalda.

Hicimos ambas cosas. «Ah, la aridez era suficiente paraíso para nosotros.»

Los mendigos no pueden ser exigentes. A la mañana siguiente me levanté temprano, vi al pasante del oficial, se me dijo que no podía ver al oficial hasta que el tribunal cerrara sus sesiones del día, así que medio concerté una cita para el martes al cierre de las sesiones..., «semi» en el sentido que quedaba supeditada a nuestra presencia allí; la del *señor* Muñoz no. (Pero estaría allí, *Deus volent.)*

Así, el martes, salimos a nuestro picnic como de costumbre, puesto que podíamos ver al *señor* Muñoz antes de las cuatro de la tarde. Pero lo hicimos con las ropas de ir el domingo a la iglesia antes que vestidos para un picnic..., lo cual quiere decir que ambos llevábamos zapatos, los dos nos habíamos bañado aquella mañana, y yo me había afeitado y llevaba mis mejores ropas, proporcionadas por *Don* Jaime de sus trajes desechados pero recién limpias, en vez de los gastados pantalones de faena de la Guardia Costera que llevaba en la subasta. Margrethe llevaba las coloridas ropas que había conseguido en nuestro primer día en Mazatlán.

Luego los dos procuramos no ensuciarnos ni sudar demasiado. Por qué creíamos que eso importaba, no lo sé. Pero de alguna forma los dos teníamos la sensación de que la limpieza mejoraba la apariencia de uno cuando tenía que acudir de visita al tribunal.

Como de costumbre, fuimos hasta la fuente para ver a nuestro amigo Pepe antes de dar la vuelta y subir a nuestra colina. Nos saludó con la calurosa jovialidad de los buenos amigos e intercambiamos esas naderías tan propias de los hispanos y que casi nunca se encuentran entre los anglosajones. Nuestra visita semanal a Pepe se había convertido en una parte importante de nuestra vida social. Sabíamos mucho más acerca de él ahora -por Amanda, no por él-, y le respetábamos más que nunca.

Pepe no había nacido sin piernas (como yo había creído al principio); antiguamente

había sido conductor, y llevaba camiones cruzando las montañas hasta Durango y más lejos aún. Luego había habido un accidente y Pepe había quedado atrapado bajo su vehículo durante dos días antes de que fuera rescatado. Fue llevado a Nuestra Señora de las Lamentaciones aparentemente muerto.

Pero Pepe era más duro que eso. Cuatro meses más tarde salió del hospital; alguien pasó el sombrero para comprarle aquel carrito; recibió su licencia de mendigo, y ocupó su puesto junto a la fuente..., amigo de los transeúntes, amigo de los *dones,* y sin abandonar su más amplia sonrisa ante todas las adversidades que podía arrojarle el destino.

Cuando, tras un decente intervalo para la conversación y las consabidas preguntas sobre la salud y el bienestar y los conocidos mutuos, nos íbamos a marchar, le ofrecí a nuestro amigo un billete de un peso.

Me lo tendió de vuelta.

-Veinticinco centavos, amigo. ¿No tienes suelto? ¿O prefieres que te devuelva el cambio?

-Pepe, amigo, nuestra intención y nuestro deseo es que te quedes con este obsequio trivial.

-No, no, no. A los turistas les arranco los dientes y les pido más. Pero a ti, amigo, veinticinco centavos.

No discutí. En México un hombre tiene su dignidad, o está muerto.

El Cerro de la Nevería está a cien metros de altura; lo subimos muy lentamente, conmigo frenando la marcha porque quería asegurarme de que Margrethe no se cansaba. Por una serie de señales que había apreciado estaba casi seguro de que ella estaba esperando familia. Pero ella no había considerado conveniente discutir el asunto conmigo, y por supuesto yo no podía plantearlo si ella no lo hacía.

Encontramos nuestro lugar favorito, donde gozábamos de la sombra de un pequeño árbol pero teníamos una vista completa a todo nuestro alrededor, trescientos sesenta grados... al noroeste al golfo de California, al oeste al Pacífico y lo que podían ser o no nubes en el horizonte rematando un pico al extremo de la Baja California a trescientos kilómetros de distancia, al sudoeste a lo largo de nuestra propia península hasta el *Cerro Vigía* con la hermosa *Playa de las Olas Altas* entre nosotros y el *Cerro Vigía,* luego más allá el *Cerro Crestón,* el emplazamiento del gigantesco faro, que dominaba el extremo de la península..., al sur cruzando directamente la ciudad hasta el lugar de aterrizaje de la Guardia Costera. Al este y al nordeste estaban las montañas que ocultaban Durango a doscientos cuarenta kilómetros de distancia..., pero hoy el aire estaba tan claro que parecía como si pudiéramos tender la mano y tocar aquellos picos.

Mazatlán se extendía a nuestros pies como un pueblo de juguete. Incluso la basílica parecía como un modelo a escala de arquitecto desde allí arriba, en vez de la iglesia más bien imponente que era... y por enésima vez me pregunté cómo los católicos, con sus (normalmente) paupérrimas congregaciones, podían construir unas iglesias tan espléndidas, mientras sus opuestos protestantes necesitaban tanto tiempo para cancelar las hipotecas de sus mucho más modestas estructuras.

-¡Mira, Alec! -dijo Margrethe-. ¡Aníbal y Roberto ya tienen su nuevo *aeroplano!* -Señaló.

Era cierto, ahora había *dos aeroplanos* en el amarre de la Guardia Costera. Uno era el grotesco gigante en forma de libélula que nos había rescatado; el nuevo era completamente distinto. Al principio pensé que se había hundido en sus amarras: los flotadores sobre los que amerizaba el viejo aparato faltaban de su estructura.

Lugo me di cuenta de que aquel nuevo aparato era literalmente un barco volante. El

cuerpo en sí del *aeroplano* era un flotador, o un barco... una estructura hermética. Los motores propulsores de aquel aparato estaban montados encima de las alas.

No estaba seguro de confiar en aquellos cambios tan radicales. Las seguridades más caseras del aparato que nos había traído hasta allí eran más de mi agrado.

-Alec, vamos a visitarles el próximo martes.

-De acuerdo.

-¿Crees que Aníbal nos ofrecerá una vuelta en su nuevo *aeroplano?*

-No si el comandante lo sabe. -No dije que el recién adquirido aparato no me parecía seguro; Margrethe nunca tenía miedo-. Pero iremos a visitarles y les pediremos que nos lo enseñen. Al teniente Aníbal le gustará. Y también a Roberto. Vamos a comer.

-Sólo piensas en eso -respondió, y extendió el mantel y empezó a llenarlo con comida de una cesta que yo había traído. Los martes dan a Margrethe la oportunidad de variar la excelente cocina mexicana de Amanda con su propia cocina danesa e internacional. Hoy había elegido preparar esos canapés daneses, casi bocadillos sin el pan de la parte superior, tan apreciados por todos los daneses.... y por cualquiera que haya tenido alguna vez la oportunidad de saborearlos. Amanda permitía a Margrethe que hiciera lo que quisiese en la cocina, y la *señora* Valera no interfería... nunca entraba en la cocina, al parecer según alguna tregua bélica a la que habían llegado ella y Amanda antes de que nosotros nos uniéramos al personal. Amanda era una mujer de carácter firme.

Los bocadillos de hoy estaban abundantemente cubiertos de esos tiernos y deliciosos langostinos por los que es famoso Mazatlán, pero los langostinos eran sólo el comienzo. Recuerdo jamón, pavo, tocino frito y crujiente, mayonesa, tres clases de queso, varios tipos de escabeche, pimientos pequeños, pescado inidentificable, delgadas lonchas de ternera, tomate fresco, salsa de tomate, tres tipos de lechuga, algo que creo que era berenjena muy frita. Pero gracias a Dios no es necesario identificar la comida para gozar de ella... Margrethe la puso frente a mi; yo di buena cuenta de ella, supiera o no lo que estaba comiendo.

Una hora más tarde estaba eructando y fingiendo no hacerlo.

-Margrethe, ¿te he dicho hoy que te quiero?

-Sí, pero no desde hace un rato.

-Pues te lo digo ahora. No sólo eres hermosa, agradable de ver y de bien formadas proporciones, sino que también eres una buena cocinera.

-Gracias, señor.

-¿Quieres ser admirada también por tus excelencias intelectuales?

-No necesariamente. No.

-Como quieras. Si cambias de opinión, házmelo saber. Deja de ocuparte de las sobras; ya limpiaré yo luego. Échate aquí a mi lado y explícame por qué sigues viviendo conmigo. No puede ser por mi forma de cocinar. ¿Es debido a que soy el mejor lavaplatos de toda la costa oeste de México?

-Sí. -Se dedicó a limpiar las cosas, no se detuvo hasta que nuestro lugar de picnic estuvo perfectamente en orden, con todo lo que había quedado metido de nuevo en la cesta, listo para ser devuelto a Amanda.

Luego se tendió a mi lado, deslizó su brazo bajo mi cuello... De pronto alzó la cabeza.

-¿Qué es eso?

-¿Eso qué...? -Entonces lo oí. Un distante retumbar que aumentaba de volumen, como un tren de carga avanzando desde una curva. Pero el ferrocarril más cercano, la línea del norte a Chihuahua y la del sur a Guadalajara, estaban lejos, más allá de la península de Mazatlán.

El retumbar fue creciendo en intensidad; el suelo empezó a vibrar. Margrethe se sentó erguida.

-Alec, tengo miedo.

-No temas, querida; estoy aquí. -Me alcé y la atraje hacía mí, la abracé fuertemente mientras el sólido terreno sobre el que nos apoyábamos oscilaba alzándose y descendiendo bajo nuestros pies y el resonante retumbar aumentaba hasta un volumen increíble.

Si han sido ustedes alguna vez testigos de un terremoto, incluso de uno pequeño, sabrán lo que sentíamos mejor de lo que todas mis palabras puedan expresar. Si nunca han estado en uno, no me creerán... y cuanto más exactamente lo describa, más seguro estoy de que no me creerán.

Lo peor de un terremoto es que no hay nada sólido a lo que aferrarse en ninguna parte..., pero lo más sorprendente es el ruido, los infernales crujidos de todo tipo..., el restallar de las rocas pulverizándose bajo tus pies, el rasgar, los sonidos de edificios cuarteándose, los gritos de la gente asustada, los lamentos de los heridos y los perdidos, el aullar y el gemir de los animales atrapados por un desastre más allá de su comprensión.

Y nada de ello se detenía.

Se prolongó durante un tiempo interminable..., luego el terremoto principal nos alcanzó y la ciudad se derrumbó.

Pude oírlo. El ruido que parecía no poder incrementarse se duplicó de pronto. Conseguí apoyarme sobe un codo y mirar. El domo de la basílica se rompió como una burbuja de jabón.

-¡Oh, Marga, mira! No, no mires..., es terrible.

Medio se sentó, no dijo nada y su rostro se puso blanco. Yo mantuve mi brazo rodeándola y miré a la península más allá del *Cerro Vigía,* al faro.

Estaba inclinándose.

Mientras lo miraba se partió aproximadamente por la mitad, luego se derrumbó, lentamente y con dignidad.

Más allá de la ciudad vi los *aeroplanos* amarrados de la Guardia Costera. Estaban bailoteando sobre el agua como presas de un loco frenesí; el nuevo se inclinó de un ala; el agua lo alcanzó de lleno..., luego lo perdí de vista cuando una nube se alzó de la ciudad, una nube de polvo procedente de miles y miles de toneladas de mampostería desmenuzándose.

Busqué el restaurante y lo encontré: RESTAURANTE PANCHO VILLA. Luego, mientras miraba, la pared sobre la que estaba pintado el letrero se cuarteó y se desmoronó sobre la calle. El polvo se alzó y ocultó el lugar donde había estado.

-¡Margrethe! Ha desaparecido. El restaurante. El Pancho Villa. -Señalé.

-No veo nada.

-Ha desaparecido, te lo digo. Destruido. ¡Oh, gracias a Dios que Amanda y las chicas no estaban hoy allí!

-Sí. Alec, ¿eso no va a parar nunca?

De pronto se paró..., mucho más repentinamente de lo que había empezado. Milagrosamente, el polvo había desaparecido; no había ningún alboroto, ningún griterío de heridos y moribundos, ningún aullido de los animales.

El faro estaba de nuevo allá donde había estado.

Miré hacia la izquierda, comprobando los *aeroplanos* amarrados... nada. Ni siquiera los pilotes a los que tenían que estar sujetos. La basílica no había sufrido ningún daño, y lucía tan hermosa como siempre. Busqué el letrero del Pancho Villa.

No pude encontrarlo. Había un edificio en lo que parecía ser la esquina correcta, pero su forma no era exactamente la misma y tenía distintas ventanas.

-Marg... ¿Dónde está el restaurante?

-No lo sé. Alec, ¿qué está ocurriendo?

-Ya están de nuevo -dije amargamente-. Los cambia-mundos. El terremoto ha desaparecido, pero ésta no es la ciudad donde estábamos. Se le parece mucho, de acuerdo, pero no es la misma.

Si tan sólo estuviera medio en lo cierto. Antes de que pudiéramos recuperarnos lo suficiente para empezar a bajar la colina, el retumbar empezó de nuevo. Luego la agitación... luego el ruido cada vez más fuerte y el violento movimiento del suelo, y *esta* ciudad resultó destruida. De nuevo vi el gigantesco faro cuartearse y caer. De nuevo la iglesia se derrumbó sobre sí misma. De nuevo se alzaron las nubes de polvo y con ellas los gritos y los lamentos y los aullidos.

Alcé mi puño crispado y lo agité hacia el cielo.

-¡Dios os maldiga! *¡Basta!* ¡Dos veces es demasiado!

No fui fulminado por ningún rayo.

XIII

He visto todas las obras que se realizan bajo el sol,
y he aquí que todo es vanidad y perseguir viento.
Eclesiastés, 1:14

Voy a pasar de largo los siguientes tres días, porque no hubo nada de bueno en ellos. «Había sangre y polvo en las calles». Los supervivientes, aquellos que no estábamos heridos, ni postrados por el dolor, ni atontados o histéricos más allá de la capacidad de actuar -pocos, en suma-, trabajamos entre los escombros aquí y allá intentando hallar a alguien vivo bajo los ladrillos y las piedras y el yeso. ¿Pero cuánto puedes hacer con tus dedos desnudos contra interminables toneladas de roca?

¿Y cuánto puedes hacer cuando cavas y cavas y descubres que has llegado demasiado tarde, que de hecho era ya demasiado tarde antes de que empezaras? Oíamos el quejido, algo así como el maullido de un gatito, de modo que cavábamos más cuidadosamente, intentando no ejercer ninguna presión sobre lo que hubiera debajo, intentando que las piedras que retirábamos no provocaran ningún nuevo derrumbe que dañara lo que estaba sepultado..., y encontrábamos la fuente del sonido. Un niño, recién muerto. La pelvis rota, un lado de su cabeza destrozado. «Feliz debe sentirse, él que arrojó y estrelló a tus pequeños contra la piedra.» Volví la cabeza hacia un lado y vomité. Nunca más volveré a leer el Salmo 137.

Pasamos aquella noche en la ladera inferior de la colina de la nevera. Cuando el sol se puso, tuvimos que dejar de intentarlo. No sólo la oscuridad hacía imposible el trabajo, sino que había empezado el saqueo. Tenía la profunda convicción de que cualquiera de los saqueadores era un potencial violador y asesino. Estaba preparado a morir por Margrethe si era necesario... pero no tenía intención de morir galante y fútilmente, en una confrontación que podía ser evitada.

A primera hora de la tarde siguiente llegó el ejército mexicano. No habíamos conseguido nada útil entretanto... sólo rebuscar entre los escombros. No importa lo que encontramos. Los soldados pusieron fin incluso a eso; todos los civiles fueron conducidos a la parte superior de la península, lejos de la ciudad en ruinas, a la estación del ferrocarril al otro lado del río. Allá aguardamos -viudas recientes, maridos desolados, niños perdidos, heridos en camillas improvisadas, otros heridos que aún se mantenían en pie, algunos sin

huellas en ellos pero con los ojos vacíos y terriblemente silenciosos. Margrethe y yo nos contábamos entre los afortunados; simplemente estábamos hambrientos, sedientos, sucios y cubiertos de arañazos y moraduras de la cabeza a los pies por permanecer tendidos en el suelo durante el terremoto. Corrección: durante los dos terremotos.

¿Ha experimentado alguien alguna vez *dos* terremotos?

Dudé en preguntar. Yo parecía ser el único observador de aquel cambio de mundo... excepto que, dos veces, Margrethe había venido conmigo porque yo estaba sujetándola en aquel instante. ¿Había otras víctimas a nuestro alrededor? ¿Había habido otros en el *Konge Knut* que habían mantenido la boca cerrada al respecto tan cautelosamente como yo? ¿Cómo preguntar? Disculpe, *amigo,* pero ¿es ésta la misma ciudad que ayer?

Cuando llevábamos aguardando dos horas en aquella estación de ferrocarril llegó un carro del ejército con agua... un tazón de hojalata de agua para cada refugiado y un soldado con bayoneta para reforzar el orden en las colas.

Poco antes de la puesta de sol el carro regresó con más agua y con hogazas de pan; Margrethe y yo recibimos una ración de un cuarto de hogaza para los dos. Un tren entró en la estación casi al mismo tiempo, y el ejército empezó a cargamos casi mientras las provisiones eran descargadas. Marga y yo tuvimos suerte: fuimos empujados a un vagón de pasajeros..., la mayoría tuvieron que ir en vagones de carga.

El tren partió hacia el norte. No fuimos preguntados si deseábamos ir o no al norte; no se nos pidió dinero para los gastos; todo Mazatlán estaba siendo evacuado. Hasta que su sistema de conducción de aguas no fuera reparado, Mazatlán pertenecía a las ratas y a los muertos.

Es inútil describir el viaje. El tren avanzaba; nosotros resistíamos. La línea del ferrocarril abandona la costa en Guaymas y avanza directamente hacia el norte cruzando Sonora hasta Arizona..., una hermosa región, pero no estábamos en condiciones de apreciarla. Dormimos tanto como pudimos y fingimos dormir el resto del tiempo. Cada vez que el tren se detenía alguien lo abandonaba... a menos que la policía lo obligara a regresar a él. Cuando alcanzamos Nogales, Sonora, el tren estaba menos de medio lleno; el resto parecía encaminarse a Nogales, Arizona, y por supuesto entre ese resto estábamos nosotros.

Alcanzamos la puerta internacional a primera hora de la tarde tres días después del terremoto.

Fuimos conducidos a un edificio de detención justo encima de la línea férrea, y un hombre de uniforme nos dirigió un discurso en español:

-¡Bienvenidos, amigos! Los Estados Unidos se sienten felices de ayudar a sus vecinos en estos momentos de prueba, y los Servicios de Inmigración estadounidenses han agilizado sus procedimientos de modo que podamos atenderles rápidamente a todos ustedes. Primero debemos pedirles a todos que pasen por el servicio de desinsectación. Luego se les entregarán tarjetas verdes fuera de cuota a fin de que puedan trabajar en cualquier trabajo y en cualquier lugar de los Estados Unidos. Pero encontrarán agentes laborales dispuestos a ayudarles apenas abandonen este recinto. ¡Y una sopa de pollo! Si tienen hambre, hagan una pausa y podrán disfrutar aquí de su primera comida como huéspedes del Tío Sam. ¡Bienvenidos a los Estados Unidos!

Varias personas tenían preguntas que hacer, pero Margrethe y yo nos encaminamos a la puerta que conducía al recinto de desinsectación. Me dolía el nombre asignado a aquella rutina sanitaria: la exigencia a pasar por una desinsectación era una forma de decir que uno tenía bichos. Ciertamente estábamos sucios y desconcertados, y yo llevaba barba de tres días. ¿Pero piojosos?

Bien, quizá sí. Tras un día de revolver entre las ruinas y dos días apiñados con otras personas sin lavar en un vagón de tren que ya no estaba demasiado limpio cuando subimos

a él, ¿podía afirmar honestamente que me hallaba libre de bichos?

La desinsectación no era tampoco tan terrible. Consistía principalmente en una ducha supervisada con exhortaciones en español de que nos frotáramos fuertemente las partes cubiertas de pelo con un jabón antiséptico en gel. Mientras tanto mis ropas pasaron por una especie de esterilización o fumigación -un autoclave, supongo-, luego tuve que aguardar, completamente desnudo, durante veinte minutos para reclamarlas, mientras empezaba a sentirme más y más irritado a cada minuto que pasaba.

Pero una vez estuvimos de nuevo vestidos, olvidé mi irritación, dándome cuenta de que nadie estaba burlándose de nosotros; era simplemente que cualquier proceso improvisado de manejar una multitud de gente en una emergencia trae casi siempre consigo un elemento destructivo de la dignidad humana. (Los refugiados mexicanos parecían encontrarlo ofensivo; oí murmullos.)

Luego tuve que esperar de nuevo, a Margrethe.

Apareció por la puerta de salida de la sección femenina, captó mi mirada y sonrió, y de pronto todo estuvo bien de nuevo. ¿Cómo podía salir de una cámara de desinsectación y lucir como si saliera simplemente de una sombrerera?

Avanzó hacia mí y dijo:

-¿Te he hecho esperar, querido? Lo siento. Había una sección de planchado ahí y aproveché la ocasión para dar un toque a mis ropas. Tenían un aspecto más bien lamentable cuando salieron de esa lavadora.

-No me importó esperar -mentí-. Estás maravillosa. -(¡Eso no era mentira!)-. ¿Vamos a cenar? Me temo que toca sopa de pollo.

-¿No hemos de pasar antes por unos trámites administrativos?

-Oh. Creo que podemos dedicarnos primero a la sopa de pollo. No queremos tarjetas verdes; son para los mexicanos. En vez de ello, debo explicar lo de nuestros pasaportes perdidos. -Había estado pensando en ello y se lo había explicado a Margrethe en el tren. Eso era lo que diría que nos había ocurrido: éramos turistas, estábamos en el *Hotel de las Olas Altas,* en la playa. Cuando se produjo el terremoto, estábamos en la playa. Así que perdimos nuestras ropas, nuestro dinero, nuestros pasaportes, todo, ya que nuestro hotel resultó destruido. Teníamos suerte de seguir con vida, y las ropas que llevábamos nos habían sido dadas por la Cruz Roja mexicana.

Esta historia tenía dos ventajas: el *Hotel de las Olas Altas* había resultado efectivamente destruido, y el resto de la historia no era fácil de comprobar.

Descubrí que teníamos que pasar primero por la cola de la tarjeta verde para conseguir la sopa de pollo. Finalmente llegamos a la mesa. Allí un hombre me puso delante un formulario y dijo en español:

-Ponga su nombre, primero el apellido. Luego su domicilio. Si resultó destruido en el terremoto, indíquelo así, y señale alguna otra dirección: primo, padre, sacerdote, alguien, cuyo domicilio no haya sido destruido.

Inicié mi perorata. El funcionario alzó la vista y dijo:

-Amigo, está frenando usted la cola.

-Pero -dije- yo no necesito ninguna tarjeta verde. No quiero una tarjeta verde. Soy un ciudadano americano que regresa del extranjero y estoy intentando explicar por qué no llevo conmigo mi pasaporte. Y lo mismo respecto a mi esposa.

Tamborileó sobre la mesa.

-Mire -dijo-, su acento dice que es usted nativo americano. Pero yo no puedo hacer nada respecto a su pasaporte perdido, y tengo aquí a trescientos cincuenta refugiados aún por procesar, y otro tren lleno a punto de llegar. No voy a irme a la cama antes de las dos. ¿Por qué no me hacen ustedes un favor y aceptan una tarjeta verde? No les envenenará, y les permitirá entrar en el país. Mañana pueden ustedes pelearse con el Departamento de Estado

acerca de su pasaporte..., pero no conmigo. ¿De acuerdo?

Soy estúpido, pero no testarudo.

-De acuerdo. -Para mi dirección mexicana escribí: *Don* Jaime; supuse que al menos eso me lo debía. Además, su dirección tenía la ventaja de hallarse en otro universo.

La sopa de pollo era lo que cabía esperar de una operación de caridad. Pero era cocina gringa, la primera que probaba en meses... y estaba hambriento. La manzana que me dieron de postre, de la variedad *stark delicious,* estaba realmente deliciosa, como indicaba su nombre. Faltaba poco para el ocaso cuando salimos a las calles de Nogales: libres, limpios, y dentro de la legalidad de los Estados Unidos, o casi. Nos sentíamos al menos un cien por cien mejor que aquellos dos supervivientes desnudos que habían sido recogidos del océano hacía diecisiete semanas.

Pero seguíamos huérfanos de destino, sin ningún dinero, sin ningún lugar donde ir, sin ropas excepto las que llevábamos, y mi barba de tres días y el aspecto de mis ropas después de pasar por un autoclave o lo que fuese me daban el aspecto de un marginal.

La situación de carencia de dinero era particularmente irritante debido a que *teníamos* dinero, las propinas acumuladas por Margrethe. Pero el papel moneda decía *«Reino»* allá donde debería decir *«República»,* y las monedas no tenían el rostro correcto. Tal vez algunas de las monedas contuvieran suficiente plata como para tener algún pequeño valor intrínseco. Pero, aunque así fuera, no había ninguna forma sencilla de cambiarlas en poco tiempo por dinero de curso legal. Y cualquier intento de pagar con alguna de aquellas monedas podía simplemente meternos en problemas graves.

¿Cuánto habíamos perdido exactamente? No existe una cotización interuniversal de cambio de moneda. Uno puede hacer una estimación en términos de poder adquisitivo equivalente..., tantas docenas de huevos, o tantos kilos de azúcar. ¿Pero para qué preocuparse? Fuera lo que fuese, lo habíamos perdido.

Esto era algo paralelo a la futilidad que había intentado en Mazatlán. Mientras era dueño y señor de la fregadera, había intentado escribir a: *a)* el superior de Alexander Hergensheimer, el reverendo doctor Dandy Danny Dover, doctor en teología, director de las Iglesias Unidas para la Decencia; y *b)* los abogados de Alec Graham en Dallas.

Ninguna de las dos cartas fue contestada; ninguna fue devuelta. Cosa que había esperado, puesto que ni Alec ni Alexander procedían de un mundo que disponía de máquinas volantes, *aeroplanos.*

Lo intentaría de nuevo aquí..., aunque con pocas esperanzas; sabía ya que este mundo resultaría extraño tanto a Graham como a Hergensheimer. ¿Cómo? No había observado nada particularmente llamativo hasta que llegamos a Nogales. Pero aquí, en esta parada, tenían (sujétense fuertemente a sus sillas) *televisión.* Una hermosa caja cuadrada y grande con una ventana a un lado, y en esa ventana imágenes de gente en movimiento..., y sonidos de esa gente hablando surgiendo constantemente del aparato.

O bien disponen ustedes de este invento y se han acostumbrado a él y lo dan por sentado, o viven en un mundo que no lo tiene y simplemente no me creen. Créanme, del mismo modo que yo me he visto obligado a creer en cosas increíbles. *Existe* ese invento; éste es un mundo donde es algo tan común como las bicicletas, y su nombre es televisión -o a veces TV o tele o video o incluso «la caja tonta»-, y si supieran ustedes algunas de las finalidades para las cuales es utilizada esa gran maravilla, comprenderían ese último calificativo.

Si alguna vez se han encontrado ustedes en un apuro grande en una ciudad desconocida

y sin nadie a quien recurrir, y sin querer tener que acudir a la policía ni ser detenidos, hay una gran respuesta para conseguir una ayuda de emergencia. Lo encontrarán seguramente en los bajos fondos de la ciudad: el Ejército de Salvación.

Apenas pude echar mano a una guía telefónica me faltó tiempo para conseguir la dirección de la misión del Ejército de Salvación (aunque me tomó un cierto tiempo reconocer un teléfono cuando vi uno. Aviso a los viajeros intermundos: los cambios pequeños pueden ser incluso más desconcertantes que los cambios grandes).

Veinte minutos y un despiste de orientación más tarde, Margrethe y yo estábamos en la misión. Afuera en la acera cuatro de sus miembros -trompa de pistones, gran tambor, dos panderetas- estaban reuniendo a una multitud. Estaban cantando *Rock of Ages y* lo hacían bien, pero necesitaban un barítono, y me sentí tentado a unirme a ellos.

Pero un par de tiendas antes de alcanzar la misión, Margrethe se detuvo y tiró de mi manga.

-Alec... ¿tenemos que hacer esto?

-¿Eh? ¿Cuál es el problema, querida? Pensaba que habíamos llegado a un acuerdo.

-No, señor. Usted simplemente me lo dijo.

-Hummm... Quizá sí. ¿No quieres acudir al Ejército de Salvación?

Ella inspiró profundamente y luego expelió el aire en un largo suspiro.

-Alec... No he entrado en una iglesia desde..., desde que abandoné la iglesia luterana. Entrar ahora en una..., creo que sería pecaminoso.

(Dios bendito, ¿qué puedo hacer yo con esta niña? Es apóstata no porque sea pagana..., sino porque sus reglas son aún más estrictas que las Tuyas. Dame tu guía, por favor..., ¡y apresúrate!)

-Cariño, si lo consideras pecaminoso, no lo haremos. Pero dime lo que podemos hacer a cambio; ya no tengo más ideas.

-Oh... Alec, ¿no hay otras instituciones a las que pueda dirigirse una persona en apuros.

-Sí, por supuesto. En una ciudad de estas dimensiones la iglesia católica romana debe ocuparse de más de un refugiado. Y tiene que haber otras iglesias protestantes. Probablemente también una judía. Y...

-Quiero decir no conectada con una iglesia.

-Oh, eso. Margrethe, ambos sabemos que éste no es realmente mi país natal; es probable que tú sepas tanto como yo respecto al modo cómo funciona. Puede que haya aquí refugiados sin hogar que estén totalmente desconectados de cualquier iglesia. Aunque no estoy seguro, puesto que las iglesias tienden a monopolizar el campo... nadie más quiere hacerlo. Si fuera más temprano en vez de estar oscureciendo, podría intentar hallar algo llamado caridades unidas o fondo comunitario o cualquier cosa equivalente, y ver el menú que ofrecen; tiene que haber algo de eso. Pero en estos momentos... Encontrar un policía y pedirle ayuda es la única otra cosa en que puedo pensar a esta hora del día..., y puedo decirte por anticipado lo que un policía de esta parte de la ciudad va a responderte si le dices que no tienes ningún lugar donde dormir. Te señalará la misión que tenemos al lado. He dicho.

-En København, o Estocolmo, u Oslo, yo me hubiera limitado a ir directamente a la comisaría principal de policía: simplemente pides un lugar para dormir, y ellos te lo proporcionan.

-Tengo que señalarte que esto no es Dinamarca ni Suecia ni Noruega. Aquí puede que nos dejaran quedarnos en la misma comisaría... yo encerrado en la celda de los borrachos y tú en la de prostitutas. Luego, mañana por la mañana, puede que nos acusaran o no de vagancia. No lo sé.

-¿Es realmente tan terrible América?

-No lo sé, querida... ésta no es mi América. Pero no deseo descubrirlo por el camino

difícil. Cariño... si yo *trabajo* a cambio de lo que nos den, ¿pasarías la noche con el Ejército de Salvación sin sentirte pecaminosa por ello?

Lo meditó solemnemente..., el gran fallo de Margrethe era su ausencia total de sentido del humor. Una innata benevolencia... a sacos. Un deleite infantil en el juego, sí. ¿Sentido del humor? «La vida es real y la vida es seria...»

-Alec, si pudiéramos arreglarlo así, no me sentiría tan mal. Yo también puedo trabajar.

-No necesariamente, querida; es mi profesión la que se halla implicada en esto. Cuando terminen de alimentar a todos los parias esta noche, habrá un buen montón de platos sucios... y estás contemplando al campeón absoluto de los lavaplatos de todo México y *los Estados Unidos.*

Así que lavé platos. También ayudé a repartir libros de himnos y a preparar los servicios vespertinos. Y le pedí prestada una maquinilla de afeitar al hermano Eddie McCaw, el ayudante. Le conté cómo habíamos ido a parar allí -vacaciones en la Riviera mexicana, tomando el sol en la playa cuando se produjo el terremoto-, toda la sarta de mentiras que había preparado para el Servicio de Inmigración y no había conseguido utilizar.

-Lo perdimos todo. Dinero, cheques de viajero, pasaportes, ropa, el billete de vuelta a casa. Pero no importa, somos afortunados. Estamos vivos.

-El Señor extendió sus brazos envolviéndoos. ¿No crees que has nacido de nuevo?

-Más de una vez.

-Creo que hará bien a nuestras ovejas descarriadas escucharte. Cuando llegue el momento de las confesiones, ¿querrás hablarles de todo ello? Tú eres el primer testigo ocular de lo ocurrido que tenemos. Oh, casi lo siento aquí mismo, aunque sólo sea el entrechocar de los platos.

-Me sentiré encantado de hacerlo.

-Estupendo. Voy a buscarte la maquinilla.

Así que hablé en la reunión de las confesiones, y les ofrecí una verídica y horrenda descripción del terremoto, pero no tan horrible como fue en realidad -nunca deseo ver otra, ni otro bebé muerto-, y le di las gracias públicamente al Señor de que Margrethe y yo no hubiéramos resultado heridos, y descubrí que aquella era la más sincera plegaria que había dicho en años.

El reverendo Eddie pidió a la estancia llena de olorosos desheredados que rezaran con él para dar gracias de que el hermano y la hermana Graham hubieran sido salvados, y convirtió su plegaria en algo mucho más general que lo abarcaba todo desde Jonás hasta la centésima oveja, y despertó gritos de *«¡Amén!»* a todo nuestro alrededor. Un viejo borrachín se adelantó y dijo que él había visto finalmente la gracia del Señor y la bondad del Señor y que ahora estaba dispuesto a dar su vida por Cristo.

El hermano Eddie rezó por él, e invitó a los demás a adelantarse y otros dos lo hicieron. Como evangelista natural que era, vio en nuestra historia un tema para su sermón de la noche y la utilizó, columpiándose en Lucas quince, diez, y Mateo seis, diecinueve. No sé si tenía preparado ya algo a partir de aquellos dos versículos; probablemente no, puesto que cualquier predicador digno de este nombre es capaz de predicar interminablemente improvisando a partir de cualquiera de los dos. De cualquier forma, sabía aprovechar la ocasión, y sacó un buen uso de nuestra inesperada presencia.

Se mostró muy complacido con nosotros, y estoy seguro que fue por eso por lo que me dijo, mientras estábamos recogiéndolo todo para la noche, tras la cena que siguió al servicio, que aunque por supuesto no disponían de habitaciones separadas para parejas casadas -no recibían a menudo parejas casadas-, al parecer la hermana Graham iba a ser la única ocupante del dormitorio de las hermanas aquella noche, así que, ¿por qué no dormía

yo con ella en vez de hacerlo en el dormitorio de hombres? No disponían de camas dobles, por supuesto, sólo camastros individuales... lo sentía. Pero al menos estaríamos en la misma habitación.

Le di las gracias, y nos fuimos alegremente a la cama. Dos personas pueden compartir un camastro, por muy estrecho que sea, si realmente desean dormir juntos.

A la mañana siguiente Margrethe cocinó el desayuno para los desheredados. Se metió en la cocina y se ofreció voluntaria, y pronto estaba encargándose de todo, puesto que la cocinera regular no se ocupaba del desayuno; era trabajo de quien estuviera de guardia. Preparar el desayuno no requería un chef titulado: gachas de avena, pan, margarina, pequeñas naranjas valencianas (¿desechos de la cosecha?), café. La dejé allí lavando los platos y esperando mi regreso.

Salí y encontré trabajo.

Sabía, por haberlo escuchado por el inalámbrico (que aquí llaman «radio») mientras lavaba los platos la noche antes, que había en los Estados Unidos desempleo suficiente como para convertir el asunto en un problema social y político.

Siempre había trabajo en el sudoeste para labores agrícolas, pero yo había eludido aquel tip de trabajo ayer. No es que sea demasiado orgulloso para él; había seguido la cosecha durante varios años desde que fui lo bastante mayor como para empuñar una horca. Pero no podía llevar a Margrethe a los campos.

No esperaba encontrar trabajo como clérigo; ni siquiera le había dicho al hermano Eddie que había sido ordenado. Siempre existe un problema de desempleo con los predicadores. Oh, siempre hay pulpitos vacíos, es cierto... pero éstos suelen hallarse en iglesias donde los ratones se mueren de hambre.

Pero tenía una segunda profesión.

Lavaplatos.

No importa cuánta gente esté sin empleo, siempre hay trabajo para los lavaplatos. Ayer, mientras caminábamos desde la estación hasta la misión del Ejército de Salvación, había observado tres restaurantes con el cartel de «Se necesita lavaplatos» en su escaparate..., los observé porque había tenido tiempo suficiente en el largo viaje desde Mazatlán para admitirme a mí mismo que no disponía de otra habilidad vendible.

Ninguna otra. En este mundo yo no estaba ordenado; no *podía* estar ordenado en este mundo puesto que no podía mostrar ninguna graduación de ningún seminario o escuela teológica..., ni siquiera el respaldo de una secta primitiva a la que no le importan los títulos sino que confía su inspiración en el Espíritu Santo.

Ciertamente, tampoco era un ingeniero.

No podía tampoco encontrar trabajo como maestro en estos temas que tan bien conocía porque no podía mostrar ninguna preparación formal... ¡Ni siquiera podía demostrar que tenía un título de la escuela secundaria!

En general nunca he sido un hombre de ventas. Cierto, había demostrado un talento inesperado para las complejas habilidades que hacen a una persona un recaudador profesional de dinero..., pero aquí no tenía avales ni reputación. Puede que algún día pudiera hacerlo de nuevo..., pero necesitábamos dinero *ahora.*

¿Qué quedaba? Había buscado en la sección de demandas de un ejemplar del *Times* de Nogales que alguien había dejado en la misión. No se solicitaba ningún recaudador de impuestos. Tampoco ningún tipo de mecánico. No sabía lo que era un diseñador de software pero, fuera lo que fuese, yo no lo era, como tampoco era un «ordenador» de ninguna clase. Ni enfermera, ni asistente sanitario titulado.

Podía seguir indefinidamente listando las cosas que no era y no podía aprender de la

noche a la mañana. Pero eso no tiene importancia. Lo que sí podía hacer, lo que podía dar* nos de comer a Margrethe y a mí mientras echábamos una ojeada a aquel nuevo mundo y evaluábamos sus características, era lo que me había visto obligado a hacer como un *peón.*

Un lavaplatos competente y de confianza nunca se muere de hambre. (Más bien se morirá de aburrimiento.)

El primer lugar no olía bien y su cocina parecía sucia; no me entretuve demasiado. El segundo lugar era un hotel perteneciente a una cadena de hoteles, con varias personas en las fregaderas. El jefe me miró altaneramente y dijo:

-Este es un trabajo para un chicano; usted no sería feliz aquí. -Intenté argumentar; prácticamente me echó.

Pero el tercero era perfecto, un restaurante apenas un poco más grande que el Pancho Villa, con una cocina limpia y un jefe no más avinagrado de lo habitual.

-Este trabajo paga el salario mínimo y no hay pluses -me advirtió-. Una comida al día en la casa. Si le descubro robando algo, aunque sea un palillo de dientes, sale de aquí a patadas inmediatamente... y no hay segunda oportunidad. Trabajará el horario que yo establezca y cambiaré ese horario siempre que me convenga. En estos momentos le necesito desde el mediodía hasta las cuatro y desde las seis hasta las diez, cinco días a la semana. O puede trabajar seis días a la semana, pero no hay pago de horas extraordinarias por ello. Las horas extraordinarias se pagan solamente si le hago trabajar más de ocho horas en un mismo día, o más de cuarenta y ocho horas en una misma semana.

-De acuerdo.

-Muy bien. Déjeme ver su cartilla de la Seguridad Social.

Le tendí mi tarjeta verde.

Me la devolvió.

-¿Espera que le pague doce dólares y medio a la hora sobre la base de una tarjeta verde? Usted no es chicano. ¿Quiere ponerme en problemas con el gobierno? ¿Dónde consiguió usted esa tarjeta?

Le canté la canción que había preparado para el Servicio de Inmigración, se la bailé incluso.

-Y lo perdimos todo. Ni siquiera puedo llamar por teléfono y decirle a alguien que me envíe dinero; tengo que llegar a casa antes de poner en orden mis cosas.

-Puede recurrir usted a la asistencia pública.

-Señor, soy demasiado cochinamente orgulloso para eso. -(No sé cómo y no puedo probar que soy yo. Simplemente no me eche y permítame lavar platos.)

-Me alegra oír eso. «Cochinamente orgulloso», quiero decir. Este país podría usar a muchos como usted. Vaya a la oficina de la Seguridad Social y haga que le extiendan una nueva cartilla. Lo harán, aunque no pueda recordar usted el número de la antigua. Luego vuelva aquí, y el trabajo es suyo. Hum... Empezaré pagándole ahora mismo. Pero tiene que volver y ponerse a trabajar hoy.

-Me parece espléndido. ¿Dónde está la oficina de la Seguridad Social?

Así que fui al edificio federal y conté una vez más mis mentiras, bordándolas sólo lo necesario. La seria joven que me extendió la cartilla insistió en darme una conferencia sobre la Seguridad Social y el modo cómo funcionaba, una conferencia que al parecer tenía memorizada. Apostaría a que nunca tuvo un «cliente» (así es como me llamó) que escuchara con tanta atención. Todo aquello era nuevo para mí.

Le di el nombre «Alec L. Graham». No fue una decisión consciente. Llevaba usando aquel nombre desde hacía semanas, respondía a él por reflejo... y además no estaba en una buena situación para decir: «Lo siento, señorita, mi nombre es realmente Hergensheimer.»

Empecé a trabajar. Durante mi tiempo libre de cuatro a seis volví a la misión... y supe que Margrethe había conseguido un trabajo también.

Era temporal, tres semanas... pero tres semanas era exactamente el tiempo adecuado. La cocinera de la misión no había hecho vacaciones desde hacía más de un año y deseaba ir a Flagstaff a visitar a su hija, que acababa de tener un bebé. Así que Margrethe disponía de su trabajo durante aquellas tres semanas... y de su habitación, también durante ese período.

De modo que el hermano y la hermana Graham estaban estupendamente bien aposentados... por un tiempo al menos.

XIV

Me volví a mirar bajo el sol, que no es de los ligeros
la carrera, ni de los valientes la batalla,
ni tampoco de los sabios el pan, ni aún de los inteligentes
la riqueza, ni siquiera de quienes saben el favor,
pues el tiempo y la suerte alcanzan a todos ellos.
Eclesiastés, 9:11

Por favor, díganme, ¿por qué no hay una escuela filosófica de lavaplatos? Las condiciones parecen ideales para sumirse en los deleites de intentar desenmarañar lo inescrutable. El trabajo mantiene ocupado al cuerpo mientras no le exige casi nada al cerebro. Cada día disponía de ocho horas en las que intentar encontrar respuestas a las preguntas.

¿Qué preguntas? *Todas* las preguntas. Cinco meses antes yo era un próspero y respetado profesional en la más respetada de las profesiones, en un mundo que comprendía completamente... o al menos eso creía. Hoy no estaba seguro de nada y no tenía nada.

Corrección..., tenía a Margrethe. Una riqueza suficiente para cualquier hombre, y que no estaba dispuesto a cambiar ni por todas las riquezas de Catay. Pero incluso Margrethe representaba un contrato solemne que aún no podía cumplir. A los ojos del Señor la había tomado como esposa..., pero no podía mantenerla.

Sí, tenía un trabajo... pero a decir verdad ella se mantenía a sí misma. Cuando el señor Cowgirl me contrató, no me había sentido impresionado por «el salario mínimo y sin bonificaciones». Doce dólares y cincuenta centavos a la hora me sorprendieron como una suma exorbitante..., bueno, muchos hombres casados en Wichita *(mi* Wichita, en otro universo) sostenían una familia con doce dólares y medio *a la semana.*

De lo que no me daba cuenta era de que aquí 12,5$ no bastaban para comprar un bocadillo de atún en aquel mismo restaurante... que no era un restaurante de categoría precisamente; de hecho, más bien económico. Hubiera tenido menos problemas en adaptarme a la economía de aquel mundo extraño-pero-familiar si su moneda estuviera descrita en términos no familiares: chelines, siclos, soles, cualquier cosa menos dólares. Estaba condicionado a pensar en el dólar como en una pieza sustancial de riqueza; la idea de que un centenar de dólares al día era un salario al nivel de pobreza no me resultaba fácil de aprehender.

Veinte con cincuenta a la hora, cien dólares al día, quinientos a la semana, veintiséis mil dólares al año,., ¿nivel de *pobreza?* Escuchen atentamente. En el mundo en que me educaron, eso era una riqueza más allá de todos los sueños de avaricia.

Acostumbrarse a los niveles de precios y salarios en dólares que no eran realmente dólares era simplemente el aspecto más sobresaliente de aquella extraña economía; el problema principal era cómo arreglárselas, cómo permanecer a flote, cómo ganarnos la

vida yo y mi esposa (y nuestro hijo, con uno esperado muy pronto, si mis sospechas eran ciertas) en un mundo en el que yo no tenía ni diplomas, ni entrenamiento básico, ni amigos, ni referencias, ni pasado de ninguna clase. Alex, ¿para qué *eres* bueno, por el amor de Dios? ¡Aparte lavar platos!

Hubiera podido lavar fácilmente toda una pila farera de platos mientras me encerebraba en este problema. *Tenía* que resolverlo. Hoy lavaba alegremente platos..., pero pronto debería preocuparme algo más por mi amor. El sueldo mínimo no era suficiente.

Y finalmente llegábamos a la cuestión fundamental: Querido Señor Dios Jehová, ¿qué significan esos signos y portentos que has vertido sobre mí tu siervo?

Llega un momento en el que un fiel creyente debe dejar de ponerse de rodillas y enfrentarse a su Dios en términos claros y prácticos. ¡Señor, *dime* qué debo creer! ¿Son ésos los engañosos grandes signos y maravillas de los que nos advertirse, enviados por el Anticristo para seducir a los elegidos?

¿O son los auténticos signos de los últimos días? ¿Pronto vamos a oír tu Grito?

¿O yo estoy tan loco como Nabucodonosor y todas esas apariencias son simplemente vapores de mi mente desordenada?

Si una de esas hipótesis es cierta, entonces las otras dos son falsas. ¿Cómo elegir? Dios Señor de la Hostia, ¿cómo te he ofendido?

Caminando de vuelta a la misión, una noche, vi un cartel que podía haber sido redactado como una respuesta directa a mis plegarias: MILLONES DE LOS QUE VIVEN ACTUALMENTE NO MORIRÁN NUNCA. El cartel era llevado por un hombre, y con él iba un niño pequeño repartiendo hojitas.

Me forcé a no aceptar una. Había visto aquellas mismas palabras muchas veces a lo largo de toda mi vida, pero siempre había tendido a evitar los Testigos de Jehová. Son tan arrogantes y testarudos que es imposible trabajar con ellos, pese a que las Iglesias Unidas para la Decencia constituyen necesariamente una asociación ecuménica. En la recolección de fondos y en las acciones políticas uno debe (aunque por supuesto eludiendo las herejías) evitar discusiones sobre mezquinos puntos de doctrina. Los teólogos desmenuzadores de palabras son la muerte de una organización eficiente. ¿Cómo puedes incluir una secta en las labores prácticas de las viñas del Señor si esa secta afirma que solamente ellos conocen la Verdad, toda la Verdad y nada más que la Verdad, y todos aquellos que no estén de acuerdo con ellos son unos herejes, destinados a los fuegos del infierno?

Imposible. Así que las dejamos fuera de las I.U.D.

Sin embargo... Quizás esta vez tuvieran razón.

Lo cual me conduce a la más urgente de todas las cuestiones: cómo conducir a Margrethe de vuelta a los caminos del Señor antes de que suenen la Trompeta y el Grito.

Pero el «cómo» depende del «cuándo». Los teólogos premilenaristas difieren enormemente entre sí respecto a la fecha de la Última Trompeta.

Yo confío en el método científico. En cualquier punto sometido a discusión siempre hay una respuesta segura: busca en el Libro. Y eso hice, ahora que estaba viviendo en la misión del Ejército de Salvación y podía pedir prestado una copia de la Sagrada Biblia. La examiné una y otra y otra vez..., y supe por qué los premilenaristas difieren tanto en sus fechas.

La Biblia es la Palabra literal de Dios; aceptemos que no hay error en ello. Pero en

ninguna parte prometió el Señor que sería fácil de leer.

Una y otra vez nuestro Señor y su encarnación como su Hijo, Jesús de Nazaret, el Mesías, prometen a sus discípulos que su generación (es decir, el siglo primero después de Cristo) verá su retorno. En otro lado, y también muchas veces, promete que regresará una vez hayan pasado mil años... o son dos mi años... o es algún otro período de tiempo, después de que el Evangelio haya sido predicado a toda la humanidad en todos los países.

¿Dónde está la verdad?

Todo es cierto, si lo lees correctamente. Jesús regresó de hecho en la generación de sus doce discípulos; lo hizo la primera Pascua, su resurrección. Ése fue su primer regreso, el absolutamente necesario, el que probaba a todos que era realmente el Hijo de Dios y el propio Dios. Regresó de nuevo al cabo de un millar de años y, en su infinita bondad, decidió que a sus hijos les fuera dado un nuevo período de gracia, antes de hacer que los pecadores fueran entregados para siempre a las terribles profundidades del infierno. Su bondad es infinita.

Esas fechas son difíciles de precisar, y eso resulta comprensible, ya que nunca fue su intención animar a los pecadores a seguir pecando porque el día de pasar cuentas había sido pospuesto. Lo que sí es preciso, exacto e innegable, repetido una y otra vez, es que espera que cada uno de sus hijos viva cada día, cada hora, cada latido de su corazón, como si fuera el último. ¿Cuándo llegará el fin de esta era?

¿Cuándo se producirán el Grito y la Trompeta? ¿Cuándo será el Día del Juicio? *¡Ahora!* No será ofrecida ninguna advertencia. No habrá tiempo para la contrición en el lecho de la muerte. Hay que vivir en estado de gracia... o, cuando llegue el instante, te verás arrojado al Lago de Fuego, donde arderás en agonía por toda la eternidad. Así dice la Palabra de Dios.

Y para mí, así suena la voz del destino. No disponía de *ningún* período de gracia para conducir a Margrethe de vuelta al redil..., porque el Grito podía producirse cualquier día.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Para los simples mortales con algún problema trascendental, sólo hay una cosa que hacer: encomendarse a Dios por medio de la plegaria.

Y eso fue lo que hice, una y otra y otra vez. La plegaria recibe siempre respuesta. Pero es necesario reconocer esa respuesta... y puede que no sea la respuesta que tú esperas.

Mientras tanto, uno debe darle al César lo que es del César. Por supuesto, había elegido trabajar seis días a la semana en vez de cinco (¡31.200$ al año!), puesto que necesitaba cada centavo que pudiera ganar. ¡Margrethe lo necesitaba todo!..., y yo también. Especialmente necesitábamos zapatos. Los zapatos que llevábamos cuando fuimos golpeados por el desastre en Mazatlán eran unos buenos zapatos..., para unos campesinos en Mazatlán. Pero habían sido llevados durante dos días de rebuscar entre los escombros después del terremoto, y luego los habíamos llevado constantemente desde entonces; estaban listos para ir directamente al cubo de la basura. Así que necesitábamos zapatos, al menos dos pares cada uno, un par para trabajar, otro para los domingos.

Y muchas otras cosas. No sé todo lo que necesita una mujer, pero es mucho más complejo de lo que necesita un hombre. Tuve que poner el dinero en las manos de Margrethe y animarla para que comprara todo lo que necesitaba. Yo podía pasar con poco más que unos zapatos y unos pantalones de trabajo (para conservar los nuevos), aunque me compré una navaja, y me hice cortar el pelo en la escuela de barbería cerca de la misión, donde el corte de pelo valía solamente dos dólares si uno estaba dispuesto a aceptar al más verde de los aprendices, y yo estaba dispuesto. Margrethe contempló el resultado y dijo suavemente que creía que ella hubiera podido hacerlo mejor, ahorrándonos además dos

dólares. Más tarde tomó unas tijeras y enderezó lo que un aprendiz sin talento había torcido... y a partir de entonces nunca volví a gastar dinero en barberos.

Pero ahorrar dos dólares no solucionaba gran cosa. Había pensado honestamente, cuando el señor Cowgirl me contrató, que iba a recibir cien dólares cada día que trabajara.

No me pagó esto, en absoluto, y sin embargo no me estafó. Déjenme explicarles.

Terminé aquel mi primer día de trabajo cansado pero feliz. Más feliz de lo que me había sentido desde que nos golpeó el terremoto, quiero decir..., la felicidad es algo relativo. Me detuve ante la caja registradora, donde el señor Cowgirl estaba haciendo sus cuentas, una vez cerrado el «Ron's Grill». Alzó la vista.

-¿Qué tal ha ido, Alec?

-Excelente, señor.

-Luke me dice que lo haces muy bien. -Luke era un negro gigantesco, jefe de cocina y mi superior nominal. De hecho no me había supervisado más allá de indicarme dónde estaban las cosas y asegurarse de que yo sabía lo que había que hacer.

-Me complace oírlo. Luke es un buen cocinero. -Aquella bonificación de una comida al día además del sueldo mínimo y que había tomado como si fuera el desayuno a las cuatro de la tarde era ya historia antigua en aquellos momentos. Luke me había explicado que podía pedir cualquier cosa del menú menos bistec y chuleta, y que hoy podía comer todos los segundos platos que deseara si elegía estofado o carne mechada.

Elegí la carne mechada porque la cocina olía bien y parecía limpia. Puede decirse mucho más de un cocinero ante una loncha de carne mechada que por la forma en que asa un bistec sobre la parrilla. La carne mechada me duró unos pocos segundos... sin catchup.

Luke fue generoso en la porción del pastel de cerezas que cortó para mí, luego añadió una buena cucharada de helado de vainilla..., cosa que no me correspondía, pues era lo uno o lo otro, no ambos.

-Luke raras veces dice algo bueno de los chicos blancos -continuó mi patrón-, y nunca de un chicano. Así que debes ser muy bueno.

-Espero que sí. -Estaba poniéndome un poco impaciente. Todos somos hijos del Señor, pero era la primera vez en mi vida que la opinión de un negro sobre mi trabajo tenía tanta importancia. Simplemente deseaba que me pagaran a fin de volver aprisa con Margrethe..., a la misión del Ejército de Salvación, quiero decir.

El señor Cowgirl enlazó las manos cruzando los dedos.

-Quieres que te pague, ¿verdad?

Controlé mi irritación.

-Sí, señor.

-Alec, con los lavaplatos prefiero pagar semanalmente.

El desánimo me abrumó, y estoy seguro de que se reflejó en mi rostro.

-No me interpretes mal -añadió-. Eres un empleado a horas, así que puedes pedir que se te pague al final de cada día si así lo deseas.

-Entonces lo deseo. Necesito el dinero.

-Déjame terminar. La razón de que prefiera pagar a los lavaplatos semanalmente en vez de cada día es que, demasiado a menudo, si contrato a uno y le pago al final del día, sale directamente a comprarse una botella de moscatel, luego no se presenta durante un par de días. Cuando lo hace, desea seguir trabajando. Se enfurece conmigo. Dice que irá a quejarse a la inspección de trabajo. Y lo más divertido del caso es que si quiero puedo devolverle su puesto, por otro día al menos... porque el tipo que contraté en su lugar ha hecho exactamente lo mismo que él y no se ha vuelto a presentar después de su primer día de trabajo.

»Eso no es probable que pase con los chicanos, puesto que normalmente desean ahorrar dinero para enviarlo a

México. Pero todavía no he encontrado a ningún chicano que pueda encargarse de la fregadera al gusto de Luke..., y necesito a Luke más de lo que pueda necesitar a cualquier lavaplatos. Negros... Luke suele decirme que contrate a un negro, que los buenos son mucho mejores que cualquier blanco, desde todos los ángulos. Pero los buenos siempre están intentando mejorar..., y si no los asciendo a despenseros o ayudantes de cocina o cualquier otra cosa, no tardan en cruzar la calle e irse a casa de alguien que sí lo haga. De modo que siempre tengo un problema. Si puedo conseguir que un lavaplatos me trabaje una semana seguida, imagino que he conseguido una victoria. Si trabaja dos semanas, estoy exultante. Una vez conseguí que uno trabajara todo un mes. Pero esto ocurre solamente una vez en la vida.

-Me tendrá usted tres semanas completas -dije-. Ahora, ¿puede pagarme?

-No me atosigues. Si eliges ser pagado semanalmente, puedo subirte un dólar la hora. Eso hace cuarenta dólares más al final de la semana. ¿Qué dices?

(No, eso son cuarenta y ocho más a la semana, me dije. Casi 34.000 $ al año sólo por lavar platos. ¡Huau!).

-Eso son cuarenta y ocho dólares más a la semana -respondí-. No cuarenta. Puesto que he elegido la opción de seis días semanales. Necesito el dinero.

-De acuerdo. Entonces te pagaré una vez a la semana.

-Un momento. ¿No podemos empezar eso mañana? Necesito algo de dinero hoy. Mi esposa y yo no tenemos nada, absolutamente nada. Yo he llegado con las ropas que llevo puestas, nada más. Y mi esposa lo mismo. Yo puedo sudar la misma ropa unos cuantos días más. Pero hay cosas que una mujer necesita.

Se alzó de hombros.

-De acuerdo. Pero no tendrás la bonificación de un dólar a la hora por el trabajo de hoy. Y si mañana llegas un minuto tarde, supondré que estás durmiendo la mona y volveré a colocar el cartel en el escaparate.

-No soy un borracho, señor Cowgirl.

-Veremos. -Se volvió a la máquina registradora e hizo algo en su teclado. No sé qué, porque nunca llegué a comprenderla. Era una máquina de calcular, pero nada parecido al numerador Babbage. Tenía teclas parecidas a las de una máquina de escribir. Pero encima había como una ventanita donde aparecían letras y números por obra y gracia de alguna especie de magia.

La máquina zumbó y chasqueó, y él metió la mano dentro y sacó una tarjetita y me la tendió.

-Toma.

La miré y la examiné, y me sentí de nuevo desanimado.

Era un trozo de platico de unos ocho centímetros de ancho por quince de largo, con numerosos agujeros pequeños perforados en ella y unas letras impresas que decían que el «Ron's Grill» ordenaba al Banco Comercial y Caja de Ahorros de Nogales que pagara a Alec L. Graham... No, no cien dólares.

Cincuenta y un dólares y veintisiete centavos.

-¿Algo está mal? -preguntó.

-Bueno, habíamos quedado doce con cincuenta a la hora.

-Y eso es lo que te pago. Ocho horas al salario mínimo. Puedes comprobar tú mismo las deducciones. No son mis cálculos; esto es un IBM 1990 y trabaja con software IBM, el *Playmaster Plus...* y la casa IBM ha ofrecido una recompensa de diez mil dólares a cualquier empleado que pueda demostrar que este modelo IBM y su software se han equivocado en algún cheque de paga. Compruébalo. Salario bruto, cien dólares. Luego vienen listadas todas las deducciones. Súmalas. Réstalas del bruto. Comprueba tu respuesta con la respuesta de IBM. Pero no me culpes a mí. Yo no dicté esas leyes..., y me gustan

menos de lo que puedan gustarte a ti. ¿Te das cuenta de que casi cada lavaplatos que pasa por aquí, sea culomojado o ciudadano, quiere que le pague en efectivo y olvide las deducciones? ¿Sabes cuál es la multa si me agarran haciéndolo aunque sólo sea una vez? ¿Qué ocurre si me atrapan una segunda vez? No me mires así... ve a hablar con el gobierno.

-Se trata simplemente que no lo entiendo. Esto es nuevo para mí, todo. ¿Puede decirme lo que significan esas deducciones» Esta que dice «Admin», por ejemplo.

-Significa «tasas administrativas», pero no me preguntes por qué tienes que pagarlas, como si yo fuera el que las ha establecido.

Intenté comprobar las otras deducciones con las explicaciones en letra pequeña. «SegSoc» se refería a la Seguridad Social. La chica joven me lo había explicado aquella misma mañana..., pero yo le había dicho entonces que, aunque se trataba ciertamente de una excelente idea, consideraba que era mejor que esperase un poco antes de suscribirme a ella; por ahora no podía permitírmelo. «SegMed» y «SegHosp» y «SegDent» eran también bastante sencillas, pero igualmente no podía permitírmelas por el momento. ¿Pero qué era «PL217»? La letra pequeña enviaba simplemente a una fecha y página del «RegPug». ¿Y qué decir acerca de «DepEduc» y «UNESCO»?

¿Y qué demonios era aquello del «Impuesto sobre las Rentas»?

-Sigo sin comprenderlo. Todo es nuevo para mí.

-Alec, admito que no eres el único que no lo comprende. ¿Pero por qué dices que es nuevo para ti? Ha sido así durante toda tu vida... y la de tu padre, y la de tu abuelo como mínimo.

-Lo siento. ¿Qué es el «Impuesto sobre las Rentas»?

Me miró parpadeando.

-¿Estás seguro de que no necesitas ir a ver un aprietatornillos?

-¿Qué es un «aprietatornillos»?

Suspiró.

-Ahora soy yo quien necesita ver uno. Mira, Alec. Simplemente tómalo tal como está. Discute las deducciones con el gobierno, no conmigo. Suenas sincero, así que tal vez te golpeaste en la cabeza cuando te viste atrapado en ese terremoto en Mazatlán. Simplemente lo que yo deseo ahora es irme a casa y tomarme una Miltown. Así que tómalo, por favor.

-De acuerdo. Lo haré. Pero no conozco a nadie que pueda cobrar esto por mí.

-No hay problema. Endósamelo al dorso y yo te pagaré en efectivo. Pero conserva el resguardo, porque la IRS insistirá en ver todos tus resguardos de deducciones antes de devolverte cualquier cosa que hayas pagado de más.

Tampoco comprendí aquello, pero conservé el resguardo.

Pese al shock de saber que casi la mitad de mi paga se había ido antes de que pudiera tocarla, estábamos mejor a cada día que pasaba, puesto que entre los dos, Margrethe y yo reuníamos más de cuatrocientos dólares a la semana que no debíamos gastar sólo para vivir sino que podíamos convertirlos en ropas y otras necesidades. Teóricamente ella estaba recibiendo el mismo sueldo que la cocinera a la que reemplazaba, o sea veintidós dólares a la hora por veinticuatro horas semanales, o sea un total de 528$ a la semana.

De hecho sufría el mismo tipo de deducciones que yo, lo cual hacía que su paga neta quedara justo por debajo de los 290$ a la semana. De nuevo teóricamente. 54$ a la semana le eran deducidos por el alojamiento..., un precio muy justo, decidí cuando supe lo que costaba una habitación en la ciudad. Más que justo, de hecho. Luego se nos cargaban 105$ semanales por comida. Al principio el hermano McCaw nos cargó 140$ semanales por la

comida, y se ofreció a mostrarnos los libros en los que estaba reflejado que la señora Owens, la cocinera titular, había pagado siempre 10$ diarios por su comida... por lo que el importe para nosotros dos tenía que ser de 140$ a la semana.

Admití que eso era justo (había visto los precios en el menú del «Ron's Grill»)..., en teoría. Pero yo iba a hacer la comida más fuerte del día en mi trabajo. De modo que llegamos a un compromiso: diez al día por Marga, la mitad por mí.

Así, Margrethe se quedaba con ciento treinta y un dólares a la semana, de un sueldo bruto de quinientos veintiocho.

Si podía cobrarlos. Como la mayor parte de las iglesias, el Ejército de Salvación vive a salto de mata... y a veces esa mata costaba de saltar.

De todos modos, estábamos mejor a cada semana que pasaba. Al final de la primera semana compramos unos zapatos nuevos para Margrethe, de primer calidad y muy bonitos, por tan sólo 279,90$, en una oferta de «J. C. Penney's» (estaban marcados a 350$).

Por supuesto ella se negó a comprar unos nuevos zapatos para ella antes de comprar unos zapatos para mí. Yo indiqué que aún nos quedaban más de cien dólares para dedicarlos a zapatos para mí -la próxima semana-, y que sería mejor que los guardara ella para evitarme la tentación de gastármelos. Aceptó solemnemente.

De modo que el lunes siguiente compramos unos zapatos para mí, aún más baratos: excedentes del Ejército, buenos, recios y confortables zapatos que durarían todo lo que durara un zapato normal y más. (Me preocuparía por unos zapatos de vestir para mí cuando tuviéramos todos los demás asuntos bajo control. No hay nada como ir descalzo para ajustarse a los valores mundanos.) Luego fuimos a unos almacenes de saldos y compramos un vestido ligero y otro un poco más elegante para ella, y unos pantalones de trabajo para mí.

Margrethe quería comprar más ropa para mí... nos quedaban todavía casi sesenta dólares. Me negué.

-¿Por qué no, Alec? Necesitas ropa tanto como yo..., pero hasta ahora hemos gastado casi todo lo que has ahorrado *en mí.* Eso no es justo.

-Lo hemos gastado donde era necesario -respondí-. La próxima semana, si la señora Owens vuelve según lo previsto, te vas a encontrar sin trabajo y tendremos que mudarnos. Creo que deberíamos irnos de aquí. De modo que lo mejor será que ahorremos todo lo que podamos para los billetes de autobús.

-¿Irnos adonde, querido?

-A Kansas. Éste es un mundo extraño para ambos. Sin embargo es familiar también..., el mismo idioma, la misma geografía, parte de la misma historia. Aquí soy solamente un lavaplatos, que no gana lo suficiente para mantenerte. Pero tengo la intensa sensación de que Kansas, el Kansas de este mundo, tiene que ser muy parecido al Kansas donde yo nací, y que allí podré arreglármelas mejor.

-Lo que tú digas, amor.

La misión estaba a más de un kilómetro del «Ron's Grill»; en vez de intentar ir a «casa» en mi tiempo libre de cuatro a seis, normalmente pasaba estas dos horas, después de comer, en la biblioteca local de aquella parte de la ciudad, orientándome. Eso, y los periódicos que a veces se dejaban los clientes en el restaurante, constituían mis principales medios de reeducación.

En este mundo, el señor William Jennings Bryan había sido realmente presidente, y su benigna influencia nos había mantenido fuera de la Gran Guerra Europea. Luego había ofrecido sus servicios para una paz negociada. El Tratado de Filadelfia había restaurado más o menos Europa a lo que había sido antes de 1913.

No reconocí a ninguno de los presidentes después de Bryan, ni de mi propio mundo ni del mundo de Margrethe. Luego me sentí completamente absorto cuando llegué por

primera vez al nombre del actual presidente: Su Muy Cristiana Majestad Juan Eduardo II, Presidente Hereditario de los Estados Unidos y Canadá, Duque de Hyannisport, Conde de Quebec, Defensor de la Fe, Protector de los Pobres, Mariscal en Jefe de las Fuerzas de Paz.

Miré su retrato, poniendo una primera piedra en Alberta. Era alto y de anchos hombros y blandamente agraciado, y llevaba un uniforme de gala con las suficientes medallas en su pecho como para parar una pulmonía. Estudié su rostro y me pregunté a mí mismo: «¿Podría comprarle a ese hombre un coche usado?»

Pero cuanto más pensaba en ello, más lógico me parecía. Los americanos, durante sus dos siglos y cuarto como nación separada, habían echado en falta la realeza de la que habían surgido. Babeaban sobre la realeza europea siempre que tenían oportunidad. Sus ciudadanos más ricos casaban a sus hijas con la realeza siempre que era posible, incluso con príncipes georgianos..., teniendo en cuenta que en Georgia se llamaba «príncipes» a los granjeros con el montón de estiércol más alto de toda la vecindad.

Ignoraba cómo habían obtenido aquel ciudadano real. Quizá habían ido a buscarlo a Estoril, o tal vez lo habían embarcado de los Balcanes. Como uno de mis profesores de historia había señalado en una ocasión, siempre había realeza inactiva a mano, buscando trabajo. Cuando un hombre no tiene trabajo no puede mostrarse exigente, como yo sabía muy bien. Poner primeras piedras no es probablemente más aburrido que lavar platos. Pero las horas son más largas. Supongo. Nunca he sido rey. No estoy seguro de que aceptara un empleo en el negocio de los reinados si me fuera ofrecido; hay obvios inconvenientes, además de lo largo de las horas.

Por otra parte...

Rehusar una corona que sabes que nunca te será ofrecida es como decir que las uvas están verdes, por definición. Busqué en lo profundo de mi corazón y llegué a la conclusión de que probablemente sería capaz de persuadirme a mí mismo de que era un sacrificio que debía hacer por mis semejantes. Rezaría por ello hasta que estuviera convencido de que el Señor *deseaba* que aceptase aquella carga.

En realidad, no estoy siendo cínico. Sé lo frágil que puede llegar a ser el hombre en persuadirse a sí mismo de que el Señor desea que haga algo que desea hacer de todos modos..., y yo no soy mejor que mis semejantes en esto.

Pero lo que más me sorprendía de todo aquello era la idea de Canadá unido a nosotros. La mayoría de los americanos desconocen por qué no les gustamos a los canadienses (yo no), pero así es. La idea de que los canadienses votaran en alguna ocasión unirse a nosotros trastorna mi mente.

Fui al mostrador de la biblioteca y pedí una historia general reciente de los Estados Unidos. Apenas había empezado a estudiarla cuando observé por el reloj de la pared que eran casi las cuatro..., de modo que tuve que devolver el libro y apresurarme a regresar para llegar a mi fregadera a tiempo. No tenía privilegios de ninguna clase en aquella biblioteca, puesto que no podía permitirme pagar el depósito de garantía exigido a los no residentes.

Más importantes que los cambios políticos eran los cambios técnicos y culturales. Me di cuenta casi inmediatamente que aquel mundo estaba mucho más adelantado en ciencias físicas y tecnología que el mío. De hecho, me di cuenta de ello casi inmediatamente después de ver un aparato de «televisión» en funcionamiento.

Nunca llegué a comprender cómo se produce el fenómeno televisivo. Intenté aprender algo al respecto en la biblioteca pública, e inmediatamente tropecé con un tema denominado «electrónica». (No «eléctrica» sino «electrónica».) Así que intenté estudiar algo de electrónica y me encontré con el más sorprendente galimatías matemático. Desde que la termodinámica me había decidido a decantarme por el ministerio de Dios no me había enfrentado a unas ecuaciones tan confusas y abultadas. Creo que ni en Rolla Tech

podrían con aquel batiburrillo..., no al menos en Rolla Tech cuando yo era aún un estudiante no graduado allí.

Pero la tecnología superior de este mundo era evidente en muchas más cosas aparte la televisión. Consideren las «luces de tráfico». Sin duda han visto ustedes ciudades tan congestionadas por el tráfico que casi es imposible cruzar las calles más importantes sin la intervención de los oficiales de policía. También se habrán visto sin duda irritados cuando un policía encargado de controlar el tráfico ha detenido el flujo en su dirección para acomodar a alguna persona muy importante del ayuntamiento o de algún otro lugar parecido.

¿Pueden imaginar ustedes una situación en la que un gran volumen de tráfico pueda ser controlado *sin oficiales de policía en absoluto,* en un instante..., con sólo unas impersonales luces coloreadas?

Créanme, eso es exactamente lo que tenían en Nogales.

Así es como funciona:

En cada cruce importante colocan ustedes un mínimo de doce luces, en cuatro grupos de tres, con cada grupo haciendo frente a cada una de las direcciones cardinales, y dispuestas de tal modo que cada grupo pueda ser visto solamente desde su dirección. Cada grupo tiene una luz roja, una luz verde y una luz ámbar. Esas luces son servidas por energía eléctrica, y cada una brilla lo suficiente como para ser vista a la distancia de un kilómetro, más o menos, incluso con sol fuerte. No son luces de arco; son lámparas de Edison muy potentes... esto es importante porque esas luces deben ser encendidas y apagadas cada pocos instantes, y deben funcionar sin fallos durante horas y horas, incluso días enteros, veinticuatro horas al día.

Esas luces se hallan situadas muy altas, sobre postes de telégrafo, o suspendidas encima de las intersecciones, de modo que puedan ser vistas por todos los conductores o ciclistas desde lejos. Cuando brilla la luz verde, digamos, al norte y al sur, la luz roja brilla al este y al oeste: el tráfico puede fluir al norte y al sur, mientras que al este y al oeste se requiere al tráfico que espere *exactamente como si un oficial de policía hubiera hecho sonar su silbato y alzado su mano, dejando pasar al tráfico que avanza al norte y al sur y deteniendo el tráfico que avanza al este y al oeste.*

¿Queda claro? Las luces reemplazan las señales con la mano del policía.

La luz ámbar reemplaza el silbato del policía: advierte de un cambio inminente de la situación.

¿Pero cuál es la ventaja? Puesto que alguien, presumiblemente un policía, debe cambiar las luces, encendiéndolas y apagándolas cuando es necesario. Simplemente ésta: el cambio de luces se hace *automáticamente* desde gran distancia (¡incluso kilómetros!), en un tablero central de control.

Hay muchas otras maravillas respecto a este sistema, como los dispositivos contadores eléctricos que deciden cuánto tiempo debe estar encendida cada luz para manejar mejor el tráfico, luces especiales para controlar los giros a la izquierda o acomodar a las personas a pie..., pero la auténtica gran maravilla es ésta: la gente *obedece* estas luces.

Piensen en ello. Sin ningún policía en ninguna parte, la gente obedece a esos ciegos y torpes trozos de maquinaria *como si fueran policías.*

¿Acaso la gente de aquí es tan pacífica y borreguil que puede ser controlada tan fácilmente? No. Yo también me hice esa pregunta, y encontré algunas estadísticas en la biblioteca. Este mundo tiene un índice más alto de crímenes y violencia que el mundo en el que nací. ¿Ocasionados por esas extrañas luces? No lo creo así. Creo más bien que la gente de aquí, aunque dispuesta a la violencia contra los demás, acepta obedecer las luces de tráfico como una cosa lógica y que vale la pena hacer. Quizá.

De todos modos, resulta extraño.

Otra notable diferencia en la tecnología reside en el tráfico aéreo. No las decentes, limpias, seguras y silenciosas aeronaves dirigibles de mi mundo natal... ¡No, no! Son más bien como los *aeroplanos* del mundo mexicano en el que Margrethe y yo tuvimos que sudar para pagar nuestras deudas antes de que el gran terremoto destruyera Mazatlán. Pero son mucho mayores, rápidos y ruidosos, y vuelan mucho más alto que los *aeroplanos* que conocimos y que pertenecen casi a otra raza... o son de hecho otra raza, quizá, puesto que estos son llamados «aviones a chorro». ¿Pueden imaginar ustedes un vehículo que vuele a trece kilómetros por encima del suelo? ¿Pueden imaginar un vehículo gigantesco que se mueva más rápido que el sonido? ¿Pueden imaginar un zumbido chillante tan fuerte que haga rechinar los dientes?

A eso lo llaman «progreso». Añoro el confort y la elegancia del *Count von Zeppelin.* Porque no puedes librarte de esos colosales engendros. Varias veces al día una de esas cosas pasa chillando por encima de la misión, muy baja, acercándose al campo de aterrizaje que hay al norte de la ciudad. El ruido me molesta y pone muy nerviosa a Margrethe.

Sin embargo, la mayor parte de los perfeccionamientos en tecnología son realmente progreso... mejores instalaciones sanitarias, mejor iluminación dentro y fuera de las casas, mejores carreteras, mejores edificios, muchos tipos de maquinaria que hacen el trabajo humano menos cansado y más productivo. Yo nunca he sido uno de esos retrógrados que se ríen de los adelantos en ingeniería; tengo más razones que la mayor parte de la gente para respetar la ingeniería. La mayor parte de la gente que se ríe de la ingeniería se moriría de hambre si la infraestructura de esta ingeniería les fuera extirpada.

Llevábamos en Nogales casi tres semanas cuando me sentí capaz de llevar adelante un plan en el que había estado soñando durante casi cinco meses... y había pulido activamente desde nuestra llegada a Nogales (pero había tenido que retrasar hasta que pudiera permitírmelo). Elegí un lunes para llevarlo a cabo, pues era mi día libre. Le dije a Margrethe que se vistiera con su traje nuevo, pues iba a sacar a mi mejor chica para agasajarla, y yo me vestí también, mi único traje, mis zapatos nuevos y una camisa limpia..., y me afeité y me bañé y me limpié y corté las uñas.

Era un día magnífico, soleado y no demasiado caluroso. Ambos nos sentíamos alegres porque, primero, la señora Owens había escrito al hermano McCaw diciendo que iba a quedarse otra semana si se podía prescindir de ella, y segundo, ahora teníamos ya dinero suficiente para los billetes de autobús para ambos a Wichita, Kansas, aunque justo..., pero la noticia de la señora Owens significaba que podríamos ahorrar otros cuatrocientos dólares para comer por el camino y llegar con algo de dinero en el bolsillo.

Llevé a Margrethe a un lugar que había visto el día que estaba buscando trabajo como lavaplatos..., un lugar pequeñito y encantador fuera de los barrios bajos, un saloncito decorado a la antigua donde servían helados.

Me detuve fuera.

-Cariño, ¿ves este lugar? ¿Recuerdas una conversación que tuvimos cuando nos hallábamos flotando en el amplio Pacífico sobre una colchoneta de piscina y sin esperar realmente vivir mucho? Al menos yo no lo esperaba.

-Oh, querido, ¿cómo podría olvidarla?

-Te pregunté qué desearías si pudieras obtener cualquier cosa del mundo que desearas. ¿Recuerdas lo que respondiste?

-¡Por supuesto que lo recuerdo! Era un helado fantasía.

-¡Correcto! Hoy es el día de tu nocumpleaños, querida. Vas a conseguir ese helado fantasía.

-¡Oh, Alec!

-No llores. No puedo soportar a una mujer que llora. O también puedes pedir un

chocolate malteado. O un helado fantasía tropical. Lo que tu corazón te pida. Pero me aseguré de que este lugar tenía siempre helados fantasía antes de traerte aquí.

-No podemos permitírnoslo. Tenemos que ahorrar para el viaje.

-*Podemos* permitírnoslo. Un helado fantasía son cinco dólares. Dos por diez dólares. Y voy a tirar la casa por la ventana y darle a la camarera un dólar de propina. No sólo de pan vive el hombre. Ni tampoco la mujer. ¡Anda, vamos!

Una hermosa camarera (pero no tan hermosa como mi chica) nos indicó una mesa. Hice que Margrethe se sentara de espaldas a la calle, apartándole caballerosamente la silla, y luego me senté en el lado opuesto de la mesa.

-Soy Tammy -dijo la camarera mientras nos ofrecía la carta de especialidades-. ¿Qué les apetece en un día tan encantador?

-No necesitamos la carta -dije-. Dos helados fantasía, por favor.

Tammy pareció pensativa.

-De acuerdo, si no les importa esperar unos minutos. Es posible que tengamos que preparar la salsa de chocolate.

-¿A quién le importan unos cuantos minutos? Hemos esperado mucho más que eso.

Sonrió y se fue. Miré a Marga.

-Hemos esperado *mucho* más, ¿no crees?

-Alec, eres un sentimental, y eso forma parte del porqué te quiero.

-Soy un palurdo sentimental y ahora mismo estoy babeando ante la idea de un helado fantasía con la salsa de chocolate bien caliente. Pero deseaba que vieras este lugar por otra razón también. Marga, ¿qué te parecería regentar un lugar como éste? Nosotros, quiero decir. Juntos. Tú serías el jefe, yo el lavaplatos, portero, chico de los recados, apagabroncas y todo lo que fuera necesario.

Pareció muy pensativa.

-¿Estás hablando en serio?

-Completamente en serio. Por supuesto no podríamos dedicarnos a ello inmediatamente; antes tendremos que ahorrar algo de dinero. Pero no mucho, de la forma en que lo planeo. Un lugar pequeñito, pero brillante y alegre..., una vez lo haya pintado. Una fuente de soda, más una carta muy limitada. Perritos calientes. Hamburguesas. Canapés daneses. Nada más. Sopa, quizá. Pero las sopas en lata no presentan problema y no requieren mucha inversión.

Margrethe pareció disgustada.

-Nada de sopas en lata. Yo puedo servir auténticas sopas... más baratas y mejores que cualquier cosa salida de una lata.

-Me inclino ante tu juicio profesional. Kansas tiene media docena de pequeñas ciudades universitarias; cualquiera de ellas acogería con agrado un lugar así. Quizá podamos encontrar un local ya existente, un lugar regido por mamá y papá... trabajar para ellos un año, luego comprárselo. Cambiar el nombre a «El Helado Fantasía». O quizá «Bocadillos Marga».

-«El Helado Fantasía». Alec, ¿crees realmente que podemos hacerlo?

Me incliné hacia ella y tomé su mano.

-Estoy seguro de que podemos, querida. Y sin trabajar hasta matarnos. -Agité la cabeza-. Esa luz de tráfico me está mirando directamente a los ojos.

-Lo sé. Puedo verla reflejada en tus ojos cada vez que cambia. ¿Quieres que cambiemos de lugar? A mí no me molesta.

-A mí tampoco. Sólo que tiene un efecto como hipnótico. -Miré a la mesa, volví a mirar a la luz-. Hey, ha desaparecido.

Margrethe volvió la cabeza para mirar.

-No la veo. ¿Dónde?

-Oh... esta molesta cosa ha desaparecido. Parece.

Oí una voz masculina a mi lado:

-¿Qué será para ustedes dos? Cerveza o vino; no tenemos licencia para licores fuertes.

Miré a mi alrededor, vi a un camarero.

-¿Dónde está Tammy?

-¿Quién es Tammy?

Inspiré profundamente, intenté frenar los latidos de mi corazón, luego dije:

-Lo siento, amigo; no hubiera debido venir aquí. Acabo de darme cuenta de que me he dejado la billetera en casa. -Me puse en pie-. Vamos, querida.

Con los ojos muy abiertos y en silencio, Margrethe me siguió. Mientras nos alejábamos, miré a mi alrededor, notando los cambios. Supongo que era un lugar bastante decente, como suelen serlo todos los que venden cerveza. Pero no era nuestra alegre tienda de helados.

Y tampoco nuestro mundo.

XV

No te jactes del día de mañana,
porque no sabes lo que un día puede engendrar.
Proverbios, 27:1

Fuera, sin planearlo, me encaminé hacia la misión del Ejército de Salvación. Margrethe permanecía silenciosa, sujetándose fuertemente a mi brazo. Yo hubiera debido sentirme asustado; en vez de ello, hervía de rabia. Finalmente murmuré:

-¡Malditos sean! ¡Malditos sean!

-¿Malditos quiénes, Alec?

-No lo sé. Eso es lo peor. Quienes sean que nos están haciendo esto. Tu amigo Loki, quizá.

-No es mi amigo, del mismo modo que Satán no es tu amigo. Temo lo que le está haciendo Loki a nuestro mundo.

-Yo no tengo miedo. Estoy furioso. Loki o Satanás o quien sea, esto ya está durando demasiado. No tiene sentido. ¿Por qué no podían esperar treinta minutos? Ese helado fantasía estaba ya prácticamente bajo nuestras narices... ¡y nos lo arrebataron! Marga, eso no es correcto, ¡eso no es justo! Es una absoluta y no adulterada crueldad. Insensible. Algo así como arrancarles las alas a las mariposas. Los desprecio. Sean quienes sean.

En vez de proseguir aquella charla inútil sobre asuntos que no podíamos arreglar, Margrethe dijo:

-Cariño, ¿adonde estamos yendo?

-¿Eh? -Me detuve en seco-. Bueno, a la misión, supongo.

-¿Es éste el camino?

-Bueno, sí, clar... -Me interrumpí para mirar a mi alrededor-. No lo sé. -Había estado caminando automáticamente, mi atención centrada en mi ira. Ahora descubría que no estaba seguro de ningún punto de referencia-. Creo que me he perdido.

-Yo estoy segura.

Nos tomó otra media hora orientarnos. El vecindario era vagamente familiar, pero nada estaba donde debería. Encontré la manzana donde debería hallarse el «Ron's Grill», pero no pude encontrar el «Ron's Grill». Finalmente un policía nos encaminó a la misión... que

se hallaba ahora en un edificio distinto. Ante mi sorpresa, el padre McCaw estaba allí. Pero no nos reconoció, y su nombre era ahora McNabb. Nos despedimos, tan educadamente como nos fue posible. No demasiado, a decir verdad.

Caminamos de vuelta por donde habíamos venido..., lentamente, pues no estábamos yendo a ninguna parte.

-Marga, volvemos a estar exactamente donde estábamos hace tres semanas. Con mejores zapatos, eso es todo. Un bolsillo lleno de dinero... pero dinero que no podemos gastar, puesto que seguro que aquí será considerado como dinero adulterado... bueno para proporcionarnos un tranquilo descanso tras rejas si intentamos pasarlo.

-Probablemente tengas razón, querido.

-Hay un banco en esa esquina al frente. En vez de intentar gastarlo en una tienda, puedo entrar y simplemente preguntar si vale algo o no.

-Eso no puede hacernos ningún daño, ¿verdad?

-No debería. Pero nuestro amigo Loki puede tener alguna otra broma pesada en su manga. Bien, debemos averiguarlo. Toma...., quédatelo todo menos un billete. Si me arrestan, finge no conocerme.

-¡No!

-¿Qué quieres decir con «No»? No sirve de nada el que nos metan a ambos en prisión.

Se puso terca y no dijo nada. ¿Cómo puedes discutir con una mujer que no habla? Suspiré.

-Mira, querida, la única otra cosa en que puedo pensar es en buscar otro trabajo de lavaplatos. Quizá el hermano McNabb nos deje dormir en la misión esta noche.

-Yo también buscaré un trabajo. Puedo lavar platos. O cocinar. O algo.

-Veremos. Entra conmigo, Marga; iremos juntos a la cárcel. Pero creo que he encontrado una forma de manejar esto sin vernos entre rejas. -Tomé una de las notas del tesoro, la arrugué y rompí una esquina. Luego entramos juntos al banco, yo llevando el billete en la mano como si acabara de recogerlo. No me dirigí a la ventanilla de caja; en vez de ello fui a la barandilla tras la que se sientan los empleados del banco en sus respectivas mesas.

Me incliné sobre la barandilla y me dirigí al hombre que estaba sentado más cerca; el letrero en su escritorio lo identificaba como el subdirector de la oficina.

-Disculpe, señor. ¿Podría responderme a una pregunta?

Pareció irritado, pero su respuesta no lo evidenció.

-Lo intentaré. ¿De qué se trata?

-¿Es esto realmente dinero? ¿O es dinero de broma o algo parecido?

Lo miró, luego volvió a mirarlo de más cerca.

-Interesante. ¿Dónde lo ha conseguido?

-Mi esposa lo encontró en la acera. ¿Es dinero?

-Por supuesto que no es dinero. ¿Quién ha oído hablar nunca de un billete de veinte dólares? Dinero de broma probablemente. O alguna campaña publicitaria.

-¿Entonces no vale nada?

-Lo que valga el papel en que está impreso, eso es todo Dudo que pueda decirse siquiera que se ha intentado hacer que se parezca a los auténticos. De todos modos, puede que los inspectores del Tesoro deseen verlo.

-De acuerdo. ¿Puede hacerse usted cargo de él?

-Sí. Pero estoy seguro de que querrán hablar con usted Déjeme su nombre y domicilio. Y el de su esposa, por supuesto, ya que fue ella quien lo encontró.

-De acuerdo. Querría que me extendiera un recibo por él. -Le di nuestros nombres como «Señor y señora Alexander Hergensheimer», y di la dirección, pero no el nombre del «Ron's Grill». Luego acepté solemnemente el recibo.

Cuando estuvimos de nuevo en la acera dije:

-Bueno, no estamos peor de lo que pensé que estábamos. Ya es hora de que empiece a buscar algunos platos sucios.

-Alec...

-¿Sí, querida?

-íbamos a ir a Kansas.

-Y eso haremos. Pero nuestro dinero para el billete del autobús no vale más que el papel en que está impreso. De modo que tengo que ganar un poco más. Puedo hacerlo. Lo hice una vez, puedo hacerlo de nuevo.

-Alec. Vayamos ahora a Kansas.

Media hora más tarde estábamos caminando hacia el norte por la carretera de Tucson. Cada vez que pasaba alguien, hacía señales con el pulgar indicando nuestras esperanzas de ser recogidos.

Nos tomó tres enganches simplemente alcanzar Tucson. En Tucson daba lo mismo encaminarse al este hacia El Paso, Texas, como continuar por la Carretera 89, puesto que la 89 tuerce hacia el este antes de de dirigirse al norte hacia Phoenix. La suerte estableció por nosotros que el primero que nos recogiera y aceptara sacarnos de Tucson fuera un camionero que llevaba una carga al norte.

Nos llevó hasta la parada de camiones en la intersección de la 89 y la 80, y me veo obligado a admitir que el camionero aceptó llevarnos simplemente porque Margrethe es la belleza que es... De haber estado yo solo seguramente aún estaría esperando allí. Puedo decir también que todo aquel viaje dependió casi tanto de la belleza y los encantos femeninos de Margrethe como de mi disposición a hacer cualquier trabajo honrado que se presentara, no importaba lo humilde, desagradable o difícil.

Descubrí que este hecho me resultaba difícil de enfrentar. Albergaba oscuros pensamientos acerca de la mujer de Putifar y la historia de Susana y los viejos. Descubrí que me sentía irritado hacia Margrethe cuando su único delito era ser como siempre graciosa, cálida y amigable. Estuve a punto de decirle que no sonriera a los desconocidos y mantuviera los ojos fijos en sí misma.

Esa tentación me golpeó más intensamente el primer día al anochecer, cuando aquel mismo camionero se detuvo en un oasis al lado de la carretera centrado en torno a un restaurante y una gasolinera.

-Voy a tomarme un par de cervezas y un buen solomillo -anunció-. ¿Qué te parece, Maggie, encanto? ¿No le darías un bocado a un buen bistec? En este lugar matan a las vacas directamente en la cocina.

Le sonrió.

-Gracias, Steve. Pero no tengo hambre.

Mi querida estaba diciendo una mentira. Ella lo sabía, yo lo sabía... y estaba seguro de que Steve también lo sabía. Nuestra última comida había sido el desayuno en la misión, hacía once horas y un universo. Había intentado lavar platos a cambio de una comida para ambos en la parada de camiones de las afueras de Tucson, pero había sido echado más bien bruscamente. Así que no habíamos tomado nada en todo el día excepto agua de una fuente pública.

-No intentes engañar a tu abuela, Maggie. Llevamos cuatro horas en la carretera. Tienes hambre.

Intervine rápidamente para impedir que Margrethe siguiera persistiendo en su mentira... dicha, estaba seguro, en mi beneficio.

-Lo que quiere decir, Steve, es que no acepta invitaciones a cenar de otros hombres.

Espera que sea yo quien le proporcione la cena. -Añadí-: Pero te agradezco tu atención hacia ella, y los dos te agradecemos el habernos llevado todo este trecho. Ha sido muy agradable.

Todavía estábamos sentados en la cabina de su camión, Margrethe en medio. Él se inclinó hacia el volante y me miró por delante de ella.

-Alec, crees que estoy intentando meterme en los pantalones de Maggie, ¿verdad?

Respondí envaradamente que no pensaba nada de aquello, mientras pensaba privadamente que eso era exactamente lo que creía que llevaba intentando durante todo el camino..., y me dolían no sólo sus poco caballerosos avances sino también el franco lenguaje que acababa de emplear. Pero había aprendido por la vía difícil que las reglas de la conversación educada del mundo en el que había nacido no eran necesariamente reglas en otro universo.

-Oh, sí, eso es lo que piensas. No nací ayer, y he pasado gran parte de mi vida en la carretera, viendo como mis ilusiones eran echadas abajo una y otra vez. Crees que estoy intentando acostarme con tu mujer porque cada semental que aparece por el camino intenta hacer lo mismo. Pero déjame decirte algo, hijo. Yo no llamo a la puerta cuando no hay nadie en casa. Puedo asegurártelo. Y Maggie no está en casa para mí. Lo comprobé hace horas. De modo que mis felicitaciones: una mujer fiel es algo bueno de encontrar. ¿No lo crees así?

-Sí, por supuesto -acepté a regañadientes.

-Así que baja tus plumas. Vas a llevar a tu esposa a cenar. Ya me has dado las gracias por el camino, pero ¿por qué no me das realmente las gracias invitándome a cenar? Así no voy a tener que hacerlo solo.

Espero que no pareciera desanimado y que mi instante de vacilación no fuera apreciable.

-Por supuesto, Steve. Te debemos esto por tu amabilidad. Esto..., ¿me disculpas unos momentos mientras hago algunos arreglos? -Empecé a salir de la cabina.

-Alec, no mientes mejor de lo que lo hace Maggie.

-¿Perdón?

-¿Crees que soy ciego? Estáis arruinados. O si no lo estáis, os halláis tan cerca de ello que no puedes pagarme un solomillo. O ni siquiera el plato del día.

-Eso es cierto -respondí con, espero, dignidad-. Los arreglos que debo hacer son con el dueño del restaurante. Espero que acepte que le lave platos por el importe de tres cenas.

-Eso pensé. Si estuvierais simplemente arruinados, estaríais corriendo como galgos y llevaríais algo de equipaje. Si estuvierais arruinados pero no hasta el punto de estar hambrientamente arruinados, haríais auto stop para ahorrar dinero para comer, pero llevaríais algo de equipaje. Una maleta cada uno, o al menos una bolsa. Pero no lleváis nada de equipaje... y ambos lleváis traje..., ¡en el desierto, por el amor de Dios! Los signos hablan de desastre.

Permanecí mudo.

-Ahora mira -prosiguió-. Posiblemente el restaurante de este lugar te deje lavar platos. Pero lo más probable es que en este momento tengan a tres pescadores de perlas culomojados y hayan echado ya al menos otros tres hoy; ésta es la carretera principal norte-sur de los *turistas* que pasan a través de los agujeros de la Verja. En cualquier caso no puedo esperar mientras tú lavas platos; todavía tengo que conducir este trasto un montón de kilómetros esta noche. Así que haremos un trato. Tú me invitas a cenar, pero yo te presto el dinero.

-Soy un mal riesgo.

-No, eres un buen riesgo. Lo que los banqueros llaman un tipo solvente, lo mejor que se encuentra por aquí. En algún momento, el año que viene, o quizá dentro de veinte años,

tropezarás con alguna otra pareja joven, arruinada y hambrienta. Les pagarás la comida en las mismas condiciones. Eso será como devolverme el dinero. Luego, cuando ellos hagan lo mismo, te pagarán a ti. ¿Lo captas?

-¡Te pagaré siete veces!

-Con una es suficiente. Siempre que lo hagas de corazón. Anda, vamos a cenar.

El restaurante del «Rimrock Restop» era sólido antes que fantasioso..., casi el equivalente al «Ron's Grill» en otro mundo. Tenía a la vez barra y mesas. Steve nos condujo a una mesa y poco después una camarera joven y agraciada acudió a nuestro lado.

-¡Hey, Steve! Hacía mucho.

-Hola, chica. ¿Cómo está ese conejillo de indias?

-El conejillo murió. ¿Cómo está tu prueba sanguínea? -Nos sonrió a mí y a Margrethe-. ¡Hola, muchachos! ¿Qué queréis?

Yo había tenido tiempo de echar una ojeada al menú, primero a la columna de la derecha, por supuesto... y me quedé impresionado por los precios. Impresionado al descubrir que habían vuelto a la escala del mundo que mejor conocía, quiero decir. Hamburguesas por diez centavos, café a cinco centavos, cenas *table d'hóte* de setenta y cinco a noventa centavos... esos precios eran algo que comprendía.

Miré y dije:

-¿Una hamburguesa con queso, medio hecha?

-Por supuesto, muchacho. ¿Y tú, querida?

Margrethe pidió lo mismo, pero poco hecha.

-¿Steve? -preguntó la camarera.

-Que sean tres cervezas, *Coors,* y tres solomillos, uno poco hecho, uno medio hecho, el otro hecho. Con la basura habitual que le ponéis: patatas al horno, guisantes, todo. La ensalada pocha de siempre. Panecillos calientes. Todo como siempre. Luego el postre. Café.

-Muy bien.

-Quiero que conozcas a mis amigos. Hazel, ésta es Maggie. Éste es Alec, su marido.

-Un hombre afortunado. Hola, Maggie; me alegra conocerte. Aunque lamento verte en esta compañía. ¿Ha intentado venderte algo Steve?

-No.

-Bien. No le compres nada, no firmes nada, no hagas apuestas con él. Y alégrate de estar casada y a salvo; tiene esposas en tres estados.

-Cuatro -corrigió Steve.

-¿Cuatro ahora? Felicitaciones. Los servicios de las señoras están cruzando la cocina, Maggie; los de los hombres detrás, dando la vuelta por fuera. -Se alejó rápidamente, con un sisear de su falda.

-Es una chica excelente -dijo Steve-. Ya sabéis lo que se dice de las camareras, especialmente en los lugares frecuentados por camiones. Bien, Hazel es probablemente la única camarera en esta carretera que *no* vende eso. Vamos, Alec. -Se puso en pie y me condujo fuera y rodeando el edificio hasta los servicios de hombres. Le seguí. Cuando comprendí lo que había dicho, ya era demasiado tarde para resentirme de su forma de hablar en presencia de una dama. Lugo me vi obligado a admitir que Margrethe no había dado muestras de resentirse por ello... simplemente lo había tratado como una información. Como una alabanza hacia Hazel, de hecho. Creo que mi mayor problema con todos aquellos irritantes cambios del mundo tenían que ver no con la economía, no con el comportamiento social, no con la tecnología, sino simplemente con el lenguaje, y las *costumbres* y tabúes implicados en él.

Las cervezas nos aguardaban cuando regresamos, y también Margrethe, con aspecto refrescado.

Steve brindó con nosotros.

-¡Skaal!

Hicimos eco: *«¡Skaal»,* y di un sorbo, y luego varios más... exactamente lo que necesitaba tras un largo día en una carretera en medio del desierto. Mi caída de moral en el vapor *Konge Knut* había incluido trabar conocimiento de nuevo con la cerveza, algo que no había tocado desde mis días como estudiante de ingeniería, y muy poco entonces..., no tenía dinero para vicios. Ésta era una cerveza excelente, me pareció, pero no tan buena como la Tuborg danesa servida en el barco. ¿Saben que no hay una sola palabra contra la cerveza en la Biblia? De hecho, la palabra «cerveza» en la Biblia significa «fuente» o «manantial».

Los solomillos eran deliciosos.

Bajo la influencia ablandadora de la cerveza y la buena comida, me descubrí intentando explicarle a Steve cómo había ocurrido que nos encontráramos totalmente arruinados y dispuestos a aceptar la caridad de desconocidos... sin decir realmente nada. Finalmente Margrethe me dijo:

-Alec, cuéntaselo.

-¿Crees que debo?

-Creo que Steve merece saberlo. Y yo confío en él.

-Muy bien. Steve, somos extranjeros procedentes de otro mundo.

Ni se rió a carcajadas ni sonrió; simplemente pareció interesado. Finalmente dijo:

-¿Platillos volantes?

-No. Quiero decir otro universo, no otro planeta. Más bien parece ser el mismo planeta. Quiero decir que Margrethe y yo estábamos en un estado llamado Arizona y una ciudad llamada Nogales apenas ayer. Luego todo cambió a nuestro alrededor. Nogales pareció encogerse y ya nada era lo mismo que antes. Arizona parece igual, aunque no conozco muy bien este estado.

-Territorio.

-¿Perdón?

-Arizona es un territorio, no un estado. La división en estados fue abolida.

-Oh. Así era también en mi mundo original. Algo relativo a los impuestos. Pero no procedemos de mi mundo original. Ni del mundo de Marga. Venidos de... -Me detuve-. No estoy explicándolo muy bien. -Miré a Margrethe-. ¿Puedes explicarlo tú?

-Yo *no* puedo explicarlo -respondió-, simplemente porque no lo comprendo. Pero, Steve, es cierto. Yo procedo de un mundo, Alec de otro mundo, hemos vivido en otro mundo distinto de esos dos, y nos encontramos de nuevo en otro mundo esta mañana. Y ahora estamos aquí. Es por eso que no tenemos nada de dinero. No: tenemos dinero, pero no es dinero de este mundo.

-¿Podéis explicarme esto despacio, de mundo en mundo..., uno solo a la vez? -dijo Steve-. Estoy empezando a sentirme mareado.

-Ella dejó dos mundos -dije.

-No, querido..., tres. Creo que has olvidado el mundo del iceberg.

-No, lo conté. Yo..., disculpa, Steve. Intentaré hacerlo de mundo en mundo. Pero no es fácil. Esta mañana... fuimos a una tienda de helados en Nogales porque yo quería que Margrethe se tomara un helado fantasía, de esos con salsa de chocolate caliente por encima. Nos sentamos a una mesa, uno frente al otro, exactamente como ahora, y eso me situó frente a un semáforo...

-¿Un sema...qué?

-Un poste con luces de tráfico, rojo, verde, ámbar. Así fue como me di cuenta de que

habíamos vuelto a cambiar de mundos. Este mundo no tiene señales de tráfico, o al menos no he visto ninguna. Sólo policías de tráfico. Pero en el mundo donde estábamos esta mañana, en vez de policías de tráfico, tienen semáforos.

-Suena como uno de esos trucos que se hacen con espejos. ¿Qué os llevó a aquella tienda a tomar un helado fantasía?

-Fue porque cuando naufragamos y nos hallamos flotando en medio del océano, Margrethe deseó un helado fantasía. Esta mañana fue mi primera oportunidad de comprarle uno. Cuando las luces de tráfico desaparecieron, supo que habíamos vuelto a cambiar de mundo... y eso significaba que mi dinero había perdido todo su valor. Así que no podía comprarle ningún helado fantasía. Y tampoco podía pagarle la cena de esta noche. No tenía dinero. No tenía dinero que pudiera gastar, quiero decir. ¿Entiendes?

-Creo que me quedé tres kilómetros atrás. ¿Qué le ocurrió a vuestro dinero?

-Oh. -Rebusqué en mi bolsillo, extraje nuestro dinero para el billete de autobús, cuidadosamente enfajado, separé un billete de veinte dólares y se lo tendí a Steve-. No le ocurrió nada. Míralo.

Lo estudió atentamente.

-«Dinero de curso legal para todas las deudas públicas y privadas». Esto parece correcto. ¿Pero quién es este bromista que puso su rostro en él? ¿Y desde cuándo han empezado a imprimir billetes de veinte dólares?

-Nunca, en tu mundo. Supongo. El retrato es de William Jennings Bryan, presidente de los Estados Unidos de 1913 a 1921.

-No; en la escuela Horace Mann de Akron no lo era. Nunca he oído hablar de él.

-En mi escuela fue elegido en 1896, no dieciséis años más tarde. Y en el mundo de Margrethe el señor Bryan nunca llegó a ser presidente. ¡Hey! ¡Margrethe! ¡Este podría ser simplemente de nuevo tu mundo!

-¿Por qué lo crees así, querido?

-Quizá, quizá no. Cuando echamos a andar hacia el norte en Nogales, no observé ningún campo de aviación ni señales relativas a uno. Y acabo de recordar que no he oído ni visto ningún avión a chorro en todo el día. Ni ningún otro tipo de máquina volante. ¿Has visto tú alguna?

-No. No, yo tampoco. Pero tampoco he estado pensando en ello. -Lo meditó un momento y añadió-: No, estoy casi segura de que no ha pasado ninguno cerca de nosotros.

-¿Lo ves? O tal vez sea mi mundo. Steve, ¿cuál es la situación de la aeronáutica aquí?

-¿Aeroqué?

-Máquinas volantes. Aviones a chorro. Aeroplanos de cualquier tipo. Y dirigibles... ¿tenéis dirigibles?

-Ninguna de estas cosas me dice absolutamente nada. ¿Estás hablando de volar, de volar realmente, arriba en el aire, como un pájaro?

-¡Sí, sí!

-No, por supuesto que no. A menos que te refieras a globos. Recuerdo haber visto un globo una vez.

-No globos. Oh, un dirigible es una especie de globo. Pero es alargado en vez de redondo... con una forma parecida a un cigarro. Y está impulsado por motores parecidos a los de tu camión, y va a ciento cincuenta kilómetros por hora y más..., y normalmente muy alto, quinientos o seiscientos metros sobre el nivel del suelo. Muy por encima de las montañas.

Por primera vez Steve demostró sorpresa en vez de interés.

-¡Dios de los cielos! ¿Habéis visto *realmente* algo así?

-Yo he viajado en ellos. Varias veces. La primera vez cuando tenía doce años. ¿Fuiste a la escuela en Akron? En mi mundo Akron es famosa como el lugar donde construyen las

más grandes, rápidas y mejores aeronaves dirigibles de todo el mundo.

Steve agitó la cabeza.

-Cuando acabe esto voy a pedir otra cerveza. Es la historia de mi vida. Maggie, ¿tú también has visto aeronaves? ¿Has montado en ellas?

-No. No existen en mi mundo. Pero he subido a una máquina volante. Un *aeroplano.* Una vez. Fue terriblemente excitante. También asustaba un poco. Pero me gustaría volver a hacerlo.

-Apuesto a que sí. Supongo que a mí me pondría los pelos de punta. Pero no me perdería por nada la posibilidad de subirme a uno, aunque eso me matara. Chicos, estoy empezando a creeros. Lo decís de un modo tan convincente. Eso, y este dinero. Sí es dinero.

-*Es* dinero -insistí- de otro mundo. Míralo de cerca, Steve. Evidentemente no es dinero de tu mundo. Pero no es dinero de broma ni publicitario. ¿Crees que alguien se molestaría en hacer unas planchas tan perfectas simplemente para dinero de broma? El grabador que hizo las planchas esperaba que este billete fuera aceptado como dinero..., y sin embargo ni siquiera tiene el valor correcto, eso fue lo primero que viste. Espera un momento. -Rebusqué en otro bolsillo-. ¡Aja! Aquí está. -Le tendí un billete de diez pesos... del Reino de México. Había quemado casi toda la moneda inútil que habíamos acumulado antes del terremoto, las propinas de Margrethe en el Pancho Villa, pero me había guardado unos pocos recuerdos-. Mira esto también. ¿Sabes español?

-No mucho. El español de *cantina.* -Miró el billete mexicano-. Parece correcto.

-Mira más de cerca -le animó Margrethe-. Donde dice *Reino,* ¿no debería decir *República!* ¿O México es un reino en este mundo?

-No, es una república..., en parte porque yo ayudé a que así fuera. Fui juez electoral allí cuando estuve con los marines. Es sorprendente lo que pueden conseguir unos cuantos marines armados hasta las cejas para que unas elecciones sean honradas. De acuerdo, chicos, me habéis convencido. México no es un reino y unos autoestopistas que no llevan encima lo suficiente para pagarse una cena no van por ahí llevando dinero mexicano que dice que México es un reino. Quizá esté loco, pero me siento inclinado a confiar en vosotros. ¿Cuál es la explicación?

-Steve -dije seriamente-, te juro que me gustaría saberla. La explicación más simple es que me he vuelto loco y que todo esto que me rodea es imaginario..., tú, yo, Marga, este restaurante, este mundo..., todo producto de mi fiebre cerebral.

-Tú puedes ser imaginario si así lo deseas, pero déjanos a Maggie y a mí fuera de esto. ¿No tienes ninguna otra explicación?

-Oh..., eso depende. ¿Has leído alguna vez la Biblia, Steve?

-Bueno, sí y no. Haciendo como hago la carretera, muchas veces me he encontrado en la cama completamente desvelado y sin nada a mano que leer excepto la Biblia. Así que algunas veces lo he hecho.

-¿Recuerdas Mateo, veinticuatro, veinticuatro?

-¿Eh? ¿Debería?

Lo recité por él.

-Esa es una posibilidad, Steve. Estos cambios del mundo pueden ser signos enviados por el propio Diablo, destinados a engañarnos. Por otra parte, puede que haya portentos al final del mundo y a la llegada de Cristo a su Reino. Escucha la Palabra:

»"En seguida, después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará su luz, y las estrellas caerán desde el cielo, y los ejércitos celestiales se pondrán en conmoción.

»"Y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre y se golpearán el pecho todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que viene sobre las nubes del cielo

con fuerza y gloria grande.

»"Y enviará a sus ángeles con gran sonido de trompetas que congregarán a sus elegidos desde los cuatro vientos, de un extremo del cielo hasta el otro."

»Eso es lo que dice, Steve. Quizá todo esto sean los falsos signos de las tribulaciones antes del final, o quizás estos prodigios predigan la Parusía, la llegada de Cristo. Pero, de cualquier modo, estamos dirigiéndonos al fin del mundo. ¿Has nacido de nuevo?

-Hummm, no creo que pueda decir que sí. Fui bautizado hace mucho tiempo, cuando era demasiado joven para poder decir algo sobre el asunto. No asisto a la iglesia, excepto algunas veces, para ver a mis amigos casarse o ser enterrados. Si fui lavado una vez, supongo que debo haber acumulado un poco de polvo en la actualidad. No, no creo que me califique.

-No, estoy seguro de que no. Steve, el fin del mundo se está acercando, y Cristo volverá pronto. El asunto más urgente del que tienes que ocuparte, ¡del que tienen que ocuparse todos!, es pasar tus problemas a Jesús, lavarte en su sangre, y nacer de nuevo en él. Porque no recibirás ningún preaviso. Sonará la Trompeta y o bien serás atraído a los brazos de Jesús, feliz y seguro por toda la eternidad, o bien serás arrojado al fuego y al azufre, para sufrir por siempre agonías. Debes estar preparado.

-¡Demonios! Alec, ¿has pensado alguna vez en hacerte predicador?

-He pensado en ello.

-Deberías hacer algo más que pensar en ello, deberías ser uno. Lo dijiste todo como si realmente lo creyeras hasta la última palabra.

-Lo creo.

-Bueno, quizá. Está bien, te prometo que pensaré detenidamente en ello. Pero mientras tanto espero que el Reino no venga esta noche, porque todavía tengo que entregar esa carga. ¡Hazel! Tráeme la cuenta, querida; tengo que lanzarme de nuevo a la carretera.

Los tres solomillos de la cena subieron 3,90$; seis cervezas fueron otros sesenta centavos, o sea un total de 4,50$. Steve pagó con media águila, una moneda que yo nunca había visto fuera de una colección de monedas... deseé ver aquella, pero no tenía ninguna excusa.

Hazel la tomó, la miró.

-No se ve mucho oro por aquí -observó-. Lo más normal son las monedas de a dólar. Y algo de papel, aunque al jefe no le gusta el papel moneda. ¿Estás seguro de que puedes gastarla, Steve?

-Encontré al Holandés Errante.

-Anda y que te zurzan; no voy a convertirme en tu quinta esposa.

-Precisamente se me había ocurrido un acuerdo temporal.

-Esto tampoco... no por una moneda de oro de cinco dólares. -Rebuscó en un bolsillo de su delantal, sacó una moneda de plata de medio dólar-. Tu cambio, querido.

Él la empujó de nuevo hacia ella.

-¿Qué harías por cincuenta centavos?

Ella recogió la moneda y se la embolsó.

-Escupirte en el ojo. Gracias. Buenas noches, chicos. Me ha alegrado mucho veros.

Durante los cincuenta y tantos kilómetros hasta Flagstaff, Steve nos hizo preguntas acerca de los mundos que habíamos visto, pero no hizo comentarios. Habló sólo lo suficiente para mantenernos a nosotros hablando. Estaba interesado especialmente en mis descripciones de las aeronaves, los aviones a chorro y los *aeroplanos,* pero cualquier cosa técnica lo fascinaba. Encontraba mucho más difícil creer en la televisión que en las máquinas volantes..., bueno, a mí también me ocurría lo mismo. Pero Margrethe le aseguró

que ella había visto la televisión con sus propios ojos, y resultaba difícil no creer en Margrethe. Yo podía ser confundido con un timador. Pero no Margrethe. Su voz y su actitud arrastraban a la convicción.

En Flagstaff, justo antes de tomar la Carretera 66, Steve arrimó el camión al arcén y se detuvo, dejando el motor en marcha.

-Todo el mundo fuera -dijo- si insistís en dirigiros al este. Si deseáis ir al norte, sois bienvenidos.

-Tenemos que ir a Kansas, Steve -dije.

-Sí, lo sé. Aunque podéis ir por varios lados, la Sesenta y Seis es la mejor elección..., aunque jamás acabaré de entender por qué alguien puede desear ir a Kansas. Es esa intersección de ahí delante. Manteneos en línea recta y no os paréis; no podéis perderos. Seguid las huellas de Santa Fe. ¿Dónde pensáis dormir esta noche?

-No tenemos ningún plan. Caminaremos hasta que encontremos a alguien que nos lleve. Si no hallamos a nadie en toda la noche y sentimos demasiado sueño, podemos dormir al lado de la carretera..., hace calor.

-Alec, escucha a tu tío Dudley. No vas a dormir en el desierto esta noche. Hace calor ahora; por la mañana hará un frío que congela. Quizá no te hayas dado cuenta, pero hemos estado subiendo durante todo el camino desde Phoenix. Y si los lagartos venenosos de Arizona no acaban contigo, lo harán las pulgas de arena. Vais a tener que alquilar una cabina.

-Steve, no podemos alquilar una cabina.

-El Señor proveerá. Tú crees en eso, ¿no?

-Sí -respondí rígidamente-. Creo en eso. -(Pero también en que Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.)

-Entonces deja que el Señor provea. Maggie, respecto a todo este asunto del fin del mundo, ¿estás de acuerdo con Alec?

-¡Por supuesto, no estoy en desacuerdo!

-Hummm. Alec, voy dedicarme a pensar mucho en ello..., y empezaré esta noche, leyendo la Biblia. Esta vez no tengo intención de perderme el espectáculo. Seguid por la Sesenta y Seis, buscado un lugar que diga «cabinas». No «motel», no «hotel», nada de colchones de muelles y baños privados..., sólo «cabinas». Si os piden más de dos dólares, seguid adelante. O regatead, y es probable que la consigáis por ese precio.

Yo no escuchaba muy atentamente mientras iba poniéndome cada vez más furioso. ¿Regatear con *qué?* El sabía muy bien que estábamos completamente a seco... ¿Acaso no me creía?

-Así que aquí nos decimos adiós -prosiguió Steve-. Alec, ¿puedes abrir tú esta puerta? No quiero salir del camión.

-Puedo encargarme -dije. Abrí la portezuela, bajé, luego recordé mis modales-. Steve, quiero darte las gracias por todo. La cena, la cerveza y el viaje. Espero que el Señor te guía y te ilumine.

-Gracias y no lo vayas diciendo por ahí. Toma -rebuscó en su bolsillo y extrajo una tarjeta-. Ésa es mi dirección comercial. De hecho es la dirección de mi hija. Cuando lleguéis a Kansas, enviadme una postal, hacedme saber cómo os ha ido.

-Lo haré. -Tomé la tarjeta, luego le tendí la mano a Margrethe para que bajara.

Steve la detuvo.

-¡Maggie! ¿No vas a darle a Steve un beso de despedida?

-Oh, por supuesto, Steve. -Se volvió, situándose medio frente a él en el asiento.

-Eso está mejor. Alec, será mejor que te vuelvas de espaldas.

No me volví de espaldas, pero fingí ignorarlo, mientras miraba por el rabillo del ojo.

Si hubiera durado medio segundo más, la hubiera arrastrado fuera de la cabina por la

fuerza. Pero me veo obligado a admitir que Margrethe no lo hacía por la fuerza; estaba cooperando plenamente, besándole de una forma como ninguna mujer casada debería besar a otro hombre.

Lo soporté.

Finalmente terminó. La ayudé a bajar y cerré la portezuela.

-¡Adiós, chicos! -dijo Steve, y su camión se puso de nuevo en marcha. Mientras ganaba velocidad hizo sonar dos veces su bocina.

-Alec, estás furioso conmigo -dijo Margrethe.

-No. Sorprendido, sí. Incluso desconcertado. Decepcionado. Entristecido.

-¡No te hagas el estrecho conmigo!

-¿Eh?

-Steve nos ha llevado durante cuatrocientos kilómetros y nos ha invitado a una espléndida cena y no se ha reído de nosotros cuando le hemos contado una historia ridícula. Y ahora tú te pones arrogante y más papista que el papa simplemente porque le he besado con la suficiente intensidad como para darle a entender que apreciaba lo que había hecho por *mí* y por mi marido. No voy a permitirlo, ¿entiendes?

-Yo simplemente quería decir que...

-¡Cállate! No escucharé tus explicaciones. ¡Porque estás equivocado! Y ahora soy *yo* quien está furiosa y seguiré estando furiosa hasta que te des cuenta de que estás equivocado. ¡De modo que piensa en ello! -Se volvió en redondo y echó a andar rápidamente hacia la intersección de la 66 con la 89.

Me apresuré para alcanzarla.

-¡Margrethe!

Ella no respondió e incrementó el paso.

-¡Margrethe!

Sus ojos estaban fijos hacia delante...

-¡Margrethe, querida! Estaba equivocado. Lo siento, te pido disculpas.

Se detuvo en seco, se volvió, arrojó sus brazos en torno a mi cuello y se echó a llorar.

-¡Oh, Alec! ¡Te quiero tanto y tú eres un *fuf tan* grande!

No respondí inmediatamente, porque mi boca estaba ocupada. Finalmente dije:

-Yo también te quiero, ¿y qué es un *fuf?*

-Tú eres un *fuf.*

-Bueno... En ese caso yo soy tu *fuf* y tú estás ligada a mí por ello. No vuelvas a alejarte de mí.

-No lo haré. Nunca. -Seguimos con lo que habíamos estado haciendo.

Al cabo de un rato eché hacia atrás mi cabeza lo suficiente para decir:

-No tenemos ninguna cama a nuestro nombre, y nunca he deseado tanto una.

-Alec. Busca en tus bolsillos.

-¿Eh?

-Mientras estaba besándome, Steve me susurró que te dijera que buscaras en tus bolsillos y dijeras: «El Señor proveerá.»

La encontré en el bolsillo de la izquierda de mi chaqueta: un águila de oro. Nunca antes había tenido una en mi mano. Parecía pesada y cálida.

XVI

¿Podrá un hombre ser justo ante Dios?
¿Ante su Hacedor será puro un varón?
Job, 4:17

Instruidme y yo me callaré,
y aquello en que erré explicadme.
Job, 6:24

En un drugstore en la parte baja de Flagstaff cambié aquella águila de oro por nueve monedas de a dólar, noventa y cinco centavos en cambio, y una pastilla de jabón. Comprar el jabón fue idea de Margrethe.

-Alec, un droguero no es un banquero; cambiar moneda es algo que tal vez no desee hacer a menos que sea como parte de una venta. Necesitamos jabón. Quiero lavar tu ropa interior y la mía, y ambos necesitamos bañarnos... y sospecho que, en el tipo de alojamiento barato que Steve nos ha recomendado, el jabón no se halla incluido en el precio.

Tenía razón en ambos extremos. El droguero alzó las cejas ante la moneda de oro de diez dólares pero no dijo nada. Tomó la moneda, la hizo sonar en el sobre de cristal del mostrador, luego buscó detrás de su caja registradora, tomó una pequeña botella y sometió la moneda a la prueba del ácido.

Yo no hice ningún comentario. Contó silenciosamente nueve dólares de plata, medio dólar, un cuarto, y dos monedas de diez centavos. En vez de guardarme inmediatamente las monedas en el bolsillo, me mantuve allí delante de él, y sometí cada moneda a la misma prueba de sonido a la que él había sometido la mía, utilizando el cristal del mostrador. Una vez hecho esto, le devolví una de las monedas.

Tampoco hizo ningún comentario... había oído el sonido sordo de aquella falsa moneda de plata tan bien como yo. Registró «No venta» en la máquina registradora, me tendió otra moneda (que sonó clara como una campanilla) y puso la moneda falsa en algún lugar al fondo de la caja registradora. Luego se volvió de espaldas a mí.

En las afueras de la ciudad, a medio camino de Winona, encontramos un lugar lo bastante miserable como para encajar con nuestros estándares. Margrethe condujo el regateo, en español. Nuestro anfitrión pidió cinco dólares. Marga apeló a la virgen María y a otros tres santos para que fueran testigos de lo que se estaba cometiendo con ella. Luego le ofreció cinco pesos.

No comprendí aquella maniobra; sabía que ella no llevaba pesos encima. Seguro que no pretendía ofrecer aquellos inservibles pesos «reales» que llevaba yo.

Pero funcionó, porque nuestro anfitrión respondió con un precio de tres dólares, y esto es definitivo, *señora,* como Dios es mi testigo.

Finalmente llegaron a un acuerdo en un dólar y medio, luego Marga alquiló sábanas limpias y una manta por otros cincuenta centavos... tras lo cual pagó con dos dólares de plata pero pidió almohadas y fundas limpias de almohada para sellar el trato. Las obtuvo, pero el *patrón* pidió algo más para traer buena suerte. Marga añadió una moneda de diez centavos y el hombre nos hizo una profunda reverencia y aseguró que su casa era nuestra.

A las siete de la mañana siguiente estábamos de nuevo en camino, descansados, limpios, felices y hambrientos. Media hora más tarde estábamos en Winona y mucho más hambrientos. Curamos eso último en un pequeño bar de camioneros: una ración de bollos de trigo, diez centavos; café, cinco centavos... ningún cargo por una segunda taza, sin límite en la mantequilla o el jarabe.

Margrethe no pudo acabar su ración de bollos calientes -era abundante-, así que me encargué de rebañar los platos y guardar lo que había sobrado.

Un cartel en la pared decía: PAGUE CUANDO SE HAYA SERVIDO - NO SE ADMITEN PROPINAS - ¿ESTÁ USTED PREPARADO PARA EL DÍA DEL JUICIO? El camarero y cocinero (y propietario, creo) tenía un ejemplar de *The Watch Tower* al

alcance de su mano. Pregunté:

-Hermano, ¿tiene alguna noticia reciente de cuándo esperar el Día del Juicio?

-No bromee con eso. La eternidad es un tiempo muy largo para pasarlo en el Pozo.

-No estaba bromeando -respondí-. Por los signos y portentos creo que nos hallamos en el período de siete días profetizado en el capítulo once del Apocalipsis, versículos dos y tres. Pero no sé cuánto tiempo de ese período llevamos.

-Ya hemos entrado bastante en su segunda mitad -respondió-. Los dos Testigos están ahora profetizando, y el Anticristo ya ha llegado. ¿Está usted en estado de gracia? Si no, será mejor que se arrepienta.

-«Por consiguiente está también preparado; porque aunque no lo creas ésta es la hora en que viene el Hijo del hombre» -respondí.

-¡Será mejor que lo crea!

-Lo creo. Gracias por el excelente desayuno.

-No tiene importancia. Que el Señor le acompañe.

-Gracias. Que él le bendiga y le conserve la vida. -Marga y yo nos fuimos.

Nos encaminamos nuevamente hacia el este.

-¿Cómo se siente mi amor?

-Con el estómago lleno y feliz.

-Yo también. Algo que hiciste la otra noche me dejó especialmente feliz.

-Yo también. Pero siempre lo consigues, querido. Cada vez.

-Oh, sí, tienes razón. Yo también. Siempre. Pero me refería a algo que dijiste antes. Cuando Steve te preguntó si estabas de acuerdo conmigo respecto al Día del Juicio, y tú le dijiste que estabas de acuerdo. Marga, no puedo decirte lo que me había preocupado que tú hubieses elegido no ser recibida en brazos de Jesús. Con el Día del Juicio avanzando hacia nosotros a pasos agigantados y sin ninguna forma de saber la hora..., bueno, estaba preocupado. Pero al parecer has hallado tu camino de vuelta a la luz aunque todavía no lo hayas discutido conmigo.

Caminamos tal vez veinte pasos sin que Margrethe dijera nada.

Finalmente dijo con suavidad:

-Mi amor, me gustaría hacer que tu mente descansara. Si pudiera. Pero no puedo.

-¿Eh? No comprendo. ¿Quieres explicarte?

-No le dije a Steve que estuviera de acuerdo contigo. Le dije que no estaba en desacuerdo.

-¡Pero eso es lo mismo!

-No, querido. Lo que no le dije a Steve pero hubiera podido decirle con toda honestidad es que yo *nunca* me he mostrado en desacuerdo públicamente con mi esposo sobre nada. Cualquier desacuerdo que tenga contigo es algo que debemos discutir en privado. No en presencia de Steve. O de nadie.

Mastiqué aquello, lo tragué junto con varios posibles comentarios, y finalmente dije:

-Gracias, Margrethe.

-Mi amor, lo hago en beneficio de mi propia dignidad tanto como de la tuya. Toda mi vida he odiado la visión de marido y mujer mostrando su desacuerdo, discutiendo, incluso peleándose en público. Si tú dices que el sol está recubierto de resplandecientes cachorrillos de perro de color verde, yo no mostraré mi desacuerdo contigo en público.

-¡Oh, pero si se trata precisamente de eso!

-¿Eh? -Se detuvo en seco y me miró, asombrada.

-Mi buena Marga. Sea cual sea el problema, tú siempre encuentras una respuesta amable. Si alguna vez veo resplandecientes cachorrillos de perro de color verde recubriendo el sol, intentaré recordar discutirlo primero en privado contigo, para no tener que enfrentarte con difíciles decisiones en público. Te quiero. Leí mucho en lo que tú le

dijiste a Steve porque realmente estaba preocupado.

Tomó mi mano, y caminamos un rato en silencio.

-¿Alec?

-¿Sí, amor?

-No quiero preocuparte voluntariamente. Si estoy equivocada y tú vas a ir al cielo cristiano, quiero ir contigo. Si eso significa volver a la fe en Jesús, y parece que así es, entonces eso es lo que quiero. Lo intentaré. No puedo prometerlo, ya que la fe no es un asunto de simple volición. Pero lo intentaré.

Me detuve para besarla, ante el regocijo de un vehículo lleno de hombres que pasó por nuestro lado.

-Querida, no puedo pedir más. ¿Debemos rezar juntos?

-Alec, preferiría que no. Déjame rezar a solas..., ¡y te prometo que lo haré! Cuando llegue el momento de rezar juntos, te lo diré.

Poco después de eso éramos recogidos por una pareja de rancheros que nos llevaron hasta Winslow. Nos dejaron allí sin hacernos ninguna pregunta y sin ofrecernos ninguna información, lo cual debe ser alguna especie de récord.

Winslow es mucho más grande que Winona; es una ciudad respetable como suelen serlo todas las comunidades del desierto... siete mil habitantes, calculo. Allí encontramos una oportunidad de llevar adelante algo que Steve nos había sugerido indirectamente y que habíamos discutido la noche antes.

Steve tenía razón; no íbamos vestidos para el desierto. Cierto, no habíamos tenido elección, puesto que habíamos sido atrapados por el cambio de mundo. Pero no había visto a ningún otro hombre llevando un traje de negocios en el desierto. Ni había visto a ninguna mujer anglosajona vestida con ropas de mujer. Las mujeres indias y las mujeres mexicanas llevaban faldas, pero las mujeres anglosajonas llevaban o pantalones cortos o vaqueros o pantalones de montar o algo parecido, pero nunca una falda, y jamás un traje.

Nuestras ropas no eran ni siquiera correctas como ropas de ciudad. Parecían tan fuera de lugar como pueden serlo los estilos de la década malva. No me pregunten cómo porque no soy experto en estilos, especialmente femeninos. El traje que yo llevaba había sido a la vez elegante y caro cuando lo llevaba mi *patrón, don* Jaime, en Mazatlán, en otro mundo..., pero sobre mi persona, en el desierto de Arizona de este mundo, era algo completamente fuera de lugar.

En Winslow encontramos justo la tienda que necesitábamos: «SEGUNDA MANO – Un millón de oportunidades –Todas las ventas en efectivo: no se dan garantías, no se admiten devoluciones - Toda la ropa usada ha sido esterilizada antes de ser puesta a la venta.» Encima estaba el mismo anuncio en español.

Una hora más tarde, tras mucho buscar entre las existencias y un enérgico regateo por parte de Margrethe, estábamos vestidos para el desierto. Yo llevaba unos pantalones caqui, una camisa a juego y un sombrero de paja de estilo vagamente del oeste. Margrethe llevaba considerablemente menos: unos pantalones cortos que eran a la vez cortos y ajustados -indecentemente-, y una pieza superior que era menos que un corpiño pero ligeramente más que un sostén. Lo llamaban un *halter.*

Cuando vi a Marga con aquel atuendo, le susurré:

-No voy a permitir de ninguna manera que aparezcas en público con estas ropas desvergonzadas.

-Querido -respondió-, no seas un *fuf* tan temprano por la mañana. Hace demasiado calor.

-No estoy bromeando. Te prohíbo que compres esto.

-Alec, no recuerdo haber pedido tu permiso.

-¿Estás desafiándome?

Suspiró.

-Quizá sí. No deseo hacerlo. ¿Cogiste tu maquinilla?

-¡Me viste hacerlo!

-Yo tengo tu ropa interior y sus calcetines. ¿Hay alguna otra cosa que necesites?

-¡No, Margrethe! ¡Deja de eludirme!

-Querido, te dije que no voy a discutir contigo en público. Este conjunto lleva también una falda abierta; ahora iba a ponérmela. Deja que lo haga y arregla la cuenta. Luego podemos salir fuera y hablar en privado.

Echando humo, acepté lo que proponía. Debo admitir que, bajo su cuidadosa dirección, salimos de aquel bazar con más dinero del que teníamos cuando entramos. ¿Cómo? Ese traje de mi *patrón, don Jaime, que parecía tan ridículo en mí, le caía como un guante al propietario de la tienda..., de hecho, se parecía a don* Jaime. Se había mostrado dispuesto desde un principio a hacer el cambio por lo que yo necesitaba..., la camisa y los pantalones caquis y el sombrero de paja.

Pero Margrethe insistió en obtener algo más a cambio. Pidió cinco dólares, obtuvo dos.

Supe, mientras arreglábamos las cuentas, que había efectuado una magia similar al librarse de aquel traje de confección que ya no necesitaba. Entramos en la tienda con 7,55$; salimos con 8,80$..., y ropas del desierto para los dos, un peine (para los dos), un cepillo de dientes (también para los dos), una mochila, una maquinilla de afeitar, más un mínimo de ropa interior y calcetines..., todo de segunda mano pero supuestamente esterilizado.

No soy bueno como táctico, no con la mujeres. Salimos y echamos a andar carretera abajo junto a una especie de placita donde podíamos hablar en privado antes de que Margrethe empezara a hablar conmigo... y no me di cuenta de que ya había perdido.

Sin detenerse, dijo:

-¿Y bien, querido? Tenías algo que discutir.

-Esto..., con esa falda puesta tus ropas parecen aceptables. Casi. Pero no vas a aparecer en público con esos pantalones cortos. ¿Queda eso entendido?

-Mi intención era llevar solamente los pantalones cortos. Si el clima era cálido. Y lo es.

-Pero Margrethe, te dije que no... -Estaba desabrochándose la falda, quitándosela-. ¡Me estás desafiando!

La dobló cuidadosamente.

-¿Quieres guardar eso en la mochila? ¿Por favor?

-¡Estás desobedeciéndome deliberadamente!

-Pero Alec, yo no tengo que obedecerte a ti y tú no tienes que obedecerme a mí.

-Pero... Mira, querida, sé razonable. Sabes que normalmente no doy órdenes. Pero una esposa debe obedecer a su marido. ¿No eres mi esposa?

-Eso es lo que tú me dijiste. Así que lo soy hasta que tú me digas lo contrario.

-Entonces tu deber es obedecerme.

-No, Alec.

-¡Pero ése es el primer deber de una esposa!

-No estoy de acuerdo.

-Pero... ¡Esto es una locura! ¿Piensas abandonarme?

-No. Solamente si tú te divorcias de mí.

-No creo en el divorcio. El divorcio está en contra de las Escrituras.

No respondió.

-Margrethe..., *por favor,* vuelve a ponerte la falda.

-Estás a punto de persuadirme, querido -dijo suavemente-. ¿Puedes explicarme por qué quieres que lo haga?

-¿Qué? ¡Porque esos pantalones cortos, llevados así solos, son indecentes!

-No veo cómo un artículo de vestir puede ser indecente. Una persona, sí. ¿Estás diciendo que *yo* soy indecente?

-Oh... Estás tergiversando mis palabras. Cuando llevas esos pantalones cortos, sin falda, en público, exhibes tanto de ti misma que el espectáculo es indecente. En este mismo momento, caminando aquí, tus piernas quedan totalmente expuestas... a la gente de ese coche que acaba de pasar, por ejemplo. Te han visto. ¡He comprobado que estaban mirando!

-Bien. Espero que lo hayan gozado.

-*¿Qué?*

-Tú me dices que soy hermosa. Pero puede que sean tus prejuicios quienes te hacen decirlo. Espero que mi apariencia sea agradable también para otros.

-Seamos serios, Margrethe; estamos hablando de tus piernas desnudas. Desnudas.

-Dices que mis piernas están desnudas. Luego están desnudas. Las prefiero desnudas cuando el tiempo es caluroso. ¿A qué le frunces el ceño, cariño? ¿Son feas mis piernas?

(«Eres toda hermosa, mi amor; no hay imperfección en ti.»)

-Tus piernas son hermosas, mi amor; te lo he dicho muchas veces. Pero no deseo compartir tu belleza.

-La belleza no queda disminuida por el hecho de ser compartida. Volvamos al tema, Alec; estabas diciendo que mis piernas son indecentes. Si pudieras explicármelo. No creo que puedas.

-Pero Margrethe, la desnudez es indecente por naturaleza propia. Inspira pensamientos impuros.

-¿De veras? ¿Ver mis piernas hace que tengas una erección?

-*¡Margrethe!*

-Alec, deja de ser un *fuf.* Te hice una pregunta sencilla.

-Una pregunta impropia.

Suspiró.

-No veo cómo puede llegar a ser impropia esa pregunta entre maridó y mujer. Nunca aceptaré que mis piernas son indecentes. O que la desnudez es indecente. He estado desnuda frente a centenares de personas...

-¡Margrethe!

Pareció sorprendida.

-Seguro que sabes eso.

-No lo sé, y me impresiona oírlo.

-¿De veras, querido? Pero tú sabes lo bien que nado.

-¿Qué tiene que ver eso con lo otro? Yo también nado bien. Pero no nado desnudo; llevo un traje de baño. -(Pero recordaba muy bien la piscina en el *Konge Knut...,* por supuesto, mi amor estaba acostumbrada a nadar desnuda. Me sentí ridículo.)

-Oh. Sí, he visto esos trajes en Mazatlán. Y en España. Pero querido, volvemos a alejarnos del tema. El problema es más amplio que si unas piernas desnudas son o no indecentes, o si yo hubiera debido o no dar a Steve un beso de despedida, o incluso si debo o no obedecerte. Estás esperando que yo sea lo que no soy. Quiero ser tu esposa por muchos años, durante toda mi vida..., y espero compartir el cielo contigo, si el cielo es nuestro destino. Pero querido, no soy una niña, no soy una esclava. Quiero complacerte puesto que te quiero. Pero no obedeceré una orden simplemente porque soy tu esposa.

Podría decir que la abrumé con el resplandor de mi refutación. Sí, podría decirlo, pero no sería cierto. Aún estaba intentando hallar una respuesta cuando un coche frenó su marcha apenas nos hubo rebasado. Oí un silbido del tipo llamado «lobuno»; el coche se detuvo a unos metros de nosotros y retrocedió un poco.

-¿Os llevamos? -preguntó una voz.

-¡Sí! -respondió Margrethe, y se apresuró. Yo tuve que seguirla.

Era un coche familiar con una mujer al volante y un hombre a su lado, en el asiento del pasajero. Ambos tenían mi edad o un poco más. El hombre se inclinó hacia atrás y abrió la portezuela posterior.

-¡Subid!

Ayudé a subir a Margrethe, la seguí y cerré la portezuela.

-¿Hay espacio suficiente? -preguntó el hombre-. Si no, echad toda esa basura que hay en el suelo. Nunca nos sentamos en el asiento de atrás, de modo que las cosas van acumulándose ahí. Somos Clyde y Bessie Bulkey.

-Él es Bulkey. Hace honor a su nombre: mirad lo gordo que está. Yo sólo estoy bien alimentada.

-Se supone que tenéis que reír el chiste; yo ya lo he oído antes. -Realmente hacía honor a su nombre: era el tipo de hombre de recia constitución que es un atleta en la escuela, luego empieza a aumentar de peso. Su esposa los había descrito correctamente a los dos; ella no estaba gorda pero tenía un poco de exceso de peso.

-¿Cómo están, señora Bulkey, señor Bulkey? Somos Alec y Margrethe Graham. Gracias por recogernos.

-No seas tan formal, Alec -dijo la mujer-. ¿A dónde vais?

-Bessie, *por favor,* mantén la vista en la carretera.

-Clyde, si no te gusta la forma en que conduzco este trasto, me aparto y sigues tú.

-¡Oh, no, no, lo estás haciendo estupendamente!

-Entonces cállate, o invoco la regla K. ¿Y bien, Alec?

-Vamos a Kansas.

-¡Bueno! No estamos tan lejos como eso; nosotros nos desviamos al norte en Chambers. Será un corto trecho, apenas ciento cincuenta kilómetros. Pero sois bienvenidos a él. ¿Qué vais a hacer a Kansas?

(¿Qué iba a hacer yo a Kansas? Abrir una tienda de helados..., devolver a mi querida esposa al buen sentido..., prepararme para el Día del Juicio...)

-Voy a lavar platos.

-Mi esposo es demasiado modesto -dijo Margrethe suavemente-. Vamos a ir a abrir un pequeño restaurante con una fuente de soda en una ciudad universitaria. Pero en nuestro camino hasta esta meta estamos dispuestos a lavar platos. O realizar casi cualquier otro tipo de trabajo.

Les expliqué lo que nos había ocurrido, con variaciones y omisiones para evitar lo que no iban a creer.

-El restaurante fue borrado de la faz de la tierra, nuestros socios resultaron muertos, y perdimos todo lo que teníamos. He dicho «lavaplatos» porque éste es el trabajo que casi siempre puedo encontrar. Pero me apunto a lo de «casi todo».

-Alec, con esa actitud vais a estar de nuevo en pie antes de que os deis cuenta -dijo Clyde.

-Perdimos algo de dinero, eso es todo. No somos demasiado viejos para empezar de nuevo. -(Querido Señor, ¿querrás retener el Día del Juicio el tiempo suficiente como para permitirme conseguirlo? Hágase tu voluntad. Amén.)

Margrethe tendió una mano y apretó la mía. Clyde lo observó. Se había vuelto en su asiento de modo que nos daba la cara tanto a nosotros como a su esposa.

-Lo conseguiréis -dijo-. Con tu esposa apoyándote, tú lo conseguirás.

-Eso espero. Gracias. -Sabía por que se había vuelto: para mirar a Margrethe. Sentí deseos de decirle que mantuviera los ojos en sí mismo pero, dadas las circunstancias, no podía hacerlo. Además, estaba claro que el señor y la señora Bulkey no veían nada malo en la forma en que iba vestida mi amor; la señora Bulkey iba vestida más o menos del mismo

modo, sólo que menos. Quiero decir más. Menos ropa, más piel desnuda. Debo admitir también que, aunque no era la inmortal belleza que es Margrethe, no estaba nada mal.

Nos detuvimos en el Desierto Pintado, salimos, y contemplamos aquella belleza natural realmente increíble. Yo lo había visto una vez antes; Margrethe no lo había visto nunca, y se quedó sin aliento. Clyde me dijo que ellos siempre se paraban, pese a que lo habían visto cientos de veces.

Corrección: yo lo había visto una sola vez antes... en otro mundo. El Desierto Pintado tendía a probar lo que yo había sospechado intensamente: que no era la Madre Tierra lo que cambiaba en esas locas transformaciones; era el hombre y sus obras... e incluso sólo parte de ello. Pero la única explicación obvia conducía directamente a la paranoia. Si era así, no debía rendirme a ella; tenía que cuidar de Margrethe.

Clyde compró perritos calientes y bebidas heladas para todos, y barrió con un gesto de la mano mi oferta de pagar nuestra parte. Cuando volvimos a entrar en el coche, Clyde tomó el volante e invitó a Margrethe a sentarse delante con él. No me hizo ninguna gracia pero no pude demostrarlo, porque Bessie dijo rápidamente:

-¡Pobre Alec! Te han metido aquí atrás con el saco viejo. Pero no te preocupes, querido; sólo son treinta y siete kilómetros hasta el cruce de Chambers... o sea menos de veintitrés minutos, de la forma que conduce Clyde.

Esta vez Clyde empleó treinta minutos. Pero aguardó y se aseguró de que éramos recogidos en dirección a Gallup.

Llegamos a Gallup bastante después de anochecer. Pese a los 8,80$ en nuestros bolsillos, parecía tiempo de empezar a buscar platos sucios. Gallup tiene casi tantos hoteles y cabinas como indios, y casi la mitad de esas hostelerías poseen restaurante. Probé una docena de fraile antes de encontrar uno que necesitaba un lavaplatos.

Catorce días más tarde estábamos en Oklahoma City. Si creen ustedes que es mucho tiempo, tienen razón; representa menos de ochenta kilómetros al día. Pero habían ocurrido muchas cosas y yo estaba sintiéndome decididamente paranoico... cambio de mundo tras cambio de mundo, y siempre programado para causarme el máximo de problemas.

¿Han visto alguna vez a un gato jugar con un ratón? El ratón nunca tiene una oportunidad. Si tiene los sesos que el buen Dios les ha dado a los ratones, lo sabe muy bien. Sin embargo el ratón no deja de intentarlo... y cada vez es echado atrás.

Yo era el ratón.

O nosotros éramos el ratón, porque Margrethe estaba conmigo..., y ella era todo lo que me mantenía en pie. No se quejaba ni me abandonaba. Así que yo no podía abandonar tampoco.

Un ejemplo: había imaginado que, aunque el papel moneda nunca me servía de nada tras un cambio de mundo, el dinero *duro,* el oro y la plata, serían de algún modo negociables, como lingotes si no como moneda. Así, cuando tenía la oportunidad de echarle la mano a algo de moneda dura, me aferraba a ella y me negaba a tomar papel moneda a cambio.

Era un chico listo. Alec, tienes un auténtico cerebro.

Así, en nuestro tercer día en Gallup, Marga y yo echamos una cabezada en una habitación pagada lavando platos (yo) y limpiando habitaciones (Margrethe). No teníamos intención de dormir; simplemente deseábamos descansar un poco antes de cenar; había sido un día largo y duro. Nos tendimos vestidos, sin apartar el cubrecama.

Estaba empezando a relajarme cuando me di cuenta de que algo duro estaba apretando contra mi columna vertebral. Me alcé lo suficiente para darme cuenta de que nuestros dólares de plata acumulados se habían deslizado fuera de mi bolsillo lateral cuando me había vuelto de lado. Así que retiré mi brazo de debajo de la cabeza de Marga, recuperé los dólares, los conté, añadí el cambio suelto, y lo coloqué todo en la mesilla de noche a treinta

centímetros de mi cabeza, luego me tendí horizontal de nuevo, volví a deslizar el brazo bajo la cabeza de Marga, y me quedé inmediatamente dormido.

Cuando me desperté todo estaba completamente a oscuras.

Me desvelé de golpe. Margrethe estaba todavía roncando suavemente en mi brazo. La sacudí un poco.

-Amor. Despierta.

-¿Hummfff?

-Es tarde. Puede que nos hayamos perdido la cena.

Acabó de despertarse del todo.

-¿Puedes encender la lamparilla de la mesita de noche?

Tanteé la mesilla a mi lado, casi me caí de la cama.

-No puedo encontrar el maldito mueble. Esto está tan oscuro como el interior de una pila de carbón. Espera un segundo, encenderé la luz del techo.

Me levanté cuidadosamente de la cama, me encaminé a la puerta, tropecé con una silla, no pude encontrar la puerta..., tanteé la pared en su busca, la hallé, tanteé un poco más y encontré un interruptor a su lado. La luz del techo se encendió.

Por un largo y desanimado momento ninguno de los dos dijo nada. Luego yo dije, estúpida e innecesariamente:

-Lo han hecho de nuevo.

La habitación tenía ese carácter anónimo de todas las habitaciones baratas de hotel de cualquier sitio. De todos modos, era diferente en muchos detalles de la habitación donde nos habíamos dormido.

Y nuestros dólares de plata tan trabajosamente acumulados habían desaparecido.

Todo excepto las ropas que llevábamos había desaparecido... mochila, calcetines limpios, ropa interior de repuesto, peine, maquinilla de afeitar, todo. Inspeccioné la habitación, me aseguré.

-Bien, Marga, ¿ahora qué?

-Lo que tú digas.

-Hummm. No creo que me conozcan en la cocina. Pero puede que me dejen lavar platos.

-O que necesiten una camarera.

La puerta tenía una cerradura de resorte sin llave, así que la dejé unos centímetros entreabierta. La puerta conducía directamente al exterior y miraba a través de un aparcamiento a la oficina -una habitación en un ángulo con un cartel iluminado que decía OFICINA-, todo muy común, excepto que no se parecía en nada al hotel en el que había estado trabajando. En ese establecimiento la oficina del director se había hallado en el extremo delantero de un edificio central, ocupado por la cafetería.

Sí, nos habíamos perdido la cena.

Y el desayuno. Este motel no tenía cafetería.

-¿Y bien, Marga?

-¿En qué dirección está Kansas?

-Por allá..., creo. Pero tenemos dos elecciones. Podemos volver a la habitación, meternos en la cama como corresponde, y dormir hasta que sea de día. O podemos salir de aquí hacia la carretera e intentar hacer auto stop. En la oscuridad.

-Alec, yo sólo veo *una* elección. Si volvemos a la habitación y nos metemos en la cama, nos levantaremos con plena luz del día, algunas horas más hambrientos y no por ello mejor. Quizá peor incluso, si nos descubren durmiendo en una habitación por la que no hemos pagado...

-¡Lavé un terrible montón de platos!

-No, aquí no lo hiciste. De modo que pueden llamar a la policía.

Echamos a andar.

Aquello fue típico de la persecución que sufrimos intentando alcanzar Kansas. Sí, he dicho «persecución». Si la paranoia consiste en creer que el mundo a tu alrededor es una conspiración contra ti, me había vuelto paranoico. Pero o bien era una paranoia «sana» (si me disculpan el contrasentido), o estaba sufriendo ilusiones tan monumentales que debía ser encerrado y tratado inmediatamente.

Quizá sí. Si así era, entonces Margrethe formaba parte de mi ilusión... una respuesta que no podía aceptar. No podía ser una *folie á deux;* Margrethe estaba cuerda en cualquier mundo.

Era mediodía antes de que consiguiéramos algo para comer, y por entonces yo estaba empezando a ver fantasmas donde un hombre sano vería solamente remolinos de polvo. Mi sombrero había desaparecido allá donde se había ido todo lo demás, y el sol de Nuevo México sobre mi cabeza no ayudaba en nada a mi estado.

Un camión cargado de obreros de la construcción nos recogió y nos llevó hasta Grants, y nos pagaron una comida antes de dejarnos allí. Puedo estar certificablemente loco pero no soy estúpido; debimos aquel trayecto y aquella comida al hecho de que Margrethe con sus pantalones cortos indecentemente apretados es una visión que atrae la atención de los hombres. Eso me dio mucho que pensar mientras disfrutaba (¡y la disfruté!) de aquella comida que nos pagaron. Pero guardé mis meditaciones para mí mismo.

Después de que se fueran dije:

-¿Hacia el este?

-Sí, señor. Pero antes me gustaría comprobar la biblioteca pública. Si hay alguna aquí.

-¡Oh, sí! Por supuesto. -Antes, en el mundo de nuestro amigo Steve, la ausencia de cualquier tipo de viaje aéreo me había movido a sospechar que el mundo de Steve podía ser el mundo donde había nacido Margrethe (y en consecuencia el hogar de «Alec Graham» también). En Gallup comprobamos aquello en la biblioteca pública: yo revisé la historia americana en una enciclopedia mientras Marga comprobaba la historia danesa. Nos tomó a cada uno cinco minutos determinar que el mundo de Steve no era el mundo donde había nacido Marga. Descubrí que Bryan había sido elegido en 1896 pero había muerto mientras desempeñaba el cargo, siendo sucedido por su vicepresidente, Arthur Sewall..., y eso era todo lo que necesitaba saber; a partir de ahí todo eran presidentes y guerras de los que nunca había oído hablar.

Margrethe había terminado su línea de investigaciones con la nariz fruncida de indignación. Una vez fuera donde no teníamos que hablar en susurros le preguntó qué era lo que la preocupaba.

-¡En absoluto es el mismo!

-Pero no podíamos esperar más que una negativa. Tienen que existir muchos mundos en los que la aeronáutica no se haya desarrollado en ningún sentido.

-¡Me alegra que no sea mi mundo! Alec, en este mundo *Dinamarca forma parte de Suecia.* ¿No es eso terrible?

En realidad no comprendía los motivos de su trastorno. Ambos países son escandinavos, muy parecidos entre sí..., o al menos así me lo parecía.

-Lo siento, querida. No sé mucho acerca de tales cosas. -(Había estado en Estocolmo en una ocasión, me gustaba el lugar. Pero no me parecía una buena ocasión para decírselo.)

-Y ese estúpido libro dice que Estocolmo es la capital y que Carlos VI es el rey. ¡Alec, ni siquiera pertenece a la realeza! ¡Y ahora me dicen que es *mi* rey!

-Pero amor, no es tu rey. Éste ni siquiera es tu mundo.

-Lo sé. ¿Alec? Si tenemos que establecernos aquí..., si este mundo no cambia de

nuevo..., ¿podría naturalizarme americana?

-Bueno, sí. Supongo que sí.

Suspiró.

-No quiero ser sueca.

No dije nada. Había cosas en las que no podía ayudarla.

Así pues, en Grants fuimos de nuevo a la biblioteca pública para ver cuáles eran los últimos cambios que había sufrido el mundo. Puesto que no habíamos visto *aeroplanos* ni dirigibles, era posible de nuevo que nos halláramos en el mundo de Margrethe. Esta vez miré primero bajo «Aeronáutica»: no encontré dirigibles pero sí máquinas volantes..., inventadas por el doctor Alberto Santos-Dumont del Brasil a principios de siglo, y me sentí alucinado ante el nombre del inventor, puesto que en mi mundo había sido un pionero de los dirigibles, secundado solamente por el conde von Zeppelin. Al parecer los aerodinos del doctor eran primitivos comparados con los aviones a chorro, o incluso los *aeroplanos;* parecían ser curiosidades antes que vehículos comerciales. Dejé el tema y me centré en la historia americana, comprobando primero el nombre de William Jennings Bryan.

No lo pude hallar. Bien, había sabido ya que éste no era mi mundo.

Pero Marga era toda sonrisas, apenas podía aguardar a salir fuera de la zona de silencio para hablarme de ello.

-En este mundo Escandinavia es un sólo gran país... !y Kóbenhavn es su capital!

-¡Oh, estupendo!

-El hijo de la reina Margarita, el príncipe Federico, fue coronado rey Eric Gustav..., sin duda para complacer a los extranjeros. Pero es una realeza auténticamente danesa, y un danés de la cabeza a los pies. ¡Así es como tiene que ser!

Intenté demostrar que yo también me sentía contento. Sin un centavo entre los dos, sin la menor idea de dónde íbamos a poder dormir aquella noche, se sentía tan feliz como un niño en Navidad..., sobre un asunto que no podía ver que importara en absoluto.

Dos cortos trayectos de auto stop nos llevaron hasta Alburquerque, y decidí que era prudente quedarse allí un tiempo -es una ciudad grande-, aunque tuviéramos que arrojarnos en brazos de la caridad del Ejército de Salvación. Pero encontré rápidamente trabajo como lavaplatos en la cafetería del «Holiday Inn» local, y Margrethe entró a trabajar como camarera en el mismo local.

Llevábamos trabajando allí menos de tres horas cuando ella entró en mis dominios y deslizó algo en el bolsillo de atrás de mi pantalón mientras yo estaba inclinado sobre la fregadera.

-¡Un regalo para ti, querido!

Me volví en redondo.

-Hola, maciza. -Miré mi bolsillo: una maquinilla de afeitar de viaje, con mango desmontable y hojas de recambio, todo ello metido en un estuche hermético más pequeño que unos Evangelios de bolsillo, pensado para llevarlo en el bolsillo.

-¿Lo has robado?

-En absoluto. Propinas. La vi en la tienda del vestíbulo. Querido, al primer momento libre que tengas quiero que te afeites.

-No te preocupes por eso, muñeca. Tu fuiste contratada por tu aspecto. Yo fui contratado por mis anchas espaldas, mi mente torpe y mi carácter dócil. Mi aspecto no importa.

-A mí sí.

-Tu menor deseo es una orden para mí. Ahora vete de aquí; estás frenando mi producción.

Aquella noche Margrethe me explicó por qué me había comprado una maquinilla de afeitar antes que cualquier otra cosa.

-Querido, no es solamente porque me guste que tu rostro esté suave y liso y tu pelo corto..., ¡aunque así es como me gusta! Esos trucos de Loki no han cesado, y cada vez hemos tenido que buscar inmediatamente trabajo sólo para comer. Dices que a nadie le importa el aspecto de un lavaplatos..., pero *yo* digo que presentarse limpio y arreglado ayuda en que te contraten para *cualquier* trabajo, y no puede hacerte ningún daño.

»Pero hay otra razón. Como resultado de esos cambios, tuviste que dejar crecer tu barba una vez, dos veces... puedo contar cinco veces, una de ellas durante más de tres días. Querido, cuando estás recién afeitado pareces más alto y tu aspecto es más feliz. Y eso me hace feliz a mí.

Margrethe me hizo una especie de cinturón para el dinero, en realidad un bolsillo de tela cosido a una tira resistente también de tela..., que deseaba que llevase incluso en la cama.

-Querido, hemos perdido todo lo que no llevábamos encima cada vez que se ha producido un cambio. Quiero que pongas tu maquinilla de afeitar y nuestro dinero *duro* en este cinturón cuando te desnudes para meterte en la cama.

-No creo que podamos vencer a Satanás tan fácilmente.

-Quizá no. Pero podemos intentarlo. Pasamos por cada cambio con las ropas que llevamos en aquel momento y con todo lo que tenemos en nuestros bolsillos. Eso parece formar parte de las reglas.

-El caos no tiene reglas.

-Quizás esto no sea el caos. Alec, si no quieres llevar esto en la cama, ¿te importa que lo lleve yo?

-Oh, ya lo llevaré. Eso no detendrá a Satanás si realmente desea quitárnoslo. Ni me importa realmente. Una vez nos arrojó completamente desnudos al Pacífico y así fuimos sacados de él..., ¿recuerdas? Lo que me *preocupa,* Marga, es: ¿has observado que cada vez que hemos sufrido un cambio estábamos cogidos el uno al otro? ¿Al menos de la mano?

-Lo he observado.

-El cambio se produce en un abrir y cerrar de ojos. ¿Qué ocurrirá si en aquel momento no estamos juntos, sujetándonos el uno al otro? ¿Al menos tocándonos? Dímelo.

Guardó silencio durante tanto rato que supe que no tenía intención de responder.

-Aja -dije-. Yo también. Pero no *podemos* ser hermanos siameses, tocándonos todo el tiempo. Tenemos que trabajar. Querida, mi vida: Satanás, o Loki, o quien sea el mal espíritu que está haciéndonos esto, puede separarnos para siempre simplemente eligiendo cualquier instante en que no estemos tocándonos.

-Alec.

-¿Sí, amor mío?

-Loki ha sido capaz de hacernos esto en cualquier momento desde hace mucho tiempo. No ha ocurrido.

-De modo que puede ocurrir en el próximo segundo.

-Sí. Pero puede también que no ocurra nunca.

Seguimos nuestro camino, y sufrimos más cambios. Las precauciones de Margrethe parecieron funcionar..., aunque en un cambio parecieron funcionar casi demasiado bien: a duras penas pude evitar una condena de prisión por posesión ilegal de monedas de plata. Pero un rápido cambio (el más rápido que hayamos visto) nos libró de la acusación, las pruebas y el testigo que nos había denunciado. Nos encontramos en una extraña sala de un no menos extraño tribunal, y fuimos expulsados rápidamente de allí por carecer de los tickets que nos autorizaban a permanecer en aquel lugar.

Pero la maquinilla de afeitar siguió conmigo; ningún policía o sheriff o alguacil pareció sentir deseos de confiscarla.

Viajábamos según nuestro método habitual (mi pulgar y las encantadoras piernas de Margrethe; desde hacía tiempo había admitido para mí mismo que lo mejor era que sacara

el mejor partido de lo inevitable), y habíamos sido dejados en un hermoso lugar de..., Texas, debía ser..., por un camionero que había salido de la 66 hacia el norte por una carretera secundaria.

Habíamos salido del desierto a una serie de bajas colinas verdes. Era un día maravilloso pero estábamos cansados, hambrientos, sudorosos y sucios, porque nuestros perseguidores -Satanás o quien fuera- se habían superado a sí mismos: tres cambios en treinta y seis horas.

En un día había tenido dos trabajos como lavaplatos en la misma ciudad y la misma dirección... y no había recibido nada a cambio. Es difícil cobrar de «The Lonesome Cowboy Steak House» cuando se convierte en el «Vivían's Grill» frente a tus ojos. Lo mismo ocurrió tres horas más tarde cuando el «Vivian's Grill» se fundió en una tienda de coches usados. Lo único bueno de todos esos shocks era que afortunadamente (¿o como resultado de una conspiración?) Margrethe estaba conmigo cada vez... en un caso había venido a buscarme y estaba esperando conmigo mientras mi jefe calculaba las horas que había trabajado, en el otro había estado trabajando conmigo.

El tercer cambio nos arrojó fuera de un alojamiento nocturno que ya habíamos pagado con un poco de trabajo de Margrethe.

De modo que cuando aquel camión nos dejó, estábamos cansados y hambrientos y sucios, y mi paranoia había alcanzado una nueva cúspide.

Llevábamos caminando unos pocos cientos de metros cuando tropezamos con un pequeño y agradable arroyo, un espectáculo precioso más allá de todo lo imaginable en Texas.

Nos detuvimos en su orilla, protegida por una cerca.

-Margrethe, ¿qué te parece vadearlo?

-Querido, voy a hacer algo más que vadearlo. Voy a bañarme en él.

-Hummm... Sí, si pasamos por debajo de la cerca y seguimos la corriente durante cincuenta o setenta y cinco metros, no creo que nadie pueda vernos desde la carretera.

-Mi amor, pueden ponerse en fila y vitorear .si quieren, yo voy a bañarme de todos modos. Y... esa agua parece limpia. ¿Será seguro bebería?

-¿De la parte donde circula el agua? Por supuesto. Hemos corrido muchos más riesgos cada día desde el iceberg. Si tuviéramos además algo para comer..., digamos tu helado fantasía. ¿O preferirías unos huevos revueltos? -Mantuve alzado el hilo inferior de la cerca para permitirle pasar por debajo.

-¿No te apetecería más una barra de chocolate?

-Sí, pero de chocolate con leche -respondí-. Yo también tengo mis vicios.

-Me temo que no, querido. Una barra de chocolate con leche no puede considerarse un vicio. -Sujetó el hilo para mí.

-Quizá será mejor que dejemos de hablar de comida que no podemos conseguir -dije, inclinándome para pasar por debajo y volviendo a enderezarme al otro lado-. Estoy dispuesto a comer mofeta cruda.

-Tenemos comida, querido. Llevo una barra de chocolate en mi bolsa.

Me detuve en seco.

-Mujer, si estás bromeando, estoy dispuesto a pegarte.

-No estoy bromeando.

-En Texas es legal castigar a una esposa con una vara siempre que no sea más gruesa que el pulgar de uno. -Alcé el pulgar-. ¿Ves alguna más o menos de este tamaño?

-Encontraré alguna.

-¿Dónde conseguiste esa barra?

-En esa parada al lado de la carretera, cuando el señor Facelli nos obsequió con el café y los donuts.

El señor Facelli había sido nuestro conductor nocturno antes del camionero que acababa de dejarnos. Dos donuts pequeños y el azúcar y la crema para el café habían sido nuestras únicas calorías en veinticuatro horas.

-La paliza puede esperar. Mujer, si la robaste, dímelo más tarde. ¿Tienes realmente una hermosa y auténtica barra de chocolate? ¿O estoy siendo presa de la fiebre?

-Alec, ¿crees que yo robaría una barra de chocolate? La obtuve en una máquina automática mientas tú y el señor Facelli estabais en el lavabo después de comer.

-¿Cómo la obtuviste? No tenemos ni un centavo. No de este mundo.

-Sí, Alec. Pero había una moneda de diez centavos en mi bolsa, de hacía dos cambios. Por supuesto no era una moneda de curso legal aquí, hablando estrictamente. Pero no podía ver que causara ningún daño si la máquina la aceptaba. Y lo hizo. Pero la retiré de la vista antes de que vosotros dos volvierais..., porque no tenía tres monedas de diez centavos y no podía ofrecerle una barra de chocolate al señor Facelli. -Ansiosamente, añadió-: ¿Crees que hice algo malo? ¿Que estafé, usando esos diez centavos?

-Es un problema técnico en el que no voy a entrar... siempre que pueda beneficiarme de mi parte del botín. Y eso me hace igualmente culpable. Esto... ¿comemos primero, o nos bañamos?

Primero comimos, un banquete campestre acompañado de deliciosa agua de arroyo. Luego nos bañamos, con muchas salpicaduras y risas..., lo recuerdo como uno de los momentos más felices de mi vida. Margrethe tenía jabón en su bolsa también, y yo proporcioné la toalla, mi camisa. Primero sequé a Margrethe con ella, luego me sequé yo. El aire cálido y seco hizo el resto.

Lo que ocurrió inmediatamente después fue inevitable.

Nunca en mi vida había hecho el amor al aire libre, y mucho menos a la brillante luz del día. Si alguien me hubiera preguntado, le hubiera dicho que para mí sería una imposibilidad psicológica; me sentiría demasiado inhibido, demasiado consciente de la indecencia implícita.

Me siento asombrado y feliz de decir que, aunque absolutamente consciente de las circunstancias, no me sentí turbado en lo más mínimo y fui completamente capaz..., quizá debido al burbujeante y contagioso entusiasmo de Margrethe.

Nunca hasta entonces había dormido tampoco desnudo en la hierba. Calculo que dormimos como una hora.

Cuando despertamos, Margrethe insistió en afeitarme. Yo no hubiera podido hacerlo muy bien ya que no disponía de espejo, pero ella sí podía y lo hizo, con su habitual eficiencia. Permanecíamos metidos hasta las rodillas en el agua; yo trabajaba el jabón con mis manos y me lo aplicaba a la cara. Ella afeitaba, y yo renovaba el jabón cuando era necesario.

-Ya está -dijo finalmente, y me dio un beso de remate-. Enjuágate, y no olvides las orejas. Buscaré la toalla. Tu camisa. -Subió a la orilla mientas yo me inclinaba sobre el arroyo y me echaba agua a la cara.

-Alec...

-No puedo oírte: el ruido de la corriente.

-¡Por favor, querido!

Me enderecé, sequé el agua de mis ojos con las manos, miré a mi alrededor.

Todas nuestras pertenencias habían desaparecido, excepto la maquinilla de afeitar.

XVII

Si voy al oriente no está,
y al occidente no le distingo;

al norte le he buscado y no le diviso,
me vuelvo al mediodía, y tampoco le veo.
Job, 23:8-9

-¿Qué has hecho con el jabón? -preguntó Margrethe.

Inspiré profundamente, luego exhalé el aire en un largo suspiro.

-¿He oído correctamente? ¿Me estás preguntando qué he hecho con el jabón?

-¿Qué hubieras preferido que preguntara?

-Oh... No lo sé. Pero no eso. Se produce un milagro... y tu me preguntas por una pastilla de jabón.

-Alec, un milagro que se produce una y otra vez deja de ser un milagro; se convierte en un engorro. Demasiado, demasiadas veces. Quiero gritar o estallar en lágrimas. Por eso he preguntado por el jabón.

Yo me hallaba a medio camino de la histeria cuando la pregunta de Margrethe me había golpeado como un jarro de agua fría. ¿Margrethe? La que no se inmuta ni con los icebergs ni con los terremotos, la que nunca se deja estremecer por la adversidad... *¿ella* deseaba gritar?

-Lo siento, querida. Tenía la pastilla de jabón en las manos mientras tú me estabas afeitando. No la tenía cuando me enjuagé la cara. Supongo que la dejé en la orilla. Pero no lo recuerdo. ¿Importa?

-No mucho, supongo. Aunque esa pastilla de jabón, utilizada sólo una vez, sería la mitad de nuestras riquezas terrenales si pudiera encontrarla, puesto que la maquinilla es la otra mitad. Puede que la hayas dejado en la orilla, pero no la veo.

-Entonces ha desaparecido. Marga, tenemos cosas urgentes de las que preocuparnos antes de que nos ensuciemos lo suficiente como para necesitar de nuevo jabón. Comida, ropas, abrigo. -Trepé a la orilla-. Zapatos. Ni siquiera tenemos *zapatos.* ¿Qué hacemos ahora? Estoy en blanco. Si tuviera un muro de las lamentaciones, me lamentaría.

-Tranquilo, querido. Tranquilo.

-¿Es correcto si sólo lloriqueo un poco?

Se me acercó, me rodeó con sus brazos y me besó.

-Lloriquea todo lo que quieras, querido, lloriquea por los dos. Luego decidamos qué hacer.

No puedo seguir deprimido con los brazos de Margrethe rodeándome.

-¿Tienes alguna idea? No puedo pensar en nada excepto volver junto a la carretera e intentar que alguien pare a base de pulgar... lo cual no me atrae en absoluto en el estado que nos encontramos. Ni siquiera disponemos de una hoja de higuera. ¿Has visto alguna higuera por aquí?

-¿Hay higueras en Texas?

-Texas tiene de todo. ¿Qué hacemos ahora?

-Volver a la carretera y echar a andar.

-¿Descalzos? ¿Por qué no quedarnos quietos y agitar nuestros pulgares? No vamos a poder ir muy lejos descalzos. Mis pies son tiernos.

-Se endurecerán. Alec, *debemos* mantenernos en movimiento. Por nuestra moral, amor. Si cedemos, moriremos. Losé.

Diez minutos más tarde estábamos avanzando lentamente hacia el este por la carretera. Pero no era la carretera que habíamos dejado. Ésta tenía cuatro carriles en vez de dos, con amplios arcenes pavimentados. La verja que seguía el curso del arroyo, en vez de tres tiras de hilo espinoso, era de malla de hierro y tan alta como mi cabeza. Hubiéramos tenido problemas para volver a la carretera de no ser por el arroyo. Volviendo al agua y

aguantando la respiración, conseguimos deslizamos por debajo de la verja. Esto nos dejó empapados de nuevo (y no disponíamos de ninguna toalla-camisa), pero el cálido aire arregló aquello en pocos minutos.

Había mucho más tráfico en la carretera que el que había en la que habíamos abandonado, tanto camiones como lo que parecían ser coches particulares. Y era *rápido.* Cuánto no puedo decirlo, pero parecía al menos dos veces más rápido que cualquier transporte terrestre que haya visto nunca. Quizá tan rápido como los dirigibles transoceánicos.

Había grandes vehículos que tenían que ser camiones de carga pero parecían más furgones de ferrocarril que camiones propiamente dichos. Y eran bastante más largos que los furgones. Pero mientras miraba creí ver que cada uno era al menos tres coches unidos, articulados. Lo supuse al intentar contar las ruedas. ¿Dieciséis por coche? ¿Era eso posible?

Aquellos mamuts avanzaban sin ningún sonido, excepto el aire que desplazaban y el roce de los neumáticos contra el pavimento. Mi profesor de dinámica los hubiera aprobado.

Por el carril más cercano a nosotros circulaban vehículos más pequeños que supuse eran coches particulares, aunque no podía ver a nadie dentro. Donde uno esperaba que estuvieran las ventanillas parecía haber espejos de acero pulido. Eran largos y bajos y de forma tan estilizada como una aeronave.

Y entonces vi que no había *una* carretera, sino *dos.* Todo el tráfico del pavimento más cercano a nosotros iba hacia el este; al menos a un centenar de metros de distancia, otro flujo de tráfico se encaminaba al oeste. Más lejos aún, vista solamente en atisbos, había otra verja limitando el lado norte de una extensión mayor de todas cuantas hubiera visto.

Avanzamos por el extremo del arcén. Empecé a sentirme pesimista acerca de las posibilidades de ser recogidos. Aunque pudieran vernos (lo cual no parecía muy seguro), ¿cómo podrían pararse con la suficiente rapidez para recoger a alguien en aquella carretera? De todos modos, hice el gesto con el pulgar a cada coche que pasaba.

Me guardé mis recelos para mí mismo. Después de haber caminado un tiempo decepcionantemente largo, un coche que acababa de pasarnos se salió del carril de tráfico al arcén y se detuvo al menos a medio kilómetro más adelante de nosotros, luego retrocedió a una velocidad que yo hubiera considerado demasiado rápida yendo marcha adelante. Salimos rápidamente del arcén.

Se detuvo junto a nosotros. Una sección espejeante de un metro de ancho y al menos la misma altura se alzó como la puerta de acceso del sótano exterior de una casa, y me hallé contemplando el interior del compartimiento de pasajeros. El operador nos miró y sonrió.

-¡No lo creo!

Intenté devolverle la sonrisa.

-Yo mismo no lo creo tampoco. Pero aquí estamos. ¿Puede llevarnos?

-Podría. -Miró a Margrethe de arriba a abajo-. ¡Vaya! -No hizo otro comentario-. ¿Qué ocurrió?

Fue Margrethe quien respondió.

-Señor, estamos perdidos.

-Eso parece. ¿Pero cómo se las apañaron para perder también sus ropas? ¿Fueron secuestrados? ¿O qué? No importa, eso puede esperar. Me llamo Jerry Farnsworth.

-Nosotros somos Alec y Margrethe Graham -respondí yo-

-Encantado de conocerles. Bien, no parecen armados... excepto esa cosa que tiene usted en su mano, señora Graham. ¿Qué es?

Ella se la tendió.

-Una maquinilla de afeitar.

La aceptó, la miró, se la devolvió.

-Que me aspen si no lo es. No he visto una parecida desde que era demasiado joven para afeitarme. Bien, no veo cómo pueden hacerme ningún daño con eso. Suban. Alec, usted puede ocupar el asiento de atrás; su hermana puede sentarse aquí delante conmigo. -Otra sección de la carrocería se abrió hacia arriba.

-Gracias -respondí, pensando hoscamente en mendigos y aprovechados-. Marga no es mi hermana: es mi esposa.

-¡Hombre afortunado! ¿Le molesta que su esposa vaya a mi lado?

-¡Oh, por supuesto que no!

-Creo que podría conseguir usted que un medidor de tensión campanilleara como un loco. Señora, será mejor que pase atrás con su esposo.

-Señor, me invitó usted a sentarme a su lado y mi esposo ha expresado su aprobación. -Margrethe se deslizó en el asiento delantero al lado del conductor. Yo abrí la boca y volví u cerrarla, tras darme cuenta de que no tenía nada que decir. Subí al asiento de atrás; descubrí que el coche era más grande por dentro que por fuera; el asiento era amplio y confortable. Las puertas descendieron y se cerraron; los «espejos» eran ahora ventanillas.

-Voy a volver a la circulación -dijo nuestro anfitrión-, así que no toquen ningún seguro. A veces este trasto arranca como un toro, seis ges o más. No, esperen un segundo. ¿Dónde van ustedes? -Miró a Margrethe.

-íbamos a Kansas, señor Farnsworth.

-Llámeme Jerry, querida. ¿Así a pelo?

-No tenemos ropas, señor. Las perdimos.

Añadí:

-Señor Farnsworth..., Jerry..., nos hallamos en una situación desesperada. Lo hemos perdido todo. Sí, vamos a Kansas, pero primero necesitamos encontrar ropas en alguna parte... en la Cruz Roja quizá, no lo sé. Y tenemos que encontrar trabajo y ganar algo de dinero. Luego iremos a Kansas.

-Entiendo. Creo. Algo, al menos. ¿Cómo piensan llegar hasta Kansas?

-Pensábamos continuar recto hasta la ciudad de Oklahoma, luego al norte. Mantenernos en las carreteras principales. Hacemos auto stop, ¿sabe?

-Alec, me doy cuenta de que están ustedes realmente perdidos. ¿Ven esa verja? ¿Saben cuál es la penalización para un peatón descubierto dentro de sus límites?

-No, no lo sé.

-La ignorancia es una bendición. Se sentirán mucho mejor si se limitan a las carreteras secundarias, donde el auto stop aún es legal, o al menos tolerado. Si se dirigen a Oke City, yo puedo ayudarles. Agárrense. -Hizo algo en los controles frente a él. No tocó el volante porque no había ningún volante que tocar. En vez de ello había dos empuñaduras.

El coche vibró débilmente, luego saltó de lado. Tuve la sensación como si hubiera caído sobre musgo blando y mi piel hormigueó como bajo electricidad estática. El coche se bamboleó como un bote pequeño en un mar movido, pero aquel «suave musgo» impidió que me golpeara contra ningún lado.

Repentinamente todo se calmó y solamente siguió una débil vibración. El paisaje parecía huir velozmente hacia atrás.

-Ahora -dijo el señor Farnsworth-, Háblenme de ello.

-¿Margrethe?

-Por supuesto, querido. Debes hacerlo.

-Jerry..., venimos de otro mundo.

-¡Oh, no! -gruñó-. ¡No otro platillo volante! Eso hace cuatro esta semana. ¿Cuál es su historia?

-No, no. No hemos visto ningún platillo volante. Somos de la Tierra, pero... diferente. Estábamos haciendo auto stop en la Carretera 66, intentando alcanzar Kansas...

-Espere un momento. Ha dicho usted 66.

-Sí, naturalmente.

-Así es como acostumbraban a llamar a esta carretera antes de que la reconstruyeran. Pero se la conoce como Interestatal 44 desde, oh, hace más de cuarenta años, quizá cincuenta. Hey. ¡Viajeros *temporales]* ¿Lo son ustedes?

-¿A qué año estamos? -pregunté.

-1994.

-Ése es nuestro año también. Viernes 18 de mayo. O lo era esta mañana. Antes del cambio.

-Todavía sigue siéndolo. Pero... Miren, dejemos de dar saltos de un lado para otro. Empiecen por el principio, sea el que sea, y cuéntenme cómo se metieron dentro de la verja, completamente desnudos.

Se lo conté.

Finalmente dijo:

-Ese pozo de fuego. ¿No se quemó usted?

-Una pequeña ampolla.

-Solamente una ampolla. Apostaría a que será usted feliz en el infierno.

-Mire, Jerry, realmente andan sobre carbones encendidos.

-Lo sé, lo he visto. En Nueva Guinea. Pero nunca me decidí a probarlo. Ese iceberg... Hay algo que me preocupa. ¿Cómo puede un iceberg estrellarse contra el *costado* de un barco? Un iceberg permanece inmóvil en el agua, siempre.

Por supuesto, un barco puede chocar contra uno de ellos, pero el daño es siempre en la *proa.* ¿Correcto?

-¿Margrethe?

-No lo sé, Alec. Lo que dice Jerry suena correcto. Pero *ocurrió.*

-Jerry, yo tampoco lo sé. Estábamos en un camarote delantero; quizá toda la parte anterior del barco resultó aplastada. Pero, si Marga no lo sabe, seguro que yo menos, porque recibí un golpe en la cabeza y me apagué como una luz. Marga me mantuvo a flote... ya se lo he contado.

Farnsworth me miró pensativamente. Había hecho girar su asiento de modo que nos miraba de frente a los dos mientras yo hablaba, y le había enseñado a Margrethe cómo destrabar su asiento de modo que pudiera girar también, lo cual nos situó a los tres en un círculo íntimo de conversación, con nuestras rodillas casi tocándose..., y lo dejaba a él vuelto de espaldas al tráfico.

-Alec, ¿qué fue de ese Hergensheimer?

-Quizá no he sabido expresarme con claridad..., no lo tengo demasiado claro ni yo mismo. Es *Graham* quien falta. *Yo* soy Hergensheimer. Cuando caminé sobre el fuego y me encontré en un mundo distinto, me hallé en el sitio de Graham, como le he dicho. Todo el mundo me llamaba Graham y parecía pensar que yo *era* Graham..., y Graham, el auténtico, había desaparecido. Supongo que puede decir usted que tomé el camino fácil..., pero allí estaba, a miles de kilómetros de casa, sin dinero, sin billete, y nadie había oído jamás hablar de Alexander Hergensheimer. -Me alcé de hombros y abrí los brazos, impotente-. Pequé. Llevé sus ropas, comí en su mesa, respondí a su nombre.

-Todavía sigo sin captar la esencia de todo eso. Quizá se parezca usted lo bastante a Graham como para engañar casi a cualquiera..., pero su esposa notaría la diferencia. ¿Margie?

Margrethe miró a lo más profundo de mis ojos con tristeza y amor, y respondió firmemente:

-Jerry, mi esposo está confuso. Una extraña amnesia. Él es Alec Graham. No existe Alexander Hergensheimer. Nunca existió.

Aquello me dejó sin habla. Cierto, Margrethe y yo no habíamos discutido este asunto desde hacía varias semanas; cierto, nunca había admitido llanamente que yo no fuera Alec Graham. Estaba aprendiendo una vez más (¡y otra, y otra!) que nadie le gana en una discusión a Margrethe. Todas las veces que pensaba que había ganado, las cosas resultaban ser siempre que ella se había limitado a callarse.

-¿Quizá ese golpe en la cabeza, Alec? -dijo Farnsworth.

Mire, ese golpe en la cabeza no fue nada..., unos pocos minutos inconsciente, nada más. Y no hay lagunas en mi memoria. Todo lo que ocurrió durante las dos semanas *después* de caminar sobre el fuego. Jerry, mi esposa es una mujer maravillosa..., pero *debo* mostrarme en desacuerdo con ella sobre esto. Ella quiere creer que soy Alec Graham por que se enamoró de Graham antes de que me conociera a mí. Cree en ello porque necesita creer en ello. Por supuesto, sé quien soy: Hergensheimer. Admito que la amnesia puede presentar algunos efectos curiosos..., pero había un detalle que yo no podía haber falsificado, uno que decía enfáticamente que yo, Alexander Hergensheimer, no era Alec Graham.

Me di una palmada en el estómago, donde había habido una prominente barriga.

-Aquí está la prueba: yo llevaba las ropas de Graham, ya se lo he dicho. Pero sus ropas no me encajaban perfectamente. En el momento de caminar sobre el fuego yo estaba algo más godo, con demasiado peso, con mucho pellejo aquí. -Di una nueva palmada a mi estómago-. Las ropas de Graham me apretaban demasiado en la cintura. Tenía que inspirar a fondo y contener la respiración para atarme la faja de cualquier par de pantalones. Eso no podía haber ocurrido en un abrir y cerrar de ojos, mientras cruzaba el pozo de fuego. Y no había ocurrido. Dos semanas de buena y abundante comida en un crucero me dieron ese aspecto orondo..., y eso demuestra que no soy Alec Graham.

Margrethe no sólo guardó silencio, sino que su expresión no dijo nada. Pero Farnsworth insistió:

-¿Margie?

-Alec, estabas teniendo exactamente ese problema con tus trajes *antes* de caminar por encima del fuego. Por la misma razón. Demasiada comida. -Sonrió-. Lamento contradecirte, mi amor..., pero me siento terriblemente satisfecha de que seas tú.

-Alec -dijo Jerry-, muchos son los hombres que caminarían sobre el fuego para conseguir a una mujer que le mirara de la forma que ella lo está haciendo ahora. Cuando lleguéis a Kansas, será mejor que acudas a un lavameninges; tienes que hacerte desenredar esta amnesia. Nadie puede engañar a una mujer respecto a su esposo. Cuando una ha vivido con él, ha dormido con él, le ha administrado enemas y ha escuchado sus chistes, una sustitución es imposible, no importa lo mucho que pueda parecérsele el sosias. Ni siquiera un gemelo idéntico podría conseguirlo. Hay todas esas pequeñas cosas que una esposa sabe y el público nunca ve.

-Marga, es tu turno -dije.

-Jerry, mi esposo está diciendo que debo refutar eso, en parte, yo misma -respondió-. Por aquel entonces yo no conocía a Alec tan bien como una esposa conoce a su marido. No era su esposa entonces; era su amante..., y llevaba siéndolo sólo varios días. -Sonrió-. Pero en esencia tiene razón: lo reconocí.

Farnsworth frunció el ceño.

-De nuevo me siento desconcertado. Estamos hablando de un hombre o de dos. Este Alexander Hergensheimer..., Alec, háble me de él.

-Soy un predicador protestante, Jerry, ordenado en los Hermanos del Apocalipsis de la Iglesia Cristiana de la Única Verdad..., la Hermandad del Apocalipsis, como sin duda la conocerá usted. Nací en la granja de mi abuelo en las afueras de Wichita el 22 de mayo...

-¡Hey, su cumpleaños es esta semana! -observó Jerry. Marga pareció alerta.

-Sí, es cierto. He estado demasiado ocupado para pensar en ello... Del mil novecientos sesenta. Mis padres y abuelos están muertos; mi hermano mayor sigue trabajando en la granja de la familia...

-¿Es por eso que van a Kansas? ¿Para encontrar a su hermano?

-No. Esa granja se halla en otro mundo, aquél en el que crecí.

-Entonces, ¿por qué van a Kansas?

Tardé en responder.

-No tengo ninguna respuesta lógica. Quizá sea el instinto de la vuelta al hogar. Quizá sea algo como los caballos regresando al establo en llamas. No lo sé, Jerry. Pero tengo que volver e intentar hallar mis raíces.

-Ésa es una razón que puedo entender muy bien. Adelante, siga.

Le hablé de mis días de estudiante, sin ocultar el hecho que había fracasado en seguir una carrera de ingeniería..., mi cambio al seminario y mi ordenación o graduación, luego mi asociación con las I.U.D. No mencioné a Abigail, no mencioné que no había tenido demasiado éxito como persona, principalmente (en mi opinión particular) porque a Abigail no le gustaba la gente y a los miembros de mi parroquia no les gustaba Abigail. Imposible poner todos los detalles en una corta biografía..., pero el hecho es que no podía mencionar en absoluto a Abigail sin arrojar dudas sobre lo legítimo del estatus de Margrethe..., y esto no podía soportarlo.

-Y eso es todo. Si me hallara en mi mundo nativo, podría usted telefonear a la sede central de las I.U.D. en Kansas City, Kansas, y comprobar toda mi historia. Habíamos tenido un año de éxitos, y yo me hallaba de vacaciones. Había tomado un dirigible, el *Count von Zeppelin,* de las Líneas Aéreas Norteamericanas, desde el aeropuerto de Kansas City hasta San Francisco, hasta Hilo, hasta Tahití, y allí me uní a la motonave *Konge Knut,* y eso nos lleva a este momento, pues ya le he contado el resto.

-Todo lo que dice suena correcto, habla usted con sentido... ¿Ha nacido usted de nuevo?

-¡Por supuesto! Me temo que en estos momentos no me hallo en estado de gracia..., pero estoy trabajando en ello. Nos hallamos en los Últimos Días, hermano; es urgente. ¿Ha nacido *usted* de nuevo?

-Discutiremos eso más tarde. ¿Cuál es la segunda ley de la termodinámica?

Hice una mueca.

-La entropía siempre aumenta. Eso es lo que me hizo decantarme hacia otros horizontes.

-Ahora háble me de Alec Graham.

-No hay mucho que pueda decir. Su pasaporte indicaba que había nacido en Texas, y dio la dirección de una firma de abogados en Dallas como su domicilio. Para todo lo demás será mejor que pregunte a Margrethe; ella lo conoció, yo no. -No mencioné el embarazoso millón de dólares. No podía explicarlo, así que lo dejé correr..., y Marga sólo tenía mi palabra al respecto; nunca lo había visto.)

-Margie, ¿puede ilustrarnos sobre Alex Graham?

Tardó en responder.

-Me temo que no puedo añadir nada a lo que le ha dicho mi esposo.

-¡Hey! Estás dejándome en la estacada. Tu esposo dio una detallada descripción del doctor Jekyll; ¿no puedes describir tú al señor Hyde? Hasta ahora no es más que un cero. Una dirección postal en Dallas, nada más.

-Señor Farnsworth, estoy segura de que no ha sido usted nunca camarera en un barco...

-No, no lo he sido. Pero fui camarero en un carguero... dos viajes, cuando era joven.

-Entonces lo entenderá. Una camarera conoce muchas cosas sobre sus pasajeros. Sabe cuan a menudo se bañan. Sabe cuan a menudo se cambian de ropa. Sabe cómo huelen... y todo el mundo huele, algunos bien, otros mal. Sabe qué tipo de libros leen..., o no leen. Y

sobre todo sabe si son o no auténticos caballeros y damas, honestos, generosos, considerados, de buen corazón. Sabe todo lo que es necesario saber para poder juzgar a una persona. Sin embargo, puede que no conozca la ocupación de un pasajero, su ciudad de origen, sus estudios, o cualquiera de esos otros detalles que conoce un amigo.

»Antes del día que caminó sobre el fuego, llevaba cuatro semanas siendo la camarera de Graham. Durante las últimas dos de esas semanas fui su amante, y me enamoré locamente de él. Después de atravesar el fuego pasaron varios días antes de que su amnesia nos permitiera reanudar nuestra feliz relación..., y entonces fui feliz de nuevo. Y ahora llevo siendo su esposa cuatro meses..., meses de una cierta adversidad pero la época más feliz de toda mi vida. Y sigue siéndolo y creo que siempre lo será. Y eso es todo lo que sé sobre mi esposo Alec Graham. -Me sonrió, y sus ojos estaban orlados de lágrimas, y descubrí que los míos también lo estaban.

Jerry suspiró y agitó la cabeza.

-Esto requiere un Salomón. Cosa que yo no soy. Creo sus dos historias..., y una de ellas no puede ser correcta. No importa. Mi esposa y yo practicamos la hospitalidad musulmana, algo que aprendí en la última guerra. ¿Aceptarán ustedes nuestra hospitalidad por una noche o dos? Será mejor que digan que sí.

Marga me miró; dije:

-¡Sí!

-Bien. Ahora veamos si el jefe está en casa. -Giró en redondo para mirar de nuevo hacia delante, tocó algo. Unos instantes más tarde se encendió una luz y algo hizo *¡bip!* una sola vez. Su rostro se iluminó y dijo:

-Duquesa, aquí tu esposo favorito.

-Oh, Ronny, ha sido tanto *tiempo.*

-No, no. Prueba de nuevo.

-¿Albert? ¿Tony? George, Andy, Jim...

-Uno más y acertarás; traigo compañía conmigo.

-¿Sí, Jerry?

-Compañía para cenar y para pasar la noche y posiblemente más.

-Sí, mi amor. ¿Cuántos y de qué sexos y cuándo estaréis en casa?

-Déjame preguntarle a Hubert. -Tocó de nuevo algo-. Hubert dice veintisiete minutos. Dos invitados. El uno sentado a mi lado tiene unos veintitrés, más o menos alguno: rubia, delgada, ojos azul oscuro, altura uno setenta, masa cincuenta, no tengo otros datos básicos comprobados pero calcula más o menos los de nuestra hija. Hembra. Estoy seguro de que es hembra puesto que ni siquiera lleva zapatillas.

-Sí, querido. Le arrancaré los ojos. Después de haberle dado de comer, por supuesto.

-Bien. Pero no es ninguna amenaza porque su esposo está con ella y la vigila de cerca. ¿Te he dicho que también está desnudo?

-No lo hiciste. Interesante.

-¿Quieres sus estadísticas básicas? Si es así, ¿las quieres relajadas o en posición de firmes?

-Mi amor, eres un sucio viejo, y me alegra decirlo. Deja de intentar azarar a tus invitados.

-Hay locura en mi método, duquesa. Están desnudos porque no tienen ni una prenda de ropa. Pero sospecho que se azaran fácilmente. Así que por favor espéranos en la puerta con ropas. Tienes sus estadísticas, excepto... Margie, tiéndame un pie.-Marga alzó rápidamente un pie, sin ningún comentario. Él lo palpó-. Un par de tus sandalias irán bien, creo. Zapatos para él. Un par de los míos.

-¿Sus otras medidas? No importan los chistes.

-Tiene más o menos mi altura y mi anchura de hombros, pero yo soy ocho kilos más

pesado, como mínimo. Así que algo de mi perchero de hace tiempo. Si Sybil tiene la casa llena de sus jóvenes bárbaros, por favor utiliza toda tu cautela para mantenerlos alejados de la puerta. Son gente educada; los presentaremos después de que hayan tenido la oportunidad de vestirse.

-De acuerdo, mi sargento. Pero ya es hora de que me *los* presentes.

-*Mea culpa.* Mi amor, ésta es Margrethe Graham, señora de Alec Graham.

-Hola, Margrethe. Bienvenida a nuestra casa.

-Gracias, señora Farnsworth...

-Katherine, querida. O Katie.

-Katherine. No puedo expresar todo lo que están haciendo por nosotros... ¡cuando nos hallamos en un estado tan miserable! -Mi amor se echó a llorar.

Cortó bruscamente sus lágrimas.

-Y éste es mi esposo, Alec Graham.

-Hola, señora Farnsworth. Y gracias.

-Alec, traiga a esa chica directamente aquí. Quiero darle la bienvenida. A ambos.

-Hubert dice veintidós minutos, duquesa -interrumpió Jerry.

-*Hasta la vista.* Corto y voy a prepararlo todo.

-Corto. -Jerry hizo girar de nuevo su asiento-. Katie le encontrará algo bonito que ponerse, Margie... aunque en su caso cualquier cosa sirve. Hey, ¿tiene frío? Hemos estado charlando todo este tiempo y no se me ha ocurrido pensar en eso. Mantengo la temperatura interior de este trasto un poco baja porque yo llevo ropa. Pero Hubert puede cambiar eso rápidamente.

-Soy un vikingo, Jerry; nunca tengo frío. La mayor parte de las habitaciones son demasiado calientes para mi gusto.

-¿Qué hay con usted, Alec?

-Estoy bien -respondí, temblando sólo un poquito.

-Creo... -empezó a decir Jerry...

...y los cielos se abrieron con la más brillante de las luces imaginables, superando al día, y fui presa de un repentino dolor, sabiendo que había fracasado en conducir a mi amor de vuelta a la gracia.

XVIIl

Y Satanás respondió a Yahvé y dijo:
¿Acaso teme de balde Job a Elohim?
Job, 1:9
¿Hallarás tú la esencia de Eloah?
¿Hasta la perfección de Shadday llegarás?
Job, 11:7

Aguardé el Grito.

Mis sentimientos estaban entremezclados. ¿Deseaba el Éxtasis? ¿Estaba dispuesto a ser arrebatado hacia las alturas, a los brazos amorosos de Jesús? Sí, quedo Señor. ¡Sí! ¿Sin Margrethe? ¡No, no! ¿Entonces eliges ser arrojado al Pozo? Sí..., no, pero... ¡Decídete!

El señor Farnsworth alzó la vista al cielo.

-¡Contemplen cómo parte!

Alcé la vista a través del techo del coche. Había como un segundo sol directamente encima de nuestras cabezas. Pareció encogerse y perder brillo progresivamente mientras lo observaba.

-¡Justo a tiempo! -prosiguió nuestro anfitrión-. Ayer teníamos una carga, perdimos la ventana, y hubo que reprogramar. Cuando tienes la responsabilidad, y la H está hirviendo, incluso el fallo de una carga para una órbita puede acabar con tu margen de beneficios. Y ayer ni siquiera fue un fallo; fue una orden totalmente inútil de volver a comprobar dictada por esos culogordos de la Nasa. Cifras.

Parecía estar hablando en inglés.

Margrethe dijo sin aliento:

-Señor Farnsworth..., Jerry..., ¿qué fue eso?

-¿Eh? ¿Nunca habían visto antes un despegue?

-No sé lo que es un despegue.

-Hummm... Sí, Margie, el hecho de que usted y Alec procedan de otro mundo, o mundos..., es algo que aún no ha empapado mi cerebro. ¿En su mundo no tienen viajes espaciales?

-No estoy segura de lo que quiere decir con eso, pero no creo que los tengamos.

Yo estaba completamente seguro de lo que quería decir, de modo que interrumpí:

-Jerry, está hablando de volar a la Luna, ¿verdad? Al estilo de Julio Verne.

-Sí. Más o menos.

-¿Eso fue una nave etérea? ¿Yendo a la Luna? ¡Santo Moisés! -La profana exclamación se me escapó sin querer.

-Tranquilo. No se trataba de ninguna nave etérea, era un cohete de carga no tripulado. No va a la Luna; sólo va a Leo..., la órbita más baja de la Tierra. Luego vuelve, amarra en Galveston, es traído de vuelta a North Texas Port, desde donde partirá de nuevo algún día de la próxima semana. Pero parte de su caga irá a Luna City o Tycho Sub..., y parte irá incluso hasta tan lejos como los asteroides. ¿Está claro?

-Oh..., en absoluto.

-Bien, durante el segundo mandato de Kennedy...

-¿Quién?

-John F. Kennedy. Presidente. Del sesenta y uno hasta el sesenta y nueve.

-Lo siento. Voy a tener que volver a aprender de nuevo la historia. Jerry, lo más desconcertante de todo esto de ser lanzado de un mundo a otro no es la nueva tecnología, como la televisión o los aviones a chorro..., o incluso las naves que viajan por el espacio. Es la distinta historia.

-Bien..., cuando lleguemos a casa le buscaré una historia americana y una historia de los viajes espaciales. Hay muchas de ellos en la casa; estoy metido en el espacio hasta los sobacos..., empecé con modelos de cohetes cuando era chico. Ahora, además de la Diana Freight Lines, he conseguido participación en una Escala de Jacob y en el Tallo; por ahora ambas cosas son solamente una forma de eludir impuestos, pero...

Creo que vio la expresión de mi rostro.

-Lo siento. Busque en los libros que le seleccionaré» luego hablaremos.

Farnsworth miró de nuevo a sus controles, tecleó algo, parpadeó, volvió a teclear y señaló:

-Hubert dice que tendremos el sonido dentro de tres minutos y veintiún segundos.

Cuando el sonido llegó, me sentí decepcionado. Había esperado el retumbar de un trueno que parangonara aquella increíble luz. En vez de ello se produjo un sordo retumbar que siguió y siguió, luego se desvaneció sin un final concreto.

Unos pocos minutos más tarde el coche abandonó la carretera, giró hacia la derecha en un amplio círculo y pasó por un túnel inferior antes de salir a una carretera más estrecha. Permanecimos en esta carretera (la 83, observé) unos cinco minutos, luego se produjo un *bip* repetido y un flash de luces.

-Te he oído -dijo el señor Farnsworth-. Tú limítate a controlar tus caballos. -Hizo girar

su asiento y se situó hacia delante y agarró las dos palancas.

Los minutos siguientes fueron interesantes. Recodé algo que había dicho el Sabio de Aníbal: «Si no quieres hacerlo por tu honor, hazlo por tu seguridad.» El señor Farnsworth parecía considerar cualquier colisión evitada por una distancia mensurable como algo menos que deportivo. Una y otra vez aquel suave almohadillado nos salvó de arañazos si no de huesos rotos. En una ocasión la señal del mecanismo sonó: *¡Bii-bii-bii-biip!;* gruñó en respuesta:

-¡Cállate! Ocúpate de tus asuntos; yo me ocuparé de los míos -y escapamos otra vez por los pelos.

Salimos a una carretera estrecha, privada, concluí, puesto que sobre la entrada había un arco que decía LA LOCURA DE FARNSWORTH. Subimos una cuesta. En la parte superior, perdida entre árboles, había una alta puerta que restalló al abrirse cuando nos acercamos.

Allí conocimos a Katie Farnsworth.

Si han leído este libro hasta aquí, entonces sabrán que estoy enamorado de mi esposa. Eso es básico, como la velocidad de la luz, como el amor de Dios Padre. Sepan ahora que entonces aprendí que podía amar a otra persona, una mujer, sin menoscabo de mi amor por Margrethe, sin desear quitársela a su legítimo compañero, sin ansiar poseerla. O a) menos no mucho.

Conociéndola supe que un metro setenta es la altura ideal para una mujer, que cuarenta años es la edad perfecta, y que cuarenta y cinco kilos es el peso correcto, del mismo modo que para una mujer la voz de contralto es el registro adecuado. Que mi propio amor no posea nada de eso es irrelevante; Katie Farnsworth lo hace perfecto para *ella mostrándose contenta con lo que ella* es.

Pero lo que me sorprendió desde un principio fue el tremendamente gracioso gesto de cálida hospitalidad que nos dedicó, como nunca había encontrado otro en mi vida.

Sabía por su esposo que estábamos totalmente desnudos; sabía también por él que se daba cuenta de que nos sentíamos azarados por nuestro estado. Así que había traído ropas para cada uno de nosotros.

Y ella iba desnuda.

No, eso no es correcto; *yo* iba desnudo, ella iba desvestida. Eso no es completamente correcto tampoco. ¿Desnuda? ¿Sin ropas? ¿Desvestida? No, iba vestida con su propia belleza, como la Madre Eva antes de la Caída. Hacía que aquello pareciera tan absolutamente apropiado que me pregunté cómo podía haber adquirido yo alguna vez la ilusión de que la ausencia de ropas significa obscenidad.

Aquellas puertas en forma de concha se alzaron; salí y ayudé a salir a Margrethe. La señora Farnsworth dejó caer lo que llevaba, puso sus manos en torno a Margrethe y la besó.

-¡Margrethe! Bienvenida, querida.

Mi amor envaró ligeramente la espalda e hizo un mohín.

Luego la señora Farnsworth me ofreció su mano.

-Bienvenido usted también, señor Graham. Alec. -dijo. Tomé su mano, no la estreché. En vez de ello la mantuve entre las mías como una rara porcelana china y me incliné sobre ella. Tuve la sensación de que debía besarla, pero nunca he aprendido a hacerlo.

Para Margrethe había traído un traje de verano del color de los ojos de Marga. Su estilo sugería la Arcadia del mito: uno podía imaginar a una ninfa de los bosques llevándolo. Colgaba del hombro izquierdo, estaba abierto a todo lo largo por la parte de la derecha pero envuelto en torno al cuerpo en una generosa superposición. Ambos lados de aquel

sencillo atuendo terminaban en una larga cinta; el extremo que quedaba debajo pasaba por un corte en la tela, que permitía que ambos extremos siguieran todo el camino en torno a la cintura de Marga para atarse en el lado derecho.

Se me ocurrió que aquel vestido se adaptaba a todas las tallas. Podía ceñirse o dejarse suelto sobre cualquier figura, .según como se atase.

Katie traía sandalias para Marga, azules para conjuntar con el vestido. Para mí traía zapatos mexicanos, de esos de piel cortada sin doblar y abiertos por arriba de modo que encajan en casi todos los pies, como el traje, simplemente según la forma cómo son atados. Me ofreció unos pantalones y una camisa que eran superficialmente equivalentes a aquellas que había comprado en Winslow en el SEGUNDA MANO..., pero hechos a la medida y de ligera lana de verano en vez de algodón barato producido en masa. También traía para mí calcetines que hacían juego con los zapatos y ropa interior que parecía ser de mi talla.

Cuando nos hubo vestido, aún había ropa sobre la hierba..., la suya. Y entonces comprendí que ella se había dirigido hasta la puerta vestida, se había desnudado allí, y nos había aguardado..., «vestida» como nosotros.

Eso es consideración.

Vestidos, volvimos a subir al coche. El señor Farnsworth aguardó un momento antes de empezar a subir la cuesta.

-Katie, nuestros invitados son cristianos.

La señora Farnsworth pareció encantada.

-¡Oh, qué interesante!

-Eso pensé yo también. Alec, no hay muchos cristianos por esta parte. Siéntase libre de expresar sus opiniones frente a Katie y a mí..., pero cuando haya alguien más por los alrededores se sentirá más cómodo no discutiendo sus creencias. ¿Me comprende?

-Oh..., me temo que no. -Mi cabeza era un torbellino, y sentía timbres en las orejas.

-Bueno..., ser cristiano no va contra la ley aquí; Texas posee libertad religiosa. De todos modos, los cristianos no son muy populares, y el culto cristiano se realiza casi todo secretamente. Oh, si quiere usted ponerse en contacto con su propia gente, supongo que podemos arreglar las cosas para localizar una catacumba. ¿Katie?

-Oh, estoy segura de que podremos encontrar a alguien que lo sepa. Puedo lanzar algunas sondas.

-Sólo si Alec lo desea, querida. Alec, no corre peligro de ser lapidado; este país no es una región atrasada o remota. No hay casi ningún peligro. Pero no deseo que sea usted discriminado o insultado.

-Sybil -dijo Katie Farnsworth.

-¡Oh, oh! Sí. Alec, nuestra hija es una buena chica y tan civilizada como puede esperarse de una quinceañera. Pero es una aprendiza de bruja, se ha inscrito en un reciente coven de la Antigua Religión..., de modo que, puesto que es a la vez una conversa y una quinceañera, sea muy cauto con ella. Sybil nunca sería ruda con un huésped..., Katie la educó como correspondía. Además, sabe que yo la despellejaría viva. Pero me hará un favor si evita situar mucha tensión sobre ella. Como estoy seguro que sabrá, todos los quinceañeros son una bomba de tiempo aguardando estallar.

Margrethe respondió por mí:

-Seremos muy cuidadosos. Esa «Antigua Religión»..., ¿es la adoración de Odín?

Sentí un estremecimiento..., trastornado más allá de mi capacidad. Pero nuestro anfitrión respondió:

-No. O al menos no lo creo. Tendría que preguntárselo a Sybil. Si se atreve a correr el riesgo de que le suelte todo el discurso; intentará convertirla. Muy intensamente.

-Nunca he oído a Sybil mencionar a Odín -añadió Katie Farnsworth-. Casi siempre habla simplemente de «la Diosa». ¿No eran los druidas los que adoraban a Odín?

Realmente no lo sé. Me temo que Sybil nos considere pasados de moda más allá de toda redención, de modo que ni siquiera se molesta en discutir de teología con nosotros.

-Y no le dejemos que lo haga ahora -añadió Jerry, y puso en marcha el coche sendero arriba.

La mansión de los Farnsworth era larga, baja e irregular, con un aroma de tranquila opulencia. Jerry nos metió en un garaje; salimos. Cerró la parte superior de su coche como alguien que palmea el cuello de un caballo. Avanzó y giró la esquina de la casa mientras nosotros entrábamos en ella.

No voy decir mucho acerca de aquella casa porque, aunque era hermosa y opulenta al estilo texano, no lo parecía lo suficiente de ninguna manera como para justificar el describirla; la mayoría de lo que vimos fue calificado por Jerry como «hologramas». ¿Cómo puedo describirlos? ¿Sueños congelados? ¿Cuadros tridimensionales? Déjenme ponerlo de este modo: las sillas eran sólidas. También lo eran las mesas. Cualquier otra cosa en aquella casa, mejor tocarla cuidadosamente y descubrir si realmente estaba allí o era un espejismo insustancial.

No sé cómo se producen los fantasmas. Creo que es posible que las leyes de la física en ese mundo fueran un poco diferentes de las del Kansas de mi juventud.

Katie nos condujo a lo que Jerry llamaba su «habitación familiar», y Jerry se detuvo bruscamente.

-¡Maldita casa de putas hindú!

Era una habitación muy amplia con techos que parecían imposiblemente altos para una casa de una sola planta. Cada pared, arco, alcoba, plafón y columna estaba cubierta por figuras esculpidas. ¡Pero qué figuras! Me di cuenta de que enrojecía. Aquellas figuras habían sido copiadas aparentemente de aquel conocido templo-taberna del sur de la India, las que describen todos los vicios sexuales posibles en los más obscenos y llamativos detalles.

-¡Lo siento, querido! -dijo Katie-. Los jóvenes estaban bailando aquí. -Se apresuró hacia la izquierda, se mezcló en un grupo escultórico y desapareció-. ¿Qué es lo que quieres, Gerald?

-Oh, un Remington número dos.

-Inmediatamente.

De repente las obscenas figuras desaparecieron, el techo descendió bruscamente y cambió a una construcción de vigas y placas de yeso, una pared se convirtió en un gran ventanal que miraba a unas montañas que pertenecían a Utah (no a Texas), la pared opuesta mostraba ahora una enorme chimenea de piedra con un buen fuego chisporroteando en su interior, los muebles cambiaron al estilo llamado algunas veces «misión», y el suelo se transformó en losas de piedra cubiertas con alfombras amerindias.

-Eso está mejor. Gracias, Katherine. Siéntense, amigos..., busquen un lugar y acomódense.

Me senté, evitando lo que obviamente era la silla «papal»..., masiva y tapizada en cuero. Katie y Marga ocuparon un diván juntos. Jerry se sentó en la silla papal.

-Mi amor, ¿qué beberás?

-Campari y soda, por favor.

-Marchando. ¿Y usted, Margie?

-Campari y soda me irá bien también.

-Dos marchando. ¿Alec?

-Yo me apunto con las damas.

-Hijo, tolero eso en el sexo débil. Pero no en un hombre crecido. Inténtelo de nuevo.

-Oh, un escocés con soda.

-Le azotaría con un látigo de fustigar caballos, si tuviera caballos. Muchacho, tiene una

última oportunidad.

-Oh... ¿bourbon y agua?

-Salvado. Un Jack Daniel's con agua por este lado. El otro día, en Dallas, un hombre intentó pedir whisky *irlandés.* Lo sacamos de la ciudad a patadas. Luego le pedimos disculpas. Resultó que era un yanki y no conocía nada mejor. -Por entonces nuestro anfitrión estaba tamborileando en una pequeña mesa junto a su codo. Detuvo su activo tamborilear y, repentinamente, en la mesa junto a mi silla apareció un vaso de líquido amarronado y una jarra de agua. Descubrí que los otros habían sido servidos también. Jerry alzó su vaso.

-¡Salve nuestra moneda confederada! *¡Salud!*

Bebimos, y prosiguió:

-Katherine, ¿sabes dónde se oculta nuestra tunante?

-Creo que está en la piscina, querido.

-Bien. -Jerry reanudó aquel nervioso tamborilear. De pronto apareció en el aire frente a nuestro anfitrión, sentada en una colchoneta que brotó de la nada, una joven. Estaba a la brillante luz del sol pese a que la habitación donde nos encontrábamos se hallaba sumida en una agradable penumbra. Gotas de agua resplandecían en su piel. Se volvió hacia Jerry, lo cual situó su espalda hacia mí.

-Hola, poquita cosa.

-Hola, papá. Besos.

-En el ojo de un cerdo. ¿Cuándo fue la última vez que te di una azotaina?

-En mi noveno cumpleaños. Cuando prendí fuego a la tía Minnie. ¿Qué he hecho ahora?

-Por las grandes gónadas grasientas y gorgoteantes de Dios, ¿qué *pretendías* dejando que ese vulgar, asqueroso, pornográfico programa fuera ofrecido en la habitación familiar?

-No me vengas con estas, papá; he visto tus libros.

-No importa lo que yo tenga en mi biblioteca particular; responde a mi pregunta.

-Olvidé apagarlo, papá. Lo siento.

-Eso es lo que la vaca dijo a la señora Murphy. Pero el fuego siguió ardiendo. Mira, querida, sabes muy bien que eres libre de usar los controles a tu conveniencia. Pero cuando hayas terminado, debes volver a colocar el display en el lugar donde lo encontraste. O, si no sabes cómo, debes ponerlo a cero.

-Sí, papá. Simplemente lo *olvidé.*

-No te retuerzas así; no voy a comerte cruda. Por las grandes pelotas de bronce de Koshchei, *¿dónde* encontraste *ese* programa?

-En el campus. Es una cinta de instrucciones de mi clase de yoga tántrico.

-¿Yoga tántrico? Caderas culebreantes, no necesitas ese curso. ¿Sabe tu madre esto?

Katherine intervino apaciguadoramente:

-Yo la animé a tomarlo, querido. Sybil tiene talento, como los dos sabemos. Pero el talento en bruto no es suficiente; necesita ser tutorizado.

-¿De veras? Nunca discutiré con tu madre sobre este tema, así que me retiro a una posición previamente preparada. Esa cinta. ¿Cómo la trajiste? Estás familiarizada con las leyes aplicables relativas al material protegido por copyright; ambos recordamos el follón que se produjo con esa cinta, *Astronave Jefferson...*

-¡Papá, eres peor que un elefante! ¿No olvidas *nunca* nada?

-Nunca, y mucho peor. Quedas advertida de que cualquier cosa que diga puede ser puesta por escrito y ser argumentada contra ti en otro tiempo y lugar. ¿Qué dices?

-¡Pido ver a un abogado!

-¡Oh, así que la *pirateaste.*

-¡No me digas que te hubiera gustado que lo hiciera! Pero no te has salido con la tuya. Lo siento, papá, pero pagué el precio de catálogo, completo, en efectivo, y el servicio de

biblioteca del campus lo copió por mí. Fui lista.

-Y un cuerno. Tiraste tu dinero.

-No lo creo. Me gusta.

-A mí también. Pero tiraste tu dinero. Hubieras debido pedírmela *a mí*

-¡Oh!

-Aja. Al principio pensé que habías estado trasteando en mi estudio o lanzando un maleficio sobre él. Me alegra oír que simplemente fuiste extravagante. ¿Cuánto?

-Oh..., cuarenta y nueve con cincuenta. Con el descuento para estudiantes.

-Suena justo. Yo pagué sesenta y cinco. De acuerdo. Pero si aparece en tus facturas semestrales, lo deduciré de tu paga. Una cosa más, bomboncito... Traje a dos personas encantadoras aquí, una dama y un caballero. Entramos en el salón. Lo que había sido el salón. Y esas dos personas se encontraron de pronto frente a todo el Kama Sutra en brillantes y estremecientes colores. ¿Qué opinas de eso?

No *opino.*

-Entonces lo olvidaremos. Pero no es educado impresionar a la gente, especialmente huéspedes, así que ve con más cuidado la próxima vez. ¿Estarás en la cena?

-Sí. Si puedo disculparme pronto y correr, correr, correr. Tengo una cita, papá.

-¿A qué hora volverás a casa?

-No volveré. La reunión durará toda la noche. Ensayo de la Noche del Solsticio de Verno. Trece covens.

Suspiró.

-Supongo que debo darle las gracias a las Tres Brujas de que tomes la píldora.

-Una mierda la píldora. No seas atávico, papá; ya nadie queda embarazada en los Sabats; todo el mundo lo sabe.

-Todo el mundo menos yo. Bien, demos gracias de que estés dispuesta a cenar con nosotros. -De pronto ella pareció fruncirse mientras era echada fuera de la colchoneta. La imagen la siguió hacia abajo.

Salpicó, luego apareció, chapoteando.

-¡Papá! ¡Me empujaste!

-¿Cómo puedes decir eso? -respondió él con tonos farisaicos. La imagen se desvaneció de pronto.

Katie Farnsworth dijo, con tono conversacional:

-Gerald sigue intentando dominar a su hija. Inútilmente, por supuesto. Debería llevársela a la cama y descargar en ella sus anhelos incestuosos. Pero ambos son demasiado reprimidos para ello.

-Mujer, recuérdame que te pegue.

-Sí, querido. No deberías forzarla. Plantea claramente tus intenciones, y ella estallará en lágrimas y se rendirá. Luego los dos tendréis el mejor momento de vuestras vidas. ¿No opina así, Margrethe?

-Diría que sí.

Por entonces yo estaba demasiado atontado como para sentirme impresionado por las palabras de Margrethe.

La cena fue una delicia de gourmets y una confusión social. Fue servida en el comedor formal, es decir, aquella misma sala familiar con un programa distinto controlando los hologramas. El techo era más alto, las ventanas más estrechas y largas y regularmente espaciadas, enmarcadas por cortinas que llegaban hasta el suelo, y daban a unos jardines de aspecto formal.

Una pieza de mobiliario entró sobre ruedas en la estancia, y no era un holograma..., o no

demasiado. Era una mesa que banquete que (por todo lo que pude deducir) era, en sí misma, despensa, horno, nevera..., todos los elementos de una bien equipada cocina. Ésa es una conclusión personal, sujeta a refutación. Todo lo que puedo decir es que nunca vi a un sirviente, y nunca vi a nuestra anfitriona hacer ningún trabajo. Sin embargo, su esposo la felicitó por su espléndida cocina... y lo mismo hicimos nosotros.

Jerry trabajó un poco; trinchó el asado (suficiente para una tropa de hambrientos boy scouts) y sirvió los platos. Cuando un plato estaba servido, avanzaba suavemente por sí mismo hasta la persona a la que iba destinado, como un vagón de tren sobre sus rieles... pero no había ningún vagón de tren, y por supuesto tampoco rieles. ¿Maquinaria oculta por los hologramas? Supongo. Pero eso simplemente oculta un misterio debajo de otro.

(Más tarde supe que las casas texanas de aquel mundo inclinado a la ostentación solían tener siempre algunos sirvientes humanos llamativamente a la vista. Pero Jerry y Katie tenían gustos sencillos.)

Éramos seis a la mesa: Jerry a un extremo, Katie al otro; Margrethe se sentaba a la derecha de Jerry, su hija Sybil a su izquierda; yo me hallaba a la derecha de mi anfitriona, y a su izquierda estaba el joven amigo de Sybil, su cita. Esto lo situaba frente a mí, y tenía a Sybil a mi derecha.

El nombre del joven era Roderick Lyman Culverson III; no consiguió captar mi nombre. Desde hace tiempo sospecho que el macho de nuestra especie, en la mayoría de los casos, debería ser criado en un barril y alimentado a través de un agujero. Luego, a la edad de dieciocho años, podría tomarse una solemne decisión: o bien sacarlo del barril, o tapar el agujero.

El joven Culverson no me dio ninguna razón para cambiar de opinión..., y en su caso yo hubiera votado por tapar el agujero.

Poco antes, Sybil había dejado bien claro que estaban en el mismo campus. Pero él parecía tan extraño a los Farnsworth como lo era a nosotros. Katie preguntó:

-Roderick, ¿tú también eres un aprendiz de brujo?

Pareció como si hubiera olido algo desagradable, pero Sybil lo salvó de tener que responder a una pregunta tan cruda:

-¡Mothuh! Rod recibió su athame hace *eones.*

-Lamento el error -dijo Katie tranquilamente-. ¿Es eso un diploma que se entrega cuando uno termina su aprendizaje?

-Es un cuchillo sagrado, mamá, utilizado en ritual. Puede ser empleado para...

-*¡Sybil!* Hay gentiles presentes. -Culverson le frunció el ceño a Sybil, luego me miró con ojos llameantes. Me pregunté cómo le sentaría un ojo morado, pero me preocupé mucho de que mis pensamientos no se reflejaran en mi rostro.

-Entonces, ¿eres un nigromante graduado, Rod? -dijo Jerry.

Sybil interrumpió de nuevo:

-¡Papá! La palabra correcta es...

-¡Cállate, terroncito de azúcar! Deja que conteste él por sí mismo. ¿Rod?

-Esa palabra es usada tan sólo por los ignorantes...

-¡Alto! Estoy desinformado sobre algunos temas, y entonces busco información, como estoy haciendo ahora. Pero tú no puedes sentarte a mi mesa y llamarme ignorante. Ahora, ¿puedes responderme sin seguir diciendo tonterías?

Las aletas de la nariz de Culverson se dilataron, pero se dominó.

-Brujo y bruja son los términos adecuados para los adeptos. «Hechicero» es un término aceptable, pero no es exacto técnicamente; significa «mago»..., pero no todos los magos son brujos, y no todos los brujos practican la magia. Pero «nigromante» es considerado ofensivo al tiempo que incorrecto debido a que se asocia con la adoración al Diablo, y la brujería *no* es adoración al diablo..., y la palabra es una derivación de «romper

juramentos», y los brujos no rompen juramentos. Corrección: la brujería prohíbe romper juramentos. Un brujo que rompe un juramento, incluso ante un gentil, es sometido a disciplina, incluso a expulsión si el juramento era de categoría mayor. De modo que no soy un «nigromante graduado». La designación correcta para mi status actual es «Practicante del Arte Aceptado», es decir, brujo.

-¡Bien dicho! Gracias. Te pido disculpas por haber usado el término «nigromante» en tu presencia y con relación a ti... -Jerry aguardó.

Un largo momento después, Culverson dijo apresuradamente:

-¡Oh, por supuesto! No había intención de ofender, de modo que no ha habido ofensa.

-Gracias. Respecto a tus comentarios sobre derivaciones, te diré que la palabra inglesa que designa a los brujos, «witch», deriva de «wicca», que signfica «wise», sabio, y de «wicce», que significa «woman», mujer..., lo cual tal vez explique por qué la mayor parte de los brujos sean mujeres y sugiere que nuestros antepasados tal vez supieran algo que nosotros no sabemos. En cualquier caso, «el Arte» es la forma abreviada de decir «el Arte de la Sabiduría». ¿Correcto?

-¿Eh? ¡Oh, por supuesto! Sabiduría. Ésa es la base de la Antigua Religión.

-Bien. Hijo, escúchame atentamente. La sabiduría incluye el no irritarse innecesariamente. La ley ignora las menudencias y los hombres sabios también. Tales menudencias como una joven definiendo un athame entre gentiles..., conocimiento que no es en absoluto esotérico, después de todo..., y un viejo estúpido utilizando inapropiadamente una palabra. ¿Me comprendes?

De nuevo aguardó. Luego dijo muy suavemente:

-He dicho: ¿me comprendes»

Culverson inspiró profundamente.

-Le comprendo. Un hombre sabio ignora las menudencias.

-Bien. ¿Puedo ofrecerte otra loncha de asado?

Culverson se mantuvo tranquilo durante bastante rato después de eso. Del mismo modo que yo. Del mismo modo que Sybil. Katie y Jerry y Margrethe mantuvieron un flujo de charla cortés que ignoraba el hecho de que un invitado acababa de ser pública y concienzudamente zurrado. Finalmente, Sybil dijo:

-Papá, ¿esperáis tú y mamá que asista a la adoración del fuego del viernes?

-«Esperar» es la palabra menos adecuada -respondió Jerry-, cuando has elegido otra iglesia por ti misma. «Confiar» quizá fuera más acertada.

-Sybil, esta noche tienes la sensación de que tu coven es toda la iglesia que vas a necesitar siempre -añadió Kate-. Pero eso puede cambiar..., y tengo entendido que la Antigua Religión no prohíbe a sus miembros asistir a los servicios de otras religiones.

-Eso refleja siglos, milenios, de persecución, señora Farnsworth -intervino Culveson-. Todavía forma parte de nuestras leyes que cada miembro de un coven debe pertenecer también públicamente a alguna iglesia socialmente aprobada. Pero ya no intentamos insistir demasiado en ello.

-Entiendo -dijo Katie-. Gracias, Roderick. Sybil, puesto que tu nueva iglesia anima el formar parte de otra iglesia, quizá fuera prudente asistir con regularidad a sus servicios, aunque sólo sea para proteger tus puntos Brownie. Puedes necesitarlos.

-Exacto -admitió su padre-. Los puntos Brownie. ¿No se te ha ocurrido nunca pensar, amor, que el hecho de que tu papá sea un firme pilar de la congregación puede tener algo que ver con el hecho de que sea también quien vende más Cadillacs de todos los concesionarios de Texas?

-Papá, eso suena absolutamente desvergonzado.

-Por supuesto. Y también vende Cadillacs. Y no lo llames la adoración del fuego; sabes que no lo es. No es la llama lo que adoramos, sino lo que la alimenta.

Sybil retorció su servilleta y, por un momento, pareció una turbada muchachita de trece años en vez de la mujer madura que su cuerpo mostraba que era.

-Papá, eso es precisamente. Durante toda mi vida la llama ha significado para mí limpieza, curación, vida eterna..., hasta que estudié el Arte. Su historia. Papá, para un brujo..., *¡el fuego significa la forma como nos matan!*

Me sentí impresionado hasta casi perder el aliento. Creo que hasta entonces no me había empapado, emocionalmente al menos, del hecho de que aquellos dos, un detestable pero vulgar joven petimetre, y la hermosa y absolutamente deliciosa joven hija de Katia y Jerry, nuestros dos inigualables Buenos Samaritanos..., que aquellos dos fuesen *brujos.*

Sí, sí, lo sé; Éxodo veintidós, versículo dieciocho: «No permitirás vivir a bruja alguna». Una orden tan solemne como los Diez Mandamientos, dados a Moisés directamente por Dios, en presencia de todos los hijos de Israel...

¿Qué estaba yo haciendo, compartiendo el pan con brujas?

Márquenme a fuego como un cobarde. No me puse en pie y los denuncié. Permanecí rígidamente sentado.

Katie dijo:

-¡Querida, querida! ¡Eso fue en la Edad Media! No hoy, no ahora, no aquí.

-Señora Farnsworth -dijo Culverson-, cualquier brujo sabe que el terror puede iniciarse de nuevo en cualquier momento. Incluso una estación de malas cosechas puede desencadenarlo. Y Salem no fue hace tanto tiempo. Ni muy lejos tampoco. -Añadió-: Sigue habiendo cristianos por los alrededores. Encenderían de nuevo los fuegos si pudieran. Como Salem.

Aquella era una gran oportunidad para que yo mantuviera la boca cerrada. Estallé:

-No se quemó ninguna bruja en Salem.

Me miró.

-¿Qué sabe usted de eso?

-Las hogueras fueron en Europa, no aquí. En Salem las brujas fueron colgadas, excepto una que fue aplastada hasta morir. -(El fuego no hubiera debido ser usado nunca. Dios ordenó que no se permitiera vivir a ninguna bruja; *no* nos dijo que las matáramos bajo tortura.)

Me miró de nuevo.

-¿De veras? Parece usted aprobar los ahorcamientos.

-¡Nunca he dicho eso! -(¡Dios mío, perdóname!)

-¡Ordeno que este tema quede fuera de la conversación! -cortó Jerry-. No habrá más discusión sobre él en la mesa. Sybil, no queremos que asistas si eso te trastorna o te recuerda ocasiones trágicas. Hablando de colgar..., ¿qué vamos a hacer con los zagueros de los Dallas Cowboys?

Dos horas más tarde Jerry Farnsworth y yo estábamos de nuevo sentados en aquella habitación, esta vez con el Remington número tres: una tormenta de nieve contra las ventanas, una ráfaga fría ocasional cruzando el suelo, y en una ocasión el aullido de un lobo..., el rugiente fuego daba ánimos. Sirvió café para ambos, y coñac en copas grandes, casi peceras.

-Supongo que habrá oído hablar usted del coñac noble -dijo-. Napoleón, Carlos Primero. Pero éste es coñac real..., tan real que tiene hemofilia.

Tragué saliva; no me gustó el chiste. Todavía sentía náuseas de pensar en brujas, brujas moribundas. Pataleando o danzando sobre las llamas. Y todas ellas con el dulce rostro de Sybil.

¿Define la Biblia «bruja» en algún lugar? ¿Era posible que aquellos modernos

miembros no fueran en absoluto lo que Jehová entendía por «brujos»?

¡Deja de romperte la cabeza, Alex! Supón que «bruja», en el Éxodo, significa exactamente lo que significa «bruja» en el Texas de hoy. Tú eres el juez y ella ha confesado. *¿Puedes sentenciar a la hija quinceañera de Katie a ser colgada? ¿Abrirías tú la trampilla?* No te encerebres más, muchacho; has estado haciendo eso durante toda tu vida.

Poncio Pilatos se lavó las manos.

¡No sentenciaré a una bruja a morir! Así que ayúdame. Señor, no puedo hacer otra cosa.

Jerry dijo:

-Éste es para el éxito de su aventura: de usted y Margie. Bébalo lentamente y no le emborrachará; simplemente apaciguará sus nervios mientras aguza su mente. Alec, cuénteme ahora cómo espera el final del mundo.

Durante la siguiente hora repasé todas las evidencias, señalando lo que no era simplemente una profecía que coincidía con los signos, sino muchas: Apocalipsis, Daniel, Ezequiel, Isaías, Pablo en sus escritos a los tesalonicenses, y de nuevo a los corintios, el propio Jesús en todos cuatro Evangelios, una y otra vez en cada uno de ellos.

Para mi sorpresa, Jerry poseía un ejemplar del Libro. Busqué pasajes sencillos de comprender para los legos, señalé capítulos y versículos para que él pudiera estudiarlos más tarde. Uno de ellos, Tesalonicenses 4:15-17, por supuesto, y el capítulo 25 del Evangelio según san Mateo, los cincuenta y un versículos, y las mismas profecías en san Lucas, capítulo 21..., y Lucas 21:32, que es la clave para la confusión de muchos respecto a «esta generación». Lo que Cristo dijo realmente fue que la generación que vea esos signos y portentos vivirá para ver Su regreso, oír el Grito, experimentar el Día del Juicio. El mensaje es claro si uno lo lee *todo;* los errores han surgido de escoger trozos y fragmentos e ignorar el resto. La parábola de la higuera explica eso.

También señalé para él, en Isaías y Daniel y en otros lugares, las profecías del Antiguo Testamento que son paralelas a las profecías del Nuevo Testamento.

Le tendí aquella lista de profecías y le animé a estudiarlas cuidadosamente y, si encontraba dificultades, simplemente a leer de una forma más amplia. Y a recurrir a Dios. «Pregunta, y recibirás contestación; busca, y encontrarás.»

-Alec -dijo-, estoy de acuerdo en una cosa. Las noticias de los últimos meses me han parecido como el Armagedón. Digamos mañana por la tarde. Puede muy bien tratarse del fin del mundo y el Día del Juicio, pues no va a quedar mucha gente que salvar después de eso. -Su expresión se entristeció-. Acostumbraba a preocuparme acerca de en qué tipo de mundo iba a crecer Sybil. Ahora me pregunto si va a llegar a crecer.

-Jerry. Piense en ello. Encuentre su camino hacia la gracia. Luego conduzca a su esposa e hija. Usted no me necesita a mí, usted no necesita a nadie excepto a Jesús. Fue él quien dijo: «He aquí que me he parado a la puerta y llamo; si alguien oye mi voz y abre la puerta, yo entraré en su casa.» Apocalipsis tres, veinte.

-Usted cree.

-Sí.

-Alec, desearía poder hacer lo mismo. Sería reconfortante, teniendo en cuenta tal como está hoy el mundo. Pero no puedo ver ninguna prueba en los sueños de profetas muertos hace mucho tiempo; no se puede leer nada en ellos. La teología nunca es de ninguna ayuda; es como buscar en un sótano oscuro a medianoche un gato negro que no está allí. Los teólogos pueden persuadirse a sí mismos de cualquier cosa. Oh, mi iglesia también..., pero al menos la mía es honestamente panteísta. Cualquiera que puede adorar a una trinidad e insistir que su religión es un monoteísmo puede creer cualquier cosa... sólo necesita tiempo para racionalizarla. Discúlpeme por ser tan directo.

-Jerry, en religión siempre es necesario ser directo. «Sé que mi redentor vive, y se erguirá el último día sobre la tierra». Es Job de nuevo, capítulo diecinueve. Él es su

redentor también, Jerry..., rezo para que usted lo encuentre.

-Me temo que no hay muchas posibilidades. -Jerry se puso en pie.

-*Todavía* no lo ha encontrado. Siga buscando. Yo rezaré por usted.

-Gracias, y gracias por intentarlo. ¿Cómo le van los zapatos?

-Confortables. Como un guante.

-Si insiste usted en seguir por la carretera mañana, debe llevar zapatos que no le produzcan juanetes entre aquí y Kansas. ¿Está usted seguro?

-Estoy seguro. Y seguro también de que debemos irnos. Si nos quedáramos otro día, nos estropearía usted tanto que no querríamos volver nunca a la carretera. -(La verdad que no podía decirle era que me sentía tan trastornado por lo de la brujería y el culto al fuego que tenía que irme. Pero no podía cargar mis debilidades sobre él.)

-Déjeme mostrarle su dormitorio. Vayamos con cuidado, porque Margie puede estar dormida. A menos que nuestras damas se hayan quedado charlando hasta tarde como nosotros.

En la puerta del dormitorio, alzó la mano.

-Si usted tiene razón y yo estoy equivocado, entonces dígame que es posible que incluso usted puede caer.

-Cierto. No estoy en estado de gracia, no en este momento. Tengo que trabajar sobre ello.

-Bien, buena suerte. Pero si cae, no deje de buscarme en el infierno, ¿quiere?

Por todo lo que puedo decir, Jerry estaba hablando completamente en serio.

-No sé si estará permitido.

-Inténtelo. Y yo también lo haré. Le prometo -sonrió- una infernal hospitalidad. ¡Realmente cálida!

Le devolví la sonrisa.

-Es una cita.

De nuevo mi amor se había quedado dormida sin desvestirse. Le dirigí una sonrisa sin hacer ningún ruido, luego me tendí a su lado y coloqué su cabeza sobre mi hombro a modo de almohada. Más tarde la despertaría suavemente, desvestiría a la pobre chiquilla y la acostaría como corresponde. Ahora sin embargo tenía un millar -bueno, docenas- de pensamientos que desenmarañar.

Al cabo de un momento observé que había algo de claridad a nuestro alrededor. Luego noté lo rasposa e irregular que era la cama. La luz se incrementó, y vi que estábamos acostados sobre balas de heno, en un granero.

XIX

Y Ajab indicó a Elías: «¿Me has llamado, enemigo mío?»
Y respondió: «Te he llamado, por cuanto te has vendido
para obrar lo malo a los ojos de Yahvé.»
I Reyes, 21:20

Recorrimos los últimos ciento cincuenta kilómetros por la 66 de Clinton a Oklahoma City apretando duramente, ignorando el hecho de que estábamos de nuevo tocando fondo, sin nada que comer, sin ningún lugar donde dormir.

Habíamos visto un dirigible.

Por supuesto, esto lo cambiaba todo. Durante meses había sido nadie de ninguna parte,

sin un centavo, lavando platos para ganar algo con lo que comer, de hecho metido en una trampa. Pero de vuelta a mi propio mundo... Un trabajo bien pagado, una posición respetable en la comunidad, una sustanciosa cuenta bancada. Y un final a aquel auténticamente infernal saltar de mundo a mundo.

Estábamos dirigiéndonos a Clinton a media mañana, tras ser recogidos por un granjero que llevaba su carga a vender a la ciudad. Oí a Margrethe jadear. Miré lo que ella estaba mirando..., ¡y allí estaba! Plateado y estilizado y hermoso. No pude ver su nombre, pero el logotipo me decía que pertenecía a la Eastern Airlines.

-El expreso Dallas-Denver -señaló nuestro conductor, y sacó un reloj del bolsillo superior de su mono-. Lleva seis minutos de retraso. Es raro.

Intenté disimular mi excitación.

-¿Tiene aeropuerto Clinton?

-Oh, no. El más próximo es el de Oklahoma City. ¿Piensan ir haciendo auto stop a tomar el aéreo?

-Sería maravilloso.

-Para mí no. Me da un no se qué subirme a uno de esos trastos.

Seguimos hablando de cosas intrascendentes hasta que nos dejó en las afueras del mercado de la ciudad unos minutos más tarde. Pero, una vez Margrethe y yo estuvimos solos, ya no pude contener mi excitación. Empecé a besarla, luego me contuve repentinamente. Oklahoma es tan estricta en cuestiones de moral como Kansas; la mayor parte de comunidades tienen leyes rígidas acerca de esas efusiones públicas.

Me pregunté lo duro que iba a resultar para mí el reajuste, tras tantas semanas en tantos mundos, ninguno de los cuales tenía los altos estándares morales de mi mundo natal. Podía resultar difícil evitar problemas cuando (¡admítelo!) me había acostumbrado ya a besar a mi mujer en público y a otras efusiones, inocentes en sí mismas, pero nunca vistas en público en las comunidades morales. Peor aún, ¿podría mantener a mi amor fuera de esos problemas? Yo había nacido aquí y podía adaptarme de nuevo a sus costumbres..., pero Marga era tan afectuosa como un cachorrillo y no tenía sentido del pudor ni de la vergüenza en demostrar su afecto en cualquier momento.

-Lo siento, querida, estaba a punto de besarte -dije-. Pero no debo.

-¿Por qué no?

-Oh, no puedo besarte en público. No aquí. Solamente en privado. Es... es el caso de: «Cuando en Roma estuvieres, haz lo que vieres.» Pero nada importa ahora. ¡Querida, estamos en casa! Mi casa, que ahora es tu casa. Viste el dirigible.

-¿Era realmente una aeronave?

-Real y verdadera..., y la mejor visión que he tenido en meses. Excepto... No mantengas tus esperanzas demasiado altas ni las proclames demasiado aprisa. Sabemos cómo se parecen entre sí algunos de esos mundos, en muchos aspectos. Supongo que hay una posibilidad marginal de que este sea un mundo con dirigibles... pero no *mi* mundo. Oh, no lo creo..., pero no nos excitemos demasiado.

(No me daba cuenta de que Margrethe no estaba excitada en absoluto.)

-¿Cómo sabrás si éste es realmente tu mundo?

-Podemos comprobarlo como lo hemos hecho antes, en las bibliotecas públicas. Pero en este caso hay algo más rápido y mejor. Me gustaría encontrar una oficina de la Telefónica Bell..., preguntaré en esa tienda de comestibles.

Deseaba una oficina de teléfonos antes que un teléfono público porque quería consultar las guías telefónicas antes de hacer ninguna llamada... ¿Era aquél realmente mi mundo?

¡Sí, lo era! La oficina tenía guías telefónicas de todo Oklahoma y también guías de las principales ciudades de otros estados..., incluido una muy familiar guía telefónica de Kansas City.

-¿Ves, Margrethe? -Indiqué la línea donde figuraba Iglesias Unidas para la Decencia, Oficina Nacional.

-Ya veo.

-¿No lo encuentras excitante? ¿No te hace sentir deseos de cantar y bailar?

-Me alegro mucho por ti, Alec.

(Consiguió que sonara como: «¿No parece natural? Y tantas preciosas floréenlas.»)

Teníamos el cuartito donde estaban todas las guías telefónicas sólo para nosotros, así que susurré urgentemente:

-¿Cuál es el problema, querida? Ésta es una ocasión feliz. ¿No lo comprendes? Una vez haya llamado a ese teléfono tendremos dinero. Se acabaron los trabajos serviles, no más preguntarnos dónde comeremos o dónde dormiremos. Iremos directamente a casa en Pullman..., ¡no, en dirigible! Te gustará, ¡sé que te gustará! Lo último en lujo. Nuestra luna de miel, querida..., la luna de miel que nunca pudimos permitirnos.

-No vas a llevarme a Kansas City.

-¿Qué quieres decir?

-Alec..., tu esposa está allí.

Créanme cuando les digo que no había pensado ni una sola vez en Abigail en todas aquellas semanas. Había llegado a convencerme de que nunca volvería a verla (regresar a mi mundo natal era algo totalmente inesperado), y ahora tenía una esposa, la esposa que cualquier hombre ha deseado toda su vida: Margrethe.

Me pregunto si la primera palada de tierra sacude al cadáver con el mismo shock.

Aparté aquel pensamiento de mi cabeza. Al menos, parte de él.

-Marga, eso es lo que vamos a hacer. Sí, tengo un problema, pero podemos resolverlo. ¡Por supuesto que vas a ir a Kansas City conmigo! Debes hacerlo. Pero allí, a causa de Abigail, debo encontrar un lugar tranquilo donde tú puedas quedarte mientras yo arreglo las cosas. -(¿Arreglar las cosas? Abigail iba a gritar sangre y fuego y asesinato)-. Primero recuperaré mi dinero. Luego acudiré a un abogado. -(¿Divorcio? ¿En un estado donde solamente había una base legal, que además concedía el divorcio únicamente a la parte injuriada? ¿Margrethe la otra mujer? Imposible. ¿Permitir que Margrethe fuera expuesta en la picota? ¿Ser sacada a rastras de la ciudad si Abigail lo exigía? No importaba lo que pudiera hacerme a mí, no importaba que Abigail me arrancara hasta el último centavo..., Margrethe no debía verse sometida a las leyes de la Carta Escarlata de mi mundo natal. ¡No!)-. Luego iremos a Dinamarca. -(No, el divorcio es una imposibilidad.)

-¿Lo haremos?

-Lo haremos. Querida, tú eres mi esposa, ahora y para siempre. No puedo dejarte aquí mientras arreglo las cosas en K.C.; el mundo puede cambiar de nuevo y entonces te perdería. Pero no podemos ir a Dinamarca hasta que haya recuperado mi dinero. ¿Está todo claro? -(¿Y si Abigail había limpiado todo el dinero de mi cuenta bancaria?)

-Sí, Alec. Iremos a Kansas City.

(Aquello dejó arreglada una parte del asunto. Pero no arreglaba nada respecto a Abigail. No importaba, podría quemar aquel puente cuando llegara a él.

Treinta segundos más tarde tuve más problemas. Por supuesto que la encargada podía pasar una llamada de larga distancia a cobro revertido. ¿Kansas City? Para Kansas City, al igual que para Kansas o Missouri, la tarifa de abrir la línea para preguntar era de veinticinco centavos. Deposite la moneda en la ranura del aparato, por favor, cuando yo se lo diga. Cabina número dos.

Fui a la cabina y rebusqué en mis bolsillos las monedas que podía haber en ellos.

Una moneda de veinte centavos;

Dos monedas de cobre;

Un cuarto de dólar canadiense, con la efigie de la reina (¿la reina?);

Medio dólar;

Tres monedas de cinco centavos que *no* eran de níquel, y además eran más pequeñas.

Y ninguna de esas monedas que llevaban el familiar lema «Dios es nuestra fortaleza» de la Unión Norteamericana.

Contemplé aquella mezcolanza e intenté imaginar cuándo había ocurrido el último cambio. Puesto que evidentemente había sido pagado la última vez, esto lo situaba después de ayer por la tarde pero antes de que fuéramos recogidos hoy por la mañana inmediatamente después de desayunar. ¿Mientras dormíamos la noche pasada? Pero no habíamos perdido nuestras ropas ni nuestro dinero. Yo incluso conservaba mi maquinilla de afeitar, un bulto en el bolsillo del pecho de mi camisa.

No importaba..., cualquier intento de comprender todos los detalles de aquellos cambios sólo conducían a la locura. El cambio se había producido, sin lugar a dudas; ahora estaba en mi mundo natal..., y el cambio me había dejado sin dinero. Sin dinero legal.

Según la elección de Hobson, aquel cuarto de dólar canadiense tenía el mejor aspecto del mundo. No intenté decirme a mí mismo que el octavo mandamiento no se aplica a las grandes compañías. En vez de ello me prometí a mi mismo devolver aquellos veinticinco centavos. Tomé la moneda y descolgué el auricular.

-Número, por favor.

-Por favor, una llamada a cobro revertido a Iglesias Unidas para la Decencia en Kansas City, Kansas. El número es Línea Estatal 1224J. Hablaré con quien responda.

-Deposite veinticinco centavos, por favor. -Deposité aquel cuarto de dólar y contuve el aliento..., lo oí hacer *ting-tung-tung.* La Central dijo-: Gracias. No cuelgue. Por favor, aguarde.

Aguardé. Y aguardé. Y aguardé.

-Respecto a su llamada a Kansas City... Iglesias Unidas para la Decencia informa que no aceptan llamadas a cobro revertido.

-¡Espere! Por favor, dígales que quien llama es el reverendo Alexander Hergensheimer.

-Muy bien. Por favor, deposite veinticinco centavos.

-¡Hey! Ni siquiera usé ese primer cuarto de dólar. Usted colgó demasiado pronto.

-Nosotros no desconectamos; fue el número en Kansas City quien colgó.

-Bien, vuelva a llamarles, por favor, y esta vez dígales que no cuelguen.

-Sí, señor. Por favor, deposite veinticinco centavos.

-Central, ¿cree que estaría llamando a cobro revertido si llevara los bolsillos llenos de monedas? Contacte con ellos y dígales quien soy. El reverendo Alexander Hergensheimer, Director Ejecutivo Delegado.

-Por favor, aguarde.

De modo que aguardé de nuevo. Y aguardé.

-¿Reverendo? El número de Kansas City dice que le comuniquemos a usted que no aceptan llamadas a cobro revertido ni, cito textualmente, del propio Jesucristo.

-Esa no es forma de hablar por teléfono. O en ninguna otra circunstancia.

-Estoy de acuerdo. Hay mas. Esa persona dijo que le comuniquemos que no ha oído hablar nunca de usted.

-¿Qué...? -Callé, pues no había forma de expresarme dentro de la dignidad que obligan unos hábitos.

-Sí, por supuesto. Intenté que me diera su nombre. Me colgó.

-¿Joven? ¿Viejo? ¿Bajo, tenor, barítono?

-Soprano, de muchacho. Tuve la impresión de que era el chico de la oficina, respondiendo al teléfono durante la hora de la comida.

-Entiendo. Bien, gracias por sus esfuerzos. Por encima y más allá de su deber, en mi opinión.

-Ha sido un placer, reverendo

Me quedé allí, dándome patadas a mí mismo. No le expliqué nada a Margrethe hasta que estuvimos fuera del edificio.

-Querida, estoy cogido en mi propia trampa. Yo mismo escribí lo de «Nada de llamadas a cobro revertido». Un análisis de la factura del teléfono me demostró más allá de toda duda posible que las llamadas a cobro revertido a nuestra oficina nunca eran para el beneficio de la asociación. Nueve de cada diez eran llamadas pidiendo algo..., y las Iglesias Unidas para la Decencia no son una institución de caridad. Recogen dinero; pero luego no lo sueltan. La décima llamada suele ser de un chiflado o de un buscaproblemas. Así que fijé esa regla y la reforcé... y dio resultados inmediatamente. Ahorramos centenares de dólares al año sólo en facturas telefónicas. -Conseguí sonreír-. Nunca soñé que algún día me vería atrapado en mi propia red.

-¿Qué planes tienes ahora, Alec?

-¿Ahora? Salir a la Carretera Sesenta y Seis y empezar a mover el pulgar. Quiero llegar a Oklahoma City antes de las cinco. Tiene que ser fácil; no está muy lejos.

-Sí, señor. ¿Puedo preguntar por qué antes de las cinco?

-Siempre puedes preguntar cualquier cosa, y tendrás la respuesta. Corta el acto de la Paciente Griselda, amor; has estado abatida desde que vimos ese dirigible. Porque hay una oficina de distrito de las I.U.D. en Oklahoma City, y quiero llegar antes de que cierren. ¡Aguarda a que veas cómo desenrollan la alfombra roja, cariño! Cuando alcancemos Oke City nuestros problemas habrán terminado.

Aquella tarde tuve la impresión de estar andando en medio de melaza. Melaza densa. No tuvimos problemas en hallar quién nos llevara..., pero todos eran distancias muy cortas. Conseguimos un promedio de unos treinta kilómetros por hora en una carretera que permitía muy bien los cien. Perdimos cincuenta y cinco minutos por una buena razón: una comida gratis. Por enésima vez un camionero nos invitó a comer con él..., por la simple razón de que casi no hay ningún hombre vivo que pueda pasarse sin comer, y pasarse sin invitar a Margrethe a comer si ella está a su lado. (Y en consecuencia yo soy invitado también, simplemente porque soy su propiedad. No me estoy quejando.)

Comimos en veinte minutos, luego él gastó treinta minutos e innumerables cuartos de dólar jugado a las máquinas del millón, y yo me quedé allí de pie hirviendo por dentro, y Margrethe se quedó allí de pie a su lado y aplaudió y chilló cada vez que él conseguía una buena puntuación. Pero sus instintos sociales son sanos. Luego el hombre nos llevó todo el resto del camino hasta Oklahoma City. Allá cruzó la ciudad cuando hubiera podido tomar la carretera de circunvalación, y a las cuatro y veinte nos dejaba en la esquina de la 36 y Lincoln, a sólo dos manzanas de la oficina de distrito de las I.U.D.

Caminé esas dos manzanas silbando. En una ocasión dije:

-¡Sonríe, cariño! Dentro de un mes, o quizás antes... ¡comeremos en el Tivoli!

-¿De veras?

-De veras. Me has hablado tanto de él que no puedo esperar. ¡Ahí está el edificio!

Nuestras oficinas están en la segunda planta. Sentí que se me caldeaba el corazón cuando vi el rótulo en el cristal de la puerta: IGLESIAS UNIDAS PARA LA DECENCIA - Entre.

-¡Después de ti, amor! -Agarré la manija, tiré para abrirle la puerta.

Estaba cerrada con llave.

La golpeé, luego descubrí un timbre y lo hice sonar. Luego alterné los timbrazos y los golpes. Una y otra vez.

Un negro que llevaba un cubo y una fregona se acercó por el corredor, pasó por nuestro lado. Llamé:

-¡Hey, tío Tom! ¿Tienes la llave de esta oficina?

-Seguro que no, mi capitán. No hay nadie dentro ahora. Casi siempre cierran y se van a las cuatro.

-Entiendo. Gracias.

-De nada, mi capitán.

De nuevo en la calle, sonreí tímidamente a Margrethe.

-Así funciona la burocracia. Cerrando a las cuatro. Cuando el gato no está, los ratones campan a sus anchas. Van a rodar algunas cabezas, lo prometo. No puedo pensar en otro cliché que encaje con la situación. Oh, sí, sí puedo. Los mendigos no pueden elegir. Señora, ¿le importaría dormir en el parque esta noche? Es una noche cálida, no se espera lluvia. Moscas y mosquitos son gratis.

Dormimos en el parque Lincoln, en el campo de golf, en una extensión de césped que era como terciopelo viviente..., viviente de bichos.

Fue una buena noche de sueño pese a los bichos. Nos levantamos cuando se presentaron los primeros golfistas madrugadores, y salimos del campo de golf sin nada peor que unas cuantas miradas de censura. Utilizamos los servicios públicos del parque, y nos reunimos mucho más limpios, sintiéndonos frescos, yo con un afeitado reciente y ambos llenos de agua gratis como desayuno. En general me sentía alegre. Era demasiado pronto para esperar que aquellos declarados playboys de las I.U.D. se dejaran ver, así que acudimos a un policía, y le pregunté dónde estaba la biblioteca pública, y luego añadí:

-Por cierto, ¿dónde está el aeropuerto?

-¿El qué?

-El campo de aterrizaje de los dirigibles.

El policía se volvió hacia Margrethe.

-Señorita, ¿su compañero está enfermo?

Me sentí enfermo media hora más tarde, cuando comprobé el directorio del edificio que habíamos visitado la tarde antes..., me sentí enfermo pero no sorprendido al descubrir que no existían ningunas Iglesias Unidas para la Decencia entre sus inquilinos. Pero para asegurarme subí hasta el segundo piso. Aquel despacho estaba ocupado ahora por una firma de seguros.

-Bien, querida, vayamos a la biblioteca pública. Descubramos en qué tipo de mundo estamos.

-Sí, Alec. -Parecía alegre-. Querido, lamento que te sientas decepcionado..., pero yo me siento tan aliviada. Yo..., estaba aterrada ante el pensamiento de encontrarme con tu esposa.

-No tienes que asustarte. Nunca. Prométemelo. Esto..., reconozco que yo también me siento aliviado, en cierto modo. Y hambriento.

Caminamos unos cuantos pasos más.

-Alec, no tienes por qué tener hambre.

-Te prometo no hacer más que hincharte los labios. ¿De qué se trata?

-Tengo cinco monedas de a cuarto. Buenas.

-Se supone que en este punto debo decir: «Hija, ¿fuiste una buena chica en Filadelfia?» Al diablo con ello. ¿A quién mataste? ¿Hubo mucha sangre?

-Ayer. Esos juegos del millón. Cada vez que Harry conseguía una partida gratis, me daba un cuarto de dólar. «Para darme suerte», decía.

Decidí no pegarle. Por supuesto, no eran «buenas» monedas de un cuarto de dólar, pero resultaron ser lo suficientemente buenas. Quiero decir, lo suficientemente buenas para las máquinas de monedas. Habíamos pasado unas galerías comerciales; en estos lugares generalmente hay máquinas automáticas de bocadillos y bebidas, y éstas las tenían. Los

precios eran terriblemente altos: cincuenta centavos por un bocadillo pequeño y arrugado; veinticinco centavos por un bocado escaso de chocolate. Pero era mejor que algunos desayunos que habíamos tomado en la carretera. Y por supuesto no estábamos robando, ya que las monedas de cuarto de dólar de mi mundo eran de auténtica plata.

Luego fuimos a la biblioteca pública para descubrir el tipo de mundo con el que debíamos enfrentarnos.

Lo descubrimos rápidamente:

El mundo de Marga.

XX

Huye el malvado sin que nadie le persiga,
en cambio el justo como un león se siente seguro.
Proverbios, 28:1

Margrethe se mostró tan exaltada como yo el día antes. Burbujeó, sonrió, pareció tener dieciséis años. Yo miré a mi alrededor en busca de un lugar discreto -detrás de las estanterías o cualquier otro sitio- donde pudiera besarme sin preocuparme por ningún censor. Entonces recordé que aquél era el mundo de Margrethe, donde a nadie le importaba..., y la agarré allí mismo donde estábamos y la besé y abracé como corresponde.

Y fuimos reprendidos por una bibliotecaria.

No, no por lo que yo había hecho, sino porque nuestra efusividad había sido un poco ruidosa. El besarse en público no alteraba por sí mismo el decoro de la biblioteca. Era difícil que lo hiciera. Mientras estaba prometiendo no hacer más ruido y disculpándome por la interrupción, observé un estante junto al escritorio de la bibliotecaria, con un cartel:

Nuevos Títulos
PORNOGRAFÍA INSTRUCTIVA
Edad: 6 a 12 años

Quince minutos más tarde estaba agitando de nuevo el pulgar en la Carretera 77 a Dallas.

¿Por qué Dallas? Una firma de abogados: O'Hara, Rigsbee, Crumpacker y Rigsbee.

Tan pronto como estuvimos fuera de la biblioteca, Marga empezó a hablar excitadamente acerca de cómo podían terminar ahora nuestros problemas: su cuenta bancada en Copenhague.

-Espera un momento, querida -dije-. ¿Dónde está tu talonario de cheques? ¿Dónde tienes tu identificación?

Dedujimos que Margrethe podría echar mano de sus ahorros en Dinamarca dentro de algunos días en el más optimista de los casos y tras varias semanas según la estimación más probable... y que incluso el período más largo exigiría una inversión de origen para cablegramas y demás. ¿Teléfono a través del Atlántico? Marga no creía que existiese tal cosa. (Y aunque existiera, parecía seguro que los cablegramas serían más baratos y seguros.)

Incluso después de ultimados todos los arreglos, era posible que el pago real se efectuara a través de envío postal desde Europa... en un mundo que no tenía correo aéreo.

Así que nos encaminamos a Dallas, tras asegurarle a Marga que, en el peor de los casos, los abogados de Alec Graham le adelantarían a Alec Graham dinero suficiente para sacarlo (sacarnos) de la calle y, con suerte, podríamos dedicarnos inmediatamente a cosas más

importantes.

(O era posible que no me reconocieran como Alec Graham y probaran que yo no era él -por las huellas dactilares, por la firma, por algo-, y en consecuencia expulsaran el fantasma de «Alec Graham» de la dulce pero errada mente de Margrethe. Pero no le dije nada de esto a Margrethe.)

Hay trescientos veinte kilómetros desde Oklahoma City hasta Dallas; llegamos allí a las dos de la tarde, tras haber sido recogidos en la intersección de la 66 y la 77, y hacer todo el trayecto de una tacada sin cruzar ninguna de las metrópolis de Texas. Fuimos dejados allá donde la 77 cruza con la 80 en el río Trinity, y caminamos hasta el edificio Smith; nos tomó media hora.

La recepcionista de la suite 7000 parecía una componente de esos espectáculos que las I.U.D. han gastado tanto tiempo y dinero en suprimir. Iba vestida pero no mucho, y su maquillaje era lo que Marga llama «alto estilo». Era núbil y hermosa y, con mi recién aprendida tolerancia, simplemente gocé del pecaminoso espectáculo. Ella sonrió y dijo:

-¿Puedo ayudarles en algo?

-Hace un día espléndido para jugar al golf. ¿Cuál de los socios se halla todavía en la oficina?

-Me temo que solamente el señor Crumpacker.

-Ése es el hombre a quien deseo ver.

-¿Y quién digo que pide por él?

(Primer obstáculo..., lo había olvidado. ¿O era ella quien había olvidado?)

-¿No me reconoce?

-Lo siento. ¿Debería?

-¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

-Algo más de tres meses.

-Eso lo explica todo. Dígale a Crumpacker que está aquí Alec Graham.

No pude oír lo que le dijo Crumpacker a ella, pero estaba observando sus ojos; creo que se agrandaron... estoy seguro de ello. Pero todo lo que dijo fue:

-El señor Crumpacker le recibirá. -Luego se volvió a Margrethe-. ¿Puedo ofrecerle alguna revista mientras espera? ¿Y le apetecería un canuto?

-Ella viene conmigo -dije.

-Pero...

-Ven, Marga. -Me encaminé rápidamente hacia las oficinas interiores.

La puerta de Crumpacker era fácil de encontrar; era aquella de la que salían los chillidos. Se cortaron en seco cuando abrí la puerta e hice entrar a Margrethe. Mientras la seguía al interior de la oficina, el hombre se había medio levantado y estaba diciendo:

-¡Señorita, tendrá usted que esperar fuera!

-No -negué, mientras cerraba la puerta a mis espaldas-. La señora Graham se queda.

Pareció sobresaltarse.

-¿La señora Graham?

-Sorprendido, ¿verdad? Nos casamos después de que nos viéramos la última vez. Querida, éste es Sam Crumpacker, uno de mis abogados. -Había tomado su nombre de pila del cristal de la puerta.

-¿Cómo está usted, señor Crumpacker?

-Oh, encantado de conocerla, señora Graham. Felicitaciones. Felicitaciones también a usted, Alec..., siempre ha sabido escogerlas.

-Gracias -dije-. Siéntate, Marga.

-¡Eh, un momento! La señora Graham no puede quedarse..., ¡realmente no puede! Usted lo sabe muy bien.

-No sé tal cosa. Esta vez voy a tener un testigo. -No, no sabía que fuese deshonesto.

Pero hacía mucho tiempo que había aprendido, tratando con abogados, que si alguien intenta impedir que tengas un testigo a tu lado es que la cosa va a complicarse. Por eso las I.U.D. siempre tenían testigos y siempre se mantenían estrictamente dentro de la ley; es más barato de esa forma.

Marga estaba sentada; me senté a su lado. Crumpacker se había puesto en pie cuando entré; permaneció en pie. Su boca se agitaba nerviosamente.

-Debería llamar al fiscal general.

-Hágalo -acepté-. Coja este teléfono y llámele. Deje que *los dos* le veamos. Deje que lo sepa *todo.* Con testigos. Deje que yo llame a la prensa. Toda la prensa, no sólo los gatos domesticados.

(¿Qué sabía yo? Nada. Pero cuando es necesario lanzar un farol, el farol ha de ser siempre grande. Yo estaba asustado. Aquella rata podía revolverse y luchar como un ratón acorralado..., uno con la rabia.)

-Debería.

-¡Hágalo, hágalo! Diga nombres, y cuente quién hizo qué y quién pagó y quién fue pagado. Quiero ponerlo *todo* al descubierto... antes de que alguien deslice cianuro en mi sopa.

-No hable de esa forma.

-¿Quién tiene más derecho a hacerlo? ¿Quién me empujó por encima de la borda? *¿Quién?*

-¡A mí no me mire!

-No, Sammie, no creo que lo hiciera usted; no estaba allí. Pero pudieron ser sus esbirros. ¿Eh? -Entonces sonreí con mi más amplia sonrisa de tú-eres-mi-mejor-compinche-. Sólo estaba bromeando, Sam. Mi viejo amigo no querría verme muerto. Pero puede decirme usted algunas cosas y ayudarme a desentrañar el asunto. Sam, no es conveniente ser puesto fuera de circulación al otro lado del mundo..., así que me lo debe. -(No, seguía sin saber nada..., nada salvo el hecho evidente de que allí había un hombre con una conciencia culpable... así que atácale.)

-Alec, no hagamos nada apresuradamente.

-Yo no tengo ninguna prisa. Pero he venido a buscar explicaciones. Y dinero.

-Alec, le doy mi palabra de honor de que todo lo que sé de lo que le ocurrió a usted es que ese barco nórdico llegó a Portland y usted no estaba a bordo. Y yo tuve que hacer todo el camino hasta Oregón, por el amor de Dios, para actuar como testigo en la apertura de su caja fuerte. Y allí había solamente cien mil dólares; el resto había desaparecido. ¿Quién los quitó, Alex? ¿Quién *se* los quitó?

Tenía los ojos clavados en mí, esperé que mi rostro no expresara nada. Pero me tenía clavado. ¿Decía la verdad? Aquel picapleitos podía mentir tan fácilmente como hablaba. ¿Había desvalijado aquella caja fuerte mi amigo el sobrecargo, o el sobrecargo y el capitán de mutuo acuerdo?

Como hipótesis de trabajo, escoge siempre la explicación más simple. Era más probable que aquel hombre mintiera que no que el sobrecargo robara la caja. Y era probable -no, seguro- que el capitán tuvo era que estar presente cuando el sobrecargo forzó la caja de seguridad de un pasajero desaparecido. Si esos dos oficiales responsables, con carreras y reputaciones que perder, se combinaron pese a todo para robar, ¿por qué hubieran dejado cien mil dólares tras ellos? ¿Por qué no tomarlo todo y mostrarse simplemente ignorantes del contenido de mi caja de seguridad..., como sin duda lo eran? Algo no encajaba allí.

-¿Qué está implicando usted que faltaba?

-¿Eh? -miró a Margrethe-. Oh... Bueno, maldita sea, hubiera tenido que haber otros novecientos de los grandes. El dinero que usted no entregó en Tahití.

-¿Quién dice que no lo hice?

-¿Qué? Alec, no ponga peores las cosas. El señor Z. es quien lo dice. Usted intentó ahogar a su agente.

Le miré y me eché a reír.

-¿Quiere decir a aquellos gángsters tropicales? Intentaron obtener el botín sin identificarse y sin extender un recibo. Les respondí con un enérgico no..., y entonces el chico listo hizo que su músculos me arrojara a la piscina. Hummm..., Sam, ahora lo veo. Descubra quién subió a bordo del *Konge Knut* en Papeete.

-¿Por qué?

-Ese es su hombre. No solamente obtuvo el botín; él fue quien me empujó por la borda. Cuando lo averigüe, no se moleste en conseguir que sea extraditado, simplemente dígame su nombre. Yo arreglaré el resto. Personalmente.

-Maldita sea, queremos ese millón de dólares.

-¿Cree que puede recuperarlos? Hubieran podido estar en manos del señor Z..., pero usted no extendió ningún recibo. Y pasé por un montón de apuros por culpa de ese recibo. No sea estúpido, Sam, los novecientos mil han desaparecido. Pero no mis honorarios. Así que devuélvame esos cien de los grandes. Ahora.

-*¿Qué?* El fiscal federal de Portland los tiene retenidos como prueba.

-Sam, Sam, muchacho, no intente enseñarle a su abuela cómo robar ovejas. ¿Como prueba de *qué?* ¿Quién ha sido acusado? ¿Quién ha sido condenado? ¿Qué delito se ha alegado? ¿He sido acusado de robar algo de mi propia caja de seguridad? ¿Cuál es el delito?

-¿Que cuál es el delito? ¡Alguien robó novecientos de los grandes, ése es el delito!

-¿De veras? ¿Quién es el que reclama? ¿Quién afirma que hubo alguna vez novecientos mil dólares en aquella caja de seguridad? Por supuesto, yo nunca se lo dije a nadie... así que *¿quién lo dice?* Tome ese teléfono, Sam; llame al fiscal federal en Portland. Pregúntele por qué motivos retiene ese dinero..., en base a qué reclamación. Lleguemos al fondo de este asunto. Coja el teléfono, Sam. Si ese payaso federal tiene mi dinero, quiero sacudírselo de encima.

-¡Está usted demasiado ansioso de hablar con los fiscales! Un extraño comportamiento *por su parte.*

-Quizá haya sufrido un ataque agudo de honradez. Sam, su poco entusiasmo en llamar a Portland me dice todo lo que necesito saber. Fue llamado usted para actuar en mi nombre, como mi abogado. Un pasajero americano caído por la borda, un barco de bandera extranjera, es lógico que recurrieran al abogado del pasajero para hacer un inventario de sus posesiones. Luego lo entregan todo a su abogado y éste les libra un recibo por ello. Sam, ¿qué hizo usted con mis ropas?

-¿Eh? Las entregué a la Cruz Roja. Por supuesto.

-Eso hizo, ¿eh?

-Después de que el fiscal las soltara, quiero decir.

-Interesante. El fiscal federal retiene el dinero, pese a que nadie se ha quejado de que falte nada de dinero..., pero se desprende de las ropas *cuando el único delito probable es asesinato.*

-¿Eh?

-El mío, quiero decir. ¿Quién me empujó y quién lo contrató? Sam, los dos sabemos dónde está el dinero. -Me puse en pie, señale-. En esa caja fuerte. Ahí es dónde tiene que estar, lógicamente. Usted no lo ingresaría en ningún banco; quedaría un registro. Usted no lo ocultaría en su casa; su esposa podría descubrirlo. Y a buen seguro usted no lo repartiría con sus socios. Sam, ábrala. Quiero ver si hay cien mil dólares ahí dentro... o un millón.

-¡Está usted loco!

-Llame al fiscal federal. Hagamos que él sea nuestro testigo.

Lo había puesto tan furioso que no podía hablar. Sus manos temblaban. No es seguro poner a un hombrecillo tan furioso..., y yo le superaba en altura por unos buenos quince centímetros, en peso por unos cuantos kilos y en otras medidas proporcionales también. No me atacaría directamente -era un abogado-, pero yo iba a tener que ir con mucho cuidado al cruzar puertas y cosas así.

Aquél era el momento de enfriarlo un poco...

-Sam, Sam, no se lo tome tan en serio. Usted estaba empujándome demasiado..., así que retrocedí un poco. Sólo el buen Dios sabe por qué los fiscales hacen algo. A estas alturas el dinero debe haber desaparecido..., en la creencia de que estoy muerto y nunca reclamaré nada. De modo que iré a Portland y le apretaré un poco las clavijas.

-Hay allí una acusación contra usted.

-¿De veras? ¿Sobre qué bases?

-Seducción bajo promesa de matrimonio. Una mujer de la tripulación de aquel barco. -Tuvo la consideración de mirar a Margrethe con aire de disculpa-. Lo siento, señora Graham. Pero su esposo preguntó.

-No importa -respondió ella tensamente.

-Y luego escapé, ¿eh? ¿Cómo es ella? ¿Es hermosa? ¿Cómo se llama?

-Nunca la vi; no estaba allí. ¿Su nombre? Un nombre sueco. Déjeme pensar. Gunderson, eso es. Margaret S. Gunderson.

Margrethe, bendito sea tu corazón, nunca dejas escapar ni un piído... aunque te llamen sueca. Dije maravillado:

-Así que estoy acusado de seducir a esa mujer..., a bordo de un barco con bandera extranjera, en algún lugar en los Mares del Sur. Por lo que hay una orden de busca y captura a mi nombre en Portland, Oregon. Sam, ¿qué clase de abogado es usted para dejar que un cliente suyo sea acusado de ese modo?

-Soy un abogado listo, ésa es la clase de abogado que soy. Como usted ha dicho, no hay forma de decir lo que hará un fiscal federal; les quitan el cerebro cuando los nombran. Simplemente se trataba de algo de lo que no valía la pena preocuparse, puesto que usted estaba muerto, o al menos eso es lo que todos pensábamos. Solamente estoy velando por sus intereses, haciéndole saber como están las cosas antes de que usted se meta de lleno en ellas. Déme algo de tiempo, arreglaré eso..., y *entonces* podrá ir usted a Portland.

-Parece razonable. ¿No hay ninguna otra acusación contra mí?

-No. Bueno, sí y no. Ya sabe cuál fue el trato; nosotros les aseguramos que no iba a regresar, así que hicieron la vista gorda cuando usted se fue. Pero ahora está aquí de vuelta. Alec, no puede permitirse el ser visto aquí. O en cualquier otro lugar de Texas. O de los Estados Unidos, en realidad. Las noticias corren, e indagarán en esas viejas acusaciones.

-¡Era inocente!

Se alzó de hombros.

-Alec, todos mis clientes son inocentes. Estoy hablando como un padre, en su propio interés. Márchese de Dallas. Si va al Paraguay, por ejemplo, o más lejos aún, no importa, mucho mejor.

-¿Cómo? Estoy sin un centavo, Sam. *Necesito* algo de pasta.

-¿Le he dejado alguna vez en la cuneta? -Sacó su billetera, contó cinco billetes de cien dólares, me los tendió.

Le miré.

-¿Qué es eso? ¿Una propina? -Los cogí, me los metí en el bolsillo-. Eso no va a llevarnos ni hasta Brownsville. Déjeme ver algo más de dinero.

-Venga a verme mañana.

-No juegue conmigo, Sam. Abra esa caja fuerte y déme algo de auténtico dinero. O no vendré aquí mañana; iré al tipo federal y cantaré como los pájaros. Tras lo cual me pondré

a su disposición... y ya sabe lo que ocurrirá entonces; a los federales les encantan los testigos estatales, es la única forma en que consiguen ganar un caso. Luego iré a Oregon y recogeré ese centenar de los grandes.

-Alec, ¿me está amenazando?

-Usted juega, yo juego. Sam, necesito un coche, y no me refiero a un Ford destartalado. Un Cadillac. No tiene que ser nuevo, pero sí en buen estado, limpio y con un motor que suene como los ángeles. Un Cadillac y unos cuantos de los grandes y estaremos en Laredo a medianoche, y en Monterrey por la mañana. Le llamaré desde Ciudad de México y le daré una dirección. Si realmente quiere que vaya al Paraguay y me quede allí, envíeme el dinero al D.F. para que pueda hacerlo.

La cosa no funcionó exactamente como yo había dicho, pero conseguí un Pontiac de segunda mano, y me fui con seis mil dólares en efectivo e instrucciones de ir a un determinado vendedor de coches usados y aceptar lo que me ofrecía... Sam llamaría y arreglaría la parte económica. Consintió también en llamar al Hyatt y conseguir que nos reservaran la suite nupcial. Luego tenía que volver a la mañana siguiente a las diez.

Me negué a levantarme tan temprano.

-Digamos a las once. Aún estamos en nuestra luna de miel.

Sam dejó escapar una risita, me dio una palmada en la espalda y aceptó.

Fuera en el descansillo nos encaminamos hacia los ascensores, pero continuamos tres metros más allá y abrí la puerta de la escalera de incendios. Margrethe me siguió sin el menor comentario, pero dentro de la escalera y fuera del alcance de otros oídos dijo:

-Alec, ese hombre no es tu amigo.

-No, no lo es.

-Tengo miedo por ti.

-Yo tengo miedo por mí también.

-Un miedo terrible. Temo por tu vida.

-Amor, yo también temo por mi vida. Y por la tuya. Estás en peligro mientras sigas conmigo.

-¡*No* te abandonaré!

-Lo sé. Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos.

-Sí. ¿Cuáles son ahora tus planes?

-Vamos a ir a Kansas.

-¡Oh, estupendo! Entonces, ¿no vamos a ir en coche hasta México?

-Cariño, nunca he sabido conducir.

Salimos al garaje del edificio y caminamos por la rampa de acceso hasta una calle lateral. Allá nos alejamos a pie varias manzanas del edificio Smith, tomamos un taxi que pasaba, fuimos a la estación Texas & Pacific, allá tomamos otro taxi de la hilera que estaba esperando y nos dirigimos a Fort Worth, a cuarenta kilómetros al este. Margrethe estuvo muy silenciosa durante el viaje. Yo no le pregunté en qué estaba pensando porque ya lo sabía: a nadie le hace feliz descubrir que una persona de la que te has enamorado está mezclada en algún embrollo que huele a gángsters y estafadores. Me hice la solemne promesa de no volver a mencionarle el asunto.

En Fort Worth hice que el taxista nos dejara en la calle comercial más de moda, a su elección. Luego le dije a Marga:

-Querida, voy a comprarte una pesada cadena de oro.

-¡Por Dios, cariño! No necesito ninguna cadena de oro.

-Sí la necesitamos. Marga, la primera vez que estuve en este mundo, contigo en el *Konge Knut,* aprendí que el dólar era blando, no estaba respaldado por el oro, y todos los

precios que he visto hoy me lo han confirmado. De modo que, si vuelve a producirse un cambio, y nunca sabemos, ni siquiera las monedas duras de este mundo, los medios dólares y los cuartos de dólar y las monedas de diez centavos, nos servirán de nada porque no son auténtica plata. En cuanto a los billetes que obtuve de Crumpacker... ¡papel mojado!

»A menos que los cambiemos por alguna otra cosa. Empezaremos con esa cadena de oro y a partir de ahora la llevarás hasta en la cama, incluso mientras te bañes..., a menos que la cuelgues en mi cuello antes de hacerlo.

-Entiendo. De acuerdo.

-Compraremos algunas joyas pesadas de oro para cada uno, luego intentaré encontrar algún joyero..., comprar alguna moneda grande, quizá de oro. Pero mi propósito es librarnos de la mayor parte de este papel moneda dentro de la próxima hora..., de todo excepto del precio de dos billetes de autobús a Wichita, Kansas, quinientos cincuenta kilómetros al norte de aquí. ¿Aguantarás toda una noche en autobús? Quiero salir de Texas.

-¡Por supuesto! ¡Oh, querido, yo también quiero irme de Texas! De veras, sigo estando asustada.

-De veras, no eres la única.

-Pero...

-¿Pero qué, querida? Y deja de parecer triste.

-Alec, no me he bañado *en cuatro días.*

Encontramos la joyería, encontramos la tienda de monedas; gasté aproximadamente la mitad de aquella moneda no respaldada por ningún metal noble y reservé el resto para el billete de autobús y otros gastos en aquel mundo..., como una cena, que tomamos tan pronto como las tiendas empezaron a cerrar. La hamburguesa que habíamos comido en Gainesville parecía horriblemente lejos en el tiempo y en el espacio. Luego comprobé que había un autobús que iba al norte -Oklahoma City, Wichita, Salina- a las diez de aquella misma noche. Compré dos> billetes y pagué un dólar extra sobre cada billete para reservar asientos. Luego empecé a tirar el dinero como un marino borracho: alquilé una habitación en un hotel al otro lado de la estación de autobuses, sabiendo que tendríamos que irnos en menos de dos horas.

Valió la pena. Baños calientes para ambos, turnándonos, el uno completamente vestido y llevando las ropas del otro, las joyas y todo el dinero mientras el otro permanecía desnudo y mojado. Y llevando mi maquinilla de afeitar, que se había convertido en un talismán de cómo vencer las bromas pesadas de Loki.

Y ropa interior nueva para cada uno, comprada hacía poco mientras estábamos convirtiendo el papel moneda en valores más sólidos.

Había esperado tener tiempo suficiente para el amor..., pero no; cuando estuve limpio y seco ya era hora de vestirme e ir en busca del autobús. No importaba, habría otras veces. Subimos al autobús, echamos hacia atrás los respaldos, Marga puso su cabeza en mi hombro. Mientras el autobús se encaminaba al norte, nos dormimos.

Desperté un rato más tarde debido a que la carretera estaba llena de baches. Nuestros asientos estaban inmediatamente detrás del conductor, de modo que me incliné hacia delante y pregunté:

-¿Se trata de un desvío? -No podía recordar ningún tramo malo cuando habíamos recorrido la misma carretera hacia el sur hacía doce horas.

-No -dijo-. Hemos entrado en Oklahoma, eso es todo. No hay mucho pavimento en Oklahoma. Algo cerca de Oke City, y un poco entre aquí y Guthrie.

La charla había despertado a Margrethe; se enderezó.

-¿Qué ocurre, querido?

-Nada. Sólo que Loki sigue divirtiéndose con nosotros. Sigue durmiendo.

XXI

Y dijo a este propósito uno de los ancianos dirigiéndose a mí: «Éstos que están envueltos en vestiduras blancas,
quiénes son y de dónde vinieron?» Y yo le dije:
«Señor mío, tú lo sabes.» Y él me repuso: «Éstos son
los venidos de la gran tribulación que lavaron sus vestiduras
y las blanquearon con la sangre del cordero. Por eso están
ante el trono de Dios y le adoran día y noche en su templo.
Apocalipsis, 7:13-15

Estaba conduciendo un coche tirado por un caballo y no disfrutándolo. El día era caluroso, el polvo alzado por los cascos del caballo se pegaba a la sudorosa piel, las moscas eran insoportables, no había ni un soplo de brisa. Estábamos en algún lugar cerca del ángulo formado por Missouri, Kansas y Oklahoma, pero no estaba seguro de dónde. No había visto un mapa desde hacía días, y las carreteras ya no estaban marcadas con mojones para la orientación de los automovilistas..., porque allí no había automóviles.

Las últimas dos semanas (más o menos: había perdido el control de los días) habían sido un interminable tormento de Sísifo, una ridícula frustración tras otra. ¿Vender dólares de plata a un comerciante local a cambio de papel moneda de aquel mundo? Ningún problema: lo había hecho varias veces. Pero eso no siempre había ayudado. En una ocasión había vendido plata por papel moneda local y habíamos encargado la comida..., y entonces *boom,* otro cambio de mundo, y seguimos hambrientos y sin que el dinero recién cambiado nos sirviera de nada. En otra ocasión fui engañado abusivamente y, cuando fui a quejarme, se me dijo:

-Amigo, la posesión de esta moneda es ilegal, y usted lo sabe. Le ofrecí comprarla pese a todo porque me cayó usted bien. ¿Acepta lo que le doy a cambio? ¿O debo cumplir con mi deber como ciudadano?

Acepté lo que me daba a cambio. El papel moneda que me dio por cinco onzas de plata no bastaba para pagarnos una cena para Marga y para mí en un fonducho llamado «Las comidas de mamá».

Eso ocurrió en una encantadora comunidad llamada (según el cartel situado a su entrada):

LOS DIEZ MANDAMIENTOS
Una comunidad *limpia*
Negros, judíos, papistas
¡pasad de largo!

Pasamos de largo. Aquellas dos semanas transcurrieron intentando viajar los trescientos kilómetros de Oklahoma City a Joplin, Missouri. Me había visto obligado a olvidar la idea de evitar Kansas City. De todos modos, seguía sin tener intención de permanecer en o cerca de Kansas City, no cuando un repentino cambio de mundos podía hacernos aterrizar en el regazo de Abigail. Pero había aprendido en Oklahoma City que la ruta más rápida y de hecho la única práctica para Wichita era un largo rodeo a través de Kansas City. Habíamos retrocedido a la era del coche de caballos.

Cuando consideras la edad total de la Tierra, desde la creación en el año 4004 antes de

Cristo hasta el año de Nuestro Señor de 1994, o sea 5998 años -pongamos 6000-, en un período de 6000 años, 80 o 90 años no son demasiado. Y ése era el tiempo que había transcurrido desde los días de los coches de caballos en mi mundo. Mi padre nació en aquella fecha (1909), y mi abuelo paterno no sólo nunca fue propietario de un automóvil sino que se negó durante toda su vida a subir en uno. Afirmaba que eran un producto del Demonio, y acostumbraba a citar pasajes de Ezequiel para probarlo. Quizá tuviera razón.

Pero la era del coche de caballos tiene sus inconvenientes. Hay algunos obvios, como la falta de instalaciones sanitarias en las casas, la ausencia de aire acondicionado, la inexistencia de medicina moderna. Pero para nosotros había otro no tan obvio pero mucho más importante; donde no hay camiones ni coches no existe el auto stop. Oh, a veces es posible conseguir que el carro de alguna granja te lleve..., pero la diferencia de velocidad entre el caminar de un hombre y el de un caballo no es tan grande. Nos subíamos a lo que hallábamos cuando podíamos, pero, de cualquier forma, veinticinco kilómetros al día era un buen progreso..., demasiado bueno; no dejaba tiempo para trabajar a fin de conseguir comida y alojamiento para la noche.

Existe una vieja paradoja, la de Aquiles y la tortuga, en la cual la distancia que queda hasta nuestra meta se ve reducida a la mitad a cada paso. La pregunta es: ¿cuánto tiempo se necesita para alcanzarlo? La respuesta es: Nunca puedes alcanzarlo desde aquí.

Ésa es la forma como «avanzamos» de Oklahoma City a Joplin.

Algo más se añadía a mi frustración: empecé a sentirme cada vez más persuadido de que nos hallábamos realmente en los últimos días, y que podíamos esperar el regreso de Jesús y el Juicio Final en cualquier momento..., y mi amor, mi necesidad, aún no había vuelto a los brazos de Jesús. Me contenía de incitarla a hacerlo, aunque necesitaba todo mi poder de voluntad para respetar su deseo de hacerlo sola. Empecé a dormir mal por preocupación hacia ella.

También me volví un poco loco (aparte mi paranoica creencia de que esos cambios de mundos iban dirigidos personalmente a mí), loco en el sentido de que adquirí una infundada pero compulsiva creencia de que terminar aquel viaje era esencial para la seguridad del alma inmortal de mi amor. Simplemente déjanos salir de Kansas, querido Señor, y rezaré sin cesar hasta que la haya convertido y devuelto a la gracia. Oh buen Dios de Israel, ¡concédeme esa bendición!

Seguí buscando trabajos de lavaplatos (o cualquier otra cosa) incluso mientras nos quedaba todavía plata y oro para cambiar por dinero local. Pero los moteles habían desaparecido por completo; los hoteles eran escasos y los restaurantes decrecían en número y tamaño para acomodarse a una economía en la que el viaje era raro y casi todas las comidas se hacían en casa.

Era más fácil encontrar trabajo limpiando establos. La verdad, prefería lavar platos que palear estiércol de caballo..., especialmente puesto que tenía tan sólo un par de zapatos. Pero me ajusté a la regla de: acepta cualquier trabajo honrado, *¡pero sigue adelante!*

Puede que se pregunten ustedes por qué no cambiamos a efectuar nuestros trayectos en trenes de carga. En primer lugar no sé cómo, pues nunca lo he hecho. Aún más importante, no podía garantizar la seguridad de Margrethe. Estaba el peligro de subirse a un vagón en marcha. Pero lo peor eran los peligros derivados de la gente: inspectores de ferrocarriles y todo tipo de vagabundos... No era necesario discutir aquellos deprimentes peligros con ella, así que me mantuve lejos de las líneas férreas y la jungla de los vagabundos.

Y me preocupaba. Aunque me atenía estrictamente a su petición de no apresurarla, cada noche rezaba en voz alta en su presencia, de rodillas. Y finalmente, con gran alegría por mi parte, mi amor se me unió, también de rodillas. No rezaba en voz alta y yo dejé de vocalizar, excepto el final: «En el nombre de Jesús, amén.» Seguíamos sin hablar de ello.

Me hallé conduciendo aquel carro y aquel caballo (Dios mío, qué día asfixiante...,

«tiempo de tormenta», lo habría llamado mi abuela Hergensheimer) como resultado de un trabajo limpiando establos. Como siempre me marché al día siguiente, diciéndole a mi patrono temporal que mi esposa y yo teníamos que llegar a Joplin, pues su madre estaba enferma.

Él me dijo que tenía un coche que debía ser devuelto a la siguiente ciudad siguiendo la carretera. Lo que quería decir era que tenía demasiados caballos y coches, propios y de otros, o en otro caso hubiera esperado a poder devolverlo alquilándoselo a cualquier viajero de paso.

Me ofrecí a devolverlo por el sueldo de un día a la misma extremadamente baja tarifa que me había pagado por palear paja y estiércol de caballo.

Señaló que me estaba haciendo un favor, puesto que mi esposa y yo teníamos que ir a Joplin.

Tenía de su lado la lógica y la fuerza de la posición; lo acepté. Pero su esposa preparó comida para nosotros, además de darnos el desayuno después de dormir en su granero.

Así que pese a todo no me sentía demasiado infeliz conduciendo aquel carruaje, pese al tiempo y pese a las frustraciones. Estábamos acercándonos unos cuantos kilómetros a Joplin cada día... y ahora mi amor rezaba. Parecía que las cosas empezaban a brillar de nuevo.

Acabábamos de alcanzar las afueras de aquella ciudad (¿Lowell? ¿Racine? Desearía poder recordarlo), cuando nos topamos con algo surgido directamente de mi infancia: una reunión evangelista en el campo, un recuerdo de tiempos antiguos. A la izquierda de la carretera había un cementerio, bien cuidado, aunque la hierba se estaba secando; frente a él, a la derecha, estaba la tienda evangelista, en medio de un terreno de pastos. Me pregunté si la yuxtaposición del cementerio y la reunión bíblica sería accidental o planeada... Si se hallaba implicado el reverendo Danny, podía asegurar que estaba planeada; la mayor parte de la gente no puede ver lápidas sin pensar automáticamente en el largo después.

Hileras de coches de caballos y carromatos agrícolas estaban aparcados cerca de la tienda, y tras ellos se divisaba un corral temporal. Mesas de picnic del tipo de planchas y caballetes ocupaban las inmediaciones de la tienda al otro lado. Pode ver los restos de una comida. Aquella era una reunión bíblica seria, una de las que empezaban por la mañana, se interrumpían para comer, proseguían durante toda la tarde..., volvían a interrumpirse de nuevo para cenar, luego proseguían y no se terminaban hasta que el predicador juzgaba que ya no quedaban más almas que salvar aquel día.

(Desprecio a esos modernos predicadores de ciudad con sus «inspirados mensajes» de cinco minutos. Dicen que Billy Sunday podía predicar durante siete horas con sólo un vaso de agua..., luego volver a hacerlo por la noche *y* al día siguiente. ¡No es extraño que los cultos paganos se hayan extendido como la planta de habichuelas del cuento!)

Cerca de la tienda había una caravana con dos caballos. Pintado a un lado había un letrero: Hermano «Biblia» Barnaby. En la parte delantera había una pancarta de lona sujeta por los lados con dos palos:

¡Esa Antigua Religión!
Hermano «Biblia» Barnaby
Curaciones en cada sesión
10 a.m. - 2 p.m. - 7 p.m.
Cada día, desde el domingo 5 de junio hasta
¡¡¡EL DÍA DEL JUICIO!!!

Le hablé al penco y tiré de las riendas para hacerle saber que quería que se detuviera.

-¡Querida, mira eso!

Margrethe leyó el cartel, no hizo ningún comentario.

-Admiro su valor -dije-. El hermano Barnaby está jugándose su reputación a que el Día del Juicio llegará antes de que sea tiempo de segar el trigo..., lo cual podría ser pronto este año, con el calor que hace.

-Pero tú crees que el Día del Juicio será pronto.

-Sí, pero no me juego una reputación profesional en ello..., sólo mi alma inmortal y la esperanza de alcanzar el cielo. Marga, cada estudioso de la Biblia lee las profecías de un modo ligeramente distinto. O muy distinto. La mayor parte de la cosecha actual de premilenaristas no esperan el Día para antes del año dos mil. Me gustaría oír las razones del hermano Barnaby. Puede que haya algo en ellas. ¿Te importa si nos quedamos aquí una hora?

-Podemos quedarnos donde quieras tanto tiempo como tú quieras. Pero..., Alec, ¿quieres que yo entre también? ¿Debo hacerlo?

-Oh... -(Sí, querida, quiero que entres)-. ¿Prefieres esperar en el coche?

Su silencio era suficiente respuesta.

-Entiendo. Marga, no voy a intentar retorcer tu brazo. Sólo una cosa: No nos hemos separado excepto cuando ha sido absolutamente necesario desde hace varias semanas. Y tú sabes por qué. Con los cambios produciéndose casi cada día, odiaría que uno nos golpeara mientras tú estás sentada ahí fuera y yo estoy dentro, bastante separados el uno del otro. Oh, podemos quedarnos los dos fuera de la tienda. Veo que tiene los lados enrollados hacia arriba.

Encajó los hombros.

-Estaba siendo estúpida. No, vayamos dentro. Alec, necesito sujetar tu mano; tú tienes razón: el cambio viene aprisa. Pero no te pediré que te mantengas apartado de una reunión de tus correligionarios.

-Gracias, Marga.

-Y, Alec..., ¡lo *intentaré!*

-Gracias. ¡Gracias te sean dadas! ¡Amén!

-No necesitas agradecerme nada. Si tú vas a tu cielo, ¡yo quiero ir también!

-Entremos, querida.

Situé el coche al final de una hilera, luego conduje el caballo al corral, con Marga a mi lado. Mientras volvíamos a la tienda pude oír:

¡...el rincón donde estás!
¡Ilumina el rincón donde estás!
¡A través de los arrecifes,
a alguien que está muy lejos del puerto puedes guiar!
¡Así...!

-¡...ilumina el rincón donde estás! -coreé.

Era una agradable sensación.

La música instrumental consistía en un órgano de pie y un trombón de varas. Ese último me sorprendió pero me complació; no hay otro instrumento que pueda ejecutar mejor *La*

Ciudad Santa, y es casi indispensable para *El Hijo de Dios va a la guerra.*

La congregación estaba apoyada por un coro con blancas túnicas de ángel..., un coro improvisado, supuse, puesto que las túnicas blancas eran de fabricación casera, hechas con sábanas. Pero lo que podía faltarle al coro de profesionalidad lo suplía con entusiasmo. La música de iglesia no tiene que ser buena siempre que sea sincera... y fuerte.

El pasillo central de serrín, de casi dos metros de ancho, conducía directamente al centro, con bancos a cada lado. Terminaba en una barandilla de madera de dos por cuatro. Un acomodador nos condujo a lo largo del pasillo en respuesta a mi petición de asientos delanteros. El lugar estaba lleno, pero hizo que la gente se apretara un poco más, y nos encajamos junto al pasillo en la segunda hilera, yo en la parte de fuera. Sí, aún quedaban sitios en la parte de atrás, pero todos los predicadores desprecian a la gente -¡su número es legión!- que se sienta en la parte de atrás cuando hay asientos libres delante.

Cuando la música se detuvo, el hermano Barnaby se puso en pie y subió al pulpito y apoyó una mano sobre la Biblia.

-Todo está en el Libro -dijo suavemente, casi en un susurro. La congregación guardó un silencio absoluto.

Avanzó un paso, miró a su alrededor.

-¿Quién os quiere?

-¡Jesús me quiere!

-Dejad que El os oiga.

-¡JESÚS ME QUIERE!

-¿Cómo lo sabéis?

-¡ESTÁ EN EL LIBRO!

Me di cuenta de la existencia de un olor que no había olido desde hacía mucho tiempo. Mi profesor de homiléctica nos señaló una vez en una sesión de trabajo que una congregación imbuida de fervor religioso poseía un olor fuerte y distintivo («hedor» fue la palabra que utilizó) compuesto de sudor y hormonas tanto masculinas como femeninas.

-Hijos míos -nos dijo-, si vuestra congregación reunida huele demasiado suave, no estáis llegando a ellos. Si no podéis hacerles sudar, si no se empapan en su propio olor como un gato en celo, será mejor que abandonéis, crucéis la calle y os unáis a los papistas. El éxtasis religioso es la más fuerte de las emociones humanas: ¡cuando está ahí, puedes olerlo!

El hermano Barnaby había llegado a ellos.

(Y, debo confesar, yo nunca lo había conseguido. Es por eso por lo que me decanté a organizar y recolectar dinero.)

-Sí, está en el Libro. La Biblia es la Palabra de Dios, no sólo aquí y allá, sino cada palabra. No como alegoría, sino como verdad literal. Debéis saber la verdad, y la verdad os hará libres. Ahora os leeré del Libro: «Porque el propio Dios descenderá de los cielos con un grito, con la voz del arcángel, y con la Trompeta de Dios; y los muertos en Cristo se levantarán primero.»

Hizo una pausa y miró a su alrededor.

-Este último versículo trae grandes noticias, hermanos y hermanas: «Los muertos en Cristo se levantarán primero.» ¿Qué nos dice esto? No dice que los muertos vayan a levantarse primero; dice que los *muertos en Cristo* se levantarán primero. Aquellos que fueron lavados en la sangre del Cordero, que nacieron de nuevo en Jesús, y luego murieron en estado de gracia *antes* de Su segunda venida, no serán olvidados, serán *los primeros.* ¡Sus tumbas se abrirán, se verán devueltos milagrosamente a la vida y a la salud y a la perfección física y conducirán el desfile hacia el cielo, donde morarán en la felicidad para siempre junto al gran trono blanco!

Alguien gritó:

-¡Aleluya!

-Bendita seas, hermana. ¡Ah, las buenas noticias! ¡Todos los muertos en Cristo, hasta el último! La hermana Ellen, arrebatada de su familia por la mano cruel del cáncer, pero que murió con el nombre de Jesús en los labios, *ella* ayudará a conducir la procesión. La amada esposa de Asa, que murió de parto pero en estado de gracia, ¡también estará allí! Todas nuestras personas queridas que murieron en Cristo serán congregadas, y podréis verlas en el cielo. El hermano Ben, que vivió una vida de pecado, pero encontró a Dios en una trinchera antes de que una bala enemiga segara su vida, *estará* allí..., y este caso es una noticia especialmente buena, puesto que atestigua que Dios puede ser hallado en cualquier lugar. Jesús está presente no sólo en las iglesias..., de hecho hay tantas mal llamadas iglesias hoy en día donde su Nombre apenas es oído...

-¡Puedes decirlo!

-Y lo haré. Dios está en todas partes; puede oírte mientras hablas. Puede oírte más fácilmente cuando estás sembrando un campo, o de rodillas al lado de tu cama, de lo que puede oírte en alguna adornada catedral rodeado de pinturas e inciensos. Está aquí *ahora, y* os promete: «Nunca os abandonaré, nunca os olvidaré. Llegaré ante la puerta y llamaré, y si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré a su casa y cenaré con él, y él conmigo.» Ésa es su promesa, amados hermanos, en palabras sencillas. Nada de oscuridades, nada de rimbombantes «interpretaciones», nada de pretendidos «significados alegóricos». Cristo en persona está aguardándoos, lo único que tenéis que hacer es preguntar.

»Y si preguntáis, si nacéis de nuevo en Jesús, si Él lava vuestros pecados y alcanzáis el estado de gracia..., ¿qué entonces? Os he leído la primera mitad de la promesa de Dios a los fieles. Oiréis el Grito, oiréis sonar la gran Trompeta. Su advenimiento, como Él prometió, y los muertos en Cristo se levantarán de nuevo. Aquellos resecos huesos se levantarán de nuevo y serán cubiertos con carne, viva y saludable.

»¿Y *entonces* qué?

-Oíd las palabras del Señor: «Entonces nosotros los que estamos vivos»... Eso se refiere a vosotros y a mí, hermanos y hermanas; Dios está hablando de *nosotros.* «Entonces los que estamos vivos y quedamos seremos reunidos con ellos en las nubes, para encontrarnos con el Señor en el aire, ¡y así estar siempre con el Señor!

-¡Y así estar siempre! ¡Así estar *siempre*[1]. ¡Con el Señor en los cielos!

-¡Aleluya!

-¡Bendito sea su Nombre!

-¡Amen! ¡Amén!

(Me di cuenta de que yo era uno de aquellos que gritaban «¡Amén!»)

-Pero hay un precio. No existen billetes gratis al cielo. ¿Qué ocurre si *no* le pedís a Jesús que os ayude? ¿Qué ocurre si ignoráis su oferta de ser lavados de vuestros pecados y renacer en la sangre del Cordero? ¿Qué ocurre entonces? ¿Bien? ¡Respondedme!

La congregación permanecía en silencio excepto las intensas respiraciones. Luego, una voz del fondo dijo, no demasiado fuerte:

-Los fuegos del infierno.

-¡Los fuegos del infierno y la condenación! ¡No sólo por un tiempo sino por toda la eternidad! No algún fuego místico y alegórico que solamente turbe vuestra paz mental y no queme más que un fuego de artificio del cuatro de julio. Un auténtico fuego, intenso, rabioso, tan real como esto. -El hermano Barnaby dio una fuerte palmada en el pulpito que pudo ser oída en toda la tienda-. El tipo de fuego que hace que la base de las llamas resplandezca primero rojo cereza, luego blanca. Y tú estarás *en* aquel fuego, Pecador, y el horrible dolor seguirá y seguirá, y nunca se detendrá. ¡Nunca! No hay esperanza para ti. No sirve de nada pedir una segunda oportunidad. *Tuviste* tu segunda oportunidad..., y tu millonésima oportunidad. Y más aún. Durante dos mil años el dulce Jesús ha estado suplicándote, *pidiéndote* que le aceptaras, a Él que murió en agonía en la cruz para darte

una nueva oportunidad. Así, cuando estés ardiendo en ese feroz Pozo, intentarás respirar el azufre, ¡y sentirás como quema tus pulmones y llaga tu pecadora carne! Y arderás en lo más profundo del Pozo por tus pecados, y no podrás lamentarte acerca de lo terrible que duele y de que no sabías que iba a ser así. Jesús lo sabe todo acerca del dolor; murió en la cruz. Murió por *ti.* Pero tú no escuchaste y ahora estás en lo más profundo del Pozo y gimiendo.

»¡Y allí *permanecerás,* sufriendo la agonía de las llamas por toda la eternidad! Tus lamentos no podrán ser oídos desde lo profundo del Pozo; ¡se verán ahogados por los gritos de miles de millones de otros pecadores!

El hermano Barnaby bajó su voz a un nivel conversacional.

-¿Deseáis arder en el Pozo?

-¡No!... ¡Nunca!... ¡Jesús, sálvanos!

-Jesús os salvará, si se lo pedís. Aquellos que murieron en Cristo están salvados, ya hemos leído sobre ellos. Aquellos que estén vivos cuando Él regrese serán salvados si han nacido de nuevo y permanecen en ese estado de gracia. Nos prometió que regresaría, y que Satanás sería encadenado por un millar de años mientras Él gobierna en paz y justicia sobre la tierra. Eso es el Milenio, amigos, ése es el gran día a mano. Tras esos mil años Satanás será desencadenado por un corto tiempo y se producirá la batalla final. Habrá una guerra en los cielos. El arcángel Miguel será el general de nuestro lado, conduciendo los ángeles de Dios contra el Dragón, Satanás de nuevo, y sus huestes de ángeles caídos. Y Satanás será vencido..., perderá la batalla, dentro de mil años a partir de ahora. Y nunca más volverá a ser visto en los cielos.

«Pero eso ocurrirá dentro de un millar de años, queridos amigos. Viviréis para verlo... *si* aceptáis a Jesús y nacéis de nuevo antes de que esa Trompeta lance la señal de su retorno. ¿Cuándo será eso? ¡Pronto, pronto! ¿Qué dice el Libro? En la Biblia Dios os dice no una sino muchas veces, en Isaías, en Daniel, en Ezequiel, y en los cuatro Evangelios, que *no* os será dicha la hora exacta de su regreso. ¿Por qué? ¡Para que no podáis barrer el polvo de debajo de la alfombra, ése es el porqué! Si Él os dijera que llegará el día de Año Nuevo del año dos mil, habrá aquellos que pasarán los próximos cinco años y medio cohabitando con mujeres de vida disoluta, adorando extraños dioses, quebrantando cada uno de los Diez Mandamientos..., y luego, en algún momento de la semana de Navidad, encontraríais al noventa y nueve por ciento de ellos en las iglesias, gritando su arrepentimiento, intentando hacer un trato.

-¡No es eso! No puede haber ningún trato. El precio es el mismo para todos. El Grito y la Trompeta pueden hallarse a meses de distancia..., o quizá los oigáis antes de que yo acabe esta frase. Es asunto vuestro estar dispuestos para cuando llegue.

»Pero sabemos que va a ser pronto. ¿Cómo? De nuevo lo encontramos en el Libro. Signos y portentos. El primero, sin el cual no puede producirse el resto, es el regreso de los Hijos de Israel a la Tierra Prometida..., ved Ezequiel, ved Mateo, ved los periódicos de hoy. Están reconstruyendo el Templo..., no hay la menor duda al respecto; está en el *Kansas City Star.* Habrá otros signos y portentos, maravillas de todo tipo..., pero los mayores serán tribulaciones, pruebas para calificar las almas de los hombres en la forma en que fue probado Job. ¿Acaso existe una palabra mejor para describir el siglo XX que "tribulaciones"?

«Guerras y terrorismo y asesinatos y fuegos y plagas. Y muchas guerras. Nunca en la historia ha sido probada tan amargamente la humanidad. Pero resiste, del mismo modo que resistió Job, y el final es la felicidad y la paz eterna... la paz de Dios, que va más allá de toda comprensión. Os ofrece su mano, os ama, os salvará.

El hermano Barnaby se detuvo y se secó la frente con un gran pañuelo que ya estaba empapado del mucho uso. El coro (quizás a una señal suya) empezó a cantar suavemente:

«Nos reuniremos en el río, el hermoso, hermoso río, que discurre junto al trono de Dios...», y luego hizo una transición a:

Exactamente como yo, sin una disculpa...

El hermano Barnaby se arrodilló sobre una rodilla y tendió sus manos hacia nosotros.

-¡Por favor! ¿No vais a contestarle? Venid, aceptad a Jesús, dejad que os cobije en sus brazos...

El coro prosiguió suavemente con:

Pero tu sangre fue derramada por mí,
y me invitaste a venir hasta ti,
oh Cordero de Dios, ¡ya vengo!, ¡ya vengo!

Y el Espíritu Santo descendió.

Lo sentí abrumarme, y el gozo de Jesús llenó mi corazón. Me puse en pie y avancé por el pasillo central. Sólo entonces recordé que tenía a Margrethe conmigo. Me volví y la vi mirarme fijamente, su rostro lleno con una expresión dulce y profundamente seria.

-Ven, querida -susurré, y la conduje al pasillo central. Juntos avanzamos por el sendero de serrín hacia Dios.

Había otros delante de nosotros en la barandilla de madera. Encontré un lugar para nosotros, empujé a un lado varias muletas y un braguero votivos y me arrodillé. Coloqué mi mano derecha en la barandilla, apoyé en ella la frente, mientras seguía sujetando la mano de Marga con mi izquierda. Recé a Jesús para que lavara nuestros pecados y nos recibiera en sus brazos.

Uno de los ayudantes del hermano Barnaby estaba susurrándome al oído:

-¿Cómo te encuentras, hermano?

-Estupendamente -dije, feliz-. Y también mi esposa. Ayuda a alguien que lo necesite.

-Bendito seas, hermano. -Se alejó. Una hermana un poco más abajo estaba contorsionándose y hablando en lenguas; se detuvo para confortarla.

Incliné de nuevo la cabeza. Entonces me di cuenta de los relinchos y de los agudos gritos de los asustados caballos y de un gran chasquear y agitarse del techo de lona sobre nuestras cabezas. Alcé la vista y vi que una enorme rasgadura iba abriéndose en la tela, luego la lona cedió. El suelo tembló. El cielo estaba oscuro.

La Trompeta sacudió mis huesos, el Grito fue el más fuerte que jamás haya oído, alegre y triunfante. Ayudé a Margrethe a ponerse en pie y le sonreí.

-¡Es *ahora,* querida!

Fuimos barridos hacia arriba.

Giramos sobre nosotros mismos y penetramos en una nube en forma de embudo, un tornado de Kansas. Fui arrancado del lado de Marga e intenté retorcerme para volver junto a ella, pero no pude. No puedes nadar en un tornado; has de ir allá donde él te lleva. Pero supe que ella estaba a salvo.

La tormenta me volvió cabeza abajo y me mantuvo así durante un largo momento, a unos sesenta metros de altura. Los caballos habían roto la cerca del corral, y algunas personas, no atrapadas, estaban diseminándose en todas direcciones. La fuerza del tornado me hizo girar de nuevo, y miré al cementerio, allá abajo.

Las tumbas estaban abriéndose.

XXII

Cuando cantaban a coro las estrellas del alba,
y aclamaban unánimes los hijos de Elohim.
Job, 38:7

El viento me azotó hacia todos lados, y no volví a ver más de las tumbas. Por entonces había dado nuevamente la vuelta y el suelo ya no estaba a la vista... tan sólo una hirviente nube resplandeciendo por dentro con una gran luz, ámbar y azafrán y salpicada de azul y de verde dorado. Seguí buscando a Margrethe, pero poca gente derivaba cerca de mí y ninguna era ella. No importaba, el Señor la protegería. Su ausencia temporal no podía desanimarme; habíamos saltado el último obstáculo importante juntos.

Pensé en aquel obstáculo. ¡Qué justo había ido! Supongamos que aquel viejo penco hubiera perdido una herradura y el retraso hubiera hecho que alcanzáramos aquel punto de la carretera una hora después de lo que lo habíamos hecho. Respuesta: nunca lo hubiéramos conseguido. La Última Trompeta hubiera sonado mientras aún estábamos en la carretera, con ninguno de los dos en estado de gracia. En vez de ser arrebatados por el Éxtasis, hubiéramos acudido al Juicio no redimidos, hubiéramos ido directamente al infierno.

¿Creo en la predestinación?

Es una buena pregunta. Pasemos a preguntas que puedo responder. Floté por encima de aquellas nubes durante un tiempo que fui incapaz de medir. A veces veía a otras personas, pero ninguna se me acercaba lo suficiente como para poder hablar. Empecé a preguntarme cuándo vería a nuestro Señor Jesús... Había prometido específicamente que nos recibiría «en el aire».

Tuve que recordarme a mí mismo que estaba comportándome como un chiquillo que pide que mamá haga una cosa *ahora* y recibe la respuesta: «Ten paciencia, querido. Todavía no.» El tiempo de Dios y el mío no eran el mismo; la Biblia lo decía. El Día del Juicio tenía que ser un día ajetreado, y yo no tenía la menor idea de las tareas que debía realizar Jesús. Oh, sí, sabía de una: esas tumbas abriéndose me la recordaron. Aquellos que habían muerto en Cristo (¿millones? ¿miles de millones? ¿más?) serían los *primeros* en ser recibido por nuestro Padre que vive en los cielos, y por supuesto el Señor Jesús estaría con ellos en aquella ocasión gloriosa; se lo había prometido.

Tras imaginar la razón del retraso, me relajé. Estaba dispuesto a aguardar mi turno para ver a Jesús, y cuando lo viera le pediría que trajera de nuevo a Margrethe a mi lado.

Sin preocupación, sin apresuramiento, completamente cómodo, sin calor ni frío, sin hambre, sin sed, flotando tan sin esfuerzo como en una nube, empecé a sentir la bendición que me había sido prometida. Me dormí.

No sé durante cuánto tiempo dormí. Mucho tiempo... Estaba completamente agotado; las últimas tres semanas habían sido demoledoras. Me pasé una mano por el rostro y me dije que tenía que haber dormido un par de días o más; mi barba había alcanzado ese aspecto desaseado que indica al menos dos días de negligencia. Toqué el bolsillo del pecho de mi camisa... Sí, mi fiel Gillette, regalo de Marga, estaba aún abotonada segura dentro. Pero no tenía jabón, ni agua, ni espejo.

Aquello me irritó puesto que había sido despertado por una llamada de corneta (no la Gran Trompeta..., probablemente sólo una pequeña manejada por un ángel de servicio), una llamada que sin que nadie me lo hubiera dicho sabía que significaba: «¡Despierta! Es tu turno.»

Lo era, por supuesto..., así que «la lista había ido pasando». Y yo con aquella barba de dos días. ¡Embarazoso!

Los ángeles nos manejaban como policías de tráfico, encaminándonos hacia las

formaciones que deseaban. Sabía que eran ángeles; llevaban alas y túnicas blancas y eran de inmenso tamaño..., uno que volaba cerca de mí debía tener dos metros y medio o tres de altura. No agitaban sus alas (supe más tarde que las alas eran llevadas solamente de un modo ceremonial, como las bandas de las autoridades). Descubrí que podía moverme mientras aquellos policías de tráfico nos dirigían. Antes no había sido capaz de controlar mis movimientos; ahora podía moverme en cualquier dirección que quisiera con el solo recurso de mi volición.

Primero nos alinearon en columnas, en fila india, prolongándonos por kilómetros y kilómetros (¿centenares de kilómetros? ¿miles?). Luego alinearon las columnas en hileras, doce en línea, y ésas fueron dispuestas en capas, doce en profundidad. Yo era, a menos que me hubiera descontado, el número cuatro de mi hilera, la cual ocupaba la tercera capa en profundidad. Había unos doscientos lugares delante de mí en mi columna -lo estimé mientras se estaba formando-, pero no podía conjeturar lo larga que era a mis espaldas.

Y volamos pasando por delante del Trono de Dios.

Pero primero un ángel se situó en el aire a unos cincuenta metros de distancia de nuestro flanco izquierdo. Su voz llegó clara a todos nosotros.

-¡Ahora oigan esto! Pasarán revista en esta formación. Mantengan su posición en todo momento. Guíense por quien tengan a su izquierda, por quien tengan debajo, y por quien tengan delante. Dejen diez codos entre hileras y entre capas, cinco codos dentro de las hileras. No se acumulen, no rompan los rangos, no disminuyan la marcha cuando pasen por delante del Trono. Cualquiera que rompa la disciplina de vuelo será enviado a la cola..., y se lo advierto ya ahora, el Hijo puede que ya se haya ido por entonces, de modo que no habrá nada más que Pedro o Pablo o algún otro santo para recibir el desfile. ¿Alguna pregunta?

-¿Cuánto es un codo?

-Dos codos es un metro, aproximadamente. ¿Hay alguien en esta cohorte que no sepa cuánto es un metro?

Nadie dijo nada. El ángel añadió:

-¿Alguna otra pregunta?

Una mujer a mi izquierda y por encima de mí dijo:

-¡Sí! Mi hija no se trajo su medicina contra la tos con ella. Yo la cogí. ¿Puede usted dársela?

-Criatura, por favor acepte mi palabra de que cualquier tos que su hija haya podido traerse al cielo será puramente psicosomática.

-Pero su doctor dijo...

-Y mientras tanto calle y siga con el desfile. Los temas especiales serán tratados después de la llegada al cielo.

Hubo más preguntas, la mayoría estúpidas, confirmando la opinión que había sostenido para mí mismo durante años: la piedad no implica sentido común.

La trompeta sonó de nuevo; el director de vuelo de nuestra cohorte exclamó: *«¡Adelante!»* Segundos más tarde hubo un sólo resplandor, como un estallido; gritó: *«¡En vuelo!»* Avanzamos.

(Nota: llamo a este ángel «él» porque parecía masculino. Me referiré más adelante a otros que parecían ser femeninos como «ellas». Nunca he estado seguro acerca del sexo en los ángeles. Si tienen. Creo que son andróginos, pero nunca he tenido la oportunidad de averiguarlo. O el valor de preguntar.)

(Hay otra cosa que me preocupa. Jesús tenía hermanos y hermanas; ¿sigue siendo virgen la Virgen María? Nunca he tenido el valor de hacer esta pregunta tampoco.)

Pudimos ver su Trono con varios kilómetros de anticipación. No era el gran Trono blanco de Dios Padre en los Cielos; era simplemente un trono de campaña para que lo

utilizara Jesús en aquella ocasión. De todos modos era magnífico, esculpido en un único diamante, con su miríada de facetas captando la luz interior de Jesús y refractándola en una lluvia de fuego y hielo en todas direcciones. Y eso es lo que pude ver mejor, puesto que el rostro de Jesús brilla con una luz tan deslumbrante que, sin gafas de sol, no puedes ver realmente sus rasgos.

No importa; sabías Quién Era. Uno no podía dejar de saberlo. Una sensación de abrumadora maravilla me aferró cuando estábamos aún al menos a cuarenta kilómetros de distancia. Pese a mis profesores de teología, por primera vez en mi vida comprendí (sentí) esa emoción única que la Biblia describe con dos palabras utilizadas juntas: amor y temor. Yo amaba/temía a la Entidad sentada en aquel trono, y ahora sabía por qué Pedro y Andrés abandonaron sus redes y le siguieron.

Y por supuesto no le hice mi pregunta cuando pasamos cerca de Él (a un centenar de metros). En mi vida en la tierra me había dirigido (le había rezado) a Jesús por su nombre miles de veces; cuando lo vi en Carne simplemente me recordé a mí mismo que el ángel que nos dirigía nos había prometido la posibilidad de hacer preguntas de índole personal cuando alcanzáramos el cielo. Pronto. Mientras tanto, me complacía pensar en Margrethe, en algún lugar en aquel desfile, viendo al Señor Jesús en su trono..., y si yo no hubiera intervenido, era probable que jamás hubiera llegado a verle. Aquello me hizo sentir contento y feliz, por encima de la extática maravilla que me inundaba al contemplar su cegadora luz.

Algunos kilómetros más allá del trono la columna giró hacia arriba y hacia la derecha, y abandonamos las inmediaciones primero de la Tierra y luego del Sistema Solar. Nos encaminamos directamente hacia el cielo y ganamos velocidad.

¿Saben ustedes que la Tierra parece una luna creciente cuando la miras desde arriba? Me pregunté si alguno de los creyentes en la Tierra plana habían conseguido alcanzar el Éxtasis. No parecía probable, pero una superstición tan ignorante como aquélla no es totalmente incompatible con creer en Cristo. Algunas supersticiones son absolutamente prohibidas: la astrología, por ejemplo, y el darwinismo. Pero la tontería de la Tierra plana no está prohibida en ninguna parte, que yo sepa. Si había algún creyente de la Tierra plana con nosotros, ¿cómo debía sentirse mirando hacia abajo y *viendo* que la Tierra es redonda como una pelota de tenis?

(¿O permitiría el Señor en su bondad que la percibieran como plana? ¿Puede algún mortal comprender alguna vez los puntos de vista de Dios?)

Pareció tomar casi dos horas alcanzar las inmediaciones del cielo. Digo «pareció» porque pudo haber sido cualquier longitud de tiempo; no había ninguna escala humana sobre la que juzgar. En la misma vena, el período total del Éxtasis me había parecido de unos dos días..., pero más tarde tuve razones para creer que pudieron ser siete días, al menos según algunos cálculos. Las medidas de tiempo y espacio se vuelven muy resbaladizas cuando uno carece de cosas tan mundanas como relojes y reglas de cálculo.

Cuando nos acercamos a la Ciudad Santa, nuestro guía nos hizo disminuir la marcha y luego dar una vuelta de observación en torno a ella antes de cruzar por una de sus puertas.

No hubo ninguna excursión que nos ambientara a la ciudad. La Nueva Jerusalén (el Cielo, la Ciudad Santa, la capital de Jehová) está construida sobre un esquema de cuadrados como el distrito de Columbia, pero es enormemente mucho más grande, dos mil ciento doce kilómetros de lado, lo que da un perímetro de ocho mil cuatrocientos cuarenta y ocho kilómetros, y una superficie de cuatro millones cuatrocientos sesenta mil quinientos cuarenta y cuatro kilómetros cuadrados.

Eso hace que ciudades como Los Ángeles o Nueva York parezcan minúsculas.

En solemne verdad, ¡la Ciudad Santa cubre una zona más de cinco veces mayor que toda Texas! Pese a lo cual, está atestada. Pero sólo están esperando a unos pocos más después de nosotros.

Es una ciudad amurallada, por supuesto, y las murallas son de setenta y cinco metros de altura y la misma anchura. La parte superior de la muralla está dividida en doce carriles de tráfico..., y no hay vallas de protección. Para asustar a uno. Hay doce puertas, tres en cada muralla, las famosas puertas de perlas (¡y lo son!); normalmente permanecen abiertas..., no se cerrarán, se nos dijo, hasta la Batalla Final.

La muralla en sí es de jaspe iridiscente, pero tiene docenas de incrustaciones en capas horizontales que son más asombrosas que la muralla en sí: zafiro, calcedonia, esmeralda, sardónice, crisólito, berilo, topacio, amatista..., puede que me haya dejado alguna. Nueva Jerusalén es tan asombrosa en todo que es difícil para un humano captarla en su totalidad..., imposible captarla de una sola vez.

Cuando terminamos nuestra vuelta de inspección en torno a la Ciudad Santa, nuestro jefe de vuelo nos condujo hasta un lugar de espera parecido al lugar de espera para dirigibles de O'Hare, y nos mantuvo allí hasta que recibió una señal de que una de las puertas estaba libre..., y yo esperé conseguir al menos echarle la vista encima a San Pedro, pero no, su oficina de halla en la puerta principal, la Puerta de Judá, mientras que nosotros entramos por la puerta opuesta, llamada de Ceniza, donde fuimos registrados por ángeles delegados para actuar en nombre de Pedro.

Incluso con todas las doce puertas en uso y docenas de empleados delegados de Pedro en cada una de ellas y el examen superado (puesto que todos nosotros fuimos atrapados por el Éxtasis, con lo que teníamos garantizada la salvación), tuvimos que hacer un largo rato de cola simplemente para ser registrados, recibir una identificación temporal, sernos dados pabellones temporales para dormir, comedores temporales para comer...

(¿Comer?)

Sí, yo también pensé lo mismo, y le pregunté al respecto al ángel que me registró. Él/ella bajó la vista hacia mí.

-La refección es opcional. No le hará ningún daño no comer ni beber nunca. Pero muchas criaturas y algunos ángeles disfrutan comiendo, especialmente en compañía. Haga lo que más le guste.

-Gracias. Ahora, respecto a esa asignación de dormitorio. Es individual. Deseo una doble, para mí y mi esposa. Deseo...

-Su antigua esposa, querrá decir. En el cielo no existe el matrimonio.

-¿Eh? ¿Quiere decir eso que no podemos vivir juntos?

-En absoluto. Pero ambos deben dirigirse, juntos, a la administración general de alojamientos. Vean al oficial de cambios y reajustes. Asegúrense, cada uno de ustedes, de tener su asignación de alojamiento en regla.

-¡Pero ése es el problema! He sido separado de mi esposa. ¿Cómo puedo encontrarla?

-Eso no corresponde a este departamento. Pregunte en la ventanilla de información. Mientras tanto, utilice su apartamento individual en los barracones Gideón.

-Pero...

Él (¿ella?) suspiró.

-¿No se da cuenta de los miles de horas que llevo sentado aquí? ¿Puede imaginar lo complejo que resulta proporcionar alojamiento a millones de criaturas a la vez, algunas vivas y nunca muertas, otras recientemente encarnadas? Ésta es la primera vez que hemos tenido que instalar cañerías para uso de criaturas de carne..., ¿se le ha ocurrido pensar lo inconveniente que es *eso?* Yo digo que, cuando instalas cañerías, te vas a encontrar con

que vas a recibir criaturas que *necesitan* cañerías..., ¡y eso va a destrozar todo el vecindario! ¿Pero me han escuchado? ¡Ja! Tome sus papeles, cruce esa puerta, recoja un túnica y un halo..., las arpas son opcionales. Siga la línea verde hasta los barracones Gideón.

-¡No!

Vi sus labios (¿de él? ¿de ella?) moverse; puede que estuviera rezando.

-¿Cree que es correcto ir arriba y abajo por el cielo con ese aspecto tan desastrado que tiene usted? Está completamente sucio. No estamos acostumbrados a las criaturas de carne. Oh..., Elías es el último que recuerdo, y debo decirle que tiene usted un aspecto casi tan asqueroso como el que tenía él cuando llegó. Además de desechar esos andrajos y ponerse una túnica blanca decente, si fuera usted yo haría algo respecto a esa caspa.

-Mire -dije tensamente-, nadie sabe los problemas en que me he visto metido, nadie lo sabe excepto Jesús. Mientras usted estaba sentado aquí con su limpia túnica blanca y su halo en una ciudad inmaculada con calles de oro, yo he tenido que luchar con Satanás en persona. Sé que mi aspecto no es el mejor, pero yo no elegí venir aquí con él. Esto..., ¿dónde puedo conseguir algunas hojas para mi maquinilla de afeitar?

-¿Algunas qué?

-Hojas para maquinilla de afeitar. Hojas Gillette, dobles, o de otro tipo parecido. Para esto. -Extraje mi maquinilla de afeitar, se la mostré-. Preferiblemente de acero inoxidable.

-Todo aquí es inoxidable. ¿Pero qué es *esto,* por los cielos?

-Una maquinilla de afeitar. Para quitarme del rostro esta sucia barba.

-¿De veras? Si el Señor en su sabiduría hubiera pretendido que sus creaciones masculinas no tuvieran pelo en sus rostros, los hubiera creado con rasgos lampiños. Vamos, déjeme encargarme de esto. -Él/ella tendió la mano hacia mi maquinilla.

La retiré apresuradamente.

-¡Oh, no, no se lo permitiré! ¿Dónde está esa ventanilla de información?

-A su izquierda. Mil cincuenta y seis kilómetros. -Él/ella lanzó un bufido.

Me di la vuelta, echando humo. Burócratas. Incluso en el cielo. No había hecho más preguntas porque había captado un velado significado en aquellas palabras. Mil cincuenta y seis kilómetros era una cifra que recordaba de nuestra vuelta preliminar de exploración: la distancia exacta desde una puerta central (como la Puerta de Ceniza, donde yo estaba) al centro del Cielo, es decir, el Gran Trono Blanco del Señor Dios Jehová, Dios Padre. Él (ella) estaba diciéndome, no muy gentilmente, que si no me gustaba la forma en que estaba siendo tratado, podía ir a llevar mis quejas al Jefe..., es decir: «¡Piérdete!»

Recogí mis papeles y me aparté, miré a mi alrededor en busca de alguien revestido por una cierta autoridad.

El que había organizado aquella gymkhana, Gabriel o Miguel o quien fuera, había anticipado que habría montones de criaturas hormigueando por todas partes, cada una de ellas con problemas que no encajaban con el sistema. Así que, diseminados entre la multitud, había querubines. No pienso en Miguel Ángel o en Luca della Robbia; ésos no eran bambinos con rodillas gordezuelas; eran gente de a pie, y la mitad de altos que nosotros los recién llegados... como los ángeles pero con pequeñas alas de querubín y cada uno con una banda que decía: «AYUDA».

O quizá fueran de hecho ángeles; nunca he estado seguro sobre la distinción entre ángeles y querubines y serafines y todos los demás; el Libro parece dar por sentado que uno ya sabe tales cosas sin necesidad de decírselas. Los papistas listan *nueve* clases distintas de ángeles. ¿Con qué autoridad? ¡No están en el Libro!

Encontré solamente dos clases distintas de seres en el cielo: ángeles y humanos. Los ángeles se consideran superiores y no vacilan en hacértelo saber. Y de hecho son superiores en posición y poder y privilegio. Las almas salvadas son ciudadanos de segunda

clase. La idea, compartida por toda la cristiandad protestante y quizá también por algunos papistas, de que un alma salvada se sentará prácticamente en el regazo de Dios... ¡Bien, pues no es así! Cuando eres salvado y llegas al cielo, descubres inmediatamente que eres el nuevo chico del bloque, más nuevo, más joven, más insignificante que todos los que han llegado antes que tú.

Un alma salvada en el cielo ocupa en buena parte la misma posición que un negro en Arkansas. Y son los ángeles quienes en realidad te frotan la nariz con la idea.

Nunca encontré a un ángel que me gustara.

Y eso deriva de sus sentimientos hacia nosotros. Veamos el asunto desde el punto de vista angélico. Según Daniel, hay trescientos millones de ángeles en el cielo. Antes de la Resurrección y el Éxtasis, el cielo debía estar casi vacío, un lugar encantador para vivir y que ofrecía a sus moradores una buena carrera: algún trabajo de mensajero, un poco de trabajo coral, algún rito ocasional. Estoy seguro de que a los ángeles les gustaba.

Luego llega el gran enjambre de inmigrantes, muchos millones (¿miles de millones?), y algunos de ellos ni siquiera son respetuosos. Todos necesitan cuidados especiales. Tras incontables eones de beatífica vida, de pronto los ángeles se descubren trabajando a tiempo completo, manteniendo en funcionamiento lo que se ha convertido en un enorme asilo de huérfanos. No es sorprendente que no les gustemos.

Sin embargo..., a mí tampoco me gustan ellos. ¡Snobs!

Encontré un querubín (¿ángel?) con una banda de AYUDA y le pregunté la localización de la ventanilla de información más cercana. Agitó un pulgar por encima de su hombro.

-Recto bulevar abajo, seis mil estadios. Está junto al Río que fluye del Trono.

Miré hacia el bulevar. A esa distancia Dios Padre en Su Trono parecía el sol alzándose al amanecer. Dije:

-Seis mil estadios es más de mil kilómetros. ¿No hay alguna otra más cerca?

-Criatura, fue hecho de este modo a propósito. Si hubiéramos colocado una ventanilla en cada esquina, cada una de ellas tendría multitudes agolpadas a su alrededor, haciendo preguntas estúpidas. De esta forma, ninguna criatura se tomará tanto esfuerzo a menos que tenga una pregunta realmente importante que hacer.

Lógico. Y endurecedor. Me di cuenta de que estaba de nuevo poseído por pensamientos poco celestiales. Siempre me había imaginado el cielo como un lugar de beatitud garantizada..., no lleno con la misma estúpida frustración tan común sobre la tierra. Conté hasta diez en inglés, luego en latín.

-Esto, ¿qué tiempo de vuelo representa? ¿Existe algún límite de velocidad?

-Supongo que no pensará que se le va a permitir volar *aquí.*

-¿Por qué no? Acabo de llegar aquí volando, y luego dimos toda una vuelta a la Ciudad.

-Tan sólo creyó que lo hacía. En realidad, fue el jefe de su cohorte el que lo hizo. Criatura, déjeme darle un empujoncito que lo mantendrá alejado de muchos problemas. Cuando reciba sus alas..., *si* alguna vez llega a recibirlas..., no intente volar por encima de la Ciudad Santa. Le harán aterrizar tan rápido que le dolerán los dientes. Y le quitarán las alas.

-¿Por qué?

-Porque no les corresponde, por eso. Ustedes, los recién llegados, se presentan aquí y creen que este lugar les pertenece. Grabarían sus iniciales en el Trono si pudieran acercarse lo suficiente a él. Así que déjeme darle un consejo. El cielo opera bajo una única regla: R.T.S.P. ¿Sabe usted lo que significa esto?

-No -respondí, sin confiar demasiado en sus palabras.

-Escuche y aprenda. Puede olvidar los Diez Mandamientos. Aquí solamente se siguen

aplicando dos de ellos, y descubrirá que no puede quebrantarlos por mucho que lo intente. La regla de oro en cualquier lado del cielo es: el Rango Tiene Sus Privilegios. Durante este eón ustedes no son más que reclutas en los Ejércitos del Señor, con el rango más bajo posible. Y los menores privilegios. De hecho, el único privilegio en el que puedo pensar es que están aquí, simplemente que están aquí. El Señor, en su infinita sabiduría, ha decretado que se califiquen ustedes para entrar aquí. Pero eso es todo. Compórtese, y se le permitirá seguir aquí. Ahora, respecto a las reglas de tráfico por las que ha preguntado. Los ángeles, y nadie más, vuelan sobre la Ciudad Santa. Cuando están de servicio o durante las ceremonias. Eso no significa usted. Ni siquiera aunque consiga sus alas. Si las consigue. Enfatizo esto porque un sorprendente número de ustedes, criaturas, han llegado aquí con la falsa ilusión de que subir al cielo cambia automáticamente a una criatura en un ángel. No es así. No puede. Las criaturas *nunca* se convierten en ángeles. En santos, a veces. Aunque muy raramente. En ángeles, nunca.

Conté hasta diez hacia atrás, en hebreo.

-Si no le importa, sigo intentando llegar a la ventanilla de información. Puesto que no se me permite volar, *¿cómo* puedo llegar hasta allí?

-¿Por qué no dijo esto primero? Tome el autobús.

Un poco más tarde estaba sentado en un autobús de las Líneas de Transporte de la Ciudad Santa, y avanzábamos hacia el distante Trono. El vehículo era abierto, en forma de barca, con una entrada en la parte de atrás, y no se divisaba ningún medio de propulsión discernible ni ningún conductor o personal alguno. Se detenía en paradas establecidas, y así es como subí a bordo. Aún no había descubierto cómo hacer que se parase.

Aparentemente todo el mundo en la Ciudad utilizaba ese medio de transporte (excepto los V.I.P.s, que gozaban de vehículos particulares). Incluso los ángeles. La mayor parte de los pasajeros eran humanos, vestidos de blanco convencional y llevando halos ordinarios. Pero unos cuantos eran humanos con ropas de distintas eras y tocados con halos más grandes y elaborados. Observé que los ángeles se mostraban muy educados con esas criaturas de halos elaborados. Pero no se sentaban con ellos. Los ángeles se sentaban en la parte delantera del vehículo, esos humanos privilegiados en la parte media, y la horda común (incluido su seguro servidor) en la parte de atrás.

Pregunté a uno de mis semejantes cuánto tiempo se tardaba en alcanzar el Trono.

-No lo sé -respondió-. No voy tan lejos.

Aquella alma parecía femenina, de mediana edad, y amigable, así que utilicé una apertura normal para entablar conversación:

-Su acento es de Kansas, ¿verdad?

Sonrió.

-No creo. Nací en Flandes.

-¿De veras? Habla usted muy bien el inglés.

Agitó gentilmente la cabeza.

-Nunca aprendí el inglés.

-Pero...

-Sí, lo sé. Usted es un recién llegado. El cielo no se halla afectado por la maldición de Babel. Aquí la confusión de las lenguas no se produjo nunca..., lo cual me alegra, pues no tengo ningún talento para los idiomas, lo cual representó un handicap antes de morir. Aquí no. -Me miró con interés-. ¿Puedo preguntarle dónde murió? ¿Y cuándo?

-No morí -le dije-. Fui arrebatado vivo en el Éxtasis.

Sus ojos se abrieron mucho.

-¡Oh, qué emocionante! Debió ser usted muy santo.

-No lo creo. ¿Por qué dice usted eso?

-El Éxtasis llegará (¿llegó?) sin advertencia previa. O así se nos dijo.

-Eso es cierto.

-Entonces, sin advertencia, y sin tiempo para confesarse, y ningún sacerdote para ayudarte... ¡usted estaba preparado! Tan libre del pecado como la Madre María. Vino usted directamente al cielo. *Tiene* que ser usted santo. -Añadió-: Eso es lo que pensé cuando vi sus ropas, puesto que los santos, especialmente los mártires, visten a menudo como lo hacían en la tierra. Vi también que no lleva usted su halo de santo. Pero eso es su privilegio. -De pronto adoptó una expresión tímida-. ¿Me bendecirá? ¿Puedo pedírselo?

-Hermana, no soy un santo.

-¿No me concederá su bendición?

(Querido Jesús, ¿por qué me ocurren a mí estas cosas?)

-Habiéndome oído decir que, según todos mis conocimientos y creencias, no soy un santo, ¿sigue deseando que la bendiga?

-Si usted quiere..., santo padre.

-Muy bien. Vuélvase e incline un poco la cabeza... -En vez de ello, se volvió por completo y se dejó caer de rodillas. Puse una mano sobre su cabeza-. Por la autoridad otorgada sobre mí como ministro ordenado de la auténtica iglesia católica de Jesucristo el Hijo de Dios Padre y por el poder del Espíritu Santo, bendigo a esta nuestra hermana en Cristo. ¡Así sea!

Oí ecos de «¡Amén!» en torno nuestro; teníamos una audiencia bastante numerosa. Me sentí azarado. No estaba seguro, y aún sigo sin estarlo, de que tuviera ninguna autoridad para repartir bendiciones en el propio cielo. Pero aquella querida mujer me lo había pedido, y no podía negarme.

Alzó la vista hacia mí con lágrimas en los ojos.

-Lo sabía. ¡Lo sabía!

-¿Sabía qué?

-Que era usted santo. ¡Ahora lo está llevando!

-¿Llevando qué? -empecé a decir, y entonces se produjo un pequeño milagro. De pronto me vi contemplándome a mí mismo desde el exterior: con unos pantalones caqui sucios y arrugados, una camisa de los excedentes del ejército con oscuras manchas de sudor en los sobacos y el bulto de la maquinilla de afeitar en el bolsillo izquierdo del pecho, barba de tres días y necesitando un corte de pelo..., ¡y, flotando encima de mi cabeza, un halo del tamaño de un cubo de fregar, chispeando y brillando!

-Levántese -dije, en vez de lo que pensaba decir a continuación-, y deje de ponernos en evidencia.

-Sí, padre. -Añadió-: No debería sentarse usted aquí detrás.

-Yo juzgaré eso, hermana. Ahora hábleme de usted. -Miré a mi alrededor mientras ella volvía a su asiento, y capté la mirada de un ángel sentado a solas en la parte delantera. Él (ella) me hizo un gesto de que acudiera a su lado.

Yo ya había tenido suficiente de la arrogancia de los ángeles; al principio ignoré la señal. Pero todo el mundo se había dado cuenta y fingía no haberlo visto, y mi maravillada compañera estaba susurrando con urgencia:

-Su santidad, el angélico desea verle.

Cedí..., en parte porque era lo más sencillo, en parte porque deseaba hacerle al ángel una pregunta. Me levanté y fui a la parte delantera del autobús.

-¿Deseaba verme?

-Sí. Ya conoce usted las reglas. Ángeles delante, criaturas detrás, santos en medio. Si se sienta usted detrás con las criaturas, está enseñándoles malas costumbres. ¿Cómo puede esperar mantener sus privilegios de santidad si ignora el protocolo? No deje que ocurra de

nuevo.

Pensé en varias respuestas, todas ellas muy poco dignas de aquel lugar. En vez de ello dije:

-¿Puedo hacerle una pregunta?

-Pregunte.

-¿Cuánto falta para que este autobús alcance el Río que sale del Trono?

-¿Por qué lo pregunta? Tiene usted por delante toda la eternidad.

-¿Eso quiere decir que no lo sabe? ¿O que no va a decírmelo?

-Siéntese en la sección que le corresponde. ¡De inmediato!

Volví atrás e intenté encontrar un asiento en la parte posterior del autobús. Pero mis prójimos habían cerrado filas y no me habían dejado sitio. Nadie dijo nada y nadie sostuvo mi mirada, pero era evidente que ninguno me ayudaría a desafiar la autoridad de un ángel. Suspiré y me senté en la sección central, en solitario esplendor, puesto que yo era el único santo a bordo. Si es que era un santo.

No sé cuánto tiempo me tomó alcanzar el Trono. En el cielo la luz no varía y el clima no cambia, y yo no tenía reloj. Fue simplemente una aburrida eternidad. ¿Aburrida? Sí. Un hermoso palacio construido con piedras preciosas es algo maravilloso de ver. Una docena de palacios construidos con piedras preciosas puede ser una docena de visiones maravillosas, cada una distinta de la otra. Pero un centenar de kilómetros de tales palacios te da sueño, y mil kilómetros de lo mismo es mortalmente aburrido. Empecé a anhelar un comercio de coches usados, o un solar vacío lleno de basuras, o (mejor todavía) una extensión verde de campo abierto.

Nueva Jerusalén es una ciudad de belleza perfecta; soy testigo de ello. Pero aquel largo trayecto me enseñó la utilidad de lo feo.

Nunca he averiguado quién diseñó la Ciudad Santa. Es axiomático que Dios autorizó el diseño y la construcción. Pero la Biblia no nombra el o los arquitectos, el o los constructores. Los francmasones hablan del «Gran Arquitecto» refiriéndose a Jehová, pero no encontrarán ustedes eso en la Biblia. En una ocasión le pregunté a un ángel: «¿Quién diseñó la ciudad?» No se rió de mi ignorancia, no me censuró..., pareció incapaz de concebir que se trataba de una pregunta. Pero para mí sigue siendo una pregunta: ¿Creó Dios (diseñó y construyó) la Ciudad Santa por sí mismo, hasta la más pequeña de las joyas? ¿O lo encargó a subordinados?

Quienquiera que fuese el que la diseñó, la Ciudad Santa tiene un fallo importante, en mi opinión..., y no me importa si me dicen que mi presunción en enjuiciar el diseño de Dios es blasfema. *Es* un fallo, y grande.

Le falta una biblioteca pública.

Una bibliotecaria que hubiera dedicado su vida a responder cada una y todas las preguntas, triviales y trascendentes, sería de mayor utilidad en el cielo que otra cohorte de arrogantes ángeles. Tiene que haber montones de tales damas en el cielo, pues se necesita una disposición a la santidad y la paciencia de Job para ser bibliotecaria y mantenerse cuarenta años en el puesto. Pero para llevar adelante su vocación necesitarían libros y archivos y todo lo demás, los instrumentos de su profesión. Si se les diera una oportunidad, estoy seguro de que emprenderían inmediatamente el trabajo de preparar los archivos y catalogar los libros..., ¿pero de dónde obtendrían esos libros? No parece que el cielo tenga ninguna industria editorial.

El cielo no tiene ninguna industria. El cielo no tiene economía. Cuando Jehová decretó, tras la expulsión del Edén, que los descendientes de Adán deberían ganarse el pan con el sudor de sus frentes, creó la economía, y el sistema ha estado funcionando desde entonces

por cerca de 6000 años.

Pero no en el cielo.

En el cielo Él nos da nuestro pan de cada día *sin* el sudor de nuestras frentes. En verdad, uno no necesita el pan de cada día; no puedes morirte de hambre, ni siquiera llegas a tener la suficiente hambre como para que eso importe..., tan sólo el hambre suficiente para disfrutar de la comida si quieres detenerte en cualquiera de los muchos restaurantes, salones de té y cafeterías. La mejor hamburguesa que he comido en mi vida fue en un pequeño figón en la Plaza del Trono, a orillas del Río. Pero me estoy adelantando de nuevo a mi historia.

Otro fallo, no tan importante para mi gusto pero sí serio, son los jardines. Quiero decir que no hay jardines, excepto el bosquecillo del Árbol de la Vida junto a Río, cerca del Trono, y unos cuantos, muy pocos, jardines privados aquí y allá. Creo que sé por qué eso es así y, si estoy en lo cierto, puede corregirse por sí mismo. Hasta que nosotros llegamos al cielo (la gente del Éxtasis y los muertos en Cristo resucitados), casi todos los ciudadanos de la Ciudad Santa eran ángeles. El millón o así de excepciones eran mártires de la fe, hijos de Israel tan santos que se ganaron su camino al cielo sin haber experimentado siquiera personalmente a Cristo (es decir, casi todos anteriores al año 30 de nuestra era), y otro grupo de regiones no iluminadas por la fe..., virtuosos sin conocer a

Cristo. Así, el 99 por ciento de los ciudadanos de la Ciudad Santa eran ángeles.

Los ángeles no parecen interesados en la horticultura. Supongo que eso encaja..., no puedo imaginar a un ángel de rodillas, poniendo estiércol en torno a una planta. Simplemente no son del tipo que no les importa ir siempre con las uñas sucias con tal de ganar el primer premio en el campeonato de rosas.

Ahora que los ángeles se ven superados en número por los humanos en una proporción al menos de diez a uno, cabría esperar ver algunos jardines..., jardines, clubs de jardinería, conferencias sobre cómo preparar el suelo, etc. Todo el interminable ritual del jardinero devoto. Ahora tendrían tiempo para ello.

La mayor parte de los humanos en el cielo hacen lo que quieren sin ninguna presión de la necesidad. Esa encantadora dama (Suzanne) que deseaba mi bendición era una encajera en Flandes; ahora enseña en una escuela abierta a cualquiera que esté interesado en el oficio. He acumulado la fuerte impresión de que, para la mayor parte de los humanos, el auténtico problema de una eternidad de bendición es cómo pasar el tiempo. (Pregunta: ¿Puede haber algo parecido a esa idea de la reencarnación tan generalizada en otras religiones pero tan firmemente rechazada por el cristianismo? ¿Puede un alma salvada ser premiada, eventualmente, con ser arrojada de vuelta al conflicto? ¿Si no en la tierra, al menos en algún otro lugar? Tengo que echar mano a una Biblia y efectuar un poco de investigación. Pero, ante mi absoluta sorpresa, aquí en el cielo las Biblias parecen ser un artículo terriblemente difícil de encontrar.)

La ventanilla de información estaba exactamente allá donde se suponía que debía estar, junto a la orilla del Río del Agua de la Vida que fluye del Trono de Dios y serpentea por entre el bosquecillo del Árbol de la Vida. El Trono brota del centro del bosquecillo pero no puedes verlo muy bien desde tan cerca de su base. Es como contemplar los más altos rascacielos de Nueva York de pie en la acera a su lado.

Sólo que más aún. Y por supuesto no puedes ver el Rostro de Dios; estás mirando directamente hacia arriba a lo largo de mil cuatrocientos cuarenta codos. Lo que ves es la Radiación... y puedes sentir la Presencia.

La ventanilla de información estaba tan concurrida como lo que aquel querubín me había hecho esperar. Los consultantes no formaban cola; se acumulaban en número

superior al centenar a su alrededor. Miré a aquel enjambre y me pregunté cuánto tiempo me tomaría abrirme camino hasta el mostrador. ¿Era posible abrirme camino de alguna otra forma que no fueran las peores tácticas de los días bárbaros, pisando juanetes, dando codazos, todas las cosas que hacen que los grandes almacenes resulten tan aborrecibles a los hombres?

Retrocedí y contemplé aquella multitud, e intenté imaginar cómo salirme de aquello. ¿Acaso no había otra forma de localizar a Margrethe sin tener que pisar juanetes?

Estaba todavía de pie allí cuando un querubín AYUDA se me acercó.

-Santo, ¿está intentando alcanzar la ventanilla de información?

-¡Por supuesto que sí!

-Venga conmigo. Permanezca inmediatamente detrás de mí. -Llevaba una larga porra parecida a la que utilizaban los policías antidisturbios-. ¡Abran paso! ¡Dejen pasar al santo! ¡Échense a un lado! -En un abrir y cerrar de ojos estaba ante el mostrador de la ventanilla. No creo que nadie resultara dañado, pero seguro que hubo muchos sentimientos heridos. No apruebo este tipo de acciones; creo que el tratamiento debería ser igual para todos. Pero, en un lugar donde la regla es el R.T.S.P., ser solamente un cabo es mucho mejor que ser un soldado raso.

Me volví para darle las gracias al querubín; había desaparecido. Una voz dijo:

-¿Qué quieres, oh santo? -Un ángel, al otro lado de la ventanilla, me miraba condescendientemente desde su superior altura.

Le expliqué que deseaba localizar a mi esposa. Tamborileó en el mostrador.

-Éste no es un servicio normal incluido entre los que proporcionamos. Existe una cooperativa llevada por criaturas para ese tipo de cosas, llamada «Encuentra a tus amigos y personas amadas».

-¿Dónde está?

-Cerca de la Puerta de Ceniza.

-*¿Qué?* Precisamente vengo de allí. En ese lugar es donde me he registrado.

-Hubiera debido preguntarle al ángel que le registró. ¿Lo ha hecho recientemente?

-Muy recientemente; fui atrapado en el Éxtasis. Le pregunté al ángel que me registró..., y me envió con cajas destempladas. Él, ella..., bueno, ese ángel me dijo que viniera aquí.

-Hummm. Déjeme ver sus papeles.

Se los pasé. El ángel los estudió, lenta y cuidadosamente, luego llamó a otro ángel, que había dejado de atender a la gente que esperaba-. ¡Tirl! Mira esto.

Así que el segundo ángel examinó mi papeles, asintió juiciosamente, los devolvió..., me miró, agitó tristemente la cabeza.

-¿Está algo mal? -pregunté.

-No. Oh santo, ha tenido usted la desgracia de ser atendido, si ésa es la palabra, por un ángel que no hubiera podido ayudar ni a su mejor amigo, si tuviera alguno, que por supuesto no tiene. Pero me siento un poco sorprendido de que se haya mostrado tan brusco con un santo.

-En aquel momento no llevaba este halo.

-Eso lo explica. ¿Lo consiguió más tarde?

-No lo conseguí. Lo adquirí milagrosamente, en el camino desde la Puerta de Ceniza hasta aquí.

-Entiendo. Oh santo, es su privilegio presentar una queja por la actuación de Khromitycinel. Por otra parte, puedo utilizar el comunicador a distancia para hacer la consulta por usted.

-Creo que eso sería lo mejor.

-Pues voy a hacerlo. Inmediatamente. Por usted. Si consigo hacerme entender.

-Estoy seguro que sí.

-Pero antes de llamar a esa cooperativa comprobaré con las oficinas de San Pedro y me aseguraré de que su esposa ha llegado. ¿Cuándo murió?

-No murió. También fue arrebatada por el Éxtasis.

-¿De veras? Eso significa una comprobación rápida y sencilla, sin tener que examinar los viejos pergaminos. Nombre completo, edad, sexo si lo tiene, lugar y fecha de..., no, no necesitamos eso. Nombre completo primero.

-Margrethe Svensdatter Gunderson.

-Mejor deletréemelo.

Lo hice.

-Eso es suficiente por ahora. Si los empleados de Pedro son eficientes. No puede esperar usted aquí; no tenemos sala de espera. Hay un pequeño restaurante justo enfrente de nosotros..., ¿ve el letrero?

Me volví y miré.

-¿«La Vaca Sagrada»?

-Eso es. Una excelente cocina, si come usted. Aguarde allí; le mandaré llamar.

-¡Gracias!

-Es usted bienvenido... -Miró de nuevo mis papeles, me los devolvió- ...san Alexander Hergensheimer.

La Vaca Sagrada era el lugar más agradable que había visto desde el Éxtasis: un pequeño y limpio restaurante que hubiera encajado perfectamente en Saint Louis o Denver. Entré. Un negro alto cuyo gorro de cocinero estaba pasado por en medio de su halo atendía las parrillas, vuelto de espaldas a mí. Me senté al extremo del mostrador, carraspeé.

-Tranquilo, muchacho. -Terminó lo que estaba haciendo, se volvió-. ¿Qué puedo...? ¡Bien, bien! Oh santo, ¿qué puedo hacer por usted? ¡Dígalo; simplemente dígalo!

-¡Luke! ¡Qué alegría verle!

Se me quedó mirando.

-¿Nos conocemos?

-¿No me recuerda? Trabajé para usted. El «Ron's Grill», en Nogales. Alec. Su lavaplatos.

Miró de nuevo, lanzó un profundo suspiro.

-Se burló usted de mí... san Alec.

-Sólo «Alec» para mis amigos. Se trata de alguna especie de error administrativo, Luke. Cuando lo descubran, cambiaré ese atuendo de domingo por un halo ordinario.

-Permítame dudarlo... san Alec. En el cielo no cometen errores. ¡Hey! ¡Albert! Hazte cargo del mostrador. Mi amigo san Alec y yo vamos a sentarnos en el comedor. Albert es mi subehef.

Estreché la mano de un hombrecillo gordo que era casi una parodia de lo que debería ser un chef francés. Llevaba un gorro *Cordón Bleu* junto con su halo. Luke y yo cruzamos una puerta lateral a un pequeño comedor, nos sentamos a una mesa. Se nos acercó una camarera, y sufrí otro shock.

-Hazel -dijo Luke-, quiero presentarte a un viejo amigo mío, san Alec..., él y yo éramos socios en los negocios. Hazel es la camarera de La Vaca Sagrada.

-Yo era el lavaplatos de Luke -dije-. Hazel, es maravilloso volver a verla. -Me puse en pie, fui a estrecharle la mano, lo pensé mejor, la rodeé con mis brazos.

Ella me sonrió. No parecía sorprendida.

-Bienvenido, Alec. «San Alec» ahora, por lo que veo. No me sorprende.

-A mí sí. Es un error.

-No se producen errores en el cielo. ¿Dónde está Margie? ¿Sigue viviendo en la tierra?

-No. -Expliqué cómo nos habíamos visto separados-. Así que ahora estoy aguardando noticias de ella.

-La encontrará. -Me besó, rápida y cálidamente..., lo cual me recordó mi barba de cuatro días. La hice sentar con nosotros-. Puede estar seguro de encontrarla rápidamente, porque hay una promesa que se nos hizo y que realmente se está cumpliendo. La reunión con el cielo con amigos y gente amada. «Nos reuniremos junto al Río...», y aquí está, en efecto, justo al otro lado de la puerta. Steve..., san Alec, ¿recuerda a Steve? Estaba con usted y Margie cuando nos conocimos.

-¿Cómo podría olvidarlo? Nos pagó la cena y nos dio un águila de oro cuando estábamos sin un centavo. ¡Claro que recuerdo a Steve!

-Me alegra oírle decir eso..., porque Steve le adjudica a usted el haberle convertido: haber nacido de nuevo y hallarse ahora en el cielo. ¿Sabe?, Steve resultó muerto en la llanura de Meggido, y yo resulté muerta también, en la guerra, cinco años después de que nos encontráramos...

-*¿Cinco años?*

-Sí. Fui muerta a principios de la Guerra; Steve duró hasta el Armagedón...

-Hazel..., apenas hace un mes desde que Steve nos pagó aquella cena en Rimrock.

-Eso es lógico. Usted fue atrapado por el Éxtasis, y eso lo puso fuera de la Guerra. Así que pasó los años de la Guerra en el aire, y eso explica que Steve y yo llegáramos aquí primero aunque abandonáramos la tierra después. Puede discutir esto con Steve; estará aquí pronto. Por cierto, ahora soy su concubina..., su esposa, excepto que aquí no hay matrimonio. Sea como sea, Steve se alistó en el Ejército cuando estalló la Guerra y llegó a capitán antes de ser muerto. Sus tropas aterrizaron en Haifa y Steve murió luchando por el Señor en las alturas del Armagedón. Me siento realmente orgullosa de él.

-Puede estarlo. Luke, ¿usted también sufrió la Guerra?

Luke sonrió ampliamente.

-No, señor san Alec. Me colgaron.

-¡Está bromeando!

-Ninguna broma. Me colgaron, lisa y llanamente. ¿Recuerda cuando me abandonó?

-No le abandoné. Intervino un milagro. Así es como conocí a Hazel y a Steve.

-Bien..., usted sabe más de milagros que yo. Sea como fuere, tuvimos que contratar en seguida a otro lavaplatos, y tuvimos que coger a un chicano. Era un auténtico mal asno, el hombre. Intentó clavarme un cuchillo. Ese fue su error. ¿Intentar clavarle un cuchillo a un cocinero en su propia cocina? Me hizo un corte, yo le hice no sé cuántos. El jurado estaba formado en su mayoría por primos suyos, creo. De cualquier modo, el fiscal del distrito dijo que ya era hora de dar ejemplo. Pero tenía razón. Yo había sido bautizado mucho antes de ello; el capitán de la prisión me ayudó a nacer de nuevo. Pronuncié un sermón de pie sobre aquella trampilla, con la cuerda alrededor del cuello. Luego dije: «¡Ahora ya podéis hacerlo! ¡Enviadme a Jesús! ¡Aleluya!» Y lo hicieron. ¡Fue el día más feliz de mi vida!

Albert metió la cabeza.

San Alec, aquí hay un ángel que le busca.

-¡Ahora voy!

El ángel aguardaba justo fuera por la razón de que era más alto que el dintel y no se sentía inclinado a agacharse.

-¿Es usted san Alexander Hergensheimer?

-El mismo.

-Su pregunta respecto a una criatura designada como Margrethe Svensdatter Gunderson. El informe dice: Sujeto no incluido en el Éxtasis y que no ha sido incluido en ningún envío posterior. Esta criatura, Margrethe Svensdatter Gunderson, no está en el cielo, ni se la espera en él. Eso es todo.

XXIII

Grito hacia ti y no me respondes,
permanezco en pie y no me haces caso.
Job, 30:20

Así que por supuesto me presenté finalmente en la oficina de San Pedro en la Puerta de Judá, tras haber recorrido antes todo el cielo. Siguiendo el consejo de Hazel, volví a la Puerta de Ceniza y busqué aquella cooperativa, «Encuentra a tus amigos y personas amadas».

-San Alec, los ángeles no pasan informaciones equivocadas, y los registros que consultan son exactos. Pero puede que no hayan consultado los registros correspondientes y, en mi opinión, es posible que no hayan buscado tan profundamente como lo hubiera hecho usted..., pues los ángeles son ángeles. Margie puede estar relacionada bajo su nombre de soltera.

-¡Ése fue el nombre que les di!

-Oh. Creí que les había pedido usted que buscaran por «Margie Graham».

-No. ¿Debo volver y pedirles que lo hagan?

-No. Todavía no. Y cuando lo haga, si resulta necesario hacerlo, no acuda de nuevo a esa ventanilla de información. Vaya directamente a la oficina de san Pedro. Allí será atendido personalmente por otros humanos, no por ángeles.

-¡Eso me va!

-Sí. Pero pruebe primero en «Encuentre a sus amigos y personas amadas». Eso no es burocracia; es una cooperativa formada por voluntarios, todos ellos gente que realmente se preocupa por los demás. Así fue como Steve me encontró, después de resultar muerto. No sabía mi apellido y yo no lo había utilizado desde hacía años, además. No sabía mi fecha y lugar de muerte. Pero una vieja dama pequeñita en «Encuentre a sus amigos» no dejó de buscar mujeres llamadas Hazei hasta que Steve digo «¡Bingo!». Si se hubiera limitado a acudir a la oficina general de personal, la de San Pedro, le hubieran respondido: «Datos insuficientes, imposible identificación.»

Me sonrió y prosiguió:

-Pero la cooperativa utiliza la imaginación. Consiguieron que Luke y yo nos encontráramos, pese a que no nos habíamos visto nunca antes de morir. Después de cansarme de haraganear, decidí que deseaba ocuparme de un pequeño restaurante..., es una forma maravillosa de conocer a gente y hacer amigos. Así que acudí a la cooperativa, y ellos pusieron sus ordenadores en «cocina» y, tras un montón de falsos comienzos y números equivocados, nos pusieron juntos a Luke y a mí, y formamos una asociación para establecer «La Vaca Sagrada». Una búsqueda similar nos proporcionó a Albert.

Hazel, como Katie Farnsworth, es el tipo de mujer que cura simplemente con su presencia. Pero también es práctica, como mi propio tesoro. Se ofreció a lavar mi ropa sucia y me prestó una túnica de Steve para que la llevara mientras se secaba mi ropa. Me consiguió un espejo y una barra de jabón; finalmente pude librarme de mi barba de cinco días (¿siete años?). Por entonces mi única hoja estaba cerca de convertirse en una sierra, pero media hora de paciente frotar utilizando la parte interior de un vaso de cristal (un truco que había aprendido en el seminario) la pusieron de nuevo temporalmente en condiciones de uso.

Pero ahora necesitaba un auténtico afeitado, pese a que me había afeitado -había intentado afeitarme- hacía un par de horas. No sabía cuánto tiempo llevaba en mis indagaciones pero sabía que me había afeitado cuatro veces: una con agua fría, dos sin

jabón, y una al estilo Braille..., sin espejo. De hecho se habían previsto instalaciones sanitarias para los tipos limpios... pero no de la calidad *American Standard.* Lo cual no era sorprendente, puesto que los ángeles no utilizan los sanitarios y no los necesitan, y puesto que la abrumadora mayoría de los seres de carne tenían muy poca o ninguna experiencia con ellas.

La gente que llevaba la cooperativa era tan atenta como decía Hazel (y no creo que mi llamativo halo tuviera nada que ver con ello), pero nada de lo que hicieron me dio ninguna pista hacia Margrethe, pese a que pasaron pacientemente por sus ordenadores todas las combinaciones en que pude pensar.

Les di las gracias y les bendije y me encaminé a la Puerta de Judá, cruzando todo el cielo, dos mil ciento doce kilómetros. Me detuve solamente una vez, en la Plaza del Trono, a tomar una de las cieloburguesas de Luke y una copa del mejor café de Nueva Jerusalén, junto con algunas palabras de ánimo de Hazel. Proseguí mi desanimada marcha sintiéndome mucho más reconfortado.

La Oficina Celeste de Personal ocupa dos colosales palacios a la derecha, según se entra por la puerta. El primero y más pequeño es para admisiones de antes de Cristo; el segundo es para admisiones a partir de entones, e incluye la oficina de Pedro, en el segundo piso. Me dirigí directamente allí.

Una gran puerta doble decía: SAN PEDRO - Entre. Y eso hice. Pero no en su oficina; había una sala de espera lo suficientemente grande como para que en ella cupiera la Gran Estación Central. Pasé por un torniquete que se accionaba tomando un ticket de una ranura, y una voz mecánica dijo:

-Gracias. Por favor, siéntese y aguarde a ser llamado.

Mi ticket decía «2013», y el lugar estaba atestado; decidí, mientras miraba a mi alrededor en busca de una silla vacía, que iba a necesitar otro afeitado antes de que fuera llamado mi número.

Todavía estaba buscando cuando una monja saltó hacia mí y dobló una rodilla en una rápida reverencia.

-Oh santo, ¿puedo servirte? -No conocía lo suficiente los hábitos llevados por las distintas órdenes católicas romanas como para saber a qué hermandad pertenecía, pero iba vestida con lo que me atrevería a llamar «uniforme típico»: larga túnica negra hasta por debajo de los tobillos y las muñecas, blanco peto almidonado sobre el pecho y en torno al cuello y cubriendo las orejas, negra toca cubriendo todo lo restante de la cabeza y dándole la silueta de una esfinge, un *gran* rosario colgando en torno al cuello..., y un sereno rostro sin edad rematado por un torcido *pince-nez.* Y, por supuesto, su halo.

Lo que más impresionó es que estuviera allí. Era la primera prueba que veía de que los papistas podían ser salvados. En el seminario acostumbrábamos a discutir sobre ello en las sesiones de última hora de la noche..., aunque la posición oficial de mi iglesia era de que ciertamente podían ser salvados, siempre que creyeran como lo hacíamos nosotros y nacieran de nuevo en Jesús. Tomé nota mental de preguntarle cuándo y cómo había nacido de nuevo..., estaba seguro de que sería una historia inspiradora.

-¡Oh, gracias, hermana! -dije-. Es muy amable de su parte. Sí, puede ayudarme..., es decir, espero que pueda. Soy Alexander Hergensheimer y estoy intentando hallar a mi esposa. Éste es el lugar donde preguntar, ¿no? Soy nuevo aquí.

-Sí, san Alexander, éste es el lugar. Pero deseará ver usted a san Pedro, ¿no?

-Me gustaría presentarle mis respetos. Si no está demasiado atareado.

-Estoy segura de que deseará verle, santo padre. Déjeme comunicárselo a mi hermana superiora. -Tomó la cruz de su rosario, pareció susurrar algo en ella, luego alzó la vista-.

¿Se deletrea H, E, R, G, E, N, S, H, E, I, M, E, R, san Alexander?

-Correcto, hermana.

Habló de nuevo al rosario. Luego añadió, dirigiéndose a mí:

-La hermana Marie Charles es la secretaria del Santo Padre. Yo soy su ayudante y encargada general. -Sonrió-. La hermana Mary Rose.

-Es un placer conocerla, hermana Mary Rose. Háble me de usted. ¿A qué orden pertenece?

-Soy dominicana, santo padre. En vida fui administradora hospitalaria en Frankfurt, Alemania. Aquí, donde ya no hay necesidad de cuidar enfermos, hago este trabajo porque me gusta mezclarme con la gente. ¿Quiere venir conmigo, señor?

La multitud se abrió como las aguas del mar Rojo, no puedo decir si por deferencia a la monja o a mi llamativo halo. Quizá por ambos motivos. Me llevó hasta una puerta lateral que no tenía ninguna indicación, y una vez al otro lado me encontré en la oficina de su jefa, la hermana Marie Charles. Era una monja alta, tan alta como yo, y agraciada..., o «hermosa» quizá sea más acertado. Parecía más joven que su ayudante..., ¿pero cómo puede uno decirlo con las monjas? Estaba sentada tras un enorme escritorio lleno de montañas de papeles y con una Underwood de estilo antiguo asomando por uno de sus lados. Se puso rápidamente en pie, vino hacia mí, y dejó caer esta sorprendente cortesía:

-¡Bienvenido, san Alexander! Nos sentimos honrados por su visita. San Pedro estará muy pronto con usted. ¿Quiere sentarse? ¿Podemos ofrecerle algún refresco? ¿Un vaso de vino? ¿Una coca-cola?

-Bien, en estos momentos sabría paladear una coca-cola. No he tomado ninguna desde que estaba en la tierra.

-Una coca-cola, de inmediato. -Sonrió-. Le diré un secreto. La coca-cola es el vicio de san Pedro. De modo que aquí siempre tenemos unas cuantas botellas en hielo.

Una voz brotó del aire encima del escritorio..., una voz de barítono fuerte, resonante, del tipo que siempre he considerado que era una buena voz de predicador... una voz parecida a la de «Biblia» Barnaby, bendito sea su nombre.

-He oído eso, Charlie. Déjale que tome su coca aquí dentro; en estos momentos estoy libre.

-¿Estaba escuchando otra vez, jefe?

-Ha sido una casualidad, muchacha. Y trae otra para mí también.

San Pedro estaba de pie y avanzando a largas zancadas hacia la puerta con la mano extendida cuando fui introducido. En la historia de la iglesia se me había enseñado que se creía que tenía unos noventa años cuando murió. O cuando fue ejecutado (¿crucificado?) por los romanos, si lo fue. (Predicar siempre ha sido una vocación azarosa, pero en los días del ministerio de Pedro el azar era como el de un sargento de pelotón de marines.)

Aquel hombre parecía fuerte y sano y no rebasaría los sesenta, o posiblemente los setenta..., un hombre acostumbrado al aire libre, con un bronceado permanente y las cicatrices que brotan de los daños del sol. Su cabello y barba eran poblados y no parecían haber sido cortados nunca, estriados de gris pero no de blanco, y (ante mi sorpresa), parecía que en su tiempo fue pelirrojo. Era bien musculado y de anchos hombros, y sus manos eran callosas, como me di cuenta inmediatamente cuando estrechó las mías. Iba vestido con unas sandalias, una túnica marrón de basta lana, un halo como el mío, y un diminuto casquete apoyado en medio de aquella fina maraña de pelo.

Me gustó a primera vista.

Me condujo hasta un confortable sillón cerca de su silla del escritorio, y esperó a que me sentara antes de sentarse él. La hermana Marie Charles vino inmediatamente detrás de nosotros con dos Cokes en una bandeja, en las familiares botellas de apretada cintura y los no tan familiares (no los había visto desde hacía años) vasos Coke con la parte superior en

forma de tulipa y la marca registrada. Me pregunté quién tendría la licencia de importación en el cielo, y cómo eran manejados esos negocios.

-Gracias, Charlie -dijo-. Suspende de momento todas las llamadas.

-¿Absolutamente?

-No seas tonta. Ya me entiendes. -Se volvió hacia mí-. Alexander, intento recibir personalmente a todos los nuevos santos recién llegados. Pero de alguna forma usted se me escapó.

-Llegué en medio de una multitud, san Pedro. Los del Éxtasis. Y no por esta puerta. Por la Puerta de Ceniza.

-Eso lo explica todo. Fue un día muy ajetreado ése, y aún no nos hemos recuperado de él. Pero un santo debería ser escoltado hasta la puerta principal..., por veinticuatro ángeles y dos trompetas. Haré que se averigüe lo que pasó.

-Para ser franco, san Pedro -no pude contenerme-, no creo que yo *sea* santo. Pero no puedo quitarme este escandaloso halo de encima.

Agitó la cabeza.

-Lo es, por supuesto. Y no deje que las dudas lo atormenten; ningún santo sabe *nunca* que lo es, se lo tienen que decir. Es una sagrada paradoja que todos los que piensan que son santos nunca lo son. Bueno, cuando llegué aquí y me tendieron las llaves y me dijeron que estaba al cargo, no me lo creí. Pensé que el Maestro me estaba jugando una broma a cambio de un par de jugarretas que le había hecho en los días cuando estábamos recorriendo los alrededores del mar de Galilea. ¡Oh, no! De veras. El rabino Simón bar Jona, el viejo pescador, se fue, y he sido san Pedro desde entonces. De modo que usted es san Alexander, le guste o no. Y le gustará, a su debido tiempo.

Palmeo una plana carpeta archivadora que tenía sobre su mesa de despacho.

-He estado leyendo su historial. No hay duda acerca de su santidad. Una vez lo hube revisado recordé su juicio. El abogado del diablo contra usted fue Tomás Aquino; vino a verme más tarde y me dijo que su ataque había sido *pro forma,* y que en ningún momento había habido la menor duda en su mente de que estaba usted cualificado. Dígame, ese primer milagro, la prueba del fuego... ¿vaciló en algún momento su fe?

-Sospecho que lo hizo. Conseguí una ampolla.

San Pedro bufó.

-¡Una solitaria ampolla! Y no cree usted estar cualificado. Hijo, si san Juan hubiera tenido su fe tan firme como la de usted, hubiera apagado el fuego que lo martirizó. Sé de...

La voz de la hermana Marie Charles anunció:

-La esposa de san Alexander está aquí.

-¡Hazla pasar! -Dirigiéndose a mí, añadió-: Seguiremos más tarde.

Yo apenas le oía; mi corazón saltaba alocado en mi pecho.

La puerta se abrió; entró Abigail.

No sé cómo describir los siguientes minutos. Una profunda decepción con un azaramiento absoluto los resume.

Abigail me miró y dijo severamente:

-Alexander, ¿qué demonios haces llevando ese ridículo halo? ¡Quítatelo inmediatamente!

San Pedro tronó:

-Hija, aquí no hay demonios; modera tu lenguaje en mi oficina privada. Y no hables de esta forma a san Alexander.

Abigail volvió su miada hacia él y frunció la nariz.

-*¿Le* llama usted santo? ¿Y no le enseñó su madre a levantarse cuando entran damas?

¿O están exentos los santos de esas reglas de educación?

-Me levanto para las *damas.* Hija, dirígete a mí con deferencia. Y hablarás a tu esposo con el respeto que una esposa le debe a su marido.

-¡Él no es mi marido!

-¿Eh? -San Pedro miró de ella a mí, luego de nuevo a ella-. Explícate.

-Jesús dijo: «Porque en la resurrección ni se casarán ni habrá matrimonios, sino que serán como los ángeles.» Y volvió a decirlo en Marcos doce, veintitrés.

-Sí -admitió san Pedro-. Le oí decir eso. A los saduceos. Según esa regla, ya no eres una esposa.

-*¡Sí!* ¡Aleluya! He estado aguardando años para librarme de ese pelmazo..., para librarme de él sin pecar.

-No estoy seguro respecto a eso último. Pero no ser una esposa no te exonera del deber de hablar educadamente a este santo que una vez fue tu marido. -Pedro se volvió de nuevo hacia mí-. ¿Quiere que se quede?

-¿Yo? ¡No, no! Aquí ha habido un error.

-Así parece. Hija, puedes irte.

-¡Hey, espere! Después de haber hecho todo este camino, hay una serie de cosas que quiero decirle. He estado viendo aquí a todo mi alrededor algunos comportamientos perfectamente escandalosos. Bien, sin el menor sentido de la decencia...

-Hija, te he despedido. ¿Quieres irte por tus propios pies? ¿O debo llamar a dos ángeles forzudos para que te echen?

-¡Eso es exactamente! Lo que iba a decir es...

-¡*No* vas a decir nada!

-¡Bueno, creo que tengo tanto derecho a hablar como cualquier otro!

-No en esta oficina. ¡Hermana Marie Charles!

-¡Sí, señor!

-¿Recuerdas todavía el judo que te enseñaron cuando estabas trabajando con la policía de Detroit?

-¡Lo recuerdo!

-Saca a esa pelmaza fuera de aquí.

La alta monja sonrió y se sacudió las manos. Lo que ocurrió a continuación ocurrió tan rápido que no puedo describirlo. Pero Abigail abandonó el despacho muy repentinamente.

San Pedro volvió a sentarse, suspiró y tomó su Coke.

-Esa mujer pondría a prueba la paciencia de Job. ¿Cuánto tiempo llevaba casado con ella?

-Oh, un poco más de mil años.

-Le comprendo. ¿Por qué mandó a por ella?

-No lo hice. Bueno, ésa no era mi intención. -Empecé a intentar explicarme.

Me detuvo.

-¡Por supuesto! ¿Por qué no dijo que estaba buscando a su concubina? Confundió usted a Mary Rose. Sí, ya sé a quién se refiere: la *zaftig shiksa* que aparece en toda la parte final de su dossier. Una chica encantadora, me pareció. ¿Está buscándola?

-Sí, por supuesto. El día de la Trompeta y del Grito fuimos arrancados juntos de la superficie de la tierra. Pero aquel torbellino, un auténtico tornado de Kansas, era tan violento que nos separó.

-Ya preguntó usted antes por ella. Una indagación transmitida a distancia desde la ventanilla de información junto al Río.

-Es cierto.

-Alexander, esa indagación en la última entrada en su historial. Puedo ordenar que se repita la búsqueda..., pero puedo decirle por anticipado que será útil solamente para que

usted se sienta seguro. La respuesta será la misma: ella no está aquí.

Se levantó y dio la vuelta a su escritorio para apoyar una mano en mi hombro.

-Ésta es una tragedia que he visto repetirse interminablemente aquí. Una pareja que se ama, confiada en pasar la eternidad juntos: uno llega aquí, el otro no. ¿Qué puedo hacer? Me gustaría poder hacer algo. Es imposible.

-San Pedro, ¡tiene que haber un error!

No respondió.

-¡Escúcheme! ¡Yo lo sé! Ella y yo estábamos uno al lado del otro, arrodillados ante aquella barandilla de madera, rezando..., y justo antes de la Trompeta y el Grito el Espíritu Santo descendió sobre nosotros, y estábamos en perfecto estado de gracia y fuimos arrastrados juntos hacia arriba. ¡*Pregúnteselo* a Él! ¡Pregúnteselo *a Él*! Él le escuchará *a usted.*

Pedro suspiró de nuevo.

-Escuchará a cualquiera, en cualquiera de Sus Aspectos. Pero preguntaré. -Tomó un aparato telefónico tan pasado de moda que podría haber sido montado por el propio Alexander Graham Bell-. Charlie, ponme con el Espíritu. De acuerdo, espero. *¡Hola!* Aquí Pedro, en la puerta principal. ¿Sabe algo nuevo? ¿No? Yo tampoco. Escuche, tengo un problema. Por favor, retroceda hasta el día del Grito y la Trompeta, cuando usted, en su aspecto Júnior, atrapó vivas a todas aquellas almas encarnadas que estaban en aquel momento en estado de gracia. Sitúese en un amplio lugar en la carretera llamada Lowell, Kansas (eso es en Norteamérica), y en una reunión religiosa, una iglesia bajo lona. ¿Ya está allí? Bien. Entonces: al menos unos cuantos poquisegundos antes de la trompetas, un tal Alexander Hergensheimer, hoy canonizado, alega que descendió usted sobre él y su amada concubina, Margrethe. Ella es descrita como de tres codos y medio de altura, rubia, pecosa, unas ochenta minas... Oh, ¿lo hizo? Oh, ¿demasiado tarde? Eso era lo que me temía. Se lo diré.

-¡Pregunte dónde está ella! -interrumpí, siseando con urgencia.

-Jefe, san Alexander está preso de la agonía. Desea saber dónde se encuentra ella ahora. Sí. Se lo diré. -San Pedro colgó-. No está en el cielo, no en la tierra. Puede imaginar la respuesta por usted mismo. Lo siento.

Debo señalar que san Pedro fue interminablemente paciente conmigo. Me aseguró que podía hablar con cualquiera de la Trinidad..., pero me recordó que, al consultar al Espíritu Santo, los habíamos consultado a los tres. Pedro hizo nuevas averiguaciones en la lista del Éxtasis, la lista de las tumbas abiertas y la lista de todos los llegados desde entonces..., mientras me decía que ninguna búsqueda mediante ordenador podía negar las inefables respuestas del propio Dios hablando como Espíritu Santo..., cosa que comprendí y acepté, mientras daba la bienvenida a las nuevas búsquedas.

-¿Pero qué hay de la tierra? -dije-. ¿No puede estar viva en algún lugar allí? ¿Quizá en Copenhague?

-Alexander -respondió Pedro-, El es tan omnisciente en la tierra como lo es en el cielo. ¿No puede verlo?

Inspiré profundamente.

-Sí. He estado queriendo negar lo obvio. De acuerdo, ¿cómo puedo hacerlo para ir al infierno?

-¡Alec! ¡No hable de esa forma!

-¡Un infierno no voy a hablar de esa forma! Pedro, una eternidad aquí sin ella no es una eternidad de bendición; es una eternidad de aburrimiento y soledad y dolor. ¿Cree usted que este maldito halo espectacular significa algo para mí cuando *sé...,* ¡sí, usted me ha

convencido!..., cuando sé que mi amor está ardiendo en el Pozo? No pido mucho. Sólo que se me permita vivir con ella. Estaba dispuesto a lavar platos para siempre con tal de seguir viendo su sonrisa, oyendo su voz, tocando su mano. ¡Ha sido eliminada por un tecnicismo, y usted lo sabe! A todos esos ángeles esnobs y de mal carácter se les permite vivir aquí sin que nunca hayan hecho algo por merecerlo. Pero mi Marga, que es un auténtico ángel si alguna vez ha existido alguno, es rechazada y arrojada al infierno, a una tortura eterna, por una infantil meticulosidad en las reglas. Puede decirle usted al Padre y a su Hijo de dulce voz y a ese sinuoso Espíritu que pueden coger su preciosa Ciudad Santa y hacer con ella lo que quieran. Sí Margrethe ha de estar en el infierno, ¡allí es donde *quiero* estar!

-Perdónale, Padre; está febril por el dolor... -estaba diciendo Pedro-, no sabe lo que dice.

Me tranquilicé un poco.

-San Pedro, sé exactamente lo que estoy diciendo. No quiero quedarme aquí. Mi amor está en el infierno, así que allá es donde quiero estar. Donde *debo* estar.

-Alec, superará esto.

-¿Acaso no ve que no *quiero* superarlo? Quiero estar con mi amor y compartir su destino. Usted me dice que está en el infierno...

-No, le dije que es seguro que no está en el cielo y tampoco en la tierra.

-¿Acaso hay un cuarto lugar? ¿Un limbo o algo parecido?

-El limbo es un mito. No conozco ningún cuarto lugar.

-Entonces quiero marcharme de aquí inmediatamente y buscarla por todo el infierno. ¿Cómo?

Pedro se alzó de hombros.

-¡Maldita sea, no me venga con evasivas! Esto es todo lo que he conseguido desde el día que crucé andando aquel maldito fuego..., una evasiva tras otra. ¿Soy un prisionero?

-No.

-Entonces dígame cómo ir al infierno.

-Muy bien. Pero no puede llevar usted este halo al infierno. No le dejarán entrar.

-Nunca lo quise. ¡Quédenselo!

No mucho después de eso estaba de pie en el umbral de la Puerta de Judá, escoltado por dos ángeles. Pedro no me dijo adiós; supongo que estaba disgustado. Lo lamenté; me caía muy bien. Pero no podía hacerle comprender que el cielo no era el cielo para mí sin Margrethe.

Hice una pausa en el borde.

-Querría que llevaran un mensaje de vuelta a san Pedro...

Me ignoraron; me agarraron por ambos lados y me arrojaron por el borde. Caí.

Y caí.

XXIV

¡Quién diera supiese yo dónde hallarle que llegase hasta su morada!
Entablaría ante él proceso
y henchiría mi boca de recriminaciones.
Job, 23:3-4

Y seguí cayendo.

Para el hombre moderno, uno de los aspectos más turbadores de la eternidad reside en acostumbrarse a la resbaladiza cualidad del tiempo. Sin relojes ni calendarios, y careciendo

incluso de la alternancia del día y de la noche, o de las fases de la luna, o de la sucesión de las estaciones, la duración se convierte en algo subjetivo y «¿Qué hora es?» es un asunto de opinión, no un hecho.

Creo que caí durante más de veinte minutos; no creo que cayera tanto como veinte años.

Pero no arriesgaría nada de dinero en ninguna de las dos cosas.

No había nada que ver excepto el interior de mis globos oculares. Ni siquiera la Ciudad Santa recediendo en la distancia.

En los primeros momentos, intenté entretenerme reviviendo con la memoria los momentos más felices de mi vida..., y descubrí que esos momentos felices me ponían triste. Así que pensé en ocasiones tristes, y aquello fue peor. Finalmente dormí. O creí hacerlo. ¿Cómo puedes decirlo cuando te hallas totalmente desgajado de cualquier sensación? Recuerdo haber leído acerca de uno de esos «científicos» entrometidos construyendo algo a lo que llamaba «cámara de privación sensorial». Lo que consiguió fue un estruendoso circo de tres pistas comparado con los magros deleites de caer del cielo al infierno.

Mi primer indicio de que estaba acercándome al infierno fue el hedor. Huevos podridos. H_2S. Sulfuro de hidrógeno. El hedor del azufre ardiendo.

No mueres a causa de ello, pero eso debe significar poco consuelo, puesto que aquellos que se enfrentan a ese hedor están muertos cuando lo huelen. Normalmente al menos; yo no estaba muerto. Se habla de otros vivos en la historia y en la literatura: Dante, Eneas, Ulises, Orfeo. ¿Pero no eran todos esos casos ficción? ¿Son el primer hombre vivo que llega al infierno, pese a todos esos anhelos?

Si es así, ¿cuánto tiempo permaneceré vivo y saludable? ¿Tan sólo lo suficiente para golpear la llameante superficie del Lago? ¿Haré entonces *¡pssst!* y me convertiré en una grasienta nubécula que desaparecerá rápidamente? ¿No me había precipitado un poco con mi quijotesco gesto? Una nubécula grasienta desapareciendo rápidamente no iba a poder ayudar mucho a Margrethe; quizá hubiera debido quedarme en el cielo e intentar negociar. Un santo con halo de gala haciendo una sentada ante el Trono del Señor tal vez hubiera conseguido que Él reconsiderara su decisión..., puesto que de *su* decisión se trataba, y sería acatada por todos, puesto que Jehová es omnipotente.

Un poco demasiado tarde para pensar en ello, muchacho. Ya puedes ver el resplandor rojo en las nubes. Eso debe ser la lava hirviendo ahí abajo. ¿Cuan abajo? ¡No lo suficiente! ¿A qué velocidad estoy cayendo? ¡Demasiado aprisa!

Ahora puedo ver lo que es el famoso Pozo: la caldera de un increíblemente enorme volcán. Sus paredes se hallan ahora a todo mi alrededor, tienen kilómetros de altura, y sin embargo las llamas y la lava fundida se hallan todavía a mucha, mucha distancia por debajo de mí. ¡Pero se acercan rápido! ¿Cómo están hoy tus poderes de hacer milagros, san Alec? Te las apañaste con aquel otro fuego y saliste con sólo una ampolla; ¿crees que podrás apañártelas también con éste? La diferencia es sólo un asunto de grado.

«Con paciencia y mucha saliva, el elefante desfloró al mosquito.» Ese asunto era también un asunto de grado tan sólo; ¿puedes hacerlo tan bien como ese elefante? San Alec, ése no fue un pensamiento santificado; ¿qué le ha pasado a tu piedad? Quizá sea la influencia de este perverso vecindario. Oh, bueno, ya no necesitas seguir preocupándote por los pensamientos pecaminosos; ya es demasiado tarde para preocuparse por cualquier pecado. Ya no corres el riesgo de ir al infierno por ellos; estás entrando en el infierno..., estás *en* el infierno. En unos escasos tres segundos vas a ser una evanescente nubécula grasienta.

-¡Adiós, Marga, mi amor! Lamento no haber podido comprarte nunca ese helado especial con salsa de chocolate caliente. Satanás, recibe mi alma; Jesús es un soplón...

Me cazaron con una red como una mariposa. Pero una mariposa hubiera necesitado alas de asbesto para ser salvada de la forma en que fui salvado yo; mis pantalones estaban derritiéndose. Echaron un cubo de agua sobre mí cuando me tuvieron sentado en el banco.

-Firma este papel.

-¿Qué papel? -Me senté erguido y miré a las llamas.

-Este papel. -Alguien estaba sosteniendo una hoja de papel debajo de mi nariz y ofreciéndome una pluma.

-¿Por qué queréis que lo firme?

-Tienes que firmarlo. Reconoce que te hemos salvado del Pozo ardiente.

-Quiero ver a un abogado. Hasta entonces no firmaré nada. -La última vez que había firmado un papel me ligué a lavar platos durante cuatro meses. Esta vez no podía perder cuatro meses; tenía que apresurarme inmediatamente a buscar a Margrethe.

-No seas estúpido. ¿Deseas que te arrojemos de vuelta a *eso?*

Una segunda voz dijo:

-Déjalo ya, Bert. Intenta decirle la verdad.

(¿«Bert»? Había creído que aquella primera voz me era familiar.)

-¡Bert! ¿Qué estás haciendo *tú* aquí? -Mi compinche de juventud, el que compartía mi afición por la literatura. Verne y Wells y Tom Swift...., «basura», lo había llamado el padre Draper.

El propietario de la primera voz me miró desde más cerca.

-¡Bueno, así me sodomice un babuino! ¡Hediondo Hergensheimer!

-En carne y hueso.

-Que me condene por toda la eternidad. No has cambiado mucho. Rod, extiende de nuevo la red; éste no es el pez que estábamos esperando. Hediondo, nos has hecho perder una buena gratificación; estábamos pescando a san Alexander.

-¿San quién?

-Alexander. Un santo irlandés que ha decidido correrse una juerga. Por qué no ha venido en un Siete-Cuatro-Siete sólo Dios lo sabe; normalmente no recogemos pasajeros aquí en el Pozo. Puede que nos hayas costado un cliente importante metiéndote en el camino justo cuando era esperado ese santo..., y vas a tener que pagarnos por ello.

-¿Qué hay de esa antigua deuda que nunca me has pagado *tú?*

-¡Muchacho, tienes memoria! Eso está fuera de la ley por el estatuto de limitaciones.

-Muéstramelo en el libro de leyes del infierno. De todos modos, no pueden aplicarse limitaciones; nunca me respondiste cuando intenté cobrarte. Así que son cinco pavos, a un interés compuesto trimestral del seis por ciento, durante... ¿cuántos años?

-Lo discutiremos más tarde, Hediondo. Ahora tenemos que mantener el ojo alerta para ese santo.

-Bert.

-Luego, Hediondo.

-¿Recuerdas mi verdadero nombre? ¿El que me daban mis compañeros?

-Bueno, sí, supongo... *¡Alexander!* ¡Oh, no, Hediondo, no puede ser! Casi fracasaste en esa universidad bíblica de no sé dónde, después de que fracasaras en Rolla. -Su rostro expresó dolor e incredulidad-. La vida no puede ser tan injusta.

-«El Señor se mueve por misteriosos caminos para realizar sus maravillas.» Te presento a san Alexander, Bert. ¿Quieres que te bendiga? En vez de una recompensa, quiero decir.

-Insistimos en que sea en efectivo. De todos modos, no me lo creo.

-Yo sí lo creo -dijo el segundo hombre, al que Bert había llamado «Rod»-. Y me gustaría tu bendición, padre; nunca he sido bendecido por un santo antes. Bert, no se ve nada en la pantalla detectora de larga distancia y, como sabes, solamente una llegada

balística estaba proyectada para esta guardia..., así que *tiene* que ser san Alexander.

-Es imposible. Rod, conozco su carácter. Si él es un santo, yo soy un mono rosa... - Hubo un relámpago de luz en un cielo sin nubes. Cuando Bert volvió a ponerse en pie, sus ropas colgaban sueltas sobre él. Pero no las necesitaba, puesto que estaba todo él cubierto de pelaje rosa.

El mono me miró indignado.

-¿Ésa es la forma de tratar a un viejo amigo?

-Bert, yo no lo hice. O al menos no pretendí hacerlo. Los milagros simplemente ocurren en torno mío; no los hago a propósito.

-Excusas. Si tuviera la rabia, te mordería.

Veinte minutos más tarde estábamos en un reservado en un bar frente al lago, bebiendo cerveza y aguardando a una taumaturga supuestamente experta en formas y apariencias. Yo había estado contándoles por qué estaba en el infierno.

-Así que tengo que encontrarla. Primero tengo que comprobar el Pozo; si está allí, entonces la cosa es *realmente* urgente.

-No está allí -dijo Rod.

-¿Eh? Espero que puedas probarlo. ¿Cómo lo sabes?

-Nunca hay nadie en el Pozo. No es más que fanfarria para mantener en vereda a los campesinos. De acuerdo, buena parte del populacho llega balísticamente, y un porcentaje de ellos acostumbraban a caer al Pozo hasta que el cuidador puso esa guardia de seguridad de la que formamos parte Bert y yo. Pero caer al Pozo no ocasiona al alma ningún daño..., aparte el susto de muerte. Quema, por supuesto, de modo que sale zumbando casi más aprisa de lo que entró.

Pero sin sufrir daño. El baño de fuego simplemente cauteriza sus alergias, si tenía.

(¡Nadie en el Pozo! No «Arder en los fuegos del infierno por toda la eternidad»..., vaya shock iba a recibir el hermano «Biblia» Barnaby..., y un montón de otros cuya permanencia en el negocio dependía de los fuegos del infierno. Pero yo no estaba allí para discutir escatología con dos almas perdidas; estaba allí para encontrar a Marga.)

-Este «encargado» del que habláis. Es un eufemismo para *Él?*

El mono -Bert, quiero decir- chilló:

-¡Si te refieres a Satanás, dilo!

-Eso es lo que quería decir.

-No. El señor Ashmedai es el encargado de la ciudad. Satanás nunca hace nada. ¿Por qué debería? Él es el dueño de este planeta.

-¿Esto es un planeta?

-¿Crees acaso que es un cometa? Mira fuera por esa ventana. El planeta más hermoso de esta galaxia. Y el mejor cuidado. Nada de serpientes. Nada de cucarachas. Nada de bichos que pican. Nada de recaudadores de impuestos. Nada de ratas. Nada de cáncer. Nada de predicadores. Solamente dos abogados.

-Haces que suene como el cielo.

-Nunca he estado. Dices que acabas de llegar de allí; cuéntanos.

-Bueno..., el cielo está bien, si eres un ángel. No es un planeta; es un lugar artificial, como Manhattan. Pero no estoy aquí para hacerle publicidad al cielo; estoy aquí para encontrar a Marga. ¿Debo intentar ver a ese señor Ashmedai? ¿O sería mejor ir directamente a Satanás?

El mono intentó silbar, y produjo un chillido como de ratón. Rod agitó la cabeza.

-San Alec, no dejas de sorprenderme. Llevo aquí desde 1588, fuera cuando fuese, y nunca he puesto los ojos en el Propietario. Nunca he pensado en intentar verle. No sabría

cómo empezar. Bert, ¿qué piensas tú?

-Creo que necesito otra cerveza.

-¿Para ponerla dónde? Desde que ese rayo te golpeó, no es lo bastante grande para meter dentro una jarra de cerveza, y mucho menos tres.

-No seas bocazas y llama al camarero.

La calidad de la discusión no mejoró, puesto que cada pregunta que hacía se convertía en más preguntas y ninguna respuesta. La taumaturga llegó y se llevó a Bert sobre su hombro. Bert discutía irritadamente con ella sobre sus honorarios..., ella quería la mitad de todos sus bienes y exigía un contrato firmado con sangre antes de ponerse al trabajo. Él quería que aceptara el diez por ciento y exigía que yo pagara la mitad de eso.

Cuando se fueron, Rod dijo que ya era hora de que encontráramos un lugar para mí; me llevaría a un buen hotel cerca.

Señalé que estaba sin blanca.

-No hay problema, san Alec. Todos nuestros inmigrantes llegan sin blanca, pero el American Express y el Diners Club y el Chase Manhattan se ocupan de procurar el primer crédito, sabiendo que quien consiga primero la firma de un inmigrante tiene muchas posibilidades de conservar su cuenta de por vida y seis semanas en el pasado.

-¿No pierden mucho, extendiendo de ese modo créditos sin fianza?

-No. Aquí en el infierno, todo el mundo paga, finalmente. Ten en cuenta que aquí un sinvergüenza no puede recurrir a morir para eludir a sus deudores. Así que simplemente firma, y cárgalo todo a la cuenta de la habitación, hasta que llegues a un acuerdo con alguno de los tres grandes.

El Sans Souci Sheraton se halla sobre la Plaza, directamente al otro lado del Palacio. Rod me llevó a recepción; firmé la tarjeta de registro y pedí una habitación individual con baño. La recepcionista, un pequeño demonio femenino con pequeños y afilados cuernos, miró la tarjeta que yo había firmado y sus ojos se desorbitaron.

-Oh, *¿san* Alexander?

-Soy Alexander Hergensheimer, exactamente como me he registrado. A veces me llaman «san Alexander», pero no creo que el título tenga aplicación aquí.

No escuchaba mientras rebuscaba afanosamente entre las reservas.

-Aquí está, su santidad..., la reserva de su suite.

-¿Eh? No necesito una suite. Y probablemente no podría pagarla.

-Es un obsequio de la dirección, señor.

XXV

Tuvo como mujeres princesas setecientas y concubinas
trescientas; y sus mujeres pervirtieron su corazón.
I Reyes, 11:3

¿Podrá un hombre ante Eloah ser justo?
¿Ante su Hacedor será puro un varón?
Job, 4:17

¡¡«Obsequio de la dirección»!! *¿Cómo?* Nadie sabía que venía aquí hasta justo antes de que fuera echado por la Puerta de Judá. ¿Tenía san Pedro un teléfono rojo directo con el infierno? ¿Había alguna especie de cooperación por debajo de la mesa con el Adversario?

¡Hermano, cómo hubiera escandalizado ese pensamiento al Consejo de Obispos allá en casa!

Más aún, *¿por qué?* Pero no tenía tiempo de examinar aquello; la pequeña diabla -¿diablilla?- de servicio hizo sonar la campanilla del mostrador y gritó:

-¡Servicio!

El botones que respondió era humano, un joven muy atractivo. Me pregunté cómo había muerto tan joven y por qué había fracasado en ir al cielo. Pero no era asunto mío, así que no pregunté. Observé una cosa: su apariencia me recordaba la de un chico Philip Morris y, mientras caminaba frente a mí, conduciéndome hacia mi suite, la de otro anuncio de cigarrillos: «Tan redondos, tan firmes, tan prietamente empaquetados.» Aquel muchacho tenía el tipo de posaderas que hacen que los poetas licenciosos hindúes escriban poesías en su honor... ¿Era posible que fuera ese tipo de pecado el que había ocasionado su caída hasta aquí?

Olvidé el asunto cuando entramos en la suite.

La salita era demasiado pequeña para jugar al fútbol pero lo bastante grande para jugar al tenis. El mobiliario podría ser descrito como «adecuado» por cualquier potentado oriental en plena prosperidad de sus negocios. La pequeña habitación anexa llamada «la despensa» tenía dispuesta una colación compuesta por platos fríos suficiente para cuarenta huéspedes, con unos cuantos platos calientes al final..., un cedo asado con una manzana en la boca, un pavo real al horno con las plumas vueltas a poner en su lugar, y otros cuantos bocados semejantes. Frente a esa exhibición había un bar bien surtido..., el sobrecargo jefe del *Konge Knut* se hubiera sentido impresionado.

Mi botones («Llámeme Pat») iba de un lado para otro, abriendo cortinas, ajustando ventanas, cambiando termostatos, comprobando toallas -todas esas cosas que hacen los botones para alentar una espléndida propina-, mientras yo estaba intentando imaginar cómo darle esa propina. ¿Había alguna forma de cargar una propina a un botones en el servicio de habitaciones? Bien, tendría que preguntárselo a Pat. Crucé el dormitorio (¡un viaje por las Mil y una Noches!), y rastreé a Pat hasta el baño.

Se estaba desvistiendo. Los pantalones a media asta y a punto de ser pateados. Las desnudas posaderas enfrentándome desafiantes. Exclamé:

-¡Hey, chico! *¡No!* Gracias por la idea... pero los muchachos no son mi debilidad.

-En cambio sí son la mía -respondió Pat-. Pero no soy un chico. -Y se volvió en redondo, mirándome de frente.

Pat tenía razón; llamativamente, no era un chico.

Me quedé allí con la mandíbula colgando mientras ella se quitaba el resto de sus ropas y las echaba al cesto de la ropa sucia.

-Ya está -dijo, sonriendo-. Me alegra haber podido librarme de ese traje de mono. Lo he estado llevando desde que se anunció que había sido usted detectado en el radar. ¿Qué ocurrió, san Alec? ¿Se paró a tomar una cerveza?

-Bueno... sí. De hecho, dos o tres cervezas.

-Eso imaginé. Bert Kinsey tenía la guardia, ¿no? Si el Lago crece alguna vez de nivel y cubre esta parte de la ciudad con lava, Bert se parará a tomar una cerveza antes de echar a correr. Dígame, ¿por qué parece usted tan turbado? ¿He dicho algo inconveniente?

-Oh..., señorita. Es usted encantadora..., pero yo no pedí ninguna chica.

Se acercó más a mí, alzó la vista y palmeó mi mejilla. Pude sentir su aliento en mi barbilla, oler su dulzor.

-San Alec -dijo suavemente-, no estoy intentando seducirle. Oh, estoy disponible, por supuesto; una chica de compañía, o dos o tres, se hallan incluidas en el servicio de todas nuestras suites de lujo. Pero puedo hacer mucho más que hacer el amor con usted. -Tendió una mano, agarró una toalla de baño, se la frotó en torno a las caderas-. Soy una chica

ichiban para el baño también. ¿Quiere que le haga un masaje en la espina dorsal? -Dejó la toalla a un lado-. Y también soy una especialista con las bebidas. ¿Quiere que le sirva un zombie danés?

-¿Quién le ha dicho que me gustan los zombies daneses?

Se había vuelto para abrir el guardarropa.

-A todos los santos que he conocido les gustaban. ¿Le parece bien éste? -Mostró una túnica que parecía tejida de una ligera bruma azul.

-Es encantador. ¿Cuántos santos ha conocido?

-Uno. Usted. No, dos; pero el otro no bebía zombies. Sólo estaba bromeando. Lo siento.

-Yo no; puede ser una pista. ¿Acaso la información llegó de una chica danesa? Rubia, más o menos de su talla, de su peso también. Margrethe, o Marga. A veces «Margie».

-No. Los datos sobre usted me fueron entregados en una copia de impresora cuando fui asignada a usted. Esa Margie..., ¿es amiga suya?

-Bastante más que una amiga. Es la razón de que esté en el infierno. ¿Sobre el infierno? ¿Dentro del infierno?

-Puede decirlo como quiera. No, estoy completamente segura de no haber conocido nunca a su Margie.

-¿Cómo lo hace uno para encontrar a otra persona aquí? ¿Directorios? ¿Censos de votaciones? ¿Qué?

-Nunca he visto nada de eso. El infierno no está muy organizado. Es una anarquía excepto por un toque de monarquía absoluta en algunos puntos.

-¿Cree que puedo preguntarle a Satanás?

Pareció dudosa.

-No conozco ninguna regla que diga que no puede escribir usted una carta a Su Infernal Majestad. Pero no hay tampoco ninguna regla que diga que Él ha de leerla. Supongo que será abierta y leída por algún secretario; no creo que simplemente las echen al Lago. No, no creo que lo hagan. -Añadió-: ¿Pasamos al baño? ¿O está listo para ir a la cama?

-Oh, creo que necesito un baño. Sé cómo hacerlo.

-¡Estupendo! Nunca había bañado antes a un santo. ¡Será divertido!

-Oh, no necesito ayuda. Puedo bañarme yo solo.

Me bañó ella.

Me hizo la manicura. Me hizo la pedicura. Sus tijeras chasquearon vorazmente sobre las uñas de mis pies: «lamentables», fue el suave término que expresó. Me cortó el pelo. Cuando le pedí hojas para mi maquinilla de afeitar, me mostró un cajón en el baño donde había acumuladas ocho o nueve formas distintas de luchar con la barba.

-Recomiendo esta afeitadora eléctrica con los tres cabezales rotativos pero, si confía usted en mí, se dará cuenta de que soy muy competente con una simple y antigua navaja.

-Sólo estoy buscando algunas hojas Gillette.

-No conozco esa marca, pero hay maquinillas completamente nuevas aquí que se ajustan a todo ese tipo de hojas.

-No. Quiero la mía. De doble hoja. Acero inoxidable.

-¿Wilkinson, doble hoja, eterna?

-Quizá. ¡Oh, aquí las tenemos! Gillette, acero inoxidable: compre dos paquetes y obtendrá uno gratis.

-Bien. Le afeitaré.

-No. Puedo hacerlo yo.

Media hora más tarde me recostaba contra los almohadones de una cama adecuada para la luna de miel de un rey. Tenía un espléndido Dagwood en el estómago, un zombie danés

en la mano, y llevaba un pijama de seda completamente nuevo marrón y oro viejo. Pat eligió aquel salto de cama translúcido en azul humo que había estado llevando excepto cuando me había bañado y se metió a mi lado, y colocó una bebida para ella, Glenlivet con hielo, allá donde pudiera alcanzarla.

(Me dije: «Mira, Marga, yo no elegí esto. Aquí sólo hay una cama. Pero es una cama grande, y ella no está intentando arrimarse. No querrás que la eche fuera de una patada, ¿verdad? Es una chiquilla encantadora; no quiero herir sus sentimientos. Estoy cansado; voy a beberme esta copa y me dormiré inmediatamente.»)

No me dormí inmediatamente. Pat no era en absoluto agresiva. Pero sí era *muy* cooperativa. Me di cuenta de que una parte de mi mente estaba dedicada intensamente a lo que Pat tenía que ofrecer (¡mucho!), mientras otra parte de mi mente estaba explicándole a Marga que aquello no era nada serio; yo no la quería; yo quería a Marga y solamente a Marga y siempre a Marga..., pero no había conseguido dormirme y...

Luego dormimos un rato. Luego contemplamos un holograma viviente que Pat dijo que era «una X fracasada», y yo aprendí cosas de las que nunca había oído hablar, pero resultó que Pat las había hecho y podía hacerlas y podía enseñarme, y esta vez hice una pausa el tiempo suficiente para decirle a Marga que estaba aprendiendo para los dos, luego volví toda mi atención al aprendizaje.

Luego dormimos de nuevo.

Fue un rato más tarde cuando Pat adelantó una mano y tocó mi hombro.

-Vuélvete de este lado, querido; déjame ver tu rostro. Eso pensé. Alec, sabía que llevabas la antorcha de tu amor; por eso estoy aquí; para hacerlo todo más fácil. Pero no puedo conseguirlo si tú no lo intentas. ¿Qué hizo ella por ti que yo no haya hecho y no pueda hacer? ¿Tiene ese famoso hilo en la mano izquierda? ¿O qué? Nómbralo, descríbelo. Yo lo haré también, o lo imitaré, o saldré a buscarlo. Por favor, querido. Estás empezando a dañar mi orgullo profesional.

-Lo estás haciendo de una forma excelente. -Palmeé su mano.

-Me lo pregunto. ¿Más chicas como yo, quizá, con varios sabores? ¿Ahogarte en tetas: chocolate, vainilla, fresa, tutti-frutti? «Tutti-frutti»: hummm... ¿Quizá te apetezca un bocadillo San Francisco? ¿O alguna otra exquisitez de Sodoma y Gomorra? Tengo un amigo masculino de Berkeley que no es en absoluto masculino: posee una deliciosa y juguetona imaginación; he formado equipo con él numerosas veces. Y tiene en su agenda a otros como él; es a la vez miembro de Aleister Crowley Asociados y de los Héroes de Nerón. Si te apetece una escena de masas, Donny y yo podemos prepararte todo lo que quieras, y el Sans Souci lo orquestará para que quede a tu gusto. Jardín persa, club femenino, harén turco, tambores de la jungla con ritos obscenos, monjas... «Monjas» ¿Te he contado lo que hice antes de morir?

-No estaba seguro de que hubieras muerto.

-Oh, por supuesto. No soy una diablilla pasando por humana; soy humana. No pensarás que alguien puede hacer un trabajo como éste sin experiencia humana. Tienes que ser completamente humana hasta las puntas de tus pies para complacer de la mejor manera a tus semejantes humanos; esas tonterías acerca de la superior habilidad erótica de los súcubos es solamente su publicidad. Yo era monja, Alec, desde la adolescencia hasta la muerte, dedicada la mayor parte del tiempo a enseñar gramática y aritmética a niños que no deseaban aprender.

«Pronto me di cuenta de que mi vocación no había sido la auténtica. Lo que no sabía era cómo salirme de ella. Así que me quedé. Al alcanzar los treinta descubrí todo lo miserablemente horrible que había sido mi error: mi sexualidad alcanzó la madurez.

Quiero decir que me puse caliente, san Alec, y seguí caliente, y cada vez más caliente a cada año que pasaba.

»Lo peor acerca de mi apuro no era que me hallara sometida a la tentación, sino que *no* me hallaba sometida a la tentación..., pues de otro modo me hubiera agarrado a cualquier oportunidad. ¡Vaya oportunidades! Mi confesor tal vez me hubiera mirado con lascivia si yo hubiera sido un chico del coro; tal como estaban las cosas, a veces roncaba mientras yo me confesaba. No era sorprendente: mis pecados eran deslucidos, incluso para mí.

-¿Cuáles eran tus pecados, Pat?

-Pensamientos carnales, la mayor parte de los cuales no confesaba. Al no ser perdonados, iban directamente a los ordenadores de San Pedro. Fornicación adúltera blasfema.

-¿Eh? Pat, tienes una auténtica imaginación.

-No especialmente: sólo estaba caliente. Tú probablemente no sepas lo confinada que está una monja. Es una esposa de Cristo; ése es el contrato. Así que incluso *pensar* en las alegrías del sexo la convierte en una esposa adúltera de la peor manera posible.

-Entiendo. Pat, recientemente conocí a dos monjas, en el cielo. Ambas parecían dos alegres muchachas campesinas, una especialmente. Y sin embargo estaban allí.

-No es ningún contrasentido. La mayoría de las monjas confiesan regularmente sus pecados, son perdonadas. Luego mueren normalmente en el seno de sus familias, con su capellán o confesor a mano. Así que reciben los últimos ritos con todos sus pecados perdonados y embarcan directamente al cielo, blancas y puras como una pastilla de jabón de coco.

«¡Pero no yo! -Sonrió-. Yo estoy siendo castigada por mis pecados y por haber gozado de cada retorcido minuto de ellos. Morí virgen en 1918, durante la gran epidemia de gripe, y así, como muchos otros, morí tan rápidamente que ningún sacerdote pudo acudir a tiempo a mi lado para engrasar mi camino al cielo. Por eso fui a parar aquí abajo. Al final de mi milésimo año de aprendizaje...

-¡Espera un momento! ¿Moriste en 1918?

-Sí. Durante la gran epidemia de gripe española. Nací en 1878, morí en 1918, en mi cuarenta cumpleaños. ¿Preferirías que aparentara cuarenta años? Ya sabes que puedo.

-No, tu aspecto es espléndido. Precioso.

-No estaba segura. Algunos hombres... Hay muchos ansiosos atenazados por el complejo de Edipo por aquí, y la mayor parte de ellos nunca han tenido la oportunidad de desahogarse en vida. Es uno de mis entretenimientos más sencillos. Simplemente te conduzco a hipnotizarte a ti mismo, y tú proporcionas los datos. Luego adopto la apariencia y el modo de actuar exactamente como tu madre. Huelo como ella también. Todo. Excepto que estoy disponible para ti en formas que tu madre probablemente no estaría nunca. Yo...

-¡Patty, a mí ni siquiera me *gustaba* mi madre!

-Oh. ¿No te trajo eso problemas el Día del Juicio?

-No. No está en las reglas. En el Libro dice que debes honrar padre y madre. Ni una palabra acerca de quererles. Yo la honré, todo el protocolo. Tenía su retrato en mi despacho. Una carta cada semana. La telefoneaba el día de su cumpleaños. Iba a visitarla en persona cada vez que mis deberes me lo permitían. Escuchaba sus eternas quejas y sus venenosas habladurías acerca de vas amigas. Nunca la contradecía. Pagaba sus facturas del hospital. Acompañé su féretro hasta la tumba. Pero no lloré. Ella no me gustaba y yo no le gustaba a ella. ¡Olvida a mi madre! Pat, te hice una pregunta y tú cambiaste de tema.

-Lo siento, querido. ¡Hey, mira lo que he encontrado!

-No cambies otra vez de tema; simplemente mantenlo caliente en tu mano mientras respondes a mi pregunta. Dijiste algo acerca de tus «mil años de aprendizaje».

-Sí.

-Pero dijiste también que moriste en 1918. La Trompeta Final sonó en 1994..., lo sé: yo estaba allí. Eso es solamente veintiséis años después de tu muerte. Para mí la Trompeta Final parece estar solamente a unos pocos días en el pasado, quizá un mes, no más. Encontré algo que parecía hacerla retroceder a hace siete años. Pero eso deja sin cubrir más de novecientos, la mayor parte de mil años. No soy un espíritu, son un cuerpo vivo. Y no soy Matusalén. -(Maldita sea, ¿lleva Margrethe mil años separada de mí? ¡Esto no es justo!)

-Oh. Alec, en la eternidad mil años no es ningún tiempo en particular; es simplemente un largo tiempo. Lo suficientemente largo en este caso para probar si yo tenía o no el talento y la disposición para la profesión. Eso requirió un cierto tiempo porque, aunque estaba lo suficientemente caliente..., y sigo estándolo; casi cualquier huésped puede transportarme directamente a las alturas, como habrás observado..., pese a todo llegué aquí sin saber nada sobre el sexo. ¡Nada! Pero aprendí, y finalmente María Magdalena me dio la más alta puntuación y me recomendó para una contratación permanente.

-¿Está *ella* aquí *abajo?*

-Oh. Está visitando a un profesor aquí; forma parte de la facultad permanente en el cielo.

-¿Qué es lo que enseña en el cielo?

-No tengo ni idea, pero no puede ser lo que enseña aquí. O no *creo* que lo sea. Hummm. Alec, es una de los eternos grandes; dicta sus propias reglas. Pero esta vez *tú* cambiaste el tema. Estaba intentando decirte que no sé cuánto tiempo duró mi aprendizaje porque el tiempo es lo que tú quieres que sea. ¿Cuánto tiempo llevamos tú y yo juntos en la cama?

-Oh, un rato. Pero no demasiado. Creo que debe ser cerca de medianoche.

-Es medianoche si tú quieres que sea medianoche. ¿Quieres que me ponga encima?

A la mañana siguiente, fuera cuando fuese, Pat y yo desayunamos en el balcón que miraba al Lago. Iba vestida con las ropas favoritas de Marga, pantalones cortos ajustados y muy cortos, y un corpiño, con sus pechos tendiendo constantemente a desbordar sus límites. No sé dónde consiguió sus ropas, pero mis pantalones y mi camisa habían sido limpiados y planchados la noche anterior y mi ropa interior y mis calcetines lavados..., en el infierno parece haber pequeños diablillos atareados por todas partes. Además, hubieran podido hacer pasar una bandada de gansos por nuestro dormitorio durante la última parte de la noche sin temor a despertarme.

Miré a Pat al otro lado de la mesa, apreciándola como un conjunto: su belleza de boy-scout, con sus pecas salpicadas encima y a los lados de su nariz, y pensé que era realmente extraño que alguna vez hubiera llegado a confundir yo sexo con pecado. El sexo puede implicar pecado, por supuesto..., cualquier acto humano puede llevar emparejada crueldad e injusticia. Pero el sexo en sí no tenía el color del pecado. Había llegado allí agotado, confuso e infeliz..., Pat me había hecho primero feliz, luego me había hecho descansar, y había seguido haciéndome feliz aquella encantadora mañana.

Eso no quiere decir que esté menos ansioso de encontrarte, Marga, querida..., pero ahora me hallo en unas condiciones mucho mejores para iniciar la búsqueda.

¿Lo vería de esta forma Margrethe?

Bien, ella nunca había parecido celosa de mí.

¿Cómo me sentiría yo si ella se tomara unas vacaciones, unas vacaciones sexuales, como las que yo acababa de disfrutar? Ésa era una buena pregunta. Mejor que pienses en ella, muchacho... si no quieres verlo todo arrojado por la borda.

Miré hacia el Lago, observé el humo ascender y las llamas alzarse como luces rojas

entre el humo..., mientras a derecha e izquierda había verdes paisajes de un soleado día de primeros de verano, con montañas con los picos cubiertos de nieve en la lejanía.

-Pat...

-¿Sí, querido?

-La orilla del Lago no puede estar a más de un estadio de aquí. Pero no puedo oler el azufre.

-¿Observas cómo la brisa agita aquellas banderas? De todas partes en torno al Pozo el viento sopla hacia el Pozo. Allá se alza, frenando incidentalmente a todas las almas que llegan balísticamente, y luego en el otro lado del globo hay la correspondiente corriente descendente en un pozo frío donde el sulfuro de hidrógeno reacciona con el oxígeno para formar agua y azufre. El azufre es depositado; el agua emerge como vapor de agua, y regresa. Los dos pozos y esta circulación controlan el clima aquí de una forma semejante a cómo la Luna actúa como un control del clima de la Tierra. Pero más suavemente.

-Nunca estuve demasiado fuerte en ciencias físicas..., pero eso no suena como las leyes naturales que aprendí en la escuela.

-Por supuesto que no. Aquí hay otro Jefe distinto. Gobierna su planeta según sus propios intereses.

Fuera lo que fuese lo que pensaba responder, se perdió en el melodioso gong que sonó en el interior de la suite.

-¿Debo responder, señor?

-Por supuesto, pero ¿cómo te atreves a llamarme «señor»? Probablemente sólo se trate del servicio de habitaciones.

-No, querido Alec, el servicio de habitaciones no aparecerá hasta que nosotros nos hayamos ido. -Se levantó, regresó rápidamente con un sobre-. Una carta por correo imperial. Para ti, querido.

-*¿Para mi?* -La acepté cautelosamente y la abrí. Un sello en relieve en la parte superior: el Demonio convencional en rojo, cuernos, pezuñas, cola, horca, de pie sobre llamas. Debajo:

San Alexander Hergensheimer
Sans Souci Sheraton
Capital

Saludos.

En respuesta a su petición de una audiencia con Su Infernal Majestad, Satán Mekrating, Soberano del Infierno y de sus Colonias más allá, Primero de los Tronos Caídos, Príncipe de las Mentiras, tengo el honor de comunicarle que Su Majestad requiere que sustancie usted su petición proporcionando a su oficina una memoria completa y franca de su vida. Cuando esto haya sido hecho, será tomada una decisión sobre su petición.

Puedo añadir al mensaje de Su Majestad este consejo: cualquier intento de omitir, resaltar o colorear, en la creencia de que ello complacerá a Su Majestad, no le complacerá.

Sinceramente suyo,
(f) Belcebú,
Secretario de Su Majestad

Se la leí en voz alta a Pat. Parpadeó y lanzó un silbido.

-¡Querido, será mejor que te apresures!

-Yo... -El papel estalló en llamas; lo dejé caer sobre los platos sucios-. ¿Eso ocurre

siempre?

-No lo sé; es la primera vez que veo un mensaje del Número Uno. Y la primera vez que oigo de alguien a quien se le garantice condicionalmente una audiencia.

-Pat. Yo no pedí ninguna audiencia. Tenía intención de averiguar hoy cómo hacerlo. Pero aún no me había puesto a ello.

-Entonces debes ponerte *inmediatamente.* No te duermas. Te ayudaré, querido..., lo mecanografiaré por ti.

Los diablillos habían estado de nuevo por allí. En una esquina del enorme salón descubrí que habían instalado dos escritorios, el uno con pilas de papel y un montón de plumas, el otro con un equipo más complejo. Pat se dirigió directamente a ese último.

-Querido, parece que sigo asignada a ti. Ahora soy tu secretaria. El último y mejor equipo Hewlett-Packard..., ¡esto va a ser divertido! ¿O sabes escribir a máquina?

-Me temo que no.

-De acuerdo, entonces tú escribe a mano; lo le daré forma..., y corregiré tu sintaxis y tu ortografía. Tú dedícate simplemente al fondo. Ahora sé por qué fui elegida para este trabajo. No por mi sonrisa de niña, querido..., sino porque sé escribir a máquina. La mayor parte de las de mi oficio no saben. Muchas de ellas eligieron el oficio precisamente porque la taquigrafía y la mecanografía eran demasiado para ellas. No para mí. Bien, pongámonos a trabajar; esto puede durar días, semanas, no sé. ¿Quieres que siga durmiendo aquí?

-¿Prefieres irte?

-Querido, esto es decisión del huésped. Tiene que serlo.

-No quiero que te vayas. -(¡Marga! Comprende, por favor.)

-Me alegra que hayas dicho eso, o de otro modo me hubiera echado a llorar. Además, una buena secretaria nunca puede irse muy lejos, en caso de que surja algo imprevisto por la noche.

-Pat, había un viejo chiste cuando yo estaba en el seminario...

-Había un viejo chiste antes de que tú nacieras, querido. Anda, pongámonos a trabajar.

Visualicen un calendario (cosa que no tengo), con sus páginas siendo arrancadas por el viento. Este manuscrito se está haciendo cada vez más y más largo, pero Pat insiste en que el consejo del príncipe Belcebú tiene que ser tomado literalmente. Pat hace dos copias de todo lo que escribe; una copia la guarda en mi escritorio, la otra copia desaparece cada noche. Los diablillos de nuevo. Pat me dice que puedo estar seguro de que la copia que desaparece va al Palacio, al menos hasta tan lejos como el escritorio del Príncipe..., de modo que hasta el presente al menos lo que estoy haciendo debe ser satisfactorio.

En menos de dos horas cada día, Pat teclea e imprime lo que a mí me lleva todo el día escribir. Pero dejé de dedicarme tan intensamente a ello cuando me llegó una nota escrita a mano:

> *Está trabajando demasiado duro. Diviértase un poco. Llévela al teatro. Vaya a un picnic. No se lo tome tan a pecho.*
>
> *(f) Belcebú*

La nota se autodestruyó, así que supe que era auténtica. Obedecí. ¡Con placer! Pero no voy a describir las diversiones carnales de la ciudad capital de Satanás.

Esta mañana alcancé finalmente ese difícil punto donde estaba (estoy) escribiendo lo que está pasando en este mismo momento..., y tiendo mi última página a Pat.

Menos de una hora después de que hubiera completado la frase de más arriba sonó el gong; Pat fue al vestíbulo, volvió apresuradamente. Me rodeó con sus brazos.

-Esto es el adiós, querido. No volveremos a vernos.

-¿Qué?

-Exactamente lo que oyes, querido. Esta mañana me dijeron que mi misión estaba terminando. Y hay algo que debo decirte. Descubrirás, tienes que saberlo, que he estado informando de ti diariamente. Por favor, no te enfades por ello. Soy una profesional, formo parte del personal de seguridad imperial.

-¡Maldita sea! Así que cada beso, cada suspiro, era una farsa.

-¡Ninguno fue una farsa! ¡Ninguno! Y, cuando encuentres a tu Marga, por favor cuéntale que yo he dicho que es una mujer afortunada.

-Hermana María Patricia, ¿es esto otra mentira?

-San Alexander, nunca te he mentido. He tenido que retener para mí algunas cosas hasta que fuera libre de hablar, eso es todo. -Retiró los brazos de mi alrededor.

-¡Hey! ¿No vas a darme el beso de adiós?

-Alec, si realmente quieres besarme, no tienes que pedirlo.

No lo pedí; lo hice. Si Pat estaba fingiendo, es una actriz mejor de lo que jamás hubiera sospechado.

Dos gigantescos ángeles caídos estaban aguardando para llevarme a Palacio. Iban copiosamente armados y con armaduras completas. Pat había empaquetado mi manuscrito y me dijo que se esperaba que lo llevara conmigo. Me dispuse a irme..., y me detuve en seco.

-¡Mi maquinilla!

-Mira en tu bolsillo, querido.

-¿Eh? ¿Cómo fue a parar ahí?

-Sabía que no ibas a volver, querido.

De nuevo aprendí que, en compañía de ángeles, podía volar. Salimos por mi propio balcón, rodeamos el Sans Souci Sheraton, cruzamos la Plaza, y aterrizamos en el balcón del tercer piso del palacio de Satanás. Luego cruzamos varios pasillos, subimos un tramo de escaleras con escalones demasiado altos para ser cómodos para los humanos. Cuando tropecé, uno de los escoltas me sujetó, luego siguió ayudándome hasta que llegamos arriba, pero no dijo nada..., en ningún momento nadie dijo nada.

Unas grandes puertas de bronce, tan complejas como las puertas Ghiberti, se abrieron. Fui empujado al interior.

Y Lo vi.

Un salón oscuro y humoso, guardias armados a ambos lados, un alto trono, un Ser sentado en él, al menos dos veces más alto que un hombre..., un Ser que era el Diablo convencional tal como lo hallamos representado en multitud de sitios: cola y cuernos y feroces ojos, una horca en vez de un cetro, el resplandor de las brasas reflejándose en su piel rojo oscuro y en sus recios músculos. Tuve que recordarme a mí mismo que el Príncipe de las Mentiras podía tomar la apariencia que quisiese; aquella era probablemente para intimidarme.

Su voz retumbó como una sirena de barco:

-San Alexander, puedes acercarte.

XXVI

He resultado un hermano para los chacales,
y un compañero para los avestruces.
Job, 30:29

Alcé la vista hacia los peldaños que conducían hasta el trono. De nuevo eran demasiado altos, tres veces demasiado anchos, y ahora no tenía a nadie que me sostuviera. Me vi reducido a arrastrarme, malditos peldaños arriba, mientas Satanás me miraba desde las alturas con una sonrisa sardónica. A todo nuestro alrededor sonaba una música procedente de una fuente desconocida, música de muerte, vagamente wagneriana pero nada que pudiera identificar. Creo que estaba apoyada por esa frecuencia subsónica que hace aullar a los perros, escapar a los caballos, y a los hombres pensar en la huida o el suicidio.

Aquella escalinata seguía prolongándose ante mí.

No conté el número de escalones al empezar, pero podían haber unos treinta, no más. Cuando llevaba trepando varios minutos, me di cuenta de que el final parecía tan arriba como al principio. ¡El Príncipe de las Mentiras!

De modo que me detuve y aguardé.

Al cabo de un rato aquella retumbante voz dijo:

-¿Algo va mal, san Alexander?

-Nada va mal -respondí-, porque tú lo planeaste de este modo. Si realmente quieres que me acerque a ti, tendrás que desconectar antes el circuito del chiste. Mientras tanto, no sirve de nada que intente subir en la rueda de una noria.

-¿Crees que te estoy haciendo eso?

-*Sé* que lo estás haciendo. Un juego. El gato y el ratón.

-Estás intentando hacerme quedar en ridículo frente a mis caballeros.

-No, Vuestra Majestad. Estoy totalmente en tu poder desde que entré en tu reino. ¿Qué deseas de mí? ¿Debo seguir intentando subir tu rueda de la noria?

-Sí.

De modo que seguí adelante, y la escalinata dejó de estirarse y los peldaños se redujeron a unos confortables dieciocho centímetros. En segundos alcancé el mismo nivel que Satanás..., es decir, el nivel de sus garrudos pies. Lo cual me situó demasiado cerca de él. Su presencia no sólo era aterradora -tenía que aferrarme a mí mismo para no vacilar-, ¡sino que *hedía*! A cubos de basura abandonados desde hacía días, a carne en putrefacción, a cerdo y a mofeta, a azufre, a habitaciones cerradas y a los gases de las cloacas..., a todo eso y a cosas peores aún. Me dije: Alex Hergensheimer, si le aguijoneas y te envía de nuevo hacia arriba, y pierdes así toda esperanza de reuniros de nuevo Marga y tú... ¡no lo hagas! ¡Contrólate!

-EÍ taburete es para ti -dijo Satanás-. Siéntate.

Cerca del trono había un asiento sin respaldo, lo suficiente bajo para destruir la dignidad de cualquiera que se sentara en él. Me senté.

Satanás tomó un manuscrito con una mano tan grande que las hojas tamaño comercial parecían en comparación las cartas de una baraja.

-Lo he leído. No está mal. Un poco verboso, pero mis editores lo recortarán..., mejor de esa forma que demasiado breve. Necesitaremos un final para él..., de ti o de un negro. Probablemente lo último; necesita más impacto del que tú le das. Dime, ¿has pensado alguna vez en ganarte la vida escribiendo? ¿Antes que predicando?

-No creo que tenga el talento necesario.

-Una mierda el talento. Tendrías que *ver* lo que se está publicando. Pero tú puedes superar esas escenas de sexo; hoy en día los clientes exigen escenas *húmedas.* Pero eso no importa ahora; no te llamé aquí para discutir tu estilo literario y sus defectos. Te llamé para

hacerte una oferta.

Aguardé. Lo mismo hizo él. Al cabo de un rato dijo:

-¿No sientes curiosidad acerca de la oferta?

-Vuestra Majestad, ciertamente estoy curioso. Pero si mi raza ha aprendido una lección respecto a ti, es que un humano tiene que ser extremadamente cauteloso en hacer tratos contigo.

Rió suavemente, y los cimientos se estremecieron.

-Pobre pequeño humano, ¿pienses realmente que haría trampas por conseguir tu miserable alma?

-No sé lo que deseas. Pero no soy tan listo como el doctor Fausto, y por supuesto no tan listo como Daniel Webster. Esto me aconseja que sea cauteloso.

-¡Oh, vamos! No deseo tu alma. No hay mercado para las almas hoy en día; hay demasiadas, y la calidad está bajando constantemente. Puedo comprarlas a un níquel el manojo, como los rábanos. Pero no lo hago; tengo demasiado stock. No, san Alexander, deseo retener tus servicios. Tus servicios profesionales.

(Me alarmé repentinamente. ¿Dónde estaba la trampa? !Alex, esto está cargado! ¡Mira a tus espaldas! ¿Detrás de qué va?)

-¿Necesitas un lavaplatos?

Rió de nuevo, un 4,2 en la escala de Richter.

-¡No, no, san Alexander! Tu vocación..., no la exigencia a la cual te viste temporalmente reducido. Quiero contratarte como gritador del evangelio, como trompeteador de la Biblia. Quiero que trabajes en los negocios de Jesús, tal como estabas entrenado a hacer. No necesitarás acumular dinero o pasar el platillo; el sueldo será amplio y los deberes ligeros. ¿Qué dices?

-Digo que estás intentando engañarme.

-Eso no ha sido muy amable de tu parte. No hay ningún truco, san Alexander. Serás libre de predicar exactamente cómo te plazca, sin restricciones. Tu título será capellán personal mío, y primado del infierno. Puedes dedicar el resto de tu tiempo, tan poco o tanto como tú quieras, a salvar almas perdidas..., y ahí fuera está lleno de ellas. El sueldo será sujeto a negociación..., pero no será menor que el del encumbrado papa Alejandro VI, un alma famosa por su codicia. No tendrás queja, te lo prometo. ¿Bien? ¿Qué dices?

(¿Quién es el loco? ¿El Diablo, o yo? ¿O estoy sufriendo otra de esas pesadillas que han estado atormentándome últimamente?)

-Vuestra Majestad, no has mencionado nada de lo que deseo.

-¿Oh, sí? Todo el mundo necesita dinero. Estás arruinado; no puedes seguir en esa lujosa habitación otro día sin conseguir un trabajo. -Palmeó el manuscrito-. Esto puede dar algo, algún día. No pronto. No voy a adelantarte nada al respecto; podría no funcionar. Ya hay demasiadas extravagancias tipo «Yo fui prisionero del Rey de los Malignos» en el mercado estos días.

-Vuestra Majestad, has leído mis memorias. *Sabes* lo que deseo.

-¿Eh? Nómbralo.

-Lo sabes bien. Mi amor. Margrethe Svensdatter Gunderson.

Pareció sorprendido.

-¿No te envié un memo al respecto? No está en el infierno.

Me sentí como el paciente que ha mantenido la barbilla erguida hasta el momento en que llegan los resultados de la biopsia... y entonces no puede aceptar las malas noticias.

-¿Estás *seguro?*

-Por supuesto que lo estoy. ¿Quién crees que está a cargo de todo esto?

(¡Príncipe de los Mentirosos, Príncipe de las Mentiras!)

-¿Cómo puedes estar seguro? Por lo que he oído, nadie deja rastro aquí. Una persona

puede estar años en el infierno y tú ni siquiera saberlo, de una u otra forma.

-Si así es como lo oíste, oíste mal. Mira, si aceptas mi oferta, podrás permitirte los mejores agentes de la historia, desde Sherlock Holmes hasta J. Edgard Hoover, para registrar todo el infierno por ti. Pero estarás malgastando tu dinero; ella *no* está en mi jurisdicción. Te lo estoy diciendo oficialmente.

Dudé. El infierno es un lugar grande; podía buscar por mí mismo por toda la eternidad sin llegar a encontrar nunca a Marga. Pero la abundancia de dinero (¡qué bien lo sabía!) hace las cosas difíciles fáciles y las imposibles simplemente difíciles.

Sin embargo... Algunas de las cosas que había hecho como delegado ejecutivo de las I.U.D. podían ser consideradas como un tanto resbaladizas (atenerse a un presupuesto no resulta fácil), pero como ministro ordenado nunca había sido contratado por el Enemigo. Nuestro Antiguo Adversario. ¿Cómo puede un ministro de Cristo ser capellán de Satanás? Marga, querida, *no puedo.*

-No.

-No te oigo. Déjame endulzarte el trato. Acepta, y asignaré mi agente preferida, la hermana María Patricia, permanentemente a tu servicio. Será tu esclava..., con la reserva menor de que no podrás venderla a terceros. De todos modos, podrás alquilarla si lo deseas. ¿Qué dices ahora?

-No.

-¡Oh, vamos, vamos! Pediste una mujer; yo te ofrezco otra mejor. No puedes pretender no estar satisfecho con Pat; te sacudió hasta las raíces durante semanas. ¿Debo pasarte de nuevo algunos de los suspiros y gemidos?

-¡Eres un inexpresable... inexpresable...!

-Vamos, vamos, no seas rudo conmigo en mi propia Casa. Tú sabes y yo sé y todos nosotros sabemos que no hay ninguna gran diferencia entre una mujer y otra..., excepto posiblemente en su forma de cocinar. Te estoy ofreciendo una ligeramente mejor a cambio de la que perdiste. Dentro de un año me darás las gracias. Dentro de dos años te preguntarás por qué te preocupaste alguna vez. Será mejor que aceptes, san Alexander; es la mejor oferta que puedes esperar, porque, te lo digo solemnemente, ese zombie danés que pediste no lo tenemos en el infierno. ¿Y bien?

-¡No!

Satanás tamborileó en el brazo de su trono y pareció vejado.

-¿Es ésa tu última palabra?

-Sí.

-¿Supón que te ofrezco el trabajo de capellán *con* tu dama de hielo metida dentro?

-¡Dijiste que no estaba en el infierno!

-No dije que no supiera dónde está.

-¿Puedes llegar hasta ella?

-Responde a mi pregunta. ¿Aceptarás actuar como mi capellán si el contrato incluye devolvértela a ella?

(¡Marga, Marga!)

-¡No!

Con voz seca, Satanás dijo:

-Sargento general, despide la guardia. Tú ven conmigo.

-¡Izquierdayderecha... *march*! ¡Adelante... *ya!*

Satanás descendió de su trono y desapareció detrás de él sin dirigirme otra palabra. Tuve que apresurarme para mantener sus largas zancadas. Detrás del trono había un túnel largo y oscuro; eché a correr cuando pareció que él se estaba alejando demasiado. Su silueta se encogió rápidamente contra una débil luz en el extremo más alejado del túnel. Entonces casi le pisé los talones. No había estado alejándose tan rápido como me había

parecido; había estado cambiando de tamaño. O había estado cambiando yo. Él y yo éramos ahora más o menos de la misma estatura. Resbalé y me detuve muy cerca de él, a sus espaldas, cuando alcanzó una puerta al final del túnel. Apenas estaba iluminada por un resplandor rojizo.

Satanás tocó algo en la puerta; una luz blanca se derramó en abanico sobre el umbral. Abrió la puerta y se volvió hacia mí.

-Entra, Alec.

Mi corazón dio un brinco y jadeé, falto de respiración.

-*¡Jerry!* ¡Jerry Farnsworth!

XXVII

Pues con la abundancia de sabiduría abunda el disgusto,
y quien añade ciencia añade dolor.
Eclesiastés, 1:18
Tomó, pues, Job la palabra y dijo:
¡Pereciera el día en que yo había de nacer,
y la noche que dijo: Un varón ha sido concebido!
Job, 3:2-3

Mis ojos se entrecerraron, mi cabeza empezó a girar, mis rodillas se volvieron de caucho. Jerry dijo secamente:

-¡Hey, nada de eso! -Me agarró por la cintura, me arrastró dentro, cerró la puerta.

Impidió que cayera, luego me sacudió y me abofeteó el rostro. Agité la cabeza y recuperé la respiración. Oí la voz de Katie:

-Déjale acostado.

Mis ojos se enfocaron.

-Estoy bien. Sólo que por un segundo fui tomado por sorpresa. -Miré a mi alrededor. Estábamos en el salón de la casa de los Farnsworth.

-Sufriste un síncopa, eso fue lo que te pasó. No es sorprendente, fue un auténtico shock. Ven a la habitación de familia.

-De acuerdo. Hola, Katie. Dios, es bueno verte.

-Tú también, querido. -Se me acercó, me rodeó con los brazos y me besó. Supe de nuevo que, aunque Marga es mi todo, Katie era mi tipo de mujer también. Y Pat. Marga, me gustaría que hubieras conocido a Pat. (¡Marga!)

La habitación de familia parecía desnuda..., muebles sin terminar, sin ventanas, sin chimenea. Jerry dijo:

-Katie, ponnos un Remington número dos, ¿quieres, por favor? Voy a preparar bebidas.

-Sí, querido.

Mientras se ajetreaban, Sybil entró hecha un mar de lágrimas, me echó los brazos al cuello (casi derribándome al suelo; la chica es sólida) y me besó, un beso rápido, muy distinto del beso de bienvenida de Katie.

-¡Señor Graham! ¡Estuvo usted estupendo! Lo vi todo. Con la hermana Pat. Ella también piensa que es usted magnífico.

La pared izquierda cambió a un gran ventanal que daba a las montañas; la pared opuesta tenía ahora una chimenea de piedra con un brillante fuego que parecía el mismo que la última vez que lo vi. El techo era ahora bajo; muebles y suelo y cortinajes eran todos tal como los recordaba del «Remington número dos». Katie se apartó de los controles.

-Sybil, déjale, querida. Alex, no sigas en pie. Descansa.

-De acuerdo. -Me senté-. Oh..., ¿es esto Texas? ¿O es el infierno?

-Es un asunto de opinión -dijo Jerry.

-¿Hay alguna diferencia? -preguntó Sybil.

-Es difícil decirlo -admitió Katie-. Pero no te preocupes ahora por eso, Alec. Yo también lo vi todo, y estoy de acuerdo con las chicas. Me sentí orgullosa de ti.

-Era un caso difícil -intervino Jerry-. No hubiera dado ni una moneda de un centavo por él. Alec, testarudo cabeza cuadrada, perdí tres apuestas por ti. -Las bebidas aparecieron en nuestros respectivos lugares-. Así que éste es por ti.

-¡Por Alec!

-¡Por él!

-Éste es por mi -admití, y di un largo trago de Jack Daniel's-. Jerry. ¿No serás tú *realmente...?*

Me sonrió. Las ropas rancheras hechas a la medida desaparecieron; las botas del oeste dieron paso a pezuñas hendidas; los cuernos asomaron, *pop,* por entre su pelo; su piel resplandeció roja, brillante y aceitosa sobre unos fuertes músculos; en su regazo, un exageradamente enorme falo se irguió rampante hacia el cielo.

Katie dijo suavemente:

-Creo que le has convencido, querido, y no es uno de tus aspectos más hermosos.

El demonio convencional se desvaneció rápidamente, y el igualmente convencional millonario texano volvió a escena.

-Eso es mejor -dijo Sybil-. Papá, ¿por qué utilizas siempre ése cornudo?

-Es un símbolo empático. Pero el que estoy llevando ahora es apropiado aquí. Y tú también deberías llevar ropas texanas.

-¿Debo? Creía que a esas alturas Patty ya había acostumbrado al señor Graham a la piel.

-A su piel, no a tu piel. Hazlo antes de que te fría para la cena.

-Papá, eres un fraude. -Sybil adquirió unos téjanos y un corpiño sin levantarse de su silla-. Y estoy cansada de ser una quinceañera, y no veo ninguna razón para continuar la charada. San Alec sabe que fue engañado.

-Sybil, hablas demasiado.

-Querido, puede que tenga razón -dijo Katie suavemente.

Jerry agitó la cabeza. Yo suspiré y dije lo que tenía que decir:

-Si, Jerry. Sé que fui engañado. Por aquellos que yo creí que eran mis amigos. Y amigos de Marga también. ¿Eres *tú* quién ha estado detrás de todo? ¿Entonces quién soy yo? ¿Job?

-Sí y no.

-¿Qué significa eso... Vuestra Majestad?

-Alec, no necesitas llamarme así. Nos conocimos como amigos. Espero que sigamos siendo amigos.

-¿Cómo podemos ser amigos? Si yo soy Job. Vuestra Majestad... *¡dónde está mi esposa!*

-Alec, me gustaría saberlo. Tus recuerdos me dieron algunos indicios, y he estado siguiéndolos. Pero todavía no lo sé. Debes ser paciente.

-Oh... ¡Maldita sea, yo no soy paciente! *¿Qué* indicios? ¡ponme sobre el rastro! *¿No puedes ver que me estoy volviendo loco?*

-No, no puedo, porque no te estás volviendo nada. He estado simplemente interrogándote a fondo. Te he empujado hasta lo que debió ser tu punto de ruptura. No puedes ser roto. En consecuencia, no puedes ayudarme a buscarla, no en ese punto. Alec, tienes que recordar que eres humano... y que yo *no* lo soy. Tengo poderes que no puedes llegar a imaginar. Tengo limitaciones que no puedes llegar a imaginar tampoco. Así que mantente tranquilo y escucha.

»Soy tu amigo. Si no crees que lo soy, eres libre de abandonar mi casa y apañártelas por ti mismo. Hay trabajos esperándote frente al Lago... si puedes resistir el aroma del azufre.

Puedes buscar a Marga a tu propia manera. No te debo nada puesto que *no soy yo quien está detrás de tus problemas.* Créeme.

-Oh... *Deseo* creerte.

-Quizá creas a Katie.

-Alec, el Viejo te habla con la verdad -dijo Katie-. Él no preparó ninguno de tus problemas. Querido, ¿has vendado alguna vez a un perro herido... y visto como el pobre animal, en su ignorancia, se arrancaba el vendaje y se hacía aún más daño?

-Oh, sí. -(Mi perro Brownie. Yo tenía doce años. Brownie murió.)

-No seas como ese pobre perro. Confía en Jerry. Si él tiene que ayudarte, deberá hacer cosas más allá de tu comprensión. ¿Intentarías tú dirigir a un neurocirujano? ¿O intentarías darle prisa?

Sonreí renuente y adelanté un brazo para palmear su mano.

-Seré bueno, Katie. Lo intentaré.

-Sí, inténtalo. Por Marga.

-Lo haré. Esto, Jerry..., dejando estipulado que yo soy meramente humano y no puedo comprenderlo todo, ¿no puedes explicarme *nada?*

-Lo que pueda, lo haré. ¿Dónde debo empezar?

-Bueno, cuando te pregunté si yo era Job, dijiste: «Sí y no.» ¿Qué quisiste decir en realidad?

-Que realmente eres otro Job. Con el Job original yo fui, lo confieso, uno de los villanos. Esta vez no lo soy.

»No me siento orgulloso de la forma en que acosé a Job. No me siento orgulloso de la forma en que tengo que dejar a menudo que mi hermano Yahvé me maniobre para que haga este trabajo sucio..., empezando con la Madre Eva, y antes que eso en formas que no puedo explicar. Y siempre he sido un apasionado de las apuestas, de cualquier tipo de apuestas..., y tampoco me siento orgulloso de esa debilidad.

Jerry miró al fuego, pensativo.

-Eva era hermosa. Tan pronto como puse mis ojos en ella supe que Yahvé había horneado finalmente una creación que valía el nombre de un artista. Luego descubrí que había copiado la mayor parte del diseño.

-*¿Eh?* Pero...

-No me interrumpas. La mayor parte de vuestros errores, y eso es algo que mi hermano alienta activamente, surge de creer que vuestro Dios es solitario y todopoderoso. De hecho mi hermano, y yo también, por supuesto, no somos más que cabos en los rangos del Comandante en Jefe. Y, debo añadir, creo que el Más Grande, en quien pienso como el Comandante en Jefe, el Presidente, el Poder Último, puede que sea un mero número en las filas de otro Poder más alto que no puedo alcanzar.

«Tras cada misterio yace otro misterio. Una recesión infinita. Pero no necesitas saber las respuestas finales, si existen, y yo tampoco. Tú quieres saber lo que te ocurrió..., a ti y a Margrethe. Yahvé vino a mí y me ofreció la misma apuesta que habíamos hecho con Job, afirmando que tenía un seguidor que era incluso más testarudo que Job. Lo eché con cajas destempladas. Esa apuesta sobre Job no me había proporcionado demasiada diversión; mucho antes de que terminara ya estaba hastiado de abrumar al pobre tipo. Así que esta vez le dije a mi hermano que fuera a hacer sus apuestas a otra parte.

»No fue hasta que os vi a ti y a Marga caminando por la Interestatal Cuarenta, desnudos como pollos y casi tan indefensos, que comprendí que Yahvé había encontrado algo distinto con lo que practicar sus bromas pesadas. Así que os recogí y os mantuve durante una semana o así y...

-*¿Qué?* ¡Solamente una noche!

-No bromees. Os mantuve el tiempo suficiente para que os recuperarais, luego os envié

a que siguierais vuestro camino..., armados con un poco de calderilla para aguantar los primeros golpes, aunque de hecho lo estabais haciendo todo bien por vosotros mismos. Eres un duro hijo de tu madre, Alec; tanto, que estudié a la madre de la que eres hijo. Vaya madre; entre su carácter duro y regañón y el dulce y gentil caballero que fue tu padre produjeron una criatura capaz de sobrevivir. Así que te dejé solo.

»Luego me notificaron que estabas viniendo aquí; mis espías están por todas partes. La mitad del personal de confianza de mi hermano son agentes dobles.

-¿San Pedro?

-¿Eh? No, Pedro no. Pedro es un buen viejo tipo, el más perfecto cristiano tanto en el cielo como en la tierra. Negó a su jefe tres veces, y eso lo disparó hacia arriba en el escalafón. Está completamente embelesado con hallarse en términos tan íntimos con su Maestro en todos sus Tres Aspectos Convencionales. Me gusta Pedro. Si alguna vez se pelea con mi hermano, sabe que tiene un trabajo aquí.

«Entonces apareciste tú en el infierno. ¿Recuerdas que te extendí una invitación relativa al infierno?

(«...búscame allí. Te prometo una infernal hospitalidad».)

-¡Sí!

-¿No cumplí? Cuidado cómo respondes; la hermana Pat está escuchando.

-No está escuchando -negó Katie-. Pat es una dama. No como mucha otra gente. Querido, yo puedo abreviar un poco esto. Lo que Alec quiere saber es por qué fue perseguido, cómo fue perseguido, y lo que puede hacer al respecto ahora. Referido a Marga, por supuesto. Alec, el por qué es simple; fuiste elegido por la misma razón que es elegido un toro de lidia para que embista en la plaza y sea hecho pedazos: porque Yahvé pensó que podías ganar. El cómo es igualmente simple. Sospechaste bien cuando pensaste que eras paranoico. Paranoico pero no loco; de hecho estaban conspirando contra ti. Cada vez que llegabas cerca de la respuesta el tiovivo empezaba a girar otra vez. Ese millón de dólares. Era un tiovivo pequeño, ese dinero existía solamente para confundirte. Creo que eso lo cubre todo excepto lo que puedes hacer. Todo lo que puedes hacer ahora es confiar en Jerry. Puede que fracase: es muy peligroso..., pero lo intentará.

Miré a Katie con creciente respeto y una cierta excitación. Se había referido a asuntos que yo nunca le había mencionado a Jerry.

-Katie. ¿Tú eres humana? ¿O eres, esto... un trono caído o algo así?

Dejó escapar una risita.

-Es la primera vez que alguien sospecha eso. Soy humana, demasiado humana. Alec, amor. Además, no soy desconocida para ti; tú sabes mucho acerca de mí.

-¿De veras?

-Piensa. En abril del año mil cuatrocientos cuarenta y seis antes del nacimiento de Jesús de Nazaret.

-¿Debo ser capaz de identificarte de esta forma? Lo siento; no puedo.

-Entonces inténtalo de esta otra manera: exactamente cuarenta años después del éxodo de Egipto de los Hijos de Israel.

-La conquista de Canaán.

-¡Oh, buf! Prueba el libro de Josué, capítulo dos. Allí está mi nombre, allí está mi filiación; ¿fui madre, esposa o doncella?

(Una de las historias más conocidas de la Biblia. *¿Ella?* ¿Estoy *hablando* con ella?)

-Oh... *¿Rajab?*

-La ramera de Jericó. Ésa soy yo. Oculté a los espías del general Josué en mi casa..., y con ello salvé a mis padres y hermanos y hermanas de la masacre. Ahora dime que estoy bien conservada.

Sybil rió burlonamente.

-Adelante. Apuesto a que no eres capaz.

-¡Dios, Katie, estás bien conservada! Eso hace más de tres mil años, casi tres mil cuatrocientos. Y apenas una arruga. Bueno, no muchas.

-¡No muchas! ¡Acabas de perderte el desayuno, joven!

-Katie, eres hermosa y tú lo sabes. Tú y Margrethe os disputáis en mí el primer lugar.

-¿Me has mirado a mí? -preguntó Sybil-. Tengo mis fans. De todos modos, mamá tiene más de cuatro mil años. Un callo.

-No, Sybil, el cruce del mar Rojo se produjo en el mil cuatrocientos noventa y uno antes de Cristo. Añade a eso la fecha del Éxtasis, mil novecientos noventa y cuatro después de Cristo. Luego añade siete años...

-Alec.

-¿Sí, Jerry?

-Sybil tiene razón. Tú simplemente no te has dado cuenta. Los mil años de paz entre el Armagedón y la Guerra en el Cielo están en su mitad. Mi hermano, llevando el sombrero de Jesús, gobierna ahora sobre la tierra, y yo me encuentro encadenado y arrojado al Pozo por todos estos mil años.

-No pareces encadenado desde aquí. ¿Puedo tomar un poco más de Jack Daniel's. Estoy..., estoy confuso.

-Estoy lo suficientemente encadenado para ese propósito. He dejado de «ir de acá para allá en la tierra y de caminar hacia arriba y hacia abajo en ella». Yahvé la tiene toda para Él para el poco tiempo que le queda antes de que la destruya. No me importan sus juegos. -Jerry se alzó de hombros-. Decliné tomar parte en el Armagedón..., le dije que ya tenía suficientes villanos para ello. Alec, con mi hermano escribiendo las Escrituras, siempre se ha supuesto que yo he luchado ferozmente, como en Harvard, y luego perdido. Eso resulta pronto monótono. Previo que yo realizara otra zambullida al final de este milenio, para cumplir sus profecías. Esa «Guerra en los Cielos». La predijo en el llamado Apocalipsis. No pienso acudir. Les he dicho a mis ángeles que pueden formar una legión extranjera si lo desean pero que yo me quedo sentado a contemplar el espectáculo desde fuera. ¿Qué utilidad tiene una batalla si su resultado se halla ya predeterminado miles de años antes del primer silbido?

Me estaba observando mientas hablaba. Se detuvo de pronto.

-¿Qué te está remordiendo ahora?

-Jerry..., si hace quinientos años desde que perdí a Margrethe, todo es inútil, ¿verdad?

-¡Hey! Condenación, muchacho, ¿no te he dicho que no intentaras comprender cosas que no puedes comprender? ¿Estaría trabajando en ello si fuera inútil?

Katie dijo:

-Jerry, conseguí aplacar a Alec, y tú lo único que has logrado ha sido trastornarlo de nuevo.

-Lo siento.

-No lo sientes. Alec, Jerry es a veces brutal de tan directo, pero tiene razón. Para ti, actuando solo, la búsqueda fue siempre infructuosa. Pero con la ayuda de Jerry puedes encontrarla. No es seguro, pero es una esperanza que vale la pena perseguir. Pero el tiempo no es relevante, quinientos años o cinco segundos. No tienes que comprenderlo, pero por favor créelo.

-De acuerdo. Lo haré. Porque de otro modo no habría esperanza, ninguna.

-Pero *hay* esperanza; todo lo que tienes que hacer ahora es ser paciente.

-Lo intentaré. Pero sospecho que Marga y yo nunca vamos a tener nuestra fuente de soda y nuestro pequeño restaurante en Kansas.

-¿Por qué no? -preguntó Jerry.

-¿Cinco siglos? Ni siquiera van a hablar el mismo idioma. No habrá nadie que sepa

distinguir un helado especial con salsa de chocolate caliente de una costilla de cordero asada. Las costumbres cambian.

-Pues reinventa el helado especial con salsa de chocolate caliente y vuelve loca a la gente. No seas pesimista, hijo.

-¿Le gustaría uno en este momento? -preguntó Sybil.

-No creo que ligue bien con el Jack Daniel's -advirtió Jerry.

-Gracias, Sybil..., pero probablemente me echaría a llorar sobre él. Lo asociaría con Marga.

-Entonces dejémoslo. Hijo, llorar sobre tu bebida ya es bastante malo; llorar sobre un helado especial con salsa de chocolate caliente tiene que ser repugnante.

-¿Termino la historia de mi escandalosa juventud, o nadie está escuchando?

-Yo estoy escuchando, Katie -dije-. Hiciste un trato con Josué.

-Con sus espías. Alec, cariño, a todos aquellos cuyo amor y respeto deseo, tú, quiero decir, necesito explicarles algo. Algunas personas que saben como soy, y muchas más que no lo saben, clasifican a Rajab la prostituta como una traidora. Traición en tiempo de guerra, traición a sus conciudadanos, todo eso. Yo...

-Nunca pensé eso, Katie. Jehová había decretado que Jericó cayera. Puesto que estaba ordenado, tú no podías cambiarlo. Lo que hiciste fue salvar a tu padre y a tu madre y a los otros chicos.

-Sí, pero hay más que eso, Alex. El patriotismo es un concepto bastante moderno. Por aquel entonces, en la tierra de Canaán, cualquier lealtad más allá de la lealtad a la familia era la lealtad personal a algún jefe de algún tipo..., normalmente un guerrero de éxito que se autoproclamaba «rey». Alec, una prostituta no tiene, no tenía, ese tipo de lealtad.

-¿De veras? Katie, pese a haber estudiado en un seminario, no tengo realmente ningún conocimiento concreto de cómo era la vida por aquel entonces. Sigo intentando verlo en términos de Kansas.

-No demasiado diferente. Una prostituta de aquel tiempo y lugar o bien era una prostituta del templo, o una esclava, o una contratista independiente. Yo era una mujer libre. Relativamente, claro. No se espera que una prostituta acuda a pedir justicia al concejo de la ciudad; no puede. Viene un oficial del rey, espera que se lo hagas gratis y que además le invites a las bebidas; lo mismo puede decirse de las patrullas cívicas..., los policías. Lo mismo para cualquier tipo de político. Alec, te digo la verdad: regalaba más servicio del que vendía..., y a menudo conseguía un ojo morado como bonificación. No, no sentía lealtad hacia Jericó; los judíos no fueron más crueles, ¡y eran *mucho* más limpios!

-Katie, no conozco a ningún cristiano protestante que piense algo malo de Rajab. Pero a menudo me he preguntado acerca de un detalle sobre su... tu... historia. ¿Tu casa estaba en las murallas de la ciudad.

-Sí. Eso era un inconveniente para las tareas de la casa: acarrear el agua todos esos escalones, pero conveniente para el negocio, y el alquiler era bajo. Fue de hecho que viviera en las murallas lo que me permitió salvar a los agentes del general Josué. Salieron por la ventana utilizando una pieza de tela. Que por cierto no me devolvieron.

-¿Era muy alta la muralla?

-¿Eh? Dios, no lo sé. Era *alta.*

-Veinte codos.

-¿Seguro, Jerry?

-Yo estaba allí. Interés profesional. Primera utilización de armas neurológicas en combinación con armas sónicas.

-La razón de preguntarte la altura, Katie, es porque en el Libro se afirma que reuniste a toda tu familia dentro de la casa y permanecisteis allí durante todo el sitio.

-Por supuesto que lo hicimos, siete horribles días. Mi contacto con los espías israelitas

lo exigió así. Mi casa tenía solamente dos habitaciones pequeñas, no lo bastante grandes para tres adultos y siete niños. Nos quedamos sin comida, nos quedamos sin agua, los chicos lloraban y mi padre se quejaba. Tomaba alegremente el dinero que yo le daba; con siete chicos lo necesitaba. Pero se quejaba de tener que estar bajo el mismo techo donde yo entretenía a los tipos, y se mostraba especialmente amargado acerca de tener que usar mi cama. Mi camastro. Pero lo usaba, y yo dormía en el suelo.

-Entonces, ¿tu familia estaba toda en tu casa cuando las murallas se derrumbaron?

-Sí, por supuesto. No nos atrevimos a abandonarla hasta que vinieron a buscarnos, los dos espías. Mi casa estaba marcada en la ventana con una raya roja.

-Katie, tu casa estaba en la muralla, a nueve metros de altura. La Biblia dice que la muralla se desmoronó como un castillo de naipes. ¿No resultó nadie herido?

Pareció sorprendida.

-No.

-¿No se derrumbó la casa?

-No. Alec, hace mucho tiempo de ello. Pero recuerdo las trompetas y el grito, y luego el rumor del terremoto mientras las murallas de la ciudad cedían. Pero mi casa no sufrió ningún daño.

-¿San Alec?

-¿Sí, Jerry?

-Tendrías que saberlo; eres un santo. Un milagro. SI Yahvé no hubiera estado arrojando milagros a diestro y siniestro, los israelitas nunca hubieran conquistado a los cananeos. Allí, aquella andrajosa pandilla de inmigrantes campesinos encontró una rica región de amuralladas ciudades..., y nunca perdieron una batalla. Milagros. Pregunta a los cananeos. Si puedes encontrar alguno. Mi hermano los hacía pasar regularmente por la espada, excepto algunos pocos casos, cuando los jóvenes y hermosos de ambos sexos eran salvados como esclavos.

-Pero era la Tierra Prometida, Jerry, y ellos eran Su Pueblo Elegido.

-Realmente eran el Pueblo Elegido. Por supuesto, ser elegido por Yahvé no es ninguna ganga. ¿Sabes tu Libro lo bastante bien como para contar cuántas veces se irritó con ellos? Mi hermano tiene un temperamento un tanto exaltado.

Yo había tomado mucho Jack Daniel's y recibido demasiados shocks. Pero la casual blasfemia de Jerry fue como si hubiera apretado un gatillo.

-¡El Señor Dios Jehová es un Dios justo!

-Nunca has jugado a las canicas con él. Alec, «justicia» no es un concepto divino; es una ilusión humana. La auténtica base del código judeo-cristiano es la injusticia, el sistema del chivo expiatorio. El sacrificio del chivo expiatorio recorre todo el Antiguo Testamente, luego alcanza su cúspide en el Nuevo Testamento con la noción del Redentor Martirizado. ¿Cómo puede servirse a la justicia cargando tus pecados sobre otro? Ya sea un cordero degollado ritualmente o un Mesías clavado a una cruz y «muriendo por nuestros pecados». Alguien debería decirles a los seguidores de Yahvé, judíos y cristianos, que no existe la comida gratis.

»O quizá sí exista. El entrar en esa condición catatónica llamada «gracia» en el momento exacto de la muerte, o de la Trompeta Final, te conduce directamente al cielo. ¿Correcto? Tú fuiste al cielo de esta manera, ¿no?

-Sí. Tropecé con la suerte. Porque había acumulado una buena lista de pecados antes de aquello.

-Una larga y perversa vida seguida por cinco minutos de perfecta gracia te conduce al cielo. Una vida igualmente larga de vida decente y buenas obras seguida por un estallido de tomar el nombre de Dios en vano..., y un ataque al corazón en ese preciso momento, y estás condenado por toda la eternidad. ¿Es ése el sistema?

Respondí rígidamente:

-Si lees literalmente las palabras de la Biblia, ése es el sistema. Pero el Señor se mueve por misteriosos...

-No misteriosos para mí, muchacho; le conozco lo suficiente. Éste es su mundo. Sus reglas. Su obra. Sus reglas son exactas y cualquiera puede seguirlas y atrapar la recompensa. Pero «justas» no lo son. ¿Qué piensas de lo que os ha hecho a ti y a tu Marga? ¿Es eso justicia?

Inspiré profundamente.

-He estado intentando imaginar eso desde el Día del Juicio... y el Jack Daniel's no me está ayudando. No, creo que no es eso para lo que firmé.

-¡Oh, pero lo hiciste!

-¿Eh?

-Mi hermano Yahvé, llevando su rostro de Jesús, dijo: «Orad, pues, así». Adelante, dilo.

-Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga a nos tu reino. Hágase tu voluntad...

-¡Alto! Alto precisamente ahí. «Hágase tu voluntad...» Ningún musulmán que proclame ser un «esclavo de Dios» ha dado jamás un consentimiento tan rastrero como éste. En esa plegaria lo invitas a Él a que haga todo lo peor contigo. El perfecto masoquista. Ésa es la prueba de Job, muchacho. Job fue tratado injustamente en todos los sentidos día tras día durante años..., lo sé, lo sé, yo estaba allí; yo lo hice..., y mi querido hermano estaba a mi lado y me dejó hacerlo. ¿Me dejó? Me animó a hacerlo. Lo hicimos de mutuo acuerdo, cómplices desde antes del hecho.

«Ahora es tu turno. Tu Dios hizo lo mismo contigo. ¿Vas a maldecirlo? ¿O retrocederás culebreando sobre tu barriga como un perro azotado?

XXVIII

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis;
golpead, y se os abrirá.
Mateo, 7:7

Fui salvado de responder a aquella pregunta imposible por una interrupción... ¡y me alegré! Supongo que todo hombre tiene dudas a veces sobre la justicia de Dios. Admito que yo me había sentido muy turbado últimamente y que me había visto obligado a recordarme a mí mismo una y otra vez que los caminos de Dios no son los caminos de los hombres, y que no podía esperar comprender siempre los propósitos del Señor.

Pero no podía expresar en voz alta mis dudas, y menos al Antiguo Adversario del Señor. Era especialmente perturbador que Satanás eligiera aquel momento para adoptar la forma y la voz de mi único amigo.

Discutir con el Diablo es en el mejor de los casos un juego acogotante.

La interrupción fue mundana: el sonido de un teléfono. ¿Una interrupción accidental? No creo que Satanás tolere «accidentes». De todos modos, no tuve que responder a aquella pregunta que no podía responder.

-¿Lo cojo, querido? -dijo Katie.

-Por favor.

El auricular de un teléfono apareció en la mano de Katie.

-Oficina de Lucifer, Rajab al habla. Repita, por favor. Preguntaré. -Miró a Jerry.

-Lo tomaré. -Jerry operó sin ningún teléfono visible-. Al habla. No. Dije no. ¡No, maldita sea! Cuéntele eso al señor Ashmedai. Déjeme atender a la otra llamada. -Murmuró

algo acerca de la imposibilidad de conseguir una ayuda competente, luego dijo-: Al habla. ¡Sí, Señor Luego no dijo nada durante un largo rato. Finalmente dijo-: Inmediatamente, Señor. Gracias.

Jerry se puso en pie.

-Te ruego que me disculpes, Alec; tengo trabajo que hacer. No puedo decir cuándo estaré de vuelta. Intenta tomarte esta espera como unas vacaciones..., y mi casa es tuya. Katie, ocúpate de él. Sybil, mantenlo divertido. -Jerry se desvaneció.

-¡Por supuesto que lo mantendré divertido! -Sybil se puso en pie y se situó frente a mí, frotándose las manos. Sus. ropas del oeste se esfumaron, dejando solamente a Sybil. Sonrió.

-Sybil, deja esto -dijo Katie blandamente-. Haz aparecer otras ropas o te envío inmediatamente a casa.

-Aguafiestas. -Sybil desarrolló un sucinto bikini-. Tengo intenciones de hacer que san Alec olvide ese equipaje danés.

-¿Qué piensas apostar, querida? He estado hablando con Pat.

-¿Oh? ¿Y qué dijo Pat?

-Margrethe sabe cocinar.

Sybil pareció disgustada.

-Una muchacha se quema las cejas durante cincuenta años estudiando duro. Y luego aparece alguna tonta que sabe hacer pollo y empanadas. No es justo.

Decidí cambiar de tema.

-Sybil, esos trucos que haces con las ropas son fascinantes. ¿Ya eres una bruja graduada?

En vez de responderme inmediatamente, Sybil miró a Katie, que le dijo:

-Adelante querida. Habla libremente.

-De acuerdo. San Alec, no soy una bruja. La brujería no es más que tonterías. ¿Conoce aquel versículo de la Biblia acerca de no permitir que las brujas vivan?

-Éxodo, veintidós, dieciocho.

-Ése. La antigua palabra hebrea traducida como «bruja» significa en realidad «envenenadora». No dejar que una envenenadora continúe ejerciendo su oficio me parece una buena idea. Pero me pregunto cuántas viejas de buena voluntad habrán sido colgadas o quemadas como resultado de una torpe traducción.

(¿Podía ser realmente cierto aquello? ¿Qué hay acerca de la «palabra literal de Dios», concepto sobre el cual me había basado siempre? Por supuesto, la palabra «bruja» aparece en la traducción, no en el original hebreo..., pero los traductores de la versión del rey Jacobo estaban sostenidos por Dios..., es por eso por lo que esa versión de la Biblia [y solamente ésa] puede ser tomada literalmente. Pero... *¡No!* Sybil tenía que estar equivocada. El Buen Señor no permitiría que centenares, miles de personas inocentes fueran torturadas a muerte por culpa de un error de traducción. Hubiera podido corregirlo muy fácilmente.)

-Así que no asististe a ningún sabat aquella noche. ¿Qué hiciste?

-No lo que usted piensa; Israfel y yo no estamos tan unidos como eso. Amigos, sí; pero ahí se para todo.

-¿«Israfel»? Creía que estaba en el cielo.

-Ese es su padrino. El trompetero. Este Israfel no sabe tocar ni una nota. Pero me pidió que le dijera, si alguna vez tenía ocasión, que no es realmente el petimetre que pretendió ser como «Roderick Lyman Culverson III».

-Me alegra oír eso. Hizo un buen trabajo representando a un insoportable joven estúpido. No podía comprender cómo una hija de Katie y Jerry..., ¿o eres sólo de Katie?..., podía tener tan mal gusto como para escoger como compañero a ese zoquete. No Israfel,

por supuesto, sino el papel que estaba representando.

-Oh. Mejor que arreglemos eso también. Katie, ¿qué parentesco tenemos?

-No creo que ni siquiera el doctor Darwin pudiera encontrar ninguna relación genética, querida. Pero estoy orgullosa de ti hasta la última célula como si fueses mi propia hija.

-¡Gracias, mamá!

-Pero todos nosotros pertenecemos a una misma familia -objeté- a través de la Madre Eva. Puesto que Katie, arrugas incluidas, nació mientras los Hijos de Israel estaban vagando por el desierto, hay solamente ochenta generaciones desde Eva hasta ella. Con tu fecha de nacimiento y un poco de aritmética simple podemos hacer una evaluación aproximada de lo cercana que es vuestra relación sanguínea.

-¡Oh, oh! Ya estamos de nuevo. San Alec, mamá Katie desciende de Eva; yo no. Diferente especie. Yo soy un diablillo. Un trasgo, si quiere ser más técnico.

Hizo desaparecer de nuevo sus ropas y efectuó una transformación corporal.

-¿Ve?

-¡Hey! -dije-. ¿No estabas a cargo de la recepción en el Sans Souci Sheraton la tarde que llegué al infierno?

-Estaba. Y me siento halagada de que me recuerde en mi propia forma. -Recuperó su apariencia humana, más el diminuto bikini-. Estaba allí porque le conocía de vista. Papá no quería que nada fuera mal.

Katie se puso en pie.

-Continuemos esto fuera; me gusta un chapuzón antes de cenar.

-Estoy ocupada seduciendo a san Alec.

-Soñadora. Prosigue fuera.

Fuera había un encantador atardecer texano, con las sombras alargándose.

-Katie, una respuesta directa, por favor. ¿Es esto el infierno? ¿O Texas?

-Ambos.

-Retiro la pregunta.

Debí dejar que la irritación se asomara a mi voz, porque ella se volvió y apoyó una mano en mi pecho.

-Alec, no estaba bromeando. Durante varios siglos Lucifer ha mantenido *pieds-á-terre* aquí y allá en la tierra. En cada uno de los dos sitios tiene una personalidad establecida, una fachada. Después del Armagedón, cuando su hermano se aposentó como rey de la tierra para el Milenio, dejó de visitar la tierra. Pero algunos de esos lugares eran como el hogar para él, así que los recogió y se los trajo consigo. ¿Entiendes?

-Supongo que sí. Más o menos del mismo modo que una vaca entiende el cálculo.

-Yo tampoco comprendo el mecanismo; es algo que se halla al nivel de Dios. Pero esos numerosos cambios que tú y Marga sufristeis durante vuestra persecución: ¿hasta qué profundidad llegaron? ¿Creéis que cada vez implicaron a todo el planeta?

La realidad saltó a mi mente de una forma que no lo había hecho desde el último de aquellos cambios.

-¡Katie, no lo sé! Siempre estuve demasiado atareado sobreviviendo. Espera un momento. Cada cambio cubría todo el planeta y aproximadamente un siglo de su historia. Porque siempre comprobé la historia y memoricé tanto de ella como pude. Cambios culturales también. Todo el compleja.

-Cada cambio se detenía no mucho más allá de la punta de tu nariz, Alec, y nadie excepto tú, mejor dicho vosotros dos, se daba cuenta de *ningún* cambio. No comprobaste la historia; comprobaste los *libros de historia.* Al menos esa sería la forma en que Lucifer lo habría manejado, si él se hubiera ocupado del engaño.

-Oh... Katie, ¿te das cuenta del tiempo que puede tomar el revisar, reescribir e imprimir toda una enciclopedia? Eso era lo que normalmente consultaba.

-Pero Alec, ya te hemos dicho que el *tiempo* nunca es un problema al nivel de Dios. Ni el espacio. Fue proporcionado todo' lo necesario para engañaros. Pero no más que eso. Éste es el principio conservador en arte al nivel de Dios. Aunque yo no puedo hacerlo, puesto que no estoy a ese nivel, lo he visto hacer un montón de veces. Un hábil Artista en formas y apariencias no necesita más de lo necesario para crear su efecto.

Rajab se sentó al borde de la piscina, agitó sus pies en el agua.

-Ven a sentarte a mi lado. Considera el problema del «big bang». ¿Qué hay más allá del límite donde el corrimiento al rojo tiene la magnitud que significa que la expansión del universo iguala a la velocidad de la luz..., qué hay más allá?

Respondí más bien envaradamente:

-Katie, tu hipotética pregunta carece de significado. Me he ocupado, más o menos, de cuestiones estúpidas tales como el «big bang» y el «universo en expansión» porque un predicador del Evangelio debe mantenerse al día acerca de tales teorías para ser capaz de refutarlas. Los dos aspectos que tu mencionas implican una longitud de tiempo imposible..., imposible porque el mundo fue creado hace unos seis mil años. Digo «unos» porque la fecha exacta de la Creación es difícil de calcular, y también porque me siento inseguro acerca de la fecha actual. Pero alrededor de los seis mil años..., no los mil millones de años que necesitan los defensores del «big bang».

-Alec..., tu universo tiene unos veintitrés mil millones de años de edad.

Fui a responder, cerré la boca. No podía contradecir tan flagrantemente a mi anfitriona.

Añadió:

-Y tu universo fue creado en el año cuatro mil cuatro antes de Cristo.

Miré el agua el tiempo suficiente como para que Sybil surgiera a la superficie y nos salpicara.

-¿Y bien, Alec?

-Me has dejado sin nada que decir.

-Pero observa atentamente lo que he dicho. *No* he dicho que el mundo fue creado hace veintitrés mil millones de años; he dicho que ésa es su edad. Fue creado viejo. Creado con fósiles en el suelo y cráteres en la Luna, todo ello hablando de una gran antigüedad. Creado de esa forma por Yahvé, porque le divertía hacerlo así. Uno de esos científicos vuestros ha dicho: «Dios no echa los dados con el universo.» Desgraciadamente, eso no es cierto. Yahvé echó los dados cargados con su universo... para engañar a sus criaturas.

-¿Por qué haría eso?

-Lucifer dice que es porque es un pobre Artista, del tipo que siempre están cambiando de opinión y raspando la tela. Y un bromista pesado. Pero realmente no estoy en condiciones de dar una opinión; no estoy a su nivel. Y Lucifer tiene prejuicios en todo lo que a su hermano se refiere; creo que resulta obvio. No has observado la gran maravilla.

-Quizá se me haya escapado.

-No, creo que pretendes ser galante. Cómo una vieja prostituta resulta que tiene opiniones sobre cosmogonía y teleología y escatología y otras largas palabras de derivación griega; ésa es la gran maravilla. ¿No?

-Bueno, Rajab, encanto, la verdad es que estaba tan atareado contando tus arrugas que no escu...

Esto me envió de cabeza al agua. Salí chapoteando y echando agua por la boca, y me encontré a las dos mujeres riéndose de mi. De modo que apoyé las dos manos en el borde de la piscina, con Katie capturada dentro del círculo. No pareció importarle hallarse cautiva; se inclinó hacia mí como un gato.

-¿Que ibas a decir? -pregunté.

-Alec, ser capaz de leer y escribir es algo tan maravilloso como el sexo. O casi. Puede que no aprecies completamente la bendición que es porque tú probablemente aprendiste a

hacerlo de pequeño y has estado haciéndolo desde entonces como algo natural. Pero cuando yo era prostituta en Canaán, hace casi cuatro milenios, no sabía leer ni escribir. Aprendí escuchando..., de los tipos que estaban conmigo, de los vecinos, de las habladurías en el mercado. Pero de esa forma no se aprende mucho, e incluso los escribas y los jueces eran ignorantes por aquel entonces.

«Llevaba muerta casi tres siglos antes de que aprendiera a leer y escribir, y cuando aprendí, fui enseñada por el fantasma de una prostituta de lo que más tarde sería la gran civilización cretense. San Alec, esto puede que te sorprenda, pero en general, a lo largo de la historia, las prostitutas aprendieron a leer y escribir mucho antes que las mujeres respetables se decidieran a introducirse en esa peligrosa práctica. ¡Y cuando aprendí, hermano! Durante un tiempo arrojé el sexo fuera de mi vida.

Me sonrió.

-Bueno, casi. Ahora he llegado a un equilibrio mucho más saludable, lectura y sexo en cantidades iguales.

-Yo no tengo la fuerza suficiente para esta relación.

-Las mujeres somos diferentes. Mi mejor educación empezó con la quema de la biblioteca de Alejandría. Yahvé no la quería, de modo que Lucifer aferró los fantasmas de todos aquellos miles de códices y los trajo al infierno, los regeneró cuidadosamente... ¡y Rajab tuvo un picnic! Y déjame añadir: Lucifer tiene puesto el ojo en la biblioteca del Vaticano, puesto que va a tener que ser salvada pronto. En vez de regenerar fantasmas, en el caso de la biblioteca del Vaticano Lucifer planea agarrarla intacta justo antes de que el Tiempo se detenga, y traérsela sin daños al infierno. ¿No será algo grande?

-Suena como si tuviera que serlo. Lo único que he envidiado siempre a los papistas es su biblioteca. Pero..., ¿«fantasmas regenerados»?

-Dame una palmada en la espalda.

-¿Eh?

-Palmea. No, más fuerte que eso; no soy una frágil mariposa. Más fuerte. Así está mejor. Lo que acabas de palmear es un fantasma regenerado.

-Parece sólido.

-Tiene que serlo, pagué un buen precio por el trabajo. Fue antes de que Lucifer se fijara en mí y me convirtiera en un pájaro en una jaula de oro, un lamentable espectáculo. Comprendo que, si eres salvado y vas al cielo, la regeneración venga con la salvación..,, pero aquí tienes que comprarla a crédito, luego trabajar hasta deslomarte para pagarla. Así fue exactamente cómo la pagué. San Alec, tú no moriste, lo sé. Un cuerpo regenerado es como era la persona antes de su muerte, pero mejor. Nada de enfermedades contagiosas, nada de alergias, nada de arrugas de la vejez..., ¡y «arrugas» en mí, tonterías! No tenía ninguna arruga el día que morí..., o al menos no muchas. ¿Cómo te atreves a hablarme de arrugas? Estábamos discutiendo de la relatividad y del universo en expansión, una conversación intelectual realmente elevada.

Aquella noche Sybil hizo un intenso esfuerzo por meterse en mi cama, un esfuerzo que Katie desbarató firmemente..., para ser ella quien se metiera al final.

-Pat dijo que no se te permitiera dormir solo.

-Pat cree que estoy enfermo. No lo estoy.

-No lo discutiré. Y no dejes que tiemble tu mandíbula, querido; mamá Rajab te dejará dormir.

En algún momento en medio de la noche me desperté llorando, y Katie estaba allí. Me confortó. Estoy seguro de que Pat le había contado acerca de mis pesadillas. Con Katie allí para tranquilizarme, volví a dormirme con rapidez.

Fue un dulce interludio arcadiano..., excepto por la ausencia de Margrethe. Pero Katie me había convencido de que le debía a Jerry (y a ella) ser paciente y no encerebrarme sobre mi pérdida. Así que no lo hice, o no demasiado, durante el día, y, aunque la noche podía ser mala, incluso las noches más solitarias no resultaban demasiado solitarias con mamá Rajab para tranquilizarle a uno cuando se despertaba emocionalmente indefenso. Ella estaba siempre allí..., excepto una noche en que tuvo que irse. Sybil cubrió aquella guardia, tras recibir cuidadosas instrucciones de Katie, y la llevó del mismo modo.

Descubrí algo divertido sobre Sybil. En el sueño se desliza inconscientemente de vuelta a su forma natural, diablillo o trasgo. Eso la hace unos quince centímetros más baja de lo que es, con esos preciosos cuernecillos que fueron lo primero que reparé en ella, allá en el Sans Souci.

Durante el día nadábamos y tomábamos el sol y cabalgábamos e íbamos al campo por entre las colinas. Al construir aquel enclave Jerry había tomado al parecer bastantes kilómetros cuadrados; parecía como si pudiéramos ir en cualquier dirección hasta tan lejos como quisiéramos.

O quizá no comprenda en absoluto cómo están hechas todas estas cosas.

Tachen lo de «quizá»..., sé tanto sobre la operativa a nivel de Dios como una rana sabe de televisión.

Jerry llevaba fuera una semana cuando Rajab se presentó en la mesa del desayuno con el manuscrito de mis memorias.

-San Alec, Lucifer ha enviado instrucciones de que tienes que poner esto al día y seguir manteniéndolo al día.

-De acuerdo. ¿Servirá si lo hago a mano? O, si hay alguna máquina de escribir por ahí, creo que podría teclearla un poco.

-Hazlo a mano; yo lo pasaré a limpio. He hecho un montón de trabajo de secretaria para el príncipe Lucifer.

-Katie, a veces lo llamas Jerry, a veces Lucifer, pero nunca Satanás.

-Alec, él prefiere «Lucifer», pero responde a cualquiera de ellos. «Jerry» y «Katie» fueron nombres inventados para ti y Marga...

-Y «Sybil» -añadió Sybil.

-Y «Sybil». Sí, Egret. ¿Quieres que volvamos a nuestros nombres auténticos?

-No. Creo que es divertido que Alec, y Marga, tengan para nosotros nombres que nadie más conoce.

-Espera un momento -intervine-. El día que os conocí, los tres respondisteis a esos nombres como si los hubierais llevado toda la vida.

-Mamá y yo somos muy rápidas en las representaciones improvisadas -dijo Sybil-Egret-. Ellos no sabían que eran adoradores del fuego hasta que yo lo deslicé en la conversación. Y yo no había lo que yo era hasta que mamá lo apuntó. Israfel es bastante agudo también. Pero él tuvo más tiempo para pensar en su papel.

-Así que fuimos apaleados desde todas direcciones. Una pareja de primos del campo.

-Alec -me dijo Katie seriamente-, Lucifer siempre tiene sus razones para lo que hace. Raras veces explica. Sus intenciones son malévolas solamente hacia la gente maliciosa..., lo cual no es vuestro caso.

Estábamos los tres tomando el sol junto a la piscina cuando Jerry regresó inesperadamente. Me dijo sin preámbulos, sin ni siquiera detenerse para hablarle primero a Katie:

-Ponte tus ropas. Nos vamos inmediatamente.

Katie se puso en pie de un salto, fue dentro y volvió con mis ropas. Las mujeres me

vistieron con más rapidez que un bombero respondiendo a una alarma. Katie metió mi maquinilla en su bolsillo correspondiente y lo abrochó. Anuncié:

-¡Estoy listo!

-¿Dónde está ese manuscrito?

Katie se apresuró de nuevo al interior, regresó de inmediato.

-¡Aquí!

En aquel breve tiempo Jerry había crecido hasta tres metros y medio de altura..., y cambiado. Seguía siendo Jerry, pero ahora supe por qué Lucifer era conocido como el más hermoso de todos los ángeles.

-¡Hasta luego! -dijo-. Rajab, llamaré en cuanto pueda. -Empezó a tirar de mí hacia arriba.

-¡Espera! ¡Egret y yo tenemos que darle aún el beso de despedida!

-Oh. ¡Hacedlo rápido!

Lo hicieron, fugaces besos rituales tan sólo, dados simultáneamente. Jerry me agarró, sujetándome como un niño, y partimos directamente hacia arriba. Tuve un rápido atisbo del Sans Souci, el Palacio y la Plaza, luego el humo y las llamas del Pozo lo cubrieron todo. Salimos de aquel mundo.

Cómo viajamos, durante cuánto tiempo viajamos, dónde viajamos, lo desconozco. Fue como aquella interminable caída al infierno, pero mucho más agradable en brazos de Jerry. Me recordaba las ocasiones en que, cuando yo era muy pequeño, dos o tres años, mi padre me cogía a veces entre sus brazos después de cenar y me mantenía allí hasta que me dormía.

Supongo que me dormí. Tras largo rato me despertó la sensación de que Jerry estaba preparándose para aterrizar. Me depositó de pie en el suelo.

Había gravedad; sentí mi peso, y la palabra «abajo» volvió a tener significado. Pero no creo que estuviéramos en un planeta. Parecíamos hallarnos sobre una plataforma o en el porche de un edificio inmensamente grande. No podía verlo porque estábamos demasiado cerca de él. A nuestro alrededor no había ninguna otra cosa que ver, tan sólo un amorfo crepúsculo.

-¿Estás bien? -dijo Jerry.

-Sí. Sí, creo que sí.

-Bien. Escucha atentamente. Voy a llevarte a ver..., no, porque no la verás..., a una Entidad que es con respecto a mí, y con respecto a mi hermano vuestro buen Yahvé, lo mismo que Yahvé es con respecto a vosotros. ¿Comprendido?

-Hum..., quizá. No estoy muy seguro.

-A es a B como B es a C. Para esta Entidad tu buen dios Jehová es el equivalente a un niño construyendo castillos de arena en una playa, y luego destruyéndolos en rabietas infantiles. Para Él yo soy un niño también. Yo lo contemplo como tú contemplas a tu triple deidad: padre, hijo y espíritu santo. No adoro a esta Entidad como un Dios; Él no exige, no espera, y no desea, ese tipo de adoración lamebotas. Puede que Yahvé sea el único dios que nunca haya mostrado ese curioso vicio..., al menos no conozco de ningún otro planeta o lugar en ningún universo donde se practique la adoración a un dios. Pero soy joven y no he viajado mucho.

Jerry me estaba examinando atentamente. Parecía turbado.

-Alec, quizá esta analogía lo explique. Cuando eras un adolescente, ¿tuviste que llevar alguna vez a uno de tus animales al veterinario?

-Sí. No me gustaba porque a ellos tampoco les gustaba.

-A mí tampoco me gusta. Muy bien, sabes lo que es llevar a un animal enfermo o herido al veterinario. Luego tienes que esperar a que el doctor decida si tu animal va a ponerse bien de nuevo o no. O si lo más compasivo y beneficioso para el animal es ahorrarle más

sufrimientos. ¿No es eso cierto?

-Sí. Jerry, estás diciéndome que las cosas se hallan en el alero. No están seguras.

-En absoluto seguras. No hay precedentes. Ningún ser humano ha sido llevado antes hasta este nivel. No sé lo que Él va a hacer.

-De acuerdo. Me dijiste antes que habría un riesgo.

-Sí. Corres un gran peligro. Y también yo, aunque creo que tu peligro es mucho mayor que el mío. Pero, Alec, puedo asegurarte esto: si Ello decide extinguirte, tú nunca lo sabrás. No es un Dios sádico.

-«Ello»... ¿Es «Ello» o «Él»?

-Oh... utiliza «Él». Si se encarna, utilizará probablemente una apariencia humana. Si lo hace, puedes dirigirte a Él como «señor Presidente» o «señor Koshchei». Trátale como lo harías a un hombre mucho mayor que tú y al que respetaras enormemente. *No* te inclines ante él ni le ofrezcas adoración. Simplemente mantén tu terreno y di la verdad. Si mueres, muere con dignidad.

El guardia que nos detuvo en la puerta no era humano..., hasta que miré de nuevo, y entonces sí era humano. Y eso caracteriza la incertidumbre de todo lo que vi en el lugar, al que Jerry se refirió como «la Sucursal».

El guardia me dijo:

-Desnúdate, por favor. Deja tus ropas conmigo; podrás recogerlas luego. ¿Qué es ese objeto de metal?

Le expliqué que simplemente era una maquinilla de afeitar.

-¿Y para qué sirve?

-Es... un cuchillo para cortar el pelo de la cara.

-¿Te crece pelo en la cara?

Intenté explicarle qué era el afeitado.

-Si no quieres pelo ahí, ¿por qué lo haces crecer? Es algo totalmente antieconómico.

-Jerry, creo que estoy completamente perdido.

-Yo lo arreglaré. -Supongo que entonces habló con el guardia, pero yo no oí nada. Jerry me dijo:

-Deja la maquinilla con tus ropas. Piensa que estás loco, pero piensa que yo también estoy loco. No importa.

El señor Koshchei podía ser muy bien un «Ello», pero para mí parecía el hermano gemelo del doctor Simmons, el veterinario de mi casa en Kansas a quien acostumbraba a llevar gatos y perros, y en una ocasión incluso una tortuga..., la procesión de pequeños animales que compartieron mi infancia. Y la oficina del Presidente se parecía exactamente a la consulta del doctor Simmons, incluso el escritorio de tapa enrollable que el doctor debía haber heredado de su abuelo. Había también el muy recordado reloj-calendario Seth Thomas en un pequeño estante encima del escritorio del doctor.

Me daba cuenta (puesto que me sentía completamente sobrio y descansado) que aquél *no* era el doctor Simmons y que el parecido era intencionado pero no pensado para engañar. El Presidente, fuera Él o Ella o Ello, había penetrado en mi mente con una especie de hipnosis para crear un ambiente en el que yo pudiera relajarme. El doctor Simmons acostumbraba a darle unas palmadas al animal y hablarle, antes de hacerle las incómodas, desconocidas y a menudo dolorosas cosas que tenía que hacerle.

Funcionaba. También funcionó conmigo. Sabía que el señor Koshchei no era el viejo veterinario de mi infancia..., pero aquel simulacro me proporcionó la misma sensación de confianza.

El señor Koshchei alzó la vista cuando entramos. Hizo una inclinación de cabeza a

Jerry, me miró a mí.

-Sentaos.

Nos sentamos. El señor Koshchei se volvió a su escritorio. Mi manuscrito estaba sobre él. Lo tomó, hizo pasar rápidamente las páginas, volvió a dejarlo.

-¿Cómo están las cosas en tu propia jurisdicción, Lucifer? ¿Algún problema?

-No, Señor. Oh, los problemas de siempre con el aire acondicionado. Nada que no pueda manejar.

-¿Quieres gobernar la tierra este milenio?

-¿No lo ha reclamado mi hermano?

-Yahvé lo ha reclamado, sí... Ha pronunciado el Alto el Tiempo y ha empezado a demoler. Pero no estoy dispuesto a dejarle reconstruir. ¿Quieres hacerlo tú? Respóndeme.

-Señor, preferiría empezar con un material completamente nuevo.

-Todos los tuyos prefieren empezar de cero. Sin pensar en los gastos, por supuesto. Puedo asignarte al Glaroon por unos cuantos ciclos. ¿Qué dices a eso?

Jerry tardó en contestar.

-Debo dejarlo al buen juicio del Presidente.

-Tienes razón; debes hacerlo. Lo discutiremos más tarde. ¿Por qué estás interesado en esta criatura de tu hermano?

Supongo que debí quedarme dormido, porque vi perritos y gatitos jugando en un patio..., y allí no había nada de eso. Oí a Jerry decir:

-Señor Presidente, casi todo lo referente a una criatura humana es ridículo, excepto su capacidad de sufrir valientemente y morir con galantería por lo que quiere y lo que cree. La validez de esa creencia, lo apropiado de ese amor, es irrelevante; es el valor y la galantería lo que cuenta. Son cualidades únicamente humanas, independientemente del creador de la humanidad, que no tiene ninguna de ellas..., cosa que sé, puesto que es mi hermano..., y yo carezco de ellas también.

«Pregunta usted, ¿por qué *este* animal, y por qué yo? A éste lo recogí al lado de la carretera, un extraviado..., y, dejando a un lado sus propios problemas, ¡que eran demasiados y demasiado grandes para él!, se lanzó a un valiente (e infructuoso) intento de salvar mi «alma» según las reglas que le habían sido enseñadas. Que su intento estuviera mal encaminado y fuera inútil no importa; lo intentó con fervor en mi beneficio cuando creyó que yo estaba en gran peligro. Ahora que es él quien tiene los graves problemas le debo un esfuerzo semejante.

El señor Koshchei se bajó las gafas por el puente de su nariz y miró por encima de ellas.

-No ofreces ninguna razón por la cual yo deba interferir con la autoridad local.

-Señor, ¿no hay una regla del gremio que requiere que los artistas sean benévolos en el tratamiento de sus volitivos?

-No.

Jerry pareció mortificado.

-Señor, debo haber asimilado mal mi entrenamiento.

-Sí, creo que sí. Hay un principio artístico, no una regla, que dice que los volitivos deben ser tratados de una forma consistente. Pero insistir en la benevolencia sería eliminar ese grado de libertad para el que fue inventada la volición en las criaturas. Sin la posibilidad de la tragedia, los volitivos se convertirían fácilmente en golems.

-Señor, creo comprender eso. ¿Pero podría el Presidente amplificar el principio artístico del tratamiento consistente?

-No hay nada complejo en ello, Lucifer. Para que una criatura ponga en acción su propio arte menor, las reglas bajo las que actúa deben ser o bien conocidas o bien susceptibles de ser conocidas a través del método de tanteo..., con los errores no necesariamente de índole fatal. En pocas palabras, la criatura debe ser capaz de aprender y

de beneficiarse de su experiencia.

-Señor, ésa es precisamente mi queja acerca de mi hermano. Vea ese informe que tiene ante Usted. Yahvé preparó una trampa y lanzó a esta criatura a una confrontación en la que no podía vencer..., luego declaró terminado el juego y cobró la pieza. Y, aunque éste es un caso extremo, un test de destrucción, no deja de ser típico de su tratamiento de todos sus volitivos. Los juegos están montados de tal modo que sus criaturas no pueden ganar. Durante seis milenios he recibido a sus perdedores..., y muchos de ellos llegaron al infierno catatónicos de miedo..., miedo de mí, miedo de una eternidad de torturas. No pueden creer que se les mintiera. Mis terapistas tienen que trabajar duro para reorientar a los pobres desechos. No es divertido.

El señor Koshchei no parecía estar escuchando. Permanecía recostado en su vieja silla giratoria de madera, haciéndola crujir -y sí, yo sabía que aquel crujido procedía de mis recuerdos-, y miraba de nuevo dentro de mi memoria. Se rascó la aureola de pelo gris que coronaba su calva coronilla y produjo un sonido irritante, mitad silbido, mitad zumbido..., y eso también surgía directamente de mis recuerdos enterrados del doctor Simmons, pero era absolutamente real.

-Esa criatura femenina, el cebo. ¿Una volitiva?

-En mi opinión sí, señor Presidente.

(¡Dios de los cielos, Jerry! ¿No lo *sabes*?)

-Entonces creo que podemos suponer que éste no se sentiría satisfecho con un simulacro. -Zumbó y silbó por entre sus dientes-. Así que vayamos un poco más adentro.

La oficina del señor Koshchei parecía pequeña cuando fuimos admitidos a ella; ahora había varias otras entidades presentes: otro ángel que se parecía mucho a Jerry pero era más viejo y con una expresión fruncida muy distinta de la expansiva jovialidad de Jerry, otro personaje anciano que llevaba una larga capa, un enorme sombrero de ala ancha, un parche sobre un ojo, y llevaba una corneja perchada sobre su hombro, y -¡Dios confunda su arrogancia!- Sam Crumpacker, aquel picapleitos de Dallas.

Detrás de Crumpacker estaban alineados otros tres hombres, tipos bien alimentados y todos ellos vagamente familiares. Sabía que los había visto antes.

Entonces caí. Había ganado cien dólares (¿o eran mil?) a cada uno de ellos en la apuesta más absurda de mi vida.

Miré de nuevo a Crumpacker, y me sentí más furioso que nunca..., ¡el bergante llevaba ahora mi rostro!

Me volví a Jerry y empecé a susurrarle urgentemente:

-¿Ves a ese hombre de ahí? El que...

-Cállate.

-Pero...

-Permanece callado y escucha.

El hermano de Jerry estaba hablando:

-Así que, ¿quién se queja? ¿Desea usted que me ponga mi sombrero de Jesús y lo pruebe? El hecho de que algunos de ellos lo consiga prueba que no es tan duro... un siete coma uno por ciento en esa última hornada, sin contar los golems. ¿No es suficiente? ¿Quién lo dice?

El tipo viejo con el sombrero negro apuntó:

-Cuento nada menos que un cincuenta por ciento de fracasos.

-Así que, ¿quién habla? ¿Quién ha perdido terreno con respecto a mí durante todo un milenio? El cómo maneja uno a sus criaturas es asunto suyo. Lo que haga yo con las mías es asunto mío.

-Por eso estoy yo aquí -respondió el del sombrero grande-. Interferiste zafiamente con una de las mías.

-¡No fui yo! -Yahvé tendió un engarriado dedo hacia el hombre que conseguía parecerse a la vez a mí y a Sam Crumpacker-. ¡Fue ése! Ese gentil, Shabbes. ¿Un poco rudo? ¿De quién es el chico, eh? ¡Respondan a eso!

El señor Koshchei rebuscó en mi memoria, luego se dirigió al hombre con mi rostro.

-Loki, ¿en cuántos lugares de esta historia figuras?

-Depende de cómo entienda usted figurar, Jefe. En ocho o nueve lugares, si cuenta usted las apariciones breves. En toda ella, si tiene en cuenta que me pasé mis buenas cuatro semanas ablandando a esa lista maestra de escuela de modo que cuando el Chico Tímido llegara se la encontrara toda preparada y jadeando.

Jerry aferró mi brazo izquierdo con un enorme puño.

-¡Quieto!

Loki prosiguió:

-Y Yahvé ni siquiera me pagó.

-¿Por qué debería hacerlo? ¿Quién ganó?

-Hiciste trampa. Yo tenía a tu campeón, tu fanático de élite, listo para desmoronarse cuando tú tiraras de los hilos del Día del Juicio antes de tiempo. Aquí lo tienes. Pregúntale si aún jura por ti. ¿O contra ti? Pregúntale. Luego paga. Tengo que atender algunas facturas de municiones.

-Declaro esta discusión fuera de orden -exclamó el señor Koshchei-. Esta oficina no es una agencia de apuestas. Yahvé, la principal queja contra ti parece ser que no eres consistente en tus reglas para con tus criaturas.

-¿Debo besarlas? Para hacer tortillas necesitas cascar los huevos.

-Limítate a este caso en particular. Hiciste un test de destrucción. Si fue artísticamente necesario o no es algo sujeto a discusión. Pero, al final del test, te llevaste a uno al cielo, dejaste al otro detrás..., y así los castigaste a ambos. ¿Por qué?

-Una regla para todos. Ella no lo consiguió.

-¿No eres tú el dios que anunció la regla relativa a tapar las bocas del ganado que pisa el grano?

Lo siguiente que recuerdo es que estaba de pie sobre el escritorio del señor Koshchei, contemplando de frente su enorme rostro. Supongo que Jerry me había puesto allí. Él estaba diciendo:

-¿Esto es tuyo?

Miré en la dirección que Él señalaba..., y estuve a punto de desmayarme. ¡Marga! Margrethe, fría y muerta y encerrada en un bloque de hielo con la forma de un ataúd. Ocupaba buena parte del sobre del escritorio, y estaba empezando a fundirse encima de él.

Intenté arrojarme sobre ella, descubrí que no podía moverme.

-Creo que esto responde a Mi pregunta -prosiguió el señor Koshchei-. Odín, ¿cuál es su destino?

-Murió luchando, en el Ragnarok. Merece un ciclo en el Valhalla.

-¡Escuchadle! -se burló Loki-. El Ragnarok no ha terminado. Y esta vez yo estoy ganando. ¡Esta presa es *mía*! Todas las mujeres danesas son bien dispuestas... ¡pero ésta es explosiva! -Hizo una mueca y un guiño dirigidos a mí-. ¿No opinas lo mismo?

El Presidente dijo con suavidad:

-Loki, me aburres... -y de pronto Loki había desaparecido. Incluso su silla se había esfumado-. Odín, ¿puedes prescindir de ella por parte de ese ciclo?

-¿Durante cuánto tiempo? Se ha ganado el derecho al Valhalla.

-Un tiempo indeterminado. Esta criatura ha afirmado que está dispuesta a lavar platos «por toda la eternidad» a fin de poder ocuparse de ella. Cabe dudar de que se dé cuenta exactamente de lo que significa la palabra «eternidad» en cuestión tiempo... pero su historia muestra voluntad y firmeza.

-Señor Presidente, mis guerreros, hombres y mujeres, muertos en combate honorable, son mis iguales, no mis esclavos... Me siento orgulloso de ser el primero entre tales iguales. No pongo objeciones..., si *ella* consiente.

Mi corazón se remontó. Luego Jerry, desde el otro lado de la estancia, susurró a mi oído:

-No lances tus esperanzas al cielo. Para ella puede que hayan pasado tanto como mil años. Las mujeres olvidan.

El Presidente estaba diciendo:

-Los esquemas de la trama siguen intactos, ¿no?

Yahvé asintió y respondió:

-Así que, ¿quién destruye las copias de los archivos?

-Regenera todo lo que sea necesario.

-¿Y quién va a pagar por ello?

-Tú vas a pagar. Una espléndida forma de enseñarte a prestar atención a la consistencia.

-¡Oh! ¡He cumplido con todas las profecías! ¡Y ahora Él dice que no soy consistente! ¿Es esto justicia?

-No. Es Arte. Alexander. Mírame.

Miré a aquel gran rostro; sus ojos me absorbieron. Se hicieron grandes, y más grandes, y más grandes. Me balanceé hacia delante y caí dentro de ellos.

XXIX

No hay memoria de los antepasados,
ni tampoco de los descendientes que vendrán habrá recuerdo
entre los que existirán posteriormente.
Eclesiastés, 1:11

Esta semana Margrethe y yo, con ayuda de nuestra hija Gerda, estamos dándole a nuestra casa y nuestra tienda una auténtica limpieza escandinava, porque los Farnsworth, nuestros amigos de Texas -nuestros mejores amigos desde todos los ángulos- vienen a vernos. Para Marga y para mí, una visita de Jerry y Katie es Navidad y el Cuatro de Julio todo en uno. Y para nuestros chicos también; Sybil Farnsworth tiene la edad de Inga; las chicas se han hecho amigas.

Esta vez será extra especial; traen con ellos a Patricia Marymount. Pat es casi tan vieja amiga como los Farnsworth y la persona más dulce del mundo..., una maestra de escuela solterona, pero en absoluto remilgada.

Los Farnsworth cambiaron nuestra suerte. Marga y yo estábamos en México en nuestra luna de miel cuando golpeó el terremoto que destruyó Mazatlán. No resultamos heridos, pero pasamos una mala época intentando salimos de aquello... pasaportes, dinero y cheques de viajero se habían perdido. A medio camino de casa conocimos a los Farnsworth, y ellos cambiaron todo..., no más problemas. Oh, volví a Kansas sin equipaje pero con una maquinilla de afeitar (con un valor sentimental: Marga me la regaló en nuestra luna de miel. La he usado desde entonces).

Cuando alcanzamos mi estado natal, encontramos exactamente la tienda de mamá-y-papá que deseábamos... un pequeño restaurante en esta pequeña ciudad universitaria, Edén,

Kasas, al sudeste de Wichita. La tienda estaba regentada por el señor y la señora A. S. Modeus; querían retirarse. Empezamos como empleados suyos; en menos de un mes éramos sus arrendatarios. Luego me empeñé con el banco hasta los sobacos y eso nos convirtió en propietarios del MARGA: HELADOS ESPECIALES: fuente de soda, perritos calientes, hamburguesas, y los celestiales bocadillos daneses sin el pan de la parte superior de Marga.

Margrethe deseaba llamarlo Marga & Alex... Lo veté: no encajaba. Además, ella es la que trata con el público, es nuestro mejor reclamo. Yo trabajo allá donde no me ven..., lavo los platos, hago de encargado, de portero, lo que sea necesario. Margrethe lleva la parte delantera del negocio, con la ayuda de Astrid. Y la mía; todos sabemos cocinar o preparar cualquiera de los platos que anunciamos en nuestra carta, incluso los bocadillos sin sombrero, como los llamo yo. Sin embargo, con estos últimos seguimos las fotografías a color de Marga y las listas de ingredientes; en honor a nuestros clientes solamente a Margrethe se le permite ser creativa.

Nuestro producto bandera, el helado especial, puede tomarse en cualquier momento, y he mantenido su pecio a diez centavos, aunque esto nos deja solamente un centavo y medio de beneficio bruto. Cualquier cliente que venga el día de su cumpleaños recibe uno gratis, mientras todos nosotros le cantamos *¡Feliz cumpleaños!* con fuertes repiques de tambor y un beso. Los chicos de la universidad aprecian el beso de Margrethe más que el helado especial. Comprensible. Pero papá Graham no se lo toma demasiado en serio. (Tampoco hago ascos a besar a las chicas que cumplen años.)

Nuestro negocio fue un éxito desde el primer día. La situación es buena: frente a la puerta Elm Street y el Old Main. La afluencia de clientes estaba garantizada por los precios bajos y ese toque mágico de Margrethe con la comida... *y* su belleza y su dulce personalidad; no vendemos calorías, vendemos felicidad. Amontona una abundante ración de felicidad en cada plato; tiene para repartir.

Conmigo llevando las cuentas, nuestro equipo no podía fracasar. Y vigilo esas cuentas; si el coste de los ingredientes se come alguna vez ese pequeño margen en el helado especial, el precio sube. El señor Belial, el presidente de nuestro banco, dice que el país se halla en un largo y firme período de suave prosperidad. Espero que tenga razón; mientras tanto, yo vigilo los beneficios.

La ciudad goza de una auténtica expansión, ocasionada por los Farnsworth más el cambio de clima. Hasta ahora el texano rico acostumbraba a tener su casa de verano en Colorado Springs, pero ahora que ya no se fríen huevos en nuestras aceras, los texanos están empezando a venir a ver los encantos de Kansas. Dicen que se trata de un cambio en la Corriente del Chorro. (¿O es la Corriente del Golfo? La ciencia nunca ha sido mi fuerte.) Sea como sea, nuestros veranos son ahora tibios y nuestros inviernos suaves; muchos de los amigos o asociados de Jerry están comprando tierras en Edén y construyendo casas de veraneo. El señor Ashmedai, director de algunos de los intereses de Jerry, vive ahora aquí prácticamente todo el año, y el doctor Adramelech, canciller de la universidad de Edén, hizo que fuera elegido para el consejo de fideicomisarios, al tiempo que le concedía un doctorado honorario... Como antiguo recaudador de dinero puedo ver muy bien por qué.

Les dimos la bienvenida a todos ellos y no solamente por su dinero..., pero no me gustaría que Edén creciera hasta verse tan saturado como Dallas.

Tampoco podría. Es un lugar bucólico; la universidad es nuestra única «industria». Una iglesia comunitaria sirve a todas las sectas: la Iglesia del Orgasmo Divino... La escuela sabatina a las 9:30, los servicios religiosos a las 11, el picnic y la orgía inmediatamente después.

No creemos en embutir la religión garganta abajo a los chicos, pero la verdad es que a nuestros jóvenes les gusta nuestra iglesia comunitaria..., gracias a nuestro pastor, el

reverendo doctor M. O. Loch. Malcolm es presbiteriano., creo; todavía tiene acento escocés. Pero no hay nada del hosco escocés en él, y los chicos lo adoran. Conduce las orgías y dirige los rituales... Nuestra hija Elise es una de las Novicias Nudistas a sus órdenes, y ya habla de vocación. (Bof. Se casará apenas dejar la escuela superior; puedo nombrar al joven..., aunque no puedo comprender lo que ve en él).

Margrethe sirve en la Cofradía del Altar; yo paso el platillo en el sabat y colaboro con el equipo financiero. Nunca he renunciado a mi calidad de miembro de la Hermandad del Apocalipsis, pero debo admitir que estábamos equivocados: el milenio llegó y pasó, y el Grito nunca fue oído.

Un hombre que es feliz en casa no permanece despierto por las noches preguntándose por el mañana.

¿Es eso el éxito? Mis compañeros de clase en Rolla Tech, hace tiempo, puede que pensaran que me he conformado con demasiado poco, ser propietario a medias con el banco de un pequeño restaurante en una ciudad olvidada. Pero tengo lo que quiero. No querría ser un santo en el cielo si Margrethe no estaba conmigo; no temería ir al infierno si ella estuviera allí..., sin que eso quiera decir que yo crea en el infierno o que alguna vez haya pensado que tengo posibilidades de convertirme en un santo en el cielo.

Samuel Clemens lo dijo muy claro: «Donde ella estaba, allí estaba el Edén.» Ornar lo fraseó: «...contigo a mi lado en el desierto, el desierto sería suficiente paraíso.» Browning lo redondeó: *«Summum Bonum.»* Todos ellos estaban afirmando la misma gran verdad, que para mí es:

El cielo está allí donde esté Margrethe.